Angela
MARSONS

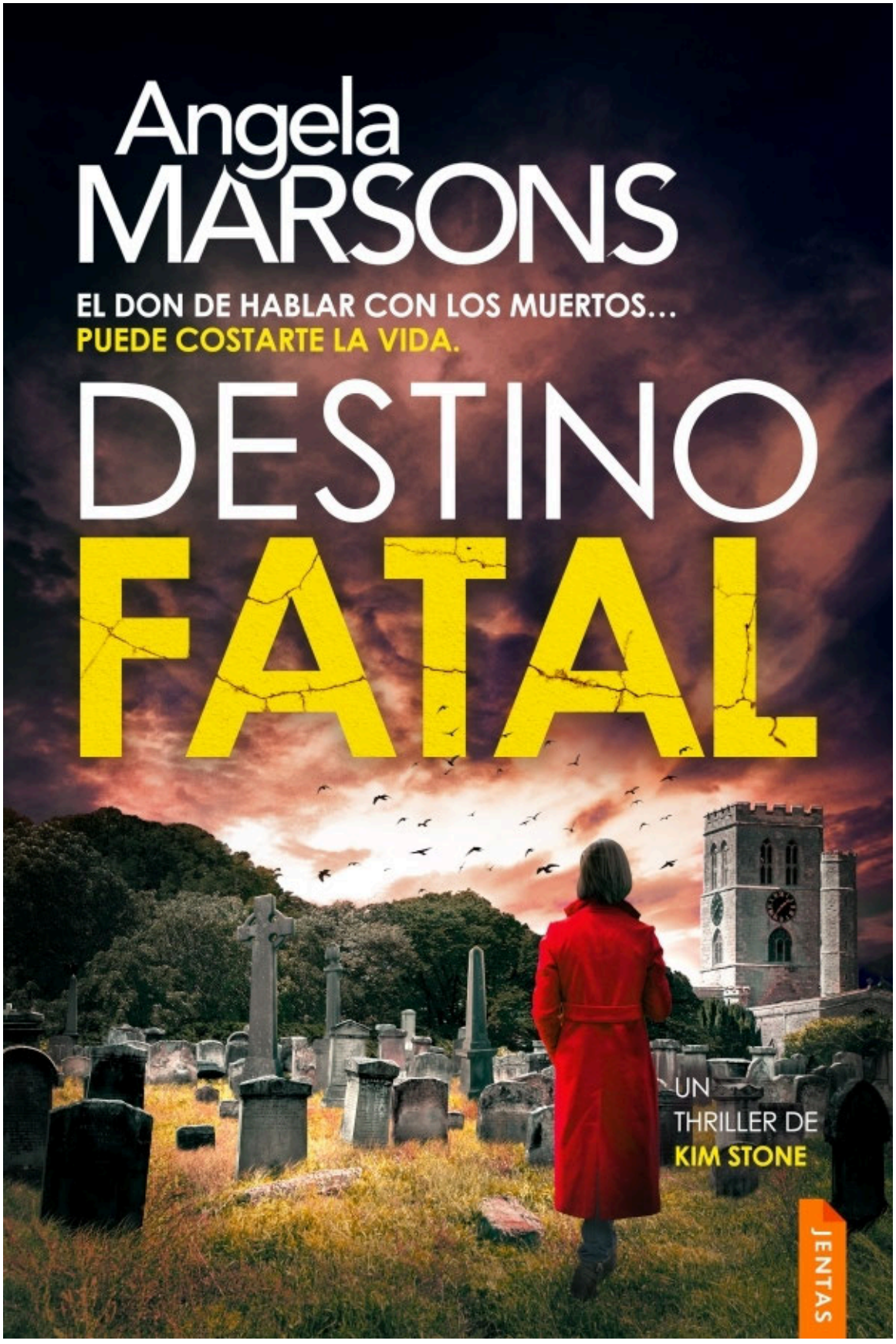
EL DON DE HABLAR CON LOS MUERTOS...
PUEDE COSTARTE LA VIDA.

DESTINO FATAL



UN
THRILLER DE
KIM STONE

JENTAS


Angela
MARSONS
EL DON DE HABLAR CON LOS MUERTOS...
PUEDE COSTARTE LA VIDA.
DESTINO
FATAL
UN
THRILLER DE
KIM STONE
JENTAS

Destino fatal

Destino fatal

Título original: Deadly Fate

© Angela Marsons, 2023. Reservados todos los derechos.

© 2025 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

ePub: Jentas A/S

Traducción: Daniel Conde Bravo, © Jentas A/S

ISBN: 978-87-428-1364-5

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in Great Britain in 2023 by Storyfire Ltd trading as Bookouture.

Este libro está dedicado a mi madre, Gillian Marsons, tristemente fallecida el 8 de enero de 2023.

De las muchas cosas que espero haber heredado de ella, lo que más me gustaría tener es la fuerza de voluntad y el espíritu que le permitieron superar cualquier dificultad a la que se enfrentó. Siempre la llevaré conmigo.

Prólogo

Sandra Deakin dejó escapar un leve quejido al entrar en el cementerio. El grupo habitual de hombres llegaba tarde a la iglesia contigua aquella noche y al menos dos de ellos miraron hacia ella. Normalmente, calculaba el tiempo de forma que no tuviera que verlos.

La mirada del padre George la recorrió de arriba abajo. Fue fugaz, pero repugnante a más no poder. Trató de demostrar entereza y determinación, aunque su ritmo cardíaco se aceleró al recordar la fuerza que ejercieran las manos de aquel hombre sobre su cuerpo. Sus acciones no habían dejado lugar a la duda acerca de lo que sentía por ella. Pero no podía impedirle que fuera al camposanto a pasear a su perro. Su mano apretó involuntariamente la correa que sostenía. Pickles era el típico labrador que se vendería por un puñado de chucherías, pero ellos no tenían por qué saberlo.

Terence Birch fue el último en entrar en la iglesia y la miró fijamente durante un buen rato cuando los demás ya habían desaparecido de la vista. Sandra le sostuvo la mirada y no evitó que sus verdaderos sentimientos por aquel cretino se reflejaran en su rostro. Estaba también al tanto de sus artimañas despreciables.

A pesar de su alarde de valentía, se quedó más tranquila una vez que ambos hubieron entrado en la iglesia. Por extraño que pareciera, ese era su lugar para reponerse y despejarse; después de lo vivido en los últimos días, lo necesitaba.

Apenas unas horas antes había recibido otro de esos correos electrónicos tóxicos. Lo leyó y lo archivó, diciéndose a sí misma que no era más que otro pirado al que no le gustaba el trabajo que ella desempeñaba. Había un buen puñado de ellos. Ignoró el hecho de

que aquel detractor en particular llevaba años contactando con ella. Contra toda lógica, ese mismo hecho le servía para tranquilizarse, pues nunca había cumplido ninguna de sus amenazas, pero en cualquier caso tenía que admitir que los mensajes eran cada vez más agresivos, más contundentes. Se había planteado contárselo a su marido, pero sabía que iba a hacer un drama de ello e insistiría en ponerlo en conocimiento de la policía.

Se movió despacio entre las lápidas, reflexionando sobre la semana. No había sido muy buena. Una cena desastrosa y dos reuniones que no la habían conducido a ninguna parte.

Todavía sentía escalofríos al recordar la cena infernal que había tenido lugar unas noches atrás. Una velada agradable y entretenida, le habían dicho. Pero no fue así. En lugar de eso, se encontró con un grupo de mujeres que esperaban mucho más de la cena de lo que ninguna de ellas había dejado entrever. Ninguna quedó demasiado contenta con lo que les contó. Si a eso le añadimos el incidente con un marido hostil y agresivo, la velada había terminado siendo desagradable y desconcertante.

Y luego, lo de las reuniones. Como resultado de la primera, se había visto obligada a ser el entretenimiento de sobremesa de mujeres frívolas que no eran capaces de aceptar la verdad. Si él hubiera visto las cosas del mismo modo que ella y hubiera estado dispuesto a posponer sus planes, ahora ella no tendría que estar buscando trabajo por todas partes y aceptando cualquier cosa que le llegara para poder pagar las facturas.

Ni siquiera se movían en los mismos círculos, pero él quería silenciarla de todos modos. No tenía lógica alguna que intentara sacarla del negocio. La única explicación que le parecía factible era que su motivación estuviera relacionada con celos profesionales de algún tipo. Su cuerpo experimentó un temblor involuntario al recordar las últimas palabras que le había dicho. Tratándose de un

narcisista como él, los celos no eran algo que pudiera tomarse a la ligera.

Se detuvo ante una cripta en medio del cementerio y apoyó la palma de la mano en la piedra. Sus problemas con aquel hombre insufrible no iban a resolverse con un paseo vespertino con el perro. Tal vez también hablaría sobre ese tema con su marido, Will.

Reanudó la marcha cuando Pickles percibió el olor de algo que tenían más adelante.

Y la otra reunión, pues bueno...

Detrás de ella sonó el crujido de una ramita, interrumpiendo sus pensamientos.

Se giró.

Un calor instantáneo la invadió mientras la confusión se dibujaba en su rostro. La boca se le quedó seca al intentar asimilar la imagen espeluznante que tenía ante sí.

—Tú —susurró, mientras la correa del perro se le caía de la mano.

Capítulo 1

A diferencia de la mayoría de las personas, Kim no odiaba las últimas horas del domingo. Para muchos era el momento de aceptar a la fuerza que otro fin de semana volaba y de que se antojaba inevitable el comienzo de una nueva larga semana de trabajo, pero para Kim era una oportunidad para resetear, despejarse y prepararse para cualquier reto que la esperara.

Por una vez había podido disfrutar placenteramente de un fin de semana completo sin contratiempos. Tanto ella como el resto del equipo habían salido del trabajo a una hora razonable el viernes, y aunque había estado de guardia para incidentes graves, el gremio de delincuentes de Black Country había tenido a bien concederle dos días enteros de libertad.

Habiendo ya dedicado el tiempo máximo que estaba dispuesta a destinar a las tareas domésticas, y con Barney ya cansado tras sus ejercicios en el jardín antes de su paseo nocturno, Kim había reservado esas últimas horas del día para entregárselas al otro gran amor de su vida: la Vincent Black Shadow.

Esa moto en concreto siempre había sido el proyecto de sus sueños. Su padre adoptivo, Keith, cuando ella tenía doce años, le había enseñado fotos de aquella motocicleta fabricada por Vincent HRD en Hertfordshire entre 1948 y 1955. Había esperado durante meses a que hubiera disponible un chasis auténtico, y ya hacía más de un año que se había hecho con él. Desde entonces, había estado buscado concienzudamente en Internet piezas originales para la máquina. Algunos componentes tendrían que fabricarse según las especificaciones, pero tenía lo suficiente para comenzar.

Cada vez que se había reservado un día para empezar con el proyecto, algo la había distraído: un caso nuevo, trasnochar, una experiencia cercana a la muerte con un psicópata que formaba parte de su pasado...

Pero no en esa ocasión. La cafetera estaba llena, su iPod cargado y la calma de la noche dominical se había adueñado del exterior.

—Venga, chico, dale, ya sabes a dónde vamos —le dijo a Barney, cogiendo su taza de Colombian Gold, y abrió la puerta que daba al garaje.

Su estado de ánimo mejoró al instante al contemplar lo que la aguardaba.

Habían pasado un par de semanas desde que Bryant la ayudó a revertir el espacio del gimnasio provisional que había estado utilizando para recuperar fuerzas después de que casi la mataran a golpes.

Sí, podría haber usado para ello una habitación vacía en la que disponer el material de entrenamiento, sin afectar a su zona de restauración de motos, habiéndola dejado tal y como estaba. Pero ahora se daba cuenta de que quitar todas sus cosas del garaje había sido su forma de expresar que no tenía la capacidad mental de ser ella misma durante un tiempo. Tuvo que pulsar el botón de pausa y ponerse a sí misma en espera mientras se centraba por completo en recobrar fuerzas.

Pero ya estaba recuperada y preparada, pensó, colocando su taza junto al iPod.

Lo encendió y el Réquiem de Mozart resonó por todo el garaje.

La invadió un sentimiento de satisfacción. Ese era su lugar feliz, encontrándose entre sus herramientas, inhalando el aroma de la grasa y el aceite, con un buen café, Barney a su lado y doce horas

por delante hasta el comienzo de su próximo turno. Sentía que estaba a punto de sumergirse en aquel mundo por completo.

Acarició la cabeza de Barney, que esperaba a su lado a que le diera indicaciones.

Se acomodó sobre la tela en la que se encontraban todas las piezas que había conseguido para la Vincent Black Shadow. Barney dudó si acercarse a ella, pero finalmente permaneció en el umbral de la puerta.

—Sé que ha pasado mucho tiempo, amiga, pero tenemos toda la noche para...

Dejó de hablar cuando el sonido de su teléfono la interrumpió bruscamente.

—¡Venga, hombre, no me jodas, tiene que ser una broma! —exclamó al ver el nombre de la persona que la estaba llamando.

Pulsó el botón de respuesta.

—Lo siento, pero la persona a la que llama en este momento...

—Es insoportable de cojones —terminó Keats en su lugar.

—Más te vale que me estés llamando para darme la enhorabuena por haber disfrutado de un fin de semana tranquilo —advirtió.

—Por supuesto que sí, pero preferiría hacerlo en persona. ¿Qué tal si te reúnes conmigo en Saint John the Baptist en, digamos... ¡oh, ahora mismo!? Ah, siéntete libre de traerte a algún amigo.

La comunicación se interrumpió de golpe y se le formó un nudo en el estómago. O Keats le acababa de plantear una cita de lo más estúpida, o tenía algo urgente que mostrarle.

—Maldita sea —gruñó. Qué poco le había faltado para tener un fin de semana entero normal, como la gente corriente.

Se calzó las botas con rapidez, se puso a la carrera su chaqueta negra de cuero y cogió las llaves y el casco.

Apenas dos minutos antes se disponía a disfrutar de unas horas de Mozart y relajación. Ahora se dirigía a ver a su forense favorito a las ocho de la tarde de un domingo en una iglesia del centro de Halesowen.

Algo le decía que la Vincent Black Shadow iba a tener que esperar.

Capítulo 2

Kim giró en High Street y se detuvo ante un muro de luces azules intermitentes y un cordón exterior donde empezaban a congregarse grupos de personas.

Al reconocer la Kawasaki Ninja, uno de los agentes movió el cono que se encontraba en el extremo del cordón para que pudiera pasar. Kim le dio las gracias con un gesto de la cabeza y aparcó entre dos coches patrulla, a la derecha de la ambulancia.

Colocó los guantes en el casco y colgó este del manillar; después, se acercó hasta el segundo cordón junto a las puertas negras de metal que daban acceso al recinto de Saint John y mostró su identificación policial.

—¿A dónde tengo que dirigirme?

—Rodee la parte trasera. Al cementerio, señora.

Estupendo. La cosa mejoraba por momentos; la cita estúpida de Keats era una verdadera mierda.

Por lo que ella sabía, Saint John era una iglesia que se encontraba en el centro de la localidad y que tenía una historia milenaria. Muchas noches, estando en comisaría trabajando al otro lado de la ciudad, había oído repicar sus campanas. El edificio, orientado hacia la carretera principal, estaba custodiado por una verja de hierro forjado, y lo rodeaba el cementerio, que se extendía desde el lado este hasta la parte trasera.

Se apresuró a tomar el camino que tantas veces había recorrido cuando era ayudante de detective para buscar entre los arbustos

crecidos del cementerio, que era un enclave en el que los delincuentes del lugar escondían bienes robados, drogas y armas.

Un par de años atrás se había puesto en marcha un proyecto comunitario en el que trabajaban el equipo vecinal y algunos exconvictos para adecentar la zona. A pesar de su escepticismo, el proyecto había funcionado y el lugar parecía mantenerse en orden desde entonces. Pero, aunque lo estuviera, el simple hecho de encontrarse en un cementerio en mitad de la noche no dejaba de ser inquietante, a pesar de la cantidad de chalecos reflectantes y linternas que se reunían cerca del límite norte del recinto.

Dos agentes se encontraban en el lateral de la iglesia junto a un grupo de hombres, todos reunidos en torno a otro que iba vestido con unos vaqueros claros y un jersey gris.

—Que nadie se vaya todavía —ordenó Kim al primer agente que se encontró.

De inmediato se arrepintió de no haber llamado a Bryant para que la acompañara, pero pensó que al menos uno de los dos podría disfrutar de un fin de semana tranquilo en su totalidad. En condiciones normales, él habría recabado todos los detalles mientras ella se ocupaba de la víctima.

—¡Ay, inspectora! Siento haberte llamado siendo fin de semana —la saludó Keats, separándose del grupo.

—Mentiroso. No lo sientes en absoluto, pero me consuela saber que a ti también se te ha jodido el fin de semana.

—Bueno, en realidad, eso ya había pasado hace unas horas —respondió Keats—. Llevo en la morgue desde esta mañana en compañía de un sintecho con identidad aún desconocida.

—¿Sospechoso? —le preguntó.

—No, solo sin identificar.

Kim sintió que la recorría un escalofrío. Odiaba los cadáveres sin identificar. Ese hombre tenía un nombre, una vida antes de convertirse en un vagabundo, posiblemente una familia. Se sacudió aquellos pensamientos. Ese odio personal la había perseguido durante una infancia sumida en el anonimato de los hogares de acogida.

—Venga, quítate de en medio —dijo, mirando alrededor del forense.

—Oye, quiero advertirte de...

—Keats, ya soy mayorcita, podré soportarlo.

El forense se hizo a un lado y le permitió ocupar el lugar que había estado manteniendo en el corrillo de las personas allí congregadas.

—¡Jesucristo! —exclamó.

—Eh... Stone —dijo Keats, señalando hacia el lugar que los rodeaba.

—Hazme caso, podría haber soltado algo peor —dijo, acercándose un paso más—. Mierda, Keats, ya me podrías haber advertido.

A primera vista, se podría haber pensado que la sudadera de la mujer que estaba en el suelo era roja, pero las salpicaduras blancas de los puños y el cuello indicaban otra cosa. Había múltiples heridas por apuñalamiento, pero la mirada de Kim se dirigió instantáneamente hacia arriba, hacia las lesiones que había por encima del cuello. Habían rajado la boca de la mujer, atravesando la cara. Kim sintió un vuelco en las entrañas al contemplar la desfiguración, que le otorgaba al cadáver una expresión parecida a la de un payaso. Habían destrozado la piel de forma brutal, presentando bordes irregulares. El labio inferior colgaba en el aire, flácido, dejando al descubierto toda la dentadura inferior.

Por alguna razón, lo primero en lo que pensó Kim fue en el familiar que tendría que identificar a la víctima. Si ya el proceso en sí era bastante doloroso, ¿cuánto sufrimiento añadiría el hecho de que esa fuera la imagen final y duradera que iba a almacenar para siempre en su mente? Kim sabía que Keats haría todo lo posible por minimizar el trauma. La identificación tendría lugar a través de un cristal, para evitar cualquier contaminación cruzada, y sabía que el forense colocaría el cuerpo de forma que la parte más afectada estuviera lo más lejos posible del familiar. Había visto cadáveres en los que se había utilizado una sábana o un vendaje para reducir el impacto que ocasionaba la brutalidad infligida.

—Post mortem —dijo Keats, observando que ella miraba hacia la herida de la boca.

Kim hizo un rápido recuento de las rajas que las puñaladas habían producido en la tela.

—¿Diez?

—Once —dijo Keats—. Hay una más en la costura lateral de la sudadera.

¿Once puñaladas y la propia muerte no habían sido suficientes? El asesino aún necesitó dejar claros sus sentimientos o enviar algún tipo de mensaje después de que la vida hubiera abandonado el cuerpo.

Kim empezó a caminar alrededor del cadáver mientras el horror de la escena se instalaba en su conciencia y en su memoria.

Estimó que la mujer tendría alrededor de cuarenta años. El pelo rubio pajizo le caía sobre los hombros. Tenía algunos mechones pegados a la cara por gotas de sangre seca. A ambos lados de su cuerpo se habían acumulado charcos rojos. Tenía las palmas de las manos ensangrentadas, señal clara de que había intentado detener sus hemorragias, pero la agresión había sido cruel y brutal. Se había

roto dos uñas de la mano derecha y una de la izquierda. No había sido una muerte pacífica.

Más abajo en el cuerpo, se veían líneas y gotas rojas en los vaqueros claros y las zapatillas deportivas, lo que indicaba que las puñaladas más profundas se habían producido más tarde y que parte del enfrentamiento había tenido lugar estando de pie.

Pequeñas manchas de tierra enrojecida indicaban que se habían producido intentos de esquivar y tambaleos varios. No es que hubiera sido tampoco una muerte rápida.

Kim volvió a caminar alrededor, fijándose en los detalles, mientras Keats hacía un gesto al fotógrafo para que empezara su trabajo.

Durante el ataque le habían separado del cuerpo un bolso de tipo satchel, que ahora se encontraba a sus pies. No parecían haber manipulado sus cierres magnéticos, pero algo verde asomaba por la parte superior.

Kim miró a su alrededor.

—¿Dónde está el perro?

—No hay ningún perro —negó Keats. Imitó a Kim, mirando alrededor —. Tampoco una correa.

—Estará aún atada a su collar. Ella la habrá soltado, y el perro habrá huido.

Keats la miró dubitativo.

—Son bolsas biodegradables para recoger la caca. Yo tengo las mismas. Me da a mí que no las llevaba solo para llenar el bolso.

Se volvió hacia un agente.

—Avisa a los policías que están en los cordones y que vayan a buscar al perro.

La pobre criatura probablemente estaría aterrorizada.

—¿Nadie ha abierto ya el bolso para identificarla? —preguntó, volviéndose hacia la víctima.

—Estábamos esperando...

—Siento llegar tarde —dijo Mitch, dirigiéndose hacia ellos. La mitad inferior de su cuerpo ya llevaba puesto el mono blanco, mientras que la superior estaba tratando de ponerse al día—. Hoy jugábamos fuera de casa, en Worcester.

—¿A qué? —le preguntó mientras se situaba a su lado.

—Al dominó.

—¿En serio? —preguntó.

—Oye, vamos primeros en la liga.

—¿Hay una liga?

—Lo que hay también es un maldito cadáver... vamos, cuando terminéis —espetó Keats.

—Es que ya lleva dos avisos hoy. Está irritable —explicó Kim al técnico forense.

—Ah, vale, ya entiendo —respondió, echando un buen vistazo al cuerpo—. Dios de mi vida, no ha sido un accidente, ¿verdad que no?

Kim permaneció en silencio mientras continuaba andando alrededor del cadáver.

—¿Alguien ha tocado algo? —preguntó Mitch.

—El tipo que la encontró no tocó nada. De momento, solo se han hecho fotos —respondió Keats.

—Vale, supongo que queremos empezar por el bolso, ¿no? —preguntó Mitch.

Kim asintió, esperando encontrar en él algún tipo de identificación.

Mitch se puso los guantes protectores y cogió una bolsita de plástico para recoger pruebas, donde guardó las bolsas biodegradables tras abrir el bolso con un clic. Lo siguiente que encontró era algo muy valioso, una cartera. La abrió con cuidado mientras Kim sacaba su teléfono.

El técnico forense se dirigió al compartimiento delantero, donde estaban las tarjetas, y sacó un carnet de conducir. Kim lo leyó mientras hacía un par de fotos. Sandra Deakin, cuarenta y un años, con domicilio en Hawne, una zona de Halesowen que se encontraba a poca distancia de la iglesia. Intentó retener la imagen de la mujer que se veía en la foto del carnet para superponerla a la que ya tenía en la cabeza, pero sabía que la imagen inicial que había tenido de Sandra Deakin sería la que recordaría siempre.

—Gracias, Mitch —dijo Kim mientras él dejaba el bolso en el suelo y comenzaba a proteger las manos de la víctima con bolsas de plástico.

Guardó su teléfono y miró a su alrededor, viendo una cara que reconoció al instante. Un hombre de piel muy morena y pelo canoso se dirigía hacia ella.

—Más vale tarde que nunca, Planty —le dijo a un inspector de policía al que conocía muy bien.

—A tu servicio, inspectora.

—¿Puedes hacer tú los honores?

Asintió de forma sombría mientras ella le tendía el teléfono para que leyera la dirección.

—Me pongo de inmediato con...

—Pero espera un poco. Tengo la esperanza de que puedas devolverle el perro a la familia.

El hombre miró a su alrededor, pero ella no tenía tiempo para explicárselo mejor.

—¿Ya has terminado conmigo, Keats? —preguntó.

—Uf, se me ocurren muchas respuestas a esa pregunta, mejor me callo.

—Buena decisión —dijo, dirigiéndose al grupo al que se le había pedido que no se marchara de la escena.

Con paso decidido, se colocó entre todos ellos.

—¿Ha sido alguno de ustedes el que ha encontrado a la víctima? —preguntó mientras los dos agentes retrocedían.

Un hombre de pelo rojizo y cada vez más escaso dio un paso al frente.

—Padre George Markinson —dijo, tendiendo su mano—. Padre George para abreviar.

Kim ignoró el saludo.

—¿La ha encontrado usted?

Dejó caer la mano mientras señalaba con la cabeza al tipo del jersey de punto.

—No, ha sido Terence Birch.

Kim miró a los otros cinco hombres.

—¿Alguien más ha visto algo?

Todos negaron con la cabeza.

—¿Nadie se ha acercado al cadáver o le ha hecho alguna foto?

Todos parecían horrorizados mientras respondían negativamente.

Por desgracia, esa era una pregunta que tenía que formularse en la actualidad.

—¿Tenemos todos sus datos? —preguntó a los agentes.

—Sí, señora —dijeron al unísono.

—Bien, pueden marcharse de momento, pero, por favor, no compartan lo que han visto aquí con la prensa. Un agente irá a tomarles declaración a sus casas.

Todos mostraron con un gesto que lo habían comprendido.

—De acuerdo, señor...

—Terence es uno de nuestros campaneros —dijo el padre George—. Estaba saliendo...

—Gracias, padre. ¿Terence no sabe hablar?

La expresión del clérigo le dejó bastante claro a Kim que no le gustaba que lo desafiaran. La inspectora le sostuvo la mirada por un momento antes de volverse hacia el otro hombre.

—Terence, ¿puede contarme qué ha pasado? —le preguntó, tocándole ligeramente en el brazo. Aún no la había mirado ni una sola vez.

—Muchísima sangre —dijo, sin dejar de mirar al suelo como si el cadáver estuviera allí mismo.

—¿Estaba marchándose después de tocar las campanas? —preguntó ella, mirando hacia el lugar desde el que habría salido de la iglesia, que estaba a unos setenta metros largos—. ¿No se dirigió directamente hacia la puerta?

Para encontrar el cuerpo de Sandra habría tenido que dar un rodeo por la parte trasera del edificio.

—Estaba inspeccionando.

—¿Inspeccionando qué?

—A Sandra. La vi al entrar, cuando llegué.

—¿La conoce? —preguntó Kim, que podía escuchar nítidamente el repicar distante de las campanas de alarma.

Terence levantó la cabeza y asintió.

—Es de aquí. Todos la conocemos. Viene mucho por aquí.

—Sí que viene, sí —añadió el padre George con un tono de irritación.

No es que Halesowen fuera una población enorme. No debería sorprenderle que la víctima fuera conocida.

—¿Venía a misa? —le preguntó al padre George.

—Por Dios, no —respondió—. Venía al cementerio una o dos veces por semana, a pasear al perro.

Kim no comprendía por qué había una sensación de tolerancia en su tono de voz, como si se tratara de una actividad que pudiera hacer porque él se lo permitía. Si el lugar estaba abierto, ¿a quién podía hacerle eso daño?

—¿Y la vio cuando estaba entrando para tocar las campanas? —le preguntó a Terence.

—Sí, estaba ocupada haciendo lo mismo de siempre.

—¿A qué se refiere? —preguntó Kim.

—Suele pasear tocando las tumbas. Se queda con los ojos cerrados, simplemente sintiendo las piedras.

La desaprobación recorrió las facciones del padre George, pero no dijo nada.

—¿Así que, cuando terminó, fue a ver qué estaba haciendo Sandra?

—Sí, ya he tenido que invitarla a marcharse en un par de ocasiones. Soy el encargado de las llaves, es mi responsabilidad cerrar el recinto. No sé por qué llegué hasta allí, tan lejos. Tuve una especie de presentimiento, así que seguí caminando y fue entonces cuando encontré... —Dejó de hablar cuando las imágenes volvieron a su mente con mucha fuerza, y su mirada se dirigió de nuevo al suelo.

—¿Ha visto o escuchado algo más? —preguntó Kim.

—Nada. Lo único que he hecho es chillar y llamar para pedir ayuda. No la he tocado. Sabía que estaba muerta. Me he quedado con ella hasta que han llegado los servicios de emergencias. —Volvió a levantar la mirada; sus ojos estaban llorosos—. ¿He actuado correctamente?

—Lo ha hecho todo bien, Terence —respondió—. No podría haber hecho nada para ayudarla.

Un sollozo escapó de sus labios. Se había visto desbordado por los acontecimientos de aquella noche.

—Váyase a casa —le aconsejó amablemente—. Irá alguien más adelante para tomarle declaración, pero gracias por haber ido a echar un vistazo. Haberla encontrado tan pronto podría ser clave para atrapar a quien haya hecho esto.

—Lo acompaño al coche —dijo el padre George, guiándolo hacia él.

Mientras los veía irse, se fijó en el inspector Plant, que en ese momento se estaba subiendo a un coche patrulla. Se alegró al percatarse de que sostenía la correa de un labrador que no paraba de moverse.

Echó un último vistazo alrededor antes de volver a su moto. Miró hacia el campanario y se dio cuenta de que, mientras Sandra Deakin luchaba por su vida, las campanas habían estado sonando.

Capítulo 3

—Espero que hayáis tenido un buen fin de semana —saludó Kim una vez reunido su equipo. La noche anterior, un mensaje grupal los había convocado a una reunión informativa a las siete de la mañana. Todos eran conscientes de lo que eso significaba.

—Me han parecido unas minivacaciones —dijo Stacey.

Kim lo entendía perfectamente. Era raro el fin de semana en el que no tenían que encargarse de poner al día el papeleo pendiente.

—Para ser sincero, me he aburrido un poco, jefa —dijo Bryant—. Jenny me mandó al pub y me dijo que no tuviera prisa por volver a casa.

—Es que creo que no le gustas mucho —dijo Kim.

—Tienes razón —concedió, con la seguridad que le daba saber que tenía uno de los matrimonios más sólidos que ella hubiera visto en su vida.

Todos miraron a Penn.

—Lynne ha estado trabajando, así que me he dedicado a poner un poco al día las tareas domésticas.

Hubo un momento de silencio; luego, todos se empezaron a reír a carcajadas.

Penn se encogió de hombros como si no se le hubiera ocurrido nada mejor que hacer.

—Penn, te lo juro, si no fuera porque soy gay y estoy casada, no te dejaba escapar ni un día más —dijo Stacey.

—Probablemente yo también haría lo mismo —añadió Bryant.

—Vale, venga, ya nos hemos puesto al día —dijo Kim—. Estoy segura de que ya os habréis supuesto que tenemos una víctima.

Todos miraron hacia la pizarra, donde Kim ya había escrito los detalles.

—Es una mujer llamada Sandra Deakin, de cuarenta y un años; la apuñalaron once veces mientras paseaba a su perro. Además, nuestro tipo rajó su boca cuando ya había terminado el trabajo y la víctima ya había fallecido, lo cual obviamente es un detalle que no se facilitará en ninguna nota de prensa. Las fotos deberían llegarnos alrededor de las nueve, cuando Keats empiece a trabajar; ayer tuvo un día muy duro. Por lo que respecta a su físico, estatura de 1,65 metros aproximadamente, complexión delgada y pelo rubio.

—Lo siento, jefa, me he quedado con el número de puñaladas y la agresión en la boca. Parece algo muy personal —comentó Penn.

—Estoy de acuerdo. No se llevaron nada. No se han encontrado indicios de abuso sexual, así que, quienquiera que sea esta mujer, está claro que ha tenido que enfadar a alguien.

—O tan solo se trata de un asesino enloquecido, fuera de sí —dijo Bryant.

—Es una buena teoría, pero, en todos los casos con los que hemos lidiado hasta ahora, ¿cuándo nos hemos encontrado con un asesino irracional y descerebrado que anduviera por ahí suelto sin control?

Bryant se encogió de hombros.

—Podría pasar.

—Sí que podría, pero de momento nos centraremos en lo que parece más probable, que haya sido alguien que ella conocía. La mataron entre las siete y las ocho de la tarde en la iglesia de Saint John. Los campaneros la vieron al entrar, y uno de ellos la encontró al salir. La conocían. Parece que le gustaba pasear a su perro por el cementerio y se detenía a tocar las lápidas.

—¿Cómo dices? —preguntó Penn, enarcando una ceja.

Kim se encogió de hombros. No sabía nada más al respecto.

—El inspector Plant está tomando declaración a los campaneros y al padre George Markinson, pero, Stace, quiero que investigues un poco al buen clérigo y también al tipo que la encontró, Terence Birch.

Stacey escribió ambos nombres.

—Además, también quiero que averigües todo lo que puedas sobre Sandra Deakin.

—Entendido, jefa.

—Penn, la autopsia va a ser a las nueve en punto y...

—Me pongo con ello, jefa —dijo alegremente.

—¿Es que acaso había terminado?

—Lo siento, jefa.

—Keats tuvo otro cuerpo ayer. Un sintecho, sin identificar. Sácale información.

Penn esperó callado.

—Ahora sí he terminado.

—De acuerdo, jefa.

—Como siempre, Bryant, tú y yo vamos a empezar el día hablando con una familia de luto.

Cogió su chaqueta del respaldo de la silla.

—¿Sabes? Por una vez, quizá me gustaría cambiarme por Penn. Siempre consigue...

—Esto... jefa, un momento —dijo Stacey mientras se dirigían ya hacia la puerta. La agente giró la pantalla de su ordenador—. ¿Es esta nuestra víctima?

—Joder, Stace, qué rapidez —dijo Kim, mirando lo que parecía ser una foto tomada por un profesional.

—Me encantaría atribuirme el mérito, pero no es que haya sido precisamente difícil encontrarla.

—¿Cómo es eso? —preguntó Kim, entrando de nuevo en la sala.

—Sandra Deakin, también conocida como médium local, alias Vidente Sandy.

Kim oyó un ruido y se dio cuenta de que el gruñido que tenía en la cabeza había salido de su boca.

Capítulo 4

—No crees en las videntes, ¿eh, jefa? —dijo Bryant mientras bajaban las escaleras.

—Pero ¿tú me conoces o qué? —respondió ella, entornando los ojos con evidente irritación.

Bryant no reaccionó ante esa pregunta y pulsó el botón para abrir la puerta y salir del edificio.

A pesar de la luminosidad del día, el aire era fresco y cortante, pues a las temperaturas de mediados de marzo aún les costaba llegar a los dobles dígitos.

—No me digas que crees en alguna de esas historias —dijo Kim mientras se acercaban al coche.

Bryant se encogió de hombros.

—He presenciado demasiadas cosas como para descartarlo. He visto programas en la televisión y hay casos que los escépticos no serían capaces de explicar.

—Trucos baratos de charlatanes —desestimó Kim, abrochándose el cinturón.

Bryant abrió la boca, pero luego se lo pensó mejor y permaneció callado mientras salían del aparcamiento y se dirigían a la casa de Sandra Deakin.

Hawne era una zona residencial situada a poco más de un kilómetro y medio del centro de la ciudad.

Eran algo más de las siete y media de la mañana, y el tráfico empezaba a aumentar al pasar por delante de Halesowen College.

Bryant tomó un giro a la izquierda, luego uno pronunciado a la derecha y atravesó unas puertas de hierro ornamentadas con un buzón a su derecha. Sorteó tres contenedores de basura con ruedas que se situaban junto a la pared para ocupar el último aparcamiento que quedaba libre, al lado de otros dos coches: un viejo Jaguar XK-E y un Nissan Micra.

—Es agradable —dijo Bryant mientras salían del coche.

Tenía razón. Era un lugar agradable, pero no espectacular; Kim se sintió algo decepcionada al verlo, teniendo en cuenta lo que prometía la puerta con ornamentos de la entrada.

Subieron los escalones que unían el camino que partía de aquella con un bungaló independiente construido con ladrillos anaranjados y que contaba con ventanas con marcos de color roble. Cuando llamó a la puerta, Kim apreció que, aunque la casa estaba enclavada en un terreno de aproximadamente un cuarto de hectárea, era visible tanto desde la parte trasera como desde el lado izquierdo.

Abrió la puerta un hombre de unos cuarenta y cinco años vestido con vaqueros y un jersey marca Weird Fish. Tenía los ojos enrojecidos y la mirada vacía.

—¿Señor Deakin?

Asintió y se hizo a un lado para que entraran sin siquiera mirar las identificaciones policiales cuando se las mostraron.

—Soy la inspectora detective Stone y este es mi compañero, el sargento detective Bryant.

El hombre cerró la puerta tras ellos y señaló hacia otra que había a la izquierda.

Kim tomó asiento en el sofá y Bryant hizo lo propio en un sillón individual.

—Señor Deakin, lo acompañamos en el sentimiento —dijo Kim mientras el hombre se sentaba en el otro sillón.

Tras hacerlo, se restregó la cara antes de pasarse las manos por el pelo, dejándose algunos mechones canosos despeinados. Su barbilla, áspera, revelaba una barba de varios días.

—Creo que en parte estoy rezando para que me expliquen que ha habido algún tipo de error, que se han equivocado de persona, aunque ella todavía no haya vuelto a casa. Quiero que me digan que en realidad no estaba muerta, al fin y al cabo, el agente que vino antes que ustedes no estaba al tanto de las últimas novedades.

Levantó la mirada para encontrarse con la de ella, esperando.

Kim se quedó en silencio.

—¿Saben? Desconocía lo cruel que puede llegar a ser mantener la esperanza. Te golpea donde más te duele, una y otra vez —dijo, dándose cuenta de que no había respuestas a sus plegarias.

—Encontraremos al que lo haya hecho, señor Deakin —aseguró Kim mientras asentía ante las palabras de aquel hombre.

—Llámenme Will, por favor; no estoy en el colegio.

Al ver la confusión que expresaba el rostro de la inspectora, continuó:

—Soy profesor.

—¡Ah! De acuerdo —dijo ella. El hombre se pasaba el día escuchando a niños llamándolo por su apellido—. Bueno, Will, siento

mucho que tengamos que invadir su proceso de duelo para hacerle algunas preguntas, pero...

—No se preocupe, adelante —ofreció mientras la tensión llenaba su rostro—. Cuanto antes acaben con las preguntas, antes podrán atrapar al cabrón que la ha matado.

—Venga, para empezar, ¿podría...?

—Estoy buscando un collar para llevar a Pickles a... ¡Oh, lo siento! —dijo una voz desde la puerta.

—Agentes, esta es Nic —dijo Will.

Kim dedicó una sonrisa reconfortante a la adolescente, que estaba sujetando una correa de perro. La chica la dejó sobre la mesa y se sentó en el brazo del sillón en el que se encontraba su padre.

Le cogió la mano.

—¿Todo bien, papá?

—Sí, tan solo tengo que responder algunas preguntas —contestó—. Perdonen, esta es mi hija, Nicola.

Estando ambos tan cerca, Kim percibió el parecido tan asombroso que había entre los dos. La chica había heredado de Will su pelo negro, sus ojos verdes y su mentón firme. No tenía tan claro que tuviera rasgos de su madre.

—La acompañamos en el sentimiento por la pérdida de su...

—No lo era —dijo Nicola.

Kim esperó a que se explicara.

—Lo siento, he sido un poco maleducada —añadió Nicola, al ver que su padre se tensaba un poco—. Me refería a que Sandy no era mi

madre.

—Entiendo —dijo Kim, comprendiendo en ese momento por qué la chica no estaba en alguna esquina de la casa hecha un ovillo y sollozando desconsoladamente.

—Llévate al perro, cariño —dijo Will, dándole una palmadita, y luego le soltó la mano.

Dudó primero, pero enseguida se levantó y salió del salón.

—Su collar viejo está en el lavadero —gritó Will cuando ya había abandonado la estancia—. Los forenses tuvieron que quedarse con el nuevo. Tenía algunas manchas de... —Su voz se fue apagando.

—No pasa nada, Will —dijo Kim mientras Nicola cerraba la puerta tras de sí.

Kim no sabía a ciencia cierta cuánta información se había puesto a disposición de la familia. La brutalidad de la agresión no iba a servir para mejorar las cosas en aquel instante, y no pretendía revelarle a nadie el detalle de la boca rajada.

—Will, tenemos razones para creer que se ha tratado de un ataque personal. Es decir, sospechamos que Sandra era el objetivo del agresor, su víctima planeada.

El hombre hizo una mueca.

—El agente que vino anoche me dijo que la habían apuñalado. Pensé que habría sido un atraco o —tragó saliva— una violación —susurró, haciendo un gran esfuerzo para poder pronunciar esa palabra.

Vaya manera de quitar con una mano lo que se da con la otra. Podía asegurarle que no se había producido una agresión sexual, pero

tenía que sustituirlo por la certeza de que alguien había querido matar a su mujer de forma intencionada.

—A Sandra no la atracaron, y no hay pruebas de que la agredieran sexualmente —dijo Kim.

El inspector Plant había hecho lo correcto. No le había mentido, pero tampoco le había contado toda la verdad. Ahora era responsabilidad de Kim unir las piezas y dar forma a los detalles.

—Su mujer fue apuñalada, y lo que le voy a decir a continuación va a ser difícil de escuchar para usted. La apuñalaron en repetidas ocasiones.

—¿Cuántas veces? —preguntó, como si el número fuera a cambiar algo.

—Once.

—¡Jesucristo! ¿Por qué? O sea... ¿sufrió?

Kim recordó la sangre que la mujer tenía en sus manos, en su cara, en su pelo.

—Luchó con valentía contra su agresor. No se rindió fácilmente.

La inspectora había aprendido con el tiempo que hablar con los familiares de las víctimas era todo un arte: no había que mentirles, pero tampoco describirles imágenes que los pudieran perseguir durante el resto de sus vidas.

El hombre sacudió la cabeza, como tratando de evitar que esas imágenes se quedaran grabadas en su cerebro.

—Pe... Pero... ¿por qué? Ella no sería capaz de hacerle daño a nadie.

—¿Le había contado algo extraño recientemente? ¿Alguna amenaza? ¿Incidentes extraños, algo desconcertante?

Will negó con la cabeza.

—No, nada en particular. Su trabajo atraía a algún que otro chiflado, los típicos troles digitales, pero ella estaba acostumbrada. Los bloqueaba y se olvidaba de ellos.

—¿Algo que hubiera sonado más amenazante de lo normal? —presionó Kim.

—No que yo supiera. Estoy seguro de que me lo habría contado.

—¿Algún cliente insatisfecho?

—En absoluto. Deberían leer los testimonios que se describen en su página web. Sandra ayuda a cientos de personas.

En general, Kim no se fiaba de las reseñas que la propia persona objeto de una crítica decidía publicar en su página web. Ya le había encargado a Stacey que investigara en aquella web más a fondo.

—¿Y cómo llevaba Sandra sus negocios? ¿Espectáculos en vivo o...?

—No, no se dedicaba a actuar en escenarios grandes. Había demasiadas voces, según decía. Hacía lecturas individuales y participaba en eventos pequeños: cenas y funciones privadas. No le entusiasmaban y parecía un poco inquieta después de la última. También tenía un par de clientes habituales.

Dejó caer la cabeza entre las manos y un sollozo escapó de su boca. Hablar sobre ella en el contexto normal de su trabajo y no de su asesinato le había proporcionado unos segundos de alivio, pero volvió a recordar que había muerto.

—No se preocupe, Will. Tómese tu tiempo —lo tranquilizó Bryant.

El hombre tomó aire, se secó los ojos y levantó la cabeza.

—¿Inquieta? —preguntó Kim. Cualquier cosa fuera de lo común era algo en lo que valía la pena indagar un poco.

—Me habló de una copa de tinto que se derramó, o algo así. No hablaba mucho del trabajo cuando llegaba a casa.

—¿Y mencionó que tenía clientes habituales? —preguntó Kim. ¿Con qué frecuencia era necesario acudir a una vidente?

—A algunas personas les gusta ser orientadas regularmente, que las apoyen —asintió—. Supongo que siempre me he imaginado que su trabajo sería similar al de un coach, un orientador vital. A veces volvía llena de energía y otras era como si quisiera dejarlo todo.

—Will, ¿cree que podríamos tener acceso a su lista de clientes? ¿Quizá también a su ordenador?

—Por supuesto, si creen que eso puede ayudarlos... —dijo, poniéndose en pie, y salió del salón.

—La hijastra parece habérselo tomado extraordinariamente bien —dijo Bryant, una vez que el hombre no podía escucharlos.

—Y te estás quedando corto —convino ella justo en el momento en el que se abrió la puerta principal.

El labrador que había visto la noche anterior entró corriendo en el salón. El paseo rápido que acababa de dar por los alrededores de la casa no le había servido para quemar energía.

—Un perro precioso —dijo Kim, acariciándole la cabeza.

—Es mío —dijo Nicola, desabrochando la correa de su collar—. Mi padre me lo compró cuando tenía catorce años.

Y, sin embargo, según Terence Birch, era la madrastra quien iba regularmente a pasearlo.

—¿Ya los han pillado? —preguntó Nicola mientras Pickles olfateaba los zapatos de Bryant—. A la persona que lo ha hecho, quiero decir.

Kim admiraba ese optimismo juvenil, el hecho de que pensara que podían atrapar a un asesino en apenas doce horas. Pura ingenuidad adolescente, o tal vez el resultado de ver demasiados dramas policiales.

—Todavía no, pero lo atraparemos —dijo Kim justo cuando Will volvía a entrar en el salón.

—Voy a calentar agua —dijo Nicola, pasando junto a su padre, sorteándolo. Pickles la siguió de cerca.

—Tome, este es su portátil y esta, su agenda, pero... —Dejó de hablar mientras se los entregaba.

—¿Pero? —preguntó Bryant.

—Nada, nada, les iba a decir que los iba a necesitar esta noche.

—Es normal, tardará un tiempo en asimilarlo —reaccionó Kim, pasándole las pertenencias a Bryant. Se volvió hacia Will—. Siento tener que pedírselo, pero ¿podría ir al baño antes de irnos?

—Claro, está justo al final del pasillo.

Kim se dirigió directamente hacia la cocina.

—Ay, lo siento, estaba buscando el baño —dijo a la espalda de Nicola.

—No es verdad porque se lo ha pasado de largo.

Pickles estaba ocupado devorando un cuenco de comida, y la chica estaba preparando una masa para hacer gofres. En la encimera había una selección de frutos rojos y siropes de todo tipo. Alguien seguía teniendo hambre a pesar de las circunstancias.

—Bueno, entonces, ¿su padre le compró a Pickles como regalo por algún cumpleaños? —preguntó Kim para romper el hielo.

—No, me lo compró como regalo de adaptación cuando tuve que cambiar de colegio al mudarnos aquí y perder a todos mis amigos.

—Ah, entiendo.

—¿Seguro? —preguntó Nicola, volviéndose hacia ella—. Entonces, supongo que se imaginará también que me fue imposible hacer nuevos amigos una vez que alguien se enteró de quién era mi madrastra. ¿Sabe cómo me sentía cuando la gente me hacía ruidos espeluznantes al pasar junto a ellos, todo el tiempo? ¿Es también consciente de que no paraban de preguntarme si yo también podía ver muertos?

Kim observó en su rostro la multitud de emociones que la chica sentía.

—Asumo que nunca llegaron a ser íntimas, ¿no?

—Tolerancia es la palabra que mejor definía nuestra relación. A Sandy solo le interesaba mi padre. Yo era el lastre que venía con él. No es que fuera ella muy maternal, aunque de todos modos yo habría rechazado cualquier esfuerzo de esa naturaleza. Ya tuve una madre. Murió.

—Lo siento —dijo Kim, sintiendo el dolor que reflejaba aquella última palabra.

—Gracias, pero usted no la conocía. Estábamos bien, papá y yo, lo estábamos superando. Estaba comenzando a sonreír de nuevo. Y entonces la conoció y todo cambió.

Kim no pudo evitar preguntarse si tal vez se trataba de la pataleta más larga de la historia. Muchas personas tenían otras relaciones tras la muerte de un ser querido. Parecía que Nicola había tenido

que sufrir muchos cambios durante la adolescencia. Tuvo que ser duro, pero era sorprendente que aquella animadversión no hubiera disminuido con el paso de los años.

—Su padre parecía querer mucho a Sandy —dijo Kim con dulzura—. ¿No le tendría cierta envidia porque disfrutara de una segunda oportunidad de ser feliz?

—Claro que no —espetó ella, echando la mezcla de la masa en la gofrera.

Sin embargo, había algo que Nicola era incapaz de perdonar. Kim permaneció en silencio para que la chica continuara hablando.

—Nunca quise que se pasara el resto de su vida solo. No siento celos por el hecho de que la conociera. Lo que odio es la forma en la que lo hicieron. Me revuelve el estómago, y es la razón por la que no seré capaz de perdonarla.

Capítulo 5

—¿Se conocieron porque ella le leyó el futuro? —preguntó incrédulo Bryant mientras subían de nuevo al coche.

—Ya te digo. Buscaba comunicarse con su esposa, recientemente fallecida de forma prematura en un atropello con fuga.

—¿Cuánto hacía que había muerto? —preguntó Bryant mientras Kim enviaba un mensaje con su móvil.

—Dos meses.

—¿Estás de broma?

—Pásate un momento por la comisaría —le ordenó—. Y no, no bromeo. Nicola todavía está enfadada. Siente que Sandra lo cazó aprovechándose de él en su momento de mayor vulnerabilidad.

—Dos meses, maldita sea. Me pregunto si durante la lectura le dijo a Will que iba a conocer a alguien.

—No lo sé, pero es un poco de mal gusto —dijo Kim.

Dos meses, ocho semanas, aproximadamente sesenta días. Ese periodo de tiempo no era ni por asomo suficiente para procesar el duelo.

—Tal vez la esposa número uno le envió un mensaje a través de la esposa número dos expresando su aprobación para que pasara página y saliera adelante —sugirió Bryant.

—Siempre que fuera con ella —dijo Kim.

—Oh, eso es muy cínico, jefa. Está claro que la quería, así que no juzguemos tan rápido, ¿vale?

Estuviera juzgando o no, a Kim el asunto le parecía bastante sórdido, y desde luego le servía para percibir con más claridad los motivos de la hostilidad de Nicola.

No dijo nada más hasta que Bryant aparcó frente a la comisaría, donde Stacey esperaba en la entrada.

Kim bajó la ventanilla y le entregó el portátil.

—Analiza detalladamente los correos electrónicos. Al parecer, se encontraba con amenazas y con algún tarado de vez en cuando.

—De momento, no he encontrado nada demasiado incriminatorio en su historial —ofreció Stacey a modo de saludo mientras cogía el portátil—. Otro vidente la mencionó hace un par de años en un artículo de denuncia que apareció en el Daily Mail.

—Vale, sigue buscando —dijo Kim—. No podemos parar, Bryant me va a invitar a un café en Luigi's.

Bryant giró la cabeza rápidamente ante esa información, que era nueva para él.

Stacey hizo una mueca.

—¡Mmm, comeos por mí unos de esos cannoli de vainilla que están de muerte!

Kim sonrió mientras volvía a subir la ventanilla.

***

Luigi's era un auténtico restaurante italiano que había abierto a las afueras de la ciudad. Los productos de calidad superior, un café excelente y el estupendo servicio al cliente habían demostrado a los

que decían que nunca funcionaría lo equivocados que estaban. Se había convertido en el lugar favorito del equipo para pedir algún capricho para llevar, ya que estaba a un par de minutos de la comisaría.

—Mmm... Ya lo estoy saboreando —dijo Kim cuando Bryant aparcó.

—Casi cuatro libras por un café —se quejó el sargento mientras bajaban del coche.

—Merece la pena cada centavo que vas a pagar por él —dijo Kim—. Quiero uno solo —añadió, sentándose en la parte de fuera. El café de Luigi no necesitaba ningún aditivo.

Desde el exterior se veía bien la carretera de doble sentido que subía por Mucklow Hill, pero el paisaje urbano no era la razón por la que se había quedado allí. Abrió la agenda semanal de Sandra. Enseguida, Kim comprobó que la mujer la utilizaba para casi cualquier cosa: citas con el dentista o con el médico, visitas al veterinario, notas sobre la compra y compromisos sociales. Las páginas eran un caos de tinta roja y negra. Las anotaciones personales estaban en rojo y las de negocios, en negro.

—Gracias, Bryant —dijo cuando este depositó la bandeja sobre la mesa. Sus ojos se dirigieron hacia el plato situado entre las dos tazas de café.

—Eh... No hacía falta que te lo tomaras tan al pie de la letra —dijo Kim, pensando en el cannoli que había sugerido Stace—. ¿Y qué es eso? —preguntó, viendo una pequeña bolsa marrón, doblada y cerrada con un pliegue.

Bryant se encogió de hombros.

—Una bolsita de café que Luigi manda para Stace. Me ha dicho específicamente que era para la policía agradable.

—No tienes ninguna gracia —dijo mientras cogía el paquete de la bandeja y se lo acercaba—. Bueno, por lo que veo, Sandra incluía su vida al completo en esta agenda. Algunas de las anotaciones apenas contienen información; probablemente lo mejor sea trabajar hacia atrás, empezando por el compromiso más reciente, que fue el jueves por la noche.

—¿De verdad crees que la han asesinado en relación con su trabajo? —preguntó Bryant, dando un generoso mordisco al cannoli. Trozos de masa frita se adhirieron a sus labios.

—Joder, Bryant, a veces no entiendo como Jenny puede resistirse ante ti.

Él hizo un gesto de indiferencia y dio otro bocado.

—No es que sea una profesión muy normal, ¿verdad? —se preguntó Kim—. Sabemos desde el principio que atrae a fanáticos y a detractores, así que me parece un buen punto de partida.

—Vale. Entonces, ¿qué tenemos el jueves por la noche? —preguntó, descansando un poco del cannoli.

—El nombre de Catherine, con el número de una casa y un código postal. No es mucho, pero suficiente para empezar —dijo, preguntándose qué les podría revelar esa visita.

Capítulo 6

A pesar de que la jefa le había informado de que la autopsia de Sandra Deakin iba a comenzar a las nueve, Keats parecía haber avanzado ya bastante cuando Penn llegó, un minuto después de esa hora.

—Siento llegar tarde —ofreció, no queriendo enfadar a Keats tan pronto.

—No llegas tarde. Decidí no pasar por casa y empezar bien temprano.

A Penn le llamó la atención al instante el rostro de la mujer. Había visto una foto de Sandy anterior a su asesinato, y la raja en su boca añadía un elemento de lo más macabro. Apartó la mirada y se centró en las instrucciones de la jefa. Le había ordenado que consiguiera información del vagabundo no identificado.

—La jefa me ha dicho que has tenido un fin de semana movidito —dijo mientras Keats apuntaba el peso del hígado.

—Ojalá la gente dejara de morirse a horas intempestivas —replicó Keats, volviendo a colocar el hígado con cuidado.

Penn pensó de repente que no le parecía necesario tanto nivel de cuidado y atención durante esa parte del proceso. Los órganos extraíbles podían colocarse en cualquier sitio antes de volver a coser el cuerpo. ¿Quién se iba a dar cuenta? En momentos como ese comprendía por qué la gente lo tildaba de raro, sin ser conscientes de la mitad de las ideas extrañas que se le pasaban por la cabeza.

—Resumiendo lo que sabemos hasta ahora —dijo Keats—, nuestra víctima tenía un peso saludable para su estatura. Aparentemente,

nunca había fumado y no hay indicios de que bebiera demasiado. Su última comida consistió en un plato de pollo y pasta, que consumió más o menos una hora antes de su fallecimiento.

Penn asintió, y empezó a sincronizarse con el ritual que llevaban a cabo habitualmente. Keats empezaba ofreciendo información que no era en absoluto útil para la investigación. Después, vendrían los detalles acerca de las lesiones. Y, por último, soltaba cualquier hallazgo relevante que hubiera realizado en el proceso.

—Anoche contamos bien el número de heridas. Un total de once. Tres de ellas fueron superficiales; cuatro, más profundas, aunque no alcanzaron ningún órgano importante; otras tres que habrían sido potencialmente no fatales si se consideraran de forma individual; y una final en el corazón que ningún tipo de intervención médica podría haber curado. La duodécima herida en la boca se realizó después de la muerte, tal y como sospechábamos.

—Salvajismo —dijo Penn sin pensar.

—¿Es ese un término técnico del Departamento de Investigación Criminal? —preguntó Keats.

—Perdona, estaba pensando en voz alta. Parece un depredador que ablanda a su presa justo antes de matarla. Me parece obvio que sabía cómo asestar la puñalada fatal, pero eligió no hacerlo hasta estar preparado para ello.

Keats no dijo nada, pero no discrepó.

—¿Hay algo bajo las uñas? —preguntó Penn.

Keats no parecía tenerlo claro aún.

—Se han tomado muestras y se han enviado a Mitch, pero, con la cantidad de sangre que hay acumulada en esa zona como resultado

de haber tratado de detener el sangrado producido por las heridas, va a ser difícil averiguarlo.

A pesar de la brutalidad del ataque, parecía que las pruebas forenses iban a escasear.

Keats parecía estar esperando a ver si Penn tenía más preguntas que formular. Este cambiaba su peso de un pie al otro, sin decir palabra. Si había algún hallazgo importante, estaría a punto de comunicárselo.

—Sin embargo, sí que he encontrado algo interesante.

—Ah, ¡estupendo!

—Nada que vaya a ayudar a vuestra investigación.

—Oh.

«Entonces, ¿por qué ha dicho interesante?», se preguntó, si no los iba a ayudar en nada.

—He visto una fractura pequeña en la parte posterior de su cráneo —dijo Keats, señalando la parte de atrás de su propia cabeza.

—Vale.

—Es antigua, probablemente de antes de cumplir diez años.

—Aún no sé muy bien qué es lo que me quieres decir —dijo Penn.

—¿Crees que pudo ser ese el incidente que le dio el don?

Penn dejó traslucir su perplejidad.

—Oh, vamos, muchas videntes, médiums, espiritistas y demás afirman que comenzaron a ver o escuchar cosas después de un evento traumático que tuvieron en la infancia.

Al ver la expresión vacía del rostro del agente, Keats continuó:

—¿Ni siquiera tienes una ligera curiosidad por su don o acerca de si tenía alguna habilidad espiritual?

Penn no había pensado en eso desde que supo a qué se dedicaba la mujer. En realidad, le daba igual.

—Supongo que, si lo considerara en serio y detenidamente, para empezar me preguntaría que, si de verdad tenía un don, cómo es posible que no viera venir lo que le iba a pasar —dijo con sinceridad.

—Ay, Penn, la cosa no funciona así, pero es evidente que pierdo el tiempo intentando entablar contigo un debate filosófico.

—Quizá con una cerveza y un aperitivo. Mientras se da la ocasión, la jefa también me ha dicho algo sobre un vagabundo —dijo Penn, dándose cuenta de que, de momento, no había más información acerca de Sandra Deakin.

—¿Y tu jefa te ha pedido que me interrogues sobre él? —preguntó Keats mientras su boca esbozaba una sonrisa cómplice.

Si dudaba acerca de una respuesta, su consigna en general era elegir la verdad.

—Sí.

—Déjame terminar con esto y podrás conocerlo si quieres.

Penn se sintió confuso al ver la sonrisa de satisfacción en el rostro del forense. Hacía tiempo que se había jurado a sí mismo no meterse nunca en medio de la relación entre su jefa y Keats. Le resultaba un misterio por qué demonios seguían teniendo aquel enfrentamiento hostil, cuando era evidente que, con el paso de los años, se habían llegado a gustar y respetar.

—¿Le dijiste intencionadamente que era alguien sin identificar? —preguntó Penn, que de repente sospechó de un posible ardid del forense.

—Puede que se me escapara, sí, pero está claro que tu jefa no puede indagar mucho en él ahora que acaba de empezar una investigación importante. Sería un error siquiera insinuárselo.

Así que, por supuesto, Keats ni siquiera se había molestado en hacerlo. Se había limitado a dejar escapar unas palabras que sabía que para la jefa jamás pasarían inadvertidas: «sin identificar». Keats sabía, como el resto de los mortales, que a Kim le molestaba el hecho de que la gente no tuviera un nombre. Todo el mundo merecía tenerlo.

—Sin embargo, a él no lo han asesinado, ¿verdad? —preguntó Penn —. No requiere una investigación, ¿no?

Keats negó con la cabeza.

—No, solo necesita a alguien que se preocupe por él.

Y ahí se hacía evidente. La confianza y el respeto que el hombre sentía por su jefa y que nunca admitiría, aunque su propia vida dependiera de que lo hiciera.

Si había una cosa que Penn tenía clara, era que no sería él quien le dijera a la jefa que la habían manipulado.

Capítulo 7

Catherine Taylor vivía en un pareado a las afueras de Kingswinford. Gracias a la búsqueda que Stacey había hecho en el censo electoral, sabían que tenía treinta y nueve años y que vivía allí con su marido, de cuarenta y uno, y sus dos hijos gemelos, de quince. Delante de la casa había un Fiat Punto aparcado.

Kim llamó a la puerta, y la abrió una mujer que claramente estaba a punto de salir de casa. En una mano llevaba las llaves del coche y en la otra, una rebanada de pan tostado.

—Lo siento, pero llego tarde a...

La mujer dejó de hablar cuando Kim sacó su identificación policial y se presentó.

—¿Podríamos pasar un momento?

—Dios mío, ¿va todo bien?

—Sí —dijo Kim cuando la mujer se hizo a un lado para permitirles entrar.

Kim se dio cuenta enseguida de que las habitaciones eran pequeñas, con techos bajos que tenían vigas de madera, y estaban amuebladas de forma sencilla.

Y había muchas, según percibió mientras la mujer los guiaba hacia la parte trasera de la casa, donde se había construido una ampliación considerable que había añadido una cocina amplia y luminosa, que parecía pertenecer a una casa completamente diferente, pues desentonaba con el conjunto.

La mujer tiró la rebanada de pan al cubo de la basura, pero no los invitó a sentarse.

—Entonces, ¿qué están...?

—Hemos venido en relación con Sandra Deakin.

Catherine empezó a hacer un gesto instintivo de negación.

—No conozco a nadie que...

—Vidente Sandy —aclaró Kim—. Sabemos que estuvo aquí el jueves por la noche.

—Así es —dijo, frunciendo el ceño—. Pero no hicimos nada ilegal.

—Por supuesto que no. Siento decirle que Sandy ha sido asesinada.

—¿Q... q... qué? —exclamó Catherine, poniéndose blanca. Miró hacia un extremo de la enorme mesa del comedor, donde presumiblemente se habría sentado la médium; luego se dirigió hacia uno de los otros asientos y los invitó a sentarse.

—¿Cómo...? Quiero decir... ¿Dónde...? ¡Madre mía!

—La historia no es fácil de escuchar —advirtió Kim—. La mataron anoche mientras paseaba a su perro.

Catherine se quedó con la boca abierta. Era evidente que la mujer estaba conmocionada por la noticia, pero Kim tenía que continuar. No se trataba de un familiar ni de una amiga. Se trataba de una clienta, la última en ver a Sandy con vida.

—Usted fue la última cita de su agenda, y queremos saber si hubo algo extraño en su comportamiento.

—Era la primera vez que la veía, así que no sabría decir si estaba actuando de forma inusual o no, pero no hubo nada que me

pareciera raro.

—¿No parecía nerviosa o distraída?

Catherine respondió negativamente con un gesto.

—¿No se fijó en algún vehículo extraño antes o después de que llegara?

—No me habría dado cuenta. El espacio frente a la entrada de la casa pareció un aparcamiento durante toda la noche.

—¿Por qué? —preguntó Kim—. ¿Es que había algún otro evento que estuviera teniendo lugar al mismo tiempo?

—No, sino que las otras llegaron y se fueron en sus coches, y además estuvo lo del malentendido con el marido de Betts.

—¿Hubo más gente aquí aquella noche?

—Ah, claro, Sandy no solo vino a verme a mí. Éramos unas cuantas de la clase de yoga. Pensamos que nos reiríamos un rato. No recuerdo quién lo sugirió, pero Betts va a verla con frecuencia.

—¿Betts?

—Bettina. Visita a Sandy a menudo. Gestionó la cita con ella, pero yo me ofrecí a organizarlo aquí —dijo Catherine con un tono de orgullo en la voz.

—Es decir, era un grupo de amigas suyas, ¿correcto?

Catherine hizo una mueca.

—Bueno, no tanto como amigas, yo no las definiría así. No conozco a ninguna de ellas desde hace mucho tiempo, pero a veces charlamos antes y después de clase. Surgió el tema y me ofrecí para que lo hiciéramos en mi casa. Ya les había hablado de mi nueva

cocina. —Enarcó las cejas—. Y también de las peleas presupuestarias que estábamos teniendo Mark y yo. Así que me pareció una buena oportunidad para mostrarles el motivo de esas discusiones.

«Para alardear», pensó Kim, percibiendo la actitud de la mujer. Hasta ahora había mencionado más veces la cocina que a la mujer fallecida.

—¿Podría darnos información sobre las otras mujeres presentes? Direcciones y números de teléfono.

—Ay, caray. No tengo todas sus direcciones, pero sí que tengo sus números en mi WhatsApp —dijo, cogiendo su teléfono.

Bryant sacó su cuaderno de notas.

—Vale, Bettina es ama de casa, tiene tres hijos pequeños y trabaja como voluntaria unas horas a la semana en una tienda benéfica para ayudar a animales en Dudley —dijo Catherine, antes de leer en voz alta su número.

—Anotado —dijo Bryant.

—Lisa Brown es una promotora inmobiliaria, o algo por el estilo. Pueden encontrarla haciéndole la vida imposible a alguien en esa obra en construcción que hay en Netherton.

—¿Los pisos? —trató de aclarar Kim.

Catherine asintió.

La inspectora conocía el lugar. Había sido un pequeño parque comercial junto a la Cinder Bank Island; ahora existía un permiso para construir treinta pisos nuevos.

—Luego está Emily, una superviviente de cáncer tras haber sido intervenida quirúrgicamente —dijo señalándose el pecho—. Eso es todo lo que sé.

Bryant anotó su número.

—Y por último está Rose, que no podría hacer la postura del perro bocabajo ni aunque le fuera la vida en ello, aunque bien que lo intenta, pobrecita. Tal vez sin esos kilos de más, pero ¿quién soy yo para juzgar a nadie?

«Pues pareces estar haciéndolo», pensó Kim, ignorando el comentario mientras Catherine leía en voz alta el número de Rose.

—¿Y dónde podríamos encontrarla?

—Buena pregunta. No sé nada de ella, salvo que trabaja en un hospital.

—Vale, ¿ya tenemos a todas las personas que estuvieron aquí el jueves por la noche?

—Sí, a menos que cuente a dos adolescentes que hicieron agujeros en mis sábanas de algodón egipcio para irrumpir en el salón haciendo ruidos aterradores.

—¿Y su marido?

—Estuvo trabajando hasta tarde. Llegó a casa una hora después de que todo el mundo se hubiera ido y se zampó el sushi que había sobrado.

Bryant guardó su cuaderno. Ya tenían todo lo que necesitaban, pero Kim sentía curiosidad por saber algo más.

—¿Fue bien la noche? ¿Alguien descubrió algo interesante? —preguntó.

—Bueno, a nadie se le apareció su tía para confesarle dónde estaba escondido aquel broche de gran valor, si es a eso a lo que se refiere.

No era eso precisamente a lo que se refería.

—Para ser sincera, el ambiente cambió un poco después de que llegara el marido de Betts. De todas formas, Lisa ya estaba furiosa después de su lectura. Parece que hay algo en su pasado que no quiere que se sepa demasiado, así que no le importó la distracción.

—¿La que causó el marido de Betts? —quiso aclarar Kim.

—Exacto, aunque ella se lo llevó a la sala de estar. Tuvieron una conversación privada, y luego fuimos conscientes de que se quedó esperándola fuera de la casa, sentado en el coche. Podría decirse que provocó que todas sintiéramos que la noche podía darse por concluida

—Aparte de eso, ¿cree que todas obtuvieron lo que querían de la sesión?

La pregunta provocó una ligera tensión en la mandíbula de Catherine.

—Ah, nadie esperaba sacar nada serio de ella. Lo hicimos solo por entretenernos, por echarnos unas risas.

Sus palabras y el tono que usó para pronunciarlas sonaban convincentes.

Pero la expresión de su rostro transmitía algo completamente diferente.

Y fue esa expresión la que siguió rondando en la mente de Kim mucho después de que vieran a Catherine subir a su coche e irse a trabajar.

Capítulo 8

Stacey decidió dejar el portátil a un lado durante un rato para centrarse en los dos nombres que le había dado la jefa: el padre George Markinson y Terence Birch. Decidió empezar por el hombre que había encontrado el cadáver.

Siguiendo su proceso habitual, tecleó su nombre en el Ordenador Nacional de la Policía, una base de datos utilizada tanto por la policía como por otros organismos.

—¡Oh! —exclamó cuando apareció su foto en la pantalla, que coincidía con la descripción que le había dado la jefa: rostro redondeado, unos treinta y cinco años, pelo castaño y un pequeño lunar en la mejilla derecha. Esa foto se la habrían hecho cuando tendría unos veinticinco, pero los detalles encajaban.

Terence Birch había llamado por primera vez la atención de la policía cuando tenía veinticuatro años. Una vecina, Charlotte Danks, de veintiséis, había denunciado que estaba siempre apostado frente a su casa.

Visita número uno: se había aconsejado a Birch que se mantuviera alejado de la denunciante.

La víctima denunció por segunda vez el mismo comportamiento.

Visita número dos: Birch había insistido en que no iba a cambiar su actitud porque le gustaba mirarla. Los agentes le habían informado de los cambios legislativos en relación con el concepto de acoso y le habían advertido de que, si continuaba con su conducta, podrían detenerlo, y tendría antecedentes penales.

Stacey sabía que había distintos tipos de acosadores: antiguas relaciones íntimas, conocidos o extraños.

Birch aseguraba que eran conocidos, pero Danks insistía en que jamás había intercambiado una palabra con él.

El juego del gato y el ratón continuó durante un par de años. Cuando Danks reunía suficientes pruebas y la policía estaba a punto de detenerlo, se mantenía alejado durante un par de meses. Con el tiempo, empezó a aparecer por el trabajo de Danks. Las advertencias de sus compañeros varones no surtieron efecto, y él siempre se aseguraba de estar en un espacio público.

Cuatro años más tarde, por fin tuvo que comparecer ante un magistrado. Le dieron un tirón de orejas y una advertencia severa.

Por lo que Stacey pudo comprobar, Charlotte Danks lo había hecho todo bien. Había escrito en diarios, hecho fotos y solicitado órdenes de alejamiento, que él incumplió, lo que lo llevó a la cárcel durante seis meses.

Danks se mudó de casa, pero no cambió de trabajo. Al día siguiente de salir de prisión, Birch volvió a aparecer por su oficina. Un año después y tras otra temporada bajo reclusión, Danks se había trasladado a Somerset. Al cabo de una semana, la encontró y se repitió el mismo patrón. Hacía apenas un año, cumplió otra condena en prisión y, cuando lo pusieron en libertad, Danks había vuelto a marcharse.

—Jesús —dijo Stacey, preguntándose por qué Birch no parecía haber captado el mensaje.

Ese campanero escondía mucho más de lo que se podía percibir a simple vista.

Stacey sabía que tenía que encontrar la manera de hablar con Charlotte Danks. Aunque no constaba en los registros, tenía que

averiguar si Birch la amenazó alguna vez con violencia física. ¿Era quizá posible que hubiera transferido sus sentimientos hacia Sandra Deakin?

Volvió a revisar la información.

—¡Bingo! —exclamó al ver que la hermana de Charlotte figuraba como contacto de emergencia. Llamó al número de Ella Danks.

—Hola —respondió una voz femenina al segundo tono.

—Hola, mi nombre es Stacey Wood, del Departamento de Investigación Criminal de Halesowen. ¿Tiene un minuto para hablar?

—¿Sobre qué? —El tono no era ni cálido ni frío. Más bien, cauteloso.

—Sobre su hermana.

—Yo no tengo ninguna hermana —reaccionó.

Stacey se quedó confusa solo un segundo.

—Ella, voy a colgar la llamada, pero ¿podría a continuación llamar a mi comisaría y pedir que le pasen conmigo para que pueda así comprobar que no le estoy mintiendo?

Escuchó dudas antes de que la línea se cortara.

Stacey no tenía ni idea de si iba a devolverle la llamada o no, pero tamborileaba con los dedos en el escritorio, llena de expectación. Después de lo que había pasado su hermana, podía entender que la mujer pensara que Birch le había pagado a alguien para hacer aquella llamada y conseguir información sobre Charlotte.

Sonó el teléfono.

—Ayudante de detective Wood —respondió ella.

—Vale, me creo que es quien dice ser, pero eso no significa que vaya a contarle nada.

—Necesito hablar con Charlotte.

—Eso no va a suceder.

—Es en relación con Terence Birch.

—Fíjese, eso ya lo había deducido. La única relación que mi hermana tuvo con la policía fue por culpa del cabrón ese, pero, pase lo que pase, no se va a acercar a ella nunca más.

—Ella, no tengo intención de ponerla en peligro. Solo necesito hablar con Charlotte.

—Le digo que no. Soy la única persona que tiene contacto con ella y no va a lograr superar mi barrera.

—Tal vez su madre...

—No lo sabe y no ha visto a Charlotte desde hace más de un año, cuando el hijo de puta consiguió engañarla y sacarle la última dirección de mi hermana. Si habla con mi madre, iré a por usted.

—¿Está amenazando a una oficial de policía? —preguntó Stacey.

—Ha sido usted quien se ha puesto en contacto conmigo, así que, si hemos terminado, yo...

—Espere —dijo Stacey, que no entendía cómo habían podido alcanzar tan rápidamente ese nivel de hostilidad en la llamada. En condiciones normales habría reaccionado ante la grosería y las amenazas de aquella mujer, pero Stacey comprendió que solo estaba tratando de proteger a su hermana. Además, quería algo de Ella que no estaba obligada a darle. Tenía que controlar su agresividad.

—Mire, Ella, siento recordarle todo este asunto. No soy capaz de imaginar por lo que pasó Charlotte, o lo que tuvieron que aguantar ustedes, sus allegados. No quiero causar ningún dolor a nadie.

Un suspiro.

—No pasa nada. Soy un poco sobreprotectora. No quiero que vuelva a acercarse a ella. Mi madre vive a diario con la culpa de haber sucumbido a aquel engaño. De verdad que no puedo permitir que hable con Charlotte. Por fin está mejorando de su crisis nerviosa, y cualquier mención que se le haga de ese hombre haría que diera un paso atrás en su proceso de recuperación. Pero la ayudaré si está en mi mano.

Con lo que le había contado, Stacey no quería presionarla más e iba a aceptar cualquier cosa que le pudiera ofrecer.

—¿Puede contarme lo que pasó?

—No me cabe duda de que puede leerlo en los informes.

—Cuénteme lo que pasó de verdad.

—El desgraciado ese se obsesionó con ella. Charlotte nunca le dirigió la palabra. Creo que le sonrió una vez cuando salió para sacar el cubo de la basura. Esa noche lo sorprendió de pie frente a su casa, mirando fijamente la ventana de su habitación. Daba igual lo que ella hiciera, él no paraba. No hacía caso ni a la policía ni a los tribunales ni a las amenazas físicas de mi novio. Ni siquiera sirvió de nada que pasara algo de tiempo en la cárcel. La convirtió en un manojo de nervios. No podía comer ni dormir por miedo a cómo fuera a actuar a continuación. Vivía con las cortinas echadas y se sobresaltaba ante cualquier ruido inesperado. Lo veía en cualquier lugar al que iba. Cambió su vida y su personalidad por completo.

—¿Alguna vez la tocó, le hizo daño? —preguntó Stacey.

—¿Cree que eso cambia las cosas? ¿No es suficiente que la torturara mentalmente durante casi diez años? ¿Habría preferido que algo físico...?

—No, no es eso lo que estoy diciendo —corrigió Stacey con rapidez.

Recordaba una vez, cuando tenía unos trece años, en la que Kayla, la típica acosadora del colegio, le dijo que le iba a dar una paliza. Stacey vivía aterrorizada, esperando la agresión en cada momento. Se convirtió en algo en lo que no podía dejar de pensar día y noche, esperando, casi rezando, que Kayla lo hiciera ya de una vez para poder dejar de tener miedo.

Un día, Stacey volvió a casa andando desde el colegio, habiendo calculado bien el momento para poder cruzarse en el camino de Kayla cuando pasaba por el parque junto a sus amigas; la oportunidad perfecta. «Que todo termine ya —había gritado su mente—. Quiero un poco de paz».

Kayla pasó de largo sin mirarla y Stacey se dio cuenta de que la amenaza había sido completamente vacía, y de que había significado mucho más para ella que para la matona. En ese caso, no se trataba del mismo nivel de amenaza, pero podía entender a lo que Ella se refería.

—Ella, no estoy minimizando las acciones de Birch o el efecto que tuvieron en Charlotte, pero hay una razón por la que necesito saberlo con seguridad.

—Lo ha vuelto a hacer, ¿verdad? Solo que esta vez le ha hecho daño a alguien, tal y como mi hermana decía una y otra vez.

—¿Alguna vez la llegó a tocar?

—No, pero Charlotte sentía que era solo cuestión de tiempo.

—¿Estaba completamente convencida de que iba a hacerle daño?

—Acababa de ver un documental sobre Shana Grice, que fue asesinada por Michael Lane en 2015.

Stacey recordaba aquel caso. Lane había puesto un rastreador en el coche de Grice que lo avisaba cada vez que se movía. Una vez le arrebató el teléfono y la agarró del pelo. Al final, algún tiempo después, un día se coló en su casa, le rebanó el cuello y prendió fuego a su dormitorio. Tenía diecinueve años.

—Pero fue un exnovio, ¿no? —preguntó Stacey.

—Sí, pero no era eso lo que la asustaba de aquel caso. Shana Grice denunció por primera vez ante la policía de Essex el ocho de febrero. El veinticinco de agosto estaba muerta.

Stacey recordaba que la policía de Essex fue muy criticada por no tomarse en serio las denuncias de Shana. El hecho de que hubiera acosado previamente a otras trece mujeres debería haber puesto de manifiesto lo peligroso que era aquel hombre.

—Entonces, ¿sentía Charlotte que Birch podía ser capaz de matarla?

—No, cortó lazos con su familia y amigos y se mudó al otro lado del mundo por pura diversión.

—¿A pesar de que nunca la hubiera tocado?

—Lo tenía clarísimo; no tenía duda alguna de que, si no se quitaba de en medio, acabaría encontrando la forma de matarla.

Capítulo 9

Kim se detuvo ante la valla metálica de la obra intentando llamar la atención de alguien. Las señales que tenía a su alrededor dejaban claro que no se podía entrar.

Un momento de pausa en el ruido de las excavadoras y otras máquinas le dio una oportunidad.

—¡¡Eh!! —gritó con todas sus fuerzas.

—Impresionante —reaccionó Bryant cuando un hombre que estaba repostando una de las excavadoras miró por fin hacia ella.

Le hizo señas para que se acercara.

—Tengo que hablar con Lisa Brown —dijo.

El hombre hizo un gesto indicando que no sabía de quién le estaba hablando.

—La jefa.

—Mi jefe es Derek, así que...

—La jefaza —dijo, haciendo un círculo con la mano para referirse a la obra en su totalidad.

—Ah, ella. Espere un momento —dijo antes de alejarse.

Se acercó a otro hombre que llevaba el mismo uniforme, pero con un casco de diferente color. Supuso que se trataría de Derek, que miró hacia ellos y luego desapareció. El primer tipo retomó el repostaje de su excavadora.

Kim dio un paso atrás cuando sonó su teléfono.

—Dime, Stace.

—Hola, jefa, te llamo para comentarte que puede que sea necesario investigar algo más profundamente a Terence Birch.

—Continúa.

—Tiene antecedentes por acoso, y no estamos hablando de cosas triviales, sino de una obsesión sostenida por una mujer que duró años, a pesar de las órdenes judiciales y de pasarse un tiempo en la cárcel.

—¿Hubo violencia? —preguntó Kim, recordando la foto del cuerpo ensangrentado de Sandra.

—Hasta donde sé por el momento, no, pero...

Pero aun así había que hacerle un seguimiento.

—¿Sigues en la oficina?

—Sí.

—Cógete un coche, supervísalo un poco y luego me cuentas.

—Me pongo de inmediato, jefa —dijo Stacey para finalizar la conversación.

Kim volvió a colocarse junto a su compañero.

—¿Te imaginas tener que gestionar todo esto? —preguntó Bryant, fijándose en todas las furgonetas que estaban aparcadas una al lado de la otra. Por los colores distintivos se podía deducir que había constructores, empresas de drenaje, electricistas y fontaneros. Todos contratistas diferentes, con prioridades, normas y jefes distintos.

Coordinarlos a todos no sería tarea fácil, y la persona responsable de hacerlo se dirigía en aquel momento hacia ellos con paso decidido.

Lisa, de aproximadamente un metro setenta y cinco, se movía con seguridad entre maquinaria, agujeros en el suelo y pilas de materiales apilados. Llevaba el pelo color caoba recogido bajo un casco amarillo con la palabra «jefa» escrita con rotulador en la parte delantera. Un chaleco reflectante naranja cubría una camiseta negra y unos vaqueros.

Empujó la puerta para abrirla, salió y volvió a cerrarla antes de hablar.

—Si se ha producido otra queja por ruido, nos hemos asegurado de que no haya maquinaria en funcionamiento antes de...

—No somos del ayuntamiento —dijo Kim mientras tanto ella como Bryant presentaban sus identificaciones policiales.

Lisa los miró fijamente.

—¿Saben?, aunque estoy segura de no haber hecho nada malo, en mi cabeza estoy repasando el día de hoy al completo para asegurarme.

Kim lo entendía. A veces eran como una conciencia ambulante.

La mujer volvió la vista hacia la obra e hizo una mueca.

—¿Cómo puedo ayudarlos?

—No se trata de nada relacionado con su trabajo —la tranquilizó Kim, desplazándose hacia el lateral del edificio, ya que la excavadora se había vuelto a poner en marcha.

La mujer la siguió, aún más confusa. Se quitó el casco y dejó al descubierto la marca que le había dejado, en forma de una línea roja

que le cruzaba la frente.

—¿Estuvo usted en una especie de evento la otra noche, una sesión esotérica?

Su rostro reflejó un destello de diversión.

—Ay, Jesús, no habrá matado Catherine a la vidente, ¿no?

Kim y Bryant intercambiaron una mirada, pero se mantuvieron en silencio.

—Ey, he visto eso. ¿Qué... qué ha pasado?

—Anoche asesinaron a la Vidente Sandy en un cementerio.

—¡Jesucristo! —exclamó Lisa, dirigiéndose hacia la pared que tenía detrás para apoyarse en ella—. ¿Dice que está muerta?

—Así es —confirmó Kim.

Sacudió la cabeza varias veces.

—No creerán que...

—La sesión esotérica del jueves fue su último compromiso laboral, así que estamos recopilando los relatos de las últimas personas que estuvieron con ella.

—Estaba bien, al menos que yo recuerde. Se avergonzó un poco cuando derramó vino tinto sobre la alfombra nueva de Catherine, que trató de reírse de ello, pero sonó bastante forzado, no sé si me explico. Sandy se ofreció a pagar una limpieza profesional, pero no creo que Catherine llegara a relajarse del todo después de aquello.

Su mirada se desvió hacia la distancia.

—Lo siento, todavía estoy tratando de procesar que la mujer está muerta. Es decir, en mi opinión parecía estar bien, pero Betts la conocía desde hace tiempo.

—Catherine nos ha contado que el marido de Betts apareció por allí, y nos ha hablado de algún tipo de problema de comunicación entre ellos.

—Ya, claro —soltó Lisa con resignación.

Kim no dijo nada.

—El único problema de comunicación entre esos dos es que Betts aún no ha encontrado el valor suficiente para decirle que es un gilipollas insufrible, misógino y controlador.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—Agente, ¿alguna vez ha pasado tiempo con alguien que transmite más por sus silencios que por sus acciones?

—¿Como por ejemplo?

—Mirar constantemente el reloj cuando íbamos a tomar un café después de clase e irse exactamente a las nueve en punto. Enumerar sus actividades y no mencionar jamás ayuda de ningún tipo por parte de David. Un par de comentarios sarcásticos de él acerca del peso que había ganado tras el embarazo. ¿Se hace una idea?

Sí, por desgracia, sí.

—¿Y fue idea de Bettina organizar la fiesta? —preguntó Kim.

—Ah, no, para nada, fue cosa de Catherine. Betts mencionó alguna vez que había ido a ver a Sandy, pero fue Catherine quien sugirió que nos juntáramos en su casa para echarnos unas risas.

No era exactamente lo que Catherine les había contado.

—¿Y se las echaron? Las risas, quiero decir —preguntó Kim.

—Yo sí. Me lo pasé muy bien. No me creí ni una palabra, pero fue muy entretenido y me lo tomé como lo que era, una noche de diversión despreocupada para desconectar del trabajo —dijo, señalando con la cabeza hacia la obra.

—Catherine nos ha dado a entender que usted escuchó algo que no fue muy de su agrado. ¿Algo de su pasado?

La cara de Lisa se tensionó.

—Pues claro que se lo ha contado.

—¿Y es algo que quisiera compartir con nosotros?

—La verdad es que no, pero, viendo que son ustedes policías y que les va a resultar bastante fácil averiguarlo, voy a admitir que tengo antecedentes. Un episodio violento al final de mi adolescencia. —Levantó las manos—. Aprendí la lección y no volvió a ocurrir nunca más.

—¿Por qué le molestaría algo así? Sucedió hace años.

—No sé cómo obtuvo Sandy esa información, pero, siendo sincera, digamos que no es una cosa que yo vaya publicitando por ahí.

—¡Ah! —dijo Kim, entendiendo ahora la cuestión. Señaló con la cabeza la obra—. No aparece en su currículum, ¿verdad?

—Ni en el formulario de solicitud ni en el descargo de responsabilidad —dijo con sinceridad—. Y, si Catherine se enteraba, desde luego no se quedaría en mi pasado, donde debería permanecer.

—¿Catherine y usted no se llevan bien?

—A ella le gusta jugar el papel de mandamás y hay algo en mi interior que desafía ese hecho. —Se encogió de hombros—. Como si no tuviera suficientes personas de ese tipo con las que lidiar aquí.

—Debe ser difícil —dijo Kim.

—Sí que lo es. Por eso voy a clases de yoga. Detesto el ritmo que tienen, pero me obligan a bajar la velocidad y relajarme, algo que normalmente no se me da muy bien. Siempre hay... —Sonrió cuando una figura en la puerta le hizo un gesto para llamar su atención. Lisa levantó la mano para indicar cinco minutos. El hombre desapareció de la vista.

—Si es urgente, por favor...

—No lo es. Kenny es mejor fontanero de lo que se cree. Si le pido cinco minutos, encontrará la solución por sí mismo.

—¿Es esa su forma de gestionar las cosas? —preguntó Kim, intrigada—. ¿Ignorarlos un rato para que encuentren la respuesta por sí solos?

—En la gestión no se puede tener un único estilo, sobre todo cuando eres una mujer que tiene que dirigir a hombres, sin ánimo de ofender —le dijo a Bryant.

—No se preocupe, no lo hace. Imagino que tiene que ser bastante rígida para gestionar tantas personalidades diferentes en este entorno.

Lisa sonrió.

—¿Es esa su forma de preguntarme, sin querer sonar sexista, cómo se las apaña una mujer para dirigir a unos cien hombres?

Bryant se puso ligeramente colorado. A Kim le gustaba la franqueza de la mujer y estaba descubriendo mucho sobre ella con solo

presenciar la conversación.

—Podría decirse que sí —admitió Bryant.

—Imagino que su jefa sabrá a lo que me refiero si le digo que no siempre ha sido fácil. Enseguida me di cuenta de que los hombres también son personas. No soy una feminista radical, no quiero estar por encima de los hombres. Esas actitudes solo sirven para dividir. Quiero que todo el mundo tenga la oportunidad de triunfar. En mi trabajo tengo que ser justa. Si alguien la caga, se le dice sin rodeos. Si lo hace bien, se le felicita. No es tan complicado. Tengo que ser justa y coherente. ¿Quiere saber algo más?

Bryant hizo un gesto de negación con la cabeza.

—¿Quiere un trabajo o es feliz en el suyo? —le preguntó Lisa, apartándose de la pared.

—Estoy bien, gracias —respondió Bryant.

—¿Puedo? —preguntó Lisa, señalando con la cabeza las puertas de la obra.

—Una última cosa —pidió Kim mientras Lisa cogía su casco—. ¿Le pareció Sandy una persona auténtica?

Se lo pensó un momento y luego se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que soy una escéptica y estoy convencida de que sabía cosas de mi pasado de alguna otra forma. Algunas de las otras prestaban atención a cada una de sus palabras y asentían con energía ante cada frase. He visto cosas en la tele que no puedo explicar, pero ella no me causó un gran impacto, no me dejó boquiabierta. No me pareció que hiciera ninguna revelación interesante, pero puede que otras no estén de acuerdo conmigo. No me parece justo ponerme a opinar sobre ella, sobre todo porque está muerta.

Kim asintió, dando a entender que comprendía a Lisa.

—Si puedo ayudarlos en algo más, solo tienen que volver a la obra. Estoy siempre aquí, además literalmente, porque llevamos algo de retraso sobre el calendario inicial previsto.

—Gracias por su oferta —dijo Kim, dándose la vuelta.

—Oiga, inspectora —exclamó Lisa.

Kim se giró.

—Esa ocurrencia que he tenido sobre que Catherine matara a la vidente era solo una broma, ¿eh?

Kim asintió y continuó andando hacia el coche.

No se le había cruzado por la cabeza en ningún momento que no hubiera sido una broma. ¿Por qué Lisa habría considerado necesario aclarárselo?

Capítulo 10

—Bueno, ¿qué sabemos de él? —preguntó Penn, una vez que el cuerpo sin identificar estuvo fuera de la nevera y sobre la mesa de autopsias.

Keats echó hacia atrás la sábana que lo cubría. Penn se acercó más para mirar con mayor atención.

Supuso que andaría entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años; su pelo era más gris que castaño. No observó piercings ni tatuajes ni nada que pudiera ayudar a identificarlo.

—Lo encontraron en el paso subterráneo de Stourbridge, ya fallecido; llevaría unas doce horas muerto. Echa un vistazo y dime lo que ves.

—Altura media, peso por debajo de lo estándar. Me imagino que ya lo has limpiado un poco, ¿no?

—No tanto como cabría esperar —respondió Keats.

—Uñas limpias, orejas limpias. Sin juanetes ni callos fruto de unos zapatos mal ajustados. —Hizo una pausa y levantó la vista—. ¿Puedo tocar?

Keats le facilitó un par de guantes.

Se los puso y luego giró las manos del hombre con suavidad.

—Tampoco aquí hay callos. De hecho, tiene unas manos bastante suaves.

Keats asintió.

—Todos los órganos están sanos sin signos de excesos, pero hay algo un poco más intrigante aún. Ábrele la boca.

—¿Perdón?

—Bueno, simplemente levántale el labio superior.

Penn lo hizo.

—¿Carillas dentales?

—Y de las mejores —dijo Keats.

Penn era consciente de que la salud bucodental no era una de las prioridades de la gente que no sabía cómo iba a comer al día siguiente.

—Umm... No parece un vagabundo normal —reconoció Penn, sintiendo esa primera punzada de curiosidad que acompaña a una anomalía.

—En resumen, este hombre tiene aproximadamente unos cuarenta y cinco años, estaba razonablemente sano hasta el aneurisma y sin duda tuvo bastante dinero en algún momento de su vida, pero no hay pista alguna sobre su identidad. ¿Quién era? ¿Y dónde está su familia? Porque puede que viviera en la calle, pero no llevaba mucho tiempo haciéndolo.

Penn se preguntó si identificar a aquel desconocido iba a ser tan sencillo como su jefa se había imaginado en un principio.

Capítulo 11

Bettina Ford vivía en una casa unifamiliar de nueva construcción en una urbanización reciente a las afueras de West Hagley.

A pesar de ser una casa independiente, el espacio entre ella y la que estaba al lado era inferior a la longitud de una persona de estatura media.

Kim recordó los anuncios colocados por toda la urbanización que proclamaban «viviendas asequibles». Sabía que eso significaba que la mayoría de las propiedades costarían más de trescientas mil libras y que si acaso el diez por ciento estaría por debajo de esa cifra.

La casa que iban a visitar contaba con un gran ventanal junto a la entrada, y sobre este había dos ventanas blancas idénticas de PVC rígido. En un lateral se había añadido un garaje con espacio para un solo coche.

La puerta se abrió y enseguida pudieron oír un bebé llorando de fondo, antes de que la mujer abriera la boca.

—Lo siento, ¿puedo ayudarlos en algo?

Llevaba el pelo recogido en un moño desordenado sobre la coronilla, y tenía las manos llenas de salpicaduras de pintura.

Ambos mostraron sus identificaciones policiales.

—¡Oh, Dios mío! —dijo, mirando hacia la carretera—. ¿Hay alguien herido?

—No, es a usted a quien hemos venido a ver. Bettina, ¿verdad? —dijo Kim.

—Solo si es usted mi madre y no he hecho los deberes a tiempo.

Kim sonrió.

—De lo contrario, puede llamarme Betts.

—De acuerdo, Betts. ¿Podemos pasar?

—Por favor, adelante, dado que ya saben mi nombre.

Entraron en la casa y la siguieron hasta la parte trasera, donde había una terraza acristalada.

Un bebé, que Kim supuso que tendría unos seis meses, emitía sonidos satisfechos al succionar mientras dormía.

—¡Oh, está en la edad perfecta! —dijo Bryant, sonriendo hacia el moisés.

—Sí, a estas alturas, aún puedo estar segura de que lo voy a encontrar en el mismo sitio en el que lo dejé. Los otros dos están en el colegio, así que... —Señaló hacia una pequeña cómoda que parecía estar reformando.

—¿Es ese su trabajo? —preguntó Kim, tomando asiento en uno de los sillones de mimbre.

—La verdad es que no. No tengo suficiente confianza como para exponerme demasiado, así que me limito a trastear y juguetear un poco.

Aunque Kim no sabía mucho de restauración, parecía que Betts sabía lo que hacía.

—No tengo un trabajo de verdad. Solo soy esposa y madre.

—Que es el trabajo más duro del mundo —dijo Bryant, echando de nuevo un ojo al moisés.

Kim tuvo la sensación de que Bryant estaba empezando a desear tener un nieto, pero su única hija, Laura, estaba centrada en su carrera de matrona.

—Tenemos entendido que usted asiste a una clase de yoga con algunas amigas, ¿es cierto?

—Yo no las llamaría amigas, pero sí, es una tarde a la semana que, o me la paso retorciéndome para lograr posturas imposibles, o tomándome una ginebra para poder darme un respiro. En realidad, es una buena forma de deshacerse de los kilos ganados tras el embarazo —dijo, dándose palmaditas en el estómago.

—¿Organizaron recientemente unas cuantas del grupo una sesión de esoterismo? —preguntó Kim.

—Sí, vino Sandy y nos hizo una lectura a cada una de nosotras.

—¿Y usted conocía a Sandy bastante bien?

—Sí, claro, la visito cada dos meses para... Un momento. Acaba de decir «conocía», en pasado. ¿Ha ocurrido algo?

Kim tomó aire.

—Me temo que tengo que decirle que Sandy fue asesinada anoche.

—¿Q...? ¡¿Qué?! —preguntó, llevándose la mano a la garganta.

—Lo siento, pero esa es la verdad. No hay forma de disfrazarlo. Fue una agresión particularmente brutal, y entendemos por lo que nos han contado las demás que usted era la que la conocía mejor.

—Sí, si consideramos que había quedado con ella muchas veces antes de esa noche, pero solo en un contexto profesional. No es que fuéramos amigas ni nada por el estilo.

—Si ella hubiera estado comportándose de manera diferente, tal vez si tuviera algo que le rondara la cabeza, ¿habría sido usted capaz de notarlo? —preguntó Bryant.

—No lo creo. Estuvo un poco más distante de lo normal, pero eso se debe a que estaba en una cita grupal. Nuestras sesiones individuales eran más íntimas, pero intentó dedicarnos el mismo tiempo a todas, excepto a Catherine, que intentó acapararlo todo.

—¿Y fue idea de Catherine celebrar la sesión?

—¡Desde luego que sí! Se me acercó antes de clase hace un par de semanas y me contó lo que se le había ocurrido hacer.

En el espacio de unas pocas horas, habían pasado de que Catherine se limitara a permitir al grupo celebrar el evento en su casa a ser la persona que lo inició activamente. No se trataba de ningún delito, así que ¿por qué les mintió al respecto?

—¿Hubo algún enfrentamiento entre alguien?

—No, no, la cosa no funciona así. El ambiente es tranquilo. Sí que hubo la típica disputa entre Lisa y Catherine, que Rose apaciguó como de costumbre. Es la mayor y no le gustan los conflictos.

Kim tomó nota de ese hecho para más tarde.

—¿Y sobre qué fue esa disputa?

—Oh, pues de todo un poco, como siempre. Lisa le dio un consejo a Catherine acerca de cómo eliminar la mancha de vino tinto de la alfombra, y ella le respondió de forma cortante.

—¿Hay tensión entre las dos?

Betts puso una expresión de desagrado.

—Solo son reproches. No pasan suficiente tiempo en la vida de la otra como para que se trate de algo serio: clase de yoga semanal, un café ocasional al salir... Son mujeres muy fuertes y las dos quieren estar al mando.

—¿De qué? —preguntó Bryant.

—Es que es eso, no hay nada que controlar, así que las demás nos cruzamos de brazos y las dejamos a lo suyo. Excepto Rose, que interviene si la cosa se calienta demasiado. Solo ellas dos podían impregnar de negatividad una experiencia tan positiva.

Como si recordara de repente el motivo de la visita de los policías, su rostro se desencajó.

—¿De verdad que está muerta?

Kim asintió.

—¿Puedo preguntar por qué utilizaba usted sus servicios?

—Es más barato que ir a un psicólogo —bromeó Betts tímidamente.

Kim esperó a que la mujer continuara hablando.

—No sé. Supongo que sentía que me conocía de verdad. Me guio muy bien en situaciones difíciles —añadió, levantando los hombros de forma despreocupada.

—¿Puedo preguntarle a qué tipo de situaciones se refiere?

Betts tragó saliva.

—Entre mi segundo hijo y el pequeño Joseph sufrí un aborto. Uno tardío, literalmente días después de comunicar la noticia a nuestros allegados. —Sus ojos enrojecieron, pero continuó—: Sandy me dijo que me iba a volver a quedar embarazada en menos de un año y que sería un niño.

La mente analítica y escéptica por naturaleza de Kim le quitó mérito con rapidez. La mujer que tenía delante era claramente fértil, puesto que había sido su tercer embarazo. Resultaba razonable que lo intentaran de nuevo, y el sexo del niño siempre era una apuesta al cincuenta por ciento. No es que hubiera sido una predicción demasiado brillante.

—Me dio esperanza —continuó Betts—. Me aterrorizaba no poder tener más hijos, así que la ilusión hizo que fuera capaz de superar el duelo.

Kim no comprendía por qué algunas personas tenían algo en su interior que les hacía querer conocer su destino u obtener confirmación y validación de sí mismas por otros medios. ¿Por qué ceder ese control a otra persona?

—¿Y dice que Catherine estuvo monopolizando la sesión?

—Hombre, y tanto, hizo todo tipo de preguntas sobre su futuro. O sea, quería detalles muy concretos: fechas, horas, lugares y nombres. Sandy quería avanzar todo el rato, pasar a otra cosa. Siendo sincera, podría entender que hubiera sido Emily la que se hubiera mostrado tan enérgica como lo hizo Catherine. Esa sí es una mujer a la que se le podría perdonar que acaparara la sesión y tratara de averiguar tantas cosas como pudiera.

—¿Y eso por qué? —preguntó Kim.

Betts hizo un ademán con la mano.

—No me corresponde a mí contárselo. Lo entenderán cuando la conozcan.

Kim estaba intrigada. Emily era la siguiente persona de su lista. Iba a abrir la boca cuando la puerta de la entrada se abrió de golpe.

—Bettina, Bettina, ¿por qué no contestas al...?

El hombre que apareció dejó de gritar al entrar en la terraza. Su rostro enrojecido no perdió ni un ápice de color al ver a las personas que se encontraban en su casa.

Kim no tenía ninguna duda de que aquel hombre bajito, furioso y ligeramente pasado de peso era David.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó mirando a Bryant.

El bebé se revolvió al oír la voz del hombre.

Bettina le echó un vistazo mientras mecía el moisés.

—Somos agentes de policía —dijo Kim, poniéndose de pie y mostrando su identificación—. Hemos venido para hablar con su mujer sobre Sandra Deakin.

Una expresión de satisfacción se dibujó en su rostro.

—¿Por qué, qué ha hecho ahora? Me la voy a jugar a que se trata de algún fraude. Se está quedando el dinero de la gente bajo falsas excusas y por fin están haciendo algo al respecto. ¿He acertado? —preguntó, cruzándose de brazos y apoyándose en el marco de la puerta.

—David —siseó Bettina.

—Sandra Deakin ha muerto, asesinada —dijo Kim, sin hacer ningún esfuerzo por suavizarle el golpe a alguien que, evidentemente, no la apreciaba.

—Oh. Vaya, siento oír eso —dijo, dejando caer los brazos para que sus manos cayeran dentro de los bolsillos.

—No parece muy afectado —observó Kim con sinceridad—. Tenemos entendido que vio a Sandy el jueves por la noche, cuando llegó antes de tiempo a recoger a su mujer, ¿es correcto?

—Fue un error tonto. Bettina me dijo por equivocación que la recogiera a las ocho.

—No, David, eso no es verdad —dijo Betts, alejándose del bebé, que parecía haberse vuelto a dormir—. Te había dicho a las nueve, el error lo cometiste tú.

Betts habló en voz baja pero con firmeza. A David se le dilataron las fosas nasales, pero no llevó más allá la disputa.

—Esa mujer le ha metido todo tipo de ideas en la cabeza —dijo, señalando con la cabeza a su mujer, cuyas mejillas enrojecieron de pura vergüenza—. Desde que empezó a pasar tiempo con ese fraude andante, no deja de responderme con insolencia.

—¿Insolencia? —exclamó Kim. Sonaba como si estuviera hablando de un niño protestón y contestón.

—Ya saben a lo que me refiero. Esta no es la mujer con la que me casé, y esa maldita provocadora ha estado incitándola a montar un negocio y ganar su propio dinero. Me ha dicho cosas que nunca me habría dicho antes de conocer a Sandra.

Kim se sorprendió de la transparencia que mostraba aquel hombre sobre sus problemas matrimoniales ante completos desconocidos. Significaba, de forma muy obvia, que estaba convencido de que su aversión hacia Sandy estaba más que justificada, y solo trataba de ganar adeptos para su causa. Y, por supuesto, el hecho de que Betts empezara a hacerse valer no podía ser consecuencia de su propia voluntad, reflexionaba Kim mientras Betts se ponía las manos en las caderas antes de contestar.

—La gente cambia, David. Ya te he explicado que tengo que hacer algo por mí misma. Lo siento, oficiales, ustedes no tendrían por qué estar escuchando todo esto.

«Al contrario», pensó Kim. La escena en su conjunto era muy reveladora. Aquel hombre estaba perdiendo el control sobre su mujer y la idea no le gustaba lo más mínimo.

—Le sugirió a Betts que me dejara, que encontrara a alguien nuevo —dijo, con los ojos llenos de ira.

Betts levantó las manos y salió furiosa de la terraza, mientras Kim intentaba entender la lógica de su marido.

—¿Está diciendo que Sandy animó a Betts a poner fin a su matrimonio y, también por otro lado, que Betts hacía todo lo que ella le decía?

—Era una entrometida, venenosa...

—Entonces, ¿por qué sigue Betts aquí? —preguntó Kim con sencillez —. Si hacía todo lo que Sandy le decía que hiciera, ¿por qué no se ha ido todavía?

—Tiene la intención. Sandra la ha animado a hacerlo y es solo cuestión de tiempo que cumpla con lo que la chiflada esa le dijo. Y me da igual que esté muerta. Desprecio cada una de las palabras que han salido de su boca.

La mente de Kim fue directa a la imagen que tenía almacenada de Sandra, tendida entre las lápidas, cubierta de sangre, con una raja en la boca que aquel hombre tanto despreciaba.

Capítulo 12

Stacey salió del coche patrulla al final de la calle en Coombs Wood.

Dio unos golpecitos en la ventanilla para indicarle al policía que la había llevado hasta allí que se fuera. Nunca superaría el sentimiento de culpabilidad que le causaba el hacer perder su tiempo a un agente para que la llevara de un lado a otro. Tomó la decisión de que iba a aceptar la oferta que Devon le había hecho de darle clases de conducir gratis.

Después de asegurarle a su compañero que volvería en Uber, el coche comenzó a alejarse de la acera.

Recorrió la calle estrecha prestando atención a los números de las casas. Pasó por delante del diecisiete, la casa donde había vivido Charlotte Danks. Dio un par de pasos más y divisó la casa de Terence Birch al otro lado de la calle. Lo primero en lo que se fijó fue en una cuba de obra que había justo delante de la misma y lo segundo, en que aquel hombre había disfrutado de una vista clara y sin obstáculos de la casa de Charlotte desde cualquiera de las ventanas de su fachada. No le hacía ninguna falta apostarse frente a su casa, de pie en la calle, para poder observarla, lo cual implicaba que eso lo había hecho tan solo con el objetivo de aterrorizarla. La recorrió un escalofrío, pero trató de ignorarlo. No estaba allí para juzgarlo por sus delitos pasados, sino para ver si tenía alguna relación con el que estaba investigando en la actualidad.

Un hombre se acercó a la cuba portando una vieja mesita de noche. La arrojó a la cuba y miró a Stacey.

—¿Terence Birch? —preguntó, ofreciéndole una sonrisa. De inmediato, recordó que esa acción fue precisamente lo que parecía

haber metido a Charlotte en problemas con él, así que se apresuró a intentar forzar una expresión neutral en su rostro.

—Soy yo —respondió, limpiándose las manos en los vaqueros.

Stacey se presentó.

—He venido para repasar un par de cosas de su declaración, si le parece bien.

—Quiere decir que ha descubierto mi historial y ahora me he convertido en sospechoso. Sabía que eso iba a suceder, maldita sea —se quejó furioso, golpeando la parte superior de la cuba con ambas manos.

A Stacey la pilló desprevenida su repentina explosión de ira. Dio medio paso atrás.

La jefa lo había descrito como una persona apocada, inofensiva y débil.

—Debería haberla ignorado. Alguien la habría encontrado tarde o temprano.

—¿Podemos acercarnos a la entrada de la casa, señor Birch?

Normalmente le habría pedido hablar dentro, pero la idea la hacía sentir incómoda.

—No, la verdad es que no —dijo, plantando los pies con firmeza—. Estoy un poco ocupado organizando las pertenencias de mi difunta madre.

—Siento su...

—No lo siente, así que ahórrese los tópicos.

A Stacey le costaba entender cómo existía ese nivel de hostilidad después de tan poco tiempo de conversación, y no sabía cómo restablecer cierta normalidad. El problema era que él había acertado de lleno sobre el motivo de su visita.

—Tenemos entendido que conocía a Sandra Deakin —dijo, avanzando con determinación. Tenía que hacer las preguntas, independientemente de su hostilidad

—La he visto en el cementerio unas cuantas veces. No somos amigos ni nada por el estilo.

—Pero ha hablado con ella algunas veces, ¿no?

—Sí, ¿y qué?

«Que te hizo falta aún menos para llegar a obsesionarte con una de tus vecinas», quiso decir.

—Querría saber sobre qué hablaron.

—Sobre nada que sea asunto suyo, joder, y si no mantiene esta misma conversación con todas las demás personas con las que Sandra haya hablado alguna vez, la voy a demandar por acoso —dijo, dando un paso hacia ella.

Stacey se mantuvo firme, deseando por un momento no haberle dicho al agente que la había traído en el coche patrulla que se fuera.

Por lo que respectaba a su temperamento, el hombre ya estaba a punto de estallar, así que Stacey no tenía nada que perder.

—¿No existiría la posibilidad de que se hubiera obsesionado con...?

—Anda, váyase a la mierda, maldita estúpida. Si está tratando de hacerme responsable de lo que le ha pasado a Sandra por mi

relación con Charlotte, puede irse al mismísimo infierno —estalló, mirando hacia la calle.

Stacey se mantuvo firme.

—Pero no es que aquello fuera una relación, ¿verdad, señor Birch? Fueran cuales fueran sus sentimientos, Charlotte no los correspondía. Usted tardó mucho en comprender el mensaje, así que no puedo evitar...

—A veces a la gente le cuesta mucho tiempo entender con quién está destinada a compartir su vida. Charlotte es mi alma gemela y tarde o temprano se dará cuenta también.

Stacey se alegró de que Charlotte se hubiera mudado lejos de allí, porque aquel hombre no iba a rendirse mientras viviera. Ni uno solo de los elementos disuasorios que se habían aplicado contra él había sofocado su convencimiento.

—Así que ni se le ocurra comparar lo que sentía por Sandy con la devoción que le tengo a Charlotte.

Stacey no tardó en advertir que su mejor técnica para aquel interrogatorio era simplemente quedarse callada. Birch acababa de admitir sentimientos hacia Sandy.

—Ustedes no tenían derecho alguno a interferir entre Charlotte y yo. Por su culpa, se ha vuelto a marchar. No iba a quedarse aquí esperando mientras ustedes fabricaban acusaciones falsas contra mí y continuaban quitándome de en medio. Si no hubiera sido por ustedes, ahora estaríamos juntos.

¿Cómo era posible que dos personas tuvieran visiones tan opuestas de una misma situación? Eso era lo que rondaba por la cabeza de Stacey. Charlotte se había trasladado a otro continente para alejarse de aquel hombre, y él estaba convencido de que algún día volvería a él para vivir felices para siempre.

No terminaba de tener claro si solo estaba desvariando o si tenía algún tipo de enfermedad mental.

Estuvo tentada de preguntarle cuántas veces había ido Sandra a verlo mientras estuvo en la cárcel o si tenía guardadas las cartas que ella le había mandado, pero sospechaba que mentes más brillantes que la suya ya habían intentado liberarlo de su obsesión.

—Volverá cuando se dé cuenta de que el destino nos sonríe si estamos juntos, así que ¿por qué iba a arruinarlo todo haciendo cabriolas por Hawne yendo detrás una vidente cualquiera, eh?

—Señor Birch...

—¡Ya basta! —exclamó, alzando las manos al aire—. No voy a decir nada más. Si quiere volver a hablar conmigo, tendrán que arrestarme, joder. Si no, ¡déjenme ya en paz, coño! —Se dio la vuelta y subió furioso por el sendero del jardín.

Había admitido sentimientos de algún tipo hacia Sandra Deakin y también había dejado claro que sabía dónde vivía.

Stacey había ido a verlo para descartar cualquier conexión emocional con la víctima y tacharlo de la lista de posibles sospechosos.

Se iba de allí sin poder hacer ninguna de las dos cosas.

Capítulo 13

Aquel pequeño escaparate en Dudley High Street estaba ubicado entre un bazar y una boutique femenina.

Kim salió del coche con la imagen aún fresca de la expresión furiosa de David y la cara de humillación de Betts. La tensión se palpaba en el ambiente cuando se fueron de su casa, e incluso si Betts no se hubiera planteado con anterioridad dejar a su marido, era bastante probable que en este momento sí que estuviera considerando esa posibilidad.

No le cabía la menor duda de que David se había presentado en casa de Catherine antes de lo que debía para reducir el tiempo que su mujer pasaba con Sandy, a la que odiaba profundamente. El hecho de que Betts hubiera decidido terminar la sesión mientras él la esperaba en el coche era una muestra clara de la fuerza cada vez mayor de la mujer. En cualquier caso, Kim le había enviado un mensaje a Stacey, ordenándole que investigara un poco los historiales de David Ford y Lisa Brown.

Entró en aquella pequeña estancia y de inmediato la golpeó el olor a incienso de jazmín y el sonido de la zampoña.

A la izquierda había una selección de ropa teñida y a continuación, una serie de cristales, joyas, libros de autoayuda y discos de música. Había otra clienta, y junto con ella y Bryant, la tienda parecía estar abarrotada, pues no quedaba mucho sitio libre.

Para hacer algo de espacio, Kim rodeó una vitrina que contenía piedras de colores con el objetivo de llegar hasta la caja. Una mujer apareció de la nada y Kim se dio cuenta de que había estado allí sentada desde el principio.

—¿Emily? —preguntó.

La mujer asintió y Kim los presentó a los dos. La puerta se cerró tras la clienta, que se marchó sin comprar nada.

—¡Vaya! Gracias, chicos, era solo mi tercera clienta en todo el día de hoy.

—Oh, lo siento —dijo Bryant mientras Kim se tomaba un momento para evaluarla.

La mujer era extremadamente delgada y tenía la piel muy pálida. Kim cayó en la cuenta de que no llevaba un turbante por estar a la última moda, y comprendió lo que Betts había querido decir con que a Emily se le podría haber perdonado querer monopolizar la sesión para tratar de conocer lo que le deparaba el futuro.

—¿Podríamos hablar?

—No sé muy bien qué habré hecho yo, pero lo que no puedo hacer es cerrar la tienda. No puedo permitirme el lujo de perder ni un solo cliente.

—No hay problema.

—Pero pueden venir hacia la parte trasera conmigo mientras me preparo una taza de té.

La siguieron a través de un arco hasta llegar a una pequeña cocina y un almacén, desde donde aún se podía divisar la entrada.

Emily les indicó que ocuparan los dos asientos junto a la mesa.

Ninguno de los dos lo hizo.

—Por favor —insistió—. Estoy intentando aumentar el tiempo que paso de pie día tras día. Para ir recuperando fuerzas.

Los dos se sentaron de inmediato.

—¿Alguien quiere uno? —preguntó, sosteniendo una caja de té con limón.

Ambos respondieron negativamente.

—Emily, tenemos que hablar con usted sobre la sesión esotérica a la que asistió hace unas noches —dijo Kim.

—¿Infringimos alguna ley? —preguntó con una media sonrisa.

De todas las personas a las que les habían contado lo sucedido, esta mujer iba a ser la más difícil. Kim no quería bajo ningún concepto añadir más negatividad a su vida.

—Siento decirle que Sandy fue asesinada el domingo por la noche.

Emily se quedó con la boca abierta.

—¿Asesinada?

—Sí. Estamos hablando con todas las personas que estuvieron presentes en su último compromiso laboral.

—Oh, Dios mío, qué cosa tan horrible. Pobre familia. ¿Quién diablos podría quererla muerta?

—Eso es lo que estamos intentando averiguar.

—No estarán sospechando de alguien que estuviera en aquella celebración, ¿verdad?

—No —dijo Kim, levantando la mano—. Solo intentamos hacernos una idea del comportamiento que tuvo Sandy, su estado de ánimo y tratar de averiguar si alguien percibió algo extraño.

—Llegué allí con Rose y me fui también con ella. Me llevó hasta la puerta de mi casa, así que no vi a Sandy llegar ni irse.

—Parece que se trata de un buen grupo de amigas el que tienen ustedes en la clase de yoga —afirmó Kim.

—Hay más alumnos en la clase, pero somos las únicas que llevamos yendo desde el principio. Nos autodenominamos las Pioneras. Nos vemos una vez a la semana, y a veces tomamos un café después, porque Betts haría cualquier cosa por alargar la única noche que tiene de libertad. Nos mandamos algún mensaje ocasional o una broma de vez en cuando a través del grupo de WhatsApp. He faltado a algunas clases durante el tratamiento, pero estoy en fase de remisión, otra vez —dijo, cruzando los dedos.

Así que esta no era su primera batalla contra el cáncer.

—¿Y se lo pasó bien? —preguntó Kim.

—Me lo tomé ni más ni menos que como lo que era, inspectora. Unas risas, entretenimiento y una distracción de mi vida y de los esfuerzos por mantener este lugar a flote.

—¿No se lo tomó demasiado en serio? —preguntó Bryant.

—Claro que no. No va a ser una maldita vidente la que me dé las respuestas que yo pueda querer.

—¿Le ofreció alguna información que le resultara útil?

—No, solo me dijo que era muy fuerte y que me quedaban muchas más experiencias por vivir. Me resultó mucho más divertido ver la reacción de las demás durante la sesión.

—¿Se refiere a Catherine?

—Sí, sobre todo a ella. Fue divertidísimo —dijo Emily riendo—. Lo siento, ha sido un poco inapropiado dadas las circunstancias, pero tengo que aprovechar cualquier oportunidad para reírme.

Kim no podía culparla por ello. Esa mujer tenía que mirar a la muerte a la cara todos los días de su vida.

—¿Qué fue tan divertido en la reacción de Catherine?

—A ver, ¿quién sería capaz de invitar a una vidente a su casa y luego ponerse a discutir con ella?

—¿Sobre el vino que se derramó?

—No, no, sobre las predicciones que le hizo. No sé qué respuestas buscaba Catherine, pero estaba claro que Sandy no se las estaba dando.

—¿Qué le estaba diciendo? —preguntó Kim, intrigada. El nombre de Catherine había surgido en todas las conversaciones que habían mantenido en relación con el caso hasta aquel momento.

—Que se avecinaban grandes cambios, pero que los afrontaría con entereza. Catherine la presionó para que le diera más detalles sobre ellos. Sandy no quiso hacerlo, y creo que Catherine lo tomó como algo negativo. También le dijo que una mujer desconocida iba a adquirir relevancia en su vida. Catherine exigió saber de quién hablaba. Cada vez que la pobre mujer intentaba pasar a otra cosa, Catherine le hacía una nueva pregunta concreta. Cuando fue patente que Sandy ya no iba a decir nada más, Catherine no paró de fulminarla con la mirada hasta que terminó la sesión. Sandy se largó de allí tan rápido como pudo. La cosa se puso un poco intensa durante un buen rato.

Sonaba como si Catherine hubiera organizado la reunión con pretextos y luego hubiera procedido a estropeársela a las demás.

—Siento no poder ser de más ayuda. Betts es la única que conoce a Sandy lo suficiente como para juzgar su actitud o su estado de ánimo.

Kim se dio cuenta de que la mujer parecía exhausta. Eran apenas las tres de la tarde, pero daba la sensación de que para Emily el día ya estaba acabando.

La puerta de la tienda se abrió y Emily esbozó una sonrisa al ver entrar a una atractiva morena de unos cuarenta y pocos años, con el pelo recogido y recién arreglado al estilo bob, que cerró la puerta tras de sí.

—Déjenme adivinar, ¿inspectora Stone y sargento detective Bryant, del Departamento de Investigación Criminal de Halesowen? —dijo la mujer antes de que nadie tuviera la oportunidad de hablar.

—¿Es usted adivina? —contestó Bryant.

—No, es que Betts ha escrito un mensaje en el grupo de WhatsApp hará una hora.

—Asumo que es usted Rose Foster, ¿verdad? —preguntó Kim.

Rose asintió con la cabeza y se acercó a Emily, a quien le cogió la mano.

—Solo he venido a comprobar que estabas bien.

Emily asintió y le apretó la mano a su vez.

—¿Podemos hacerle unas preguntas ya que está usted aquí? —preguntó Kim, aprovechando la oportunidad.

—Por supuesto. Es horrible. Aún no he terminado de asimilar que esté muerta, y eso que ni siquiera la conocía. Pero tengo esa

sensación un tanto surrealista de cuando alguien con quien has estado recientemente se muere, y, para colmo, asesinada.

Rose había tenido un poco más de tiempo para aceptar la noticia y parecía haber reflexionado un poco sobre ella.

—¿Y obtuvo usted lo que esperaba de aquella noche?

—Sí y no. Me lo pasé bien, y estuve en compañía de algunas conocidas, pero no tuve referencia alguna de que estuviera acercándose a mi vida alguna historia más permanente.

Kim se quedó callada.

—Un hombre, inspectora. Llevo un tiempo sola. Ya no se puede conocer gente de la forma en la que se ha hecho siempre; ahora parece limitarse a deslizar el dedo por una pantalla hacia la izquierda o la derecha, o cosas por el estilo. No me dio la sensación de que mi príncipe azul y mi final feliz comiendo perdices estuvieran a la vuelta de la esquina. Si le soy sincera, llegué a plantearme tener una sesión individual con ella, pero está claro que eso ya no va a ocurrir.

—Hemos sabido que disolvió una disputa entre Catherine y Lisa —dijo Kim.

Miró hacia arriba con un gesto de desesperación.

—Pero eso no es nada nuevo. Fíjense, si esas dos tuvieran una polla, estaríamos hartas de verlas de tantas veces que se la sacarían.

Emily se rio a carcajadas y Bryant disimuló una risita con una tos. Hasta Kim apreció el carácter franco y las formas directas de la mujer. Los pocos años que les llevaba a las demás parecían otorgarle la sabiduría necesaria para llamar a las cosas por su nombre.

—¿Y cómo reaccionó Lisa a sus predicciones?

—Bueno, puede decirse que no se quedó encantada con ellas. No es que se dieran demasiados detalles, pero Sandy se refirió a no repetir los errores del pasado, ya que la próxima vez no tendría tanta suerte. Lisa se mantuvo bastante callada después de aquello.

—¿Y vio a David Ford cuando llegó antes de tiempo a recoger a Betts?

—Es un imbécil, pero ella se mantuvo firme —contestó con mala cara.

—¿Escuchó la conversación que ambos mantuvieron?

—Sí, mi silla era la que estaba más cerca de la sala de estar. Le ordenó que subiera al coche y le dijo que no tenía que relacionarse más con «esa mujer». No sabía bien a cuál de nosotras se refería exactamente, pero unos minutos después estaba de vuelta en el coche y Betts había regresado, aunque con aspecto un poco tenso.

—¿Llevó usted a Emily a la sesión? —preguntó Kim.

—Y me trajo de vuelta —confirmó Emily—. Me quedé dormida en el coche.

—Antes incluso de que pudiera preguntarle si había visto el espectáculo que había ocurrido afuera. Se durmió en cuestión de segundos.

—¿Afuera? —preguntó Kim.

—Sí, me encontraba recogiendo los platos de los aperitivos cuando Catherine acompañó a Sandy hasta su coche.

—¿Y?

—Oh, se estaban peleando. Bueno, siendo honesta es injusto decir eso, porque en realidad solo una de ellas estaba intentando discutir.

Sandy solo quería irse de allí.

—¿Catherine le estaba gritando?

—Y tanto. No paraba de gesticular con los brazos. Estaba furiosa y, cuanto más la ignoraba Sandy, más se encendía Catherine. Al final, Sandy consiguió entrar en el coche sin tocar a Catherine, que sin contemplaciones dio una patada al coche y le hizo una peineta mientras Sandy se dirigía ya hacia la salida —dijo Rose.

Kim tenía claro que le harían una segunda visita a Catherine. Era hora de que la anfitriona de la velada les explicara exactamente lo que había sucedido el jueves por la noche.

Se puso de pie.

—Gracias a ambas por su tiempo. Si necesitáramos algo...

—Espera, jefa —dijo Bryant, poniéndose de pie—. Tengo que echar otro vistazo a aquella joya de la esquina. La semana que viene es el cumpleaños de mi mujer y le encantan estas cosas. ¿Podemos?

—Claro —dijo Emily, encendiendo la tetera mientras Rose tomaba asiento.

Kim siguió a Bryant de vuelta a la tienda.

—Estaba pensando en esa —dijo.

Era una pieza de cuarzo púrpura con forma de sillón.

—Bonita —dijo Kim.

—Me quedo con esta —dijo Bryant.

—¿Está seguro? —preguntó Emily, dubitativa.

—Completamente; a mi mujer le va a encantar.

Emily la envolvió con cuidado y se la cobró.

Una vez fuera, colocó con cuidado la joya en el asiento trasero del coche.

—Vamos a Mackie's, te invito a almorzar aunque sea un poco tarde —dijo Kim.

—¡Caray, vaya sorpresa! —reaccionó, arrancando el coche.

Algunos días su compañero le recordaba lo que significaba ser una buena persona.

Había comprado el objeto más caro de la tienda y aún faltaban cinco meses para el cumpleaños de Jenny.

Capítulo 14

Penn aparcó a unos cuarenta metros del refugio para personas sin hogar de Stourbridge. Era el lugar más obvio por el que empezar a indagar una vez dejó a Keats en la morgue. El cadáver sin identificar había aparecido a escasos metros de allí.

Aún no eran ni siquiera las cuatro de la tarde, pero ya empezaba a formarse una cola. Por lo que él sabía, no empezaban a servir comida hasta las cinco.

La recorrió dando gracias a su suerte en la vida; al ver a aquellos tipos, se sintió enormemente agradecido por no haber tenido que preocuparse nunca por cómo se las apañaría para comer al día siguiente.

En la cabeza de la cola había un hombre barbudo que estaría cerca de los treinta años, sentado en el suelo con un terrier echado a sus pies.

—No me estoy colando —dijo Penn, llamando a la ventana que había frente al hombre.

—Es de esperar, amigo, con esa pinta que llevas. Esta gente te echaría de aquí a patadas hacia el otro lado de la calle en cuestión de segundos si lo hicieras.

Un rápido vistazo a la fila le sirvió para confirmar que estaba siendo objeto de varias miradas curiosas. No creyó que explicarles que era un agente de policía fuera a ayudarlo demasiado.

Volvió a llamar.

—No te van a contestar —dijo el hombre cuando el perro levantó por fin la vista. Sacó la mano del bolsillo y la puso sobre la cabeza del perro, que volvió a mirar hacia abajo.

—No quiero que me den comida, lo que necesito es hablar con alguien.

—Pero ellos no lo saben —respondió el hombre, con un gesto de indiferencia—. No abren las puertas antes de la hora bajo ninguna circunstancia. Están en la parte de atrás. No pueden oírte desde allí, así que vas a tener que esperar hasta las cinco como todos los demás.

Maldita sea, necesitaba identificar como fuera al desconocido por el que se había preocupado la jefa. Cuando tuviera un nombre, podría encargarse de informar a su familia y ponerse por fin a ayudar a los demás con el caso principal.

De repente, tuvo una idea y sacó su teléfono.

—¿Tienes un minuto...?

—Me llamo Jericho; déjame comprobar mi agenda.

A Penn le costaba descifrar su expresión bajo la barba tupida, pero creyó notar un punto de diversión en sus ojos. Se deslizó por la pantalla del móvil a través de todas las fotos del hombre aún sin identificar hasta encontrar la que tenía mejor pinta, aunque era difícil dar con una buena dado su estado actual.

Penn se inclinó hacia abajo, y el perro gruñó.

—No pasa nada, Kizzy —dijo Jericho, dándole palmaditas en la cabeza.

El perro volvió a calmarse.

Penn le acercó el teléfono.

—¿Conoces a este hombre?

—Vaya, ¿el tipo está muerto?

Penn asintió.

—Podrías haberme avisado, tío. Estoy a punto de tomarme un té.

—Lo siento. ¿Lo conoces?

—Claro. Es Dan. Mierda, ¿Dan está muerto?

—Me temo que sí —contestó Penn, señalando con la cabeza hacia el lado opuesto de la calle—. Lo encontraron ayer por la mañana en el paso subterráneo. Un aneurisma.

—Mierda. Lamento escuchar eso.

—¿Sabes el apellido de Dan? —preguntó Penn, que no podía creerse que hubiera tenido tanta suerte en su primer intento.

—No. Tampoco su nombre. Dan es su alias, en honor a Dan Ackroyd.

Penn se quedó confuso.

—Por Trading Places, la película. La conoces, ¿no?

—Sí, pero no lo entiendo.

Jericho hizo un gesto de desesperación.

—Digamos que estar en la calle era una experiencia nueva para él. Cayó desde muy alto. No tengo ni idea de su verdadero nombre.

Penn debería haberse imaginado que no iba a tener tanta suerte.

—¿Cuánto tiempo llevaba en la calle? —preguntó.

—Lo siento, amigo, no llevo mi agenda encima. Me la he dejado en la oficina junto al Rolex y al Lamborghini.

—¿Ni siquiera aproximadamente? —preguntó Penn, ignorando el sarcasmo.

—Quizá dos años o así. Puede que algo más. Pasé un tiempo en Rhyl. A Kizzy le gusta viajar.

Aunque el tipo había conseguido hacerle sentir como un idiota unas cuantas veces, había algo agradable en él.

—¿Hablaste mucho con él?

—De vez en cuando. Algunas veces estuvimos uno al lado del otro en la cola.

—¿Y?

—Tomábamos café con leche y hablábamos de nuestros secretos.

—¿Secretos? —preguntó Penn.

—Anda, claro. Todos los tenemos. Pero estaba siendo sarcástico. Otra vez.

—Ya, me he dado cuenta. ¿Era alcohólico?

Jericho negó con la cabeza.

—¿Adicto? —preguntó. Sabía de muchos hombres y mujeres que lo habían perdido todo a consecuencia del consumo excesivo de drogas.

—No de la forma que te estás imaginando.

—Explícate —instó Penn.

—Maldita sea, amigo, este interrogatorio bien podría haber valido una invitación a una cena.

Penn se rio.

—Dan era un jugador compulsivo. No podía evitarlo. Apostaba sobre cualquier cosa. Lo he llegado a ver perder sus zapatos tras apostarse con otro tipo cuál sería la gota de lluvia que caería más rápido por el cristal. Se apostó también una comida a si la próxima persona que le diera una libra a Reggie iba a ser un hombre o una mujer. Perdió y tuvo que sentarse a ver cómo Reggie se zampaba dos raciones de estofado —dijo, mientras asentía—. Era incapaz de evitarlo. A ver, a veces también ganaba. Lo vi conseguir un abrigo y dos monedas de una libra. Era compulsivo, siempre tenía que estar apostando por algo.

—¿Algo más?

—La verdad es que no.

—Gracias, Jericho —dijo Penn, poniéndose en pie.

—De nada.

Penn empezó a alejarse, pero un momento después regresó sobre sus pasos.

—Mañana por la mañana te estará esperando un desayuno completo en Merry Hill Costa.

—¡Gracias, hermano! —dijo Jericho mientras se le iluminaba la cara.

Lo menos que podía hacer era ofrecerle a aquel hombre una comida por la que no tuviera que preocuparse.

Ahora sabía que el cuerpo sin identificar pertenecía a un hombre que probablemente había sido rico en algún momento de su vida y que hacía dos años lo había perdido todo. También sabía que era un jugador empedernido.

Aún no había logrado una identidad para la jefa, pero sí que tenía algo por donde empezar a investigar.

Capítulo 15

A Stacey le había llevado un tiempo quitarse de encima la sensación de inquietud que la había inundado después de su encuentro con Terence Birch. Había ido a verlo como un acto de «descarte», el paso previo a borrar su nombre de la pizarra. Lo que más la había desconcertado fue la velocidad con la que su ira había pasado de cero a cien en menos de un segundo. No le resultaba difícil imaginárselo estallando y apuñalando a alguien repetidamente. Tal vez había fijado su atención en Sandra Deakin, y ella lo había repelido, lo que le hizo recordar el constante rechazo que recibió por parte de Charlotte. Esa era la razón por la que su nombre aún seguía en la pizarra.

La llegada de Penn la distrajo de sus pensamientos.

—Hola, compañero, no sabía que te habías tomado el día libre. —Había salido poco antes de las nueve. En ese momento ya eran más de las cinco y media y la jefa ya le había dado un par de nombres más que investigar.

Sonrió cuando lo vio quitarse la corbata del cuello de un tirón y guardarla en el cajón. Parecía no poder soportar ni un minuto más de lo necesario la restricción que le hacía sentir. A veces a ella le pasaba lo mismo con su sujetador.

—Yo tampoco, Stace. Pero no es que haya sido el día más productivo del mundo. Nada nuevo sobre Sandy y aún no tengo un nombre para el cadáver sin identificar, aunque sí que he conseguido una pista gracias a un tipo llamado Jericho.

—¿Jericho?

—Es su alias, el nombre por el que lo conocen en la calle —dijo Penn, entrando en su ordenador—. ¿Qué tal tu día hasta ahora?

—Un poco raro. Nuestro Terence Birch es un acosador feroz, con un carácter impulsivo y violento.

—¿Posible sospechoso?

—Como mínimo, persona de interés —respondió. El hombre no tenía mancha alguna de sangre en la escena del crimen, y además había sido él quien había dado la voz de alarma, aunque no habría sido la primera vez que la persona que llamaba a la policía y el asesino resultaban al final ser la misma.

—¿Dónde está la jefa?

—De vuelta a la casilla de salida. Sin cobrar las doscientas libras.

—¿Está jugando al Monopoly?

—Buena suposición, pero no. Han ido a ver de nuevo a la primera mujer con la que hablaron, que al parecer no fue muy sincera con ellos.

—Acojonante —dijo Penn, empezando a teclear.

—Oye, ¿vas a entrar en el portátil de Sandra? —preguntó Stacey.

—Sí, ahora en un momento. Tengo que investigar antes la pista sobre nuestro cadáver sin identificar.

—El hombre que murió por causas naturales en contraposición a la víctima de asesinato a la que apuñalaron once veces.

—Sí, precisamente ese hombre —respondió él, ignorando el sarcasmo.

Sacudió la cabeza con desesperación y siguió investigando los antecedentes del padre George Markinson. Hasta ese momento había averiguado que tenía cincuenta y siete años y, según la cronología que había conseguido trazar, había trabajado en trece parroquias en veintisiete años.

1995–1997 Nottingham

1997–2000 Leeds

2000–2001 Ilfracombe

2001–2003 Preston

2003–2006 Isla de Wight

2006–2007 Gloucester

2007–2009 Chester

2009–2010 Norfolk

2010–2013 Leicester

2013–2017 Islington

2017–2018 Bedford

2019–2021 Stratford

2021–Presente Halesowen

A Stacey le daba vueltas la cabeza. Cambiaba sus sábanas menos a menudo que el padre George de parroquia. Por comparar, echó un vistazo a Saint Luke, en Cradley Heath. El padre Derek Wilmot había estado al frente de la parroquia durante más de siete años. Su período anterior había sido de nueve años, en Coventry. Probó con otro. Padre Michaels, en Old Hill. La página web describía que llevaba en ella once años. Antes de esa, había pasado trece años en Liverpool.

Comprendía que a los clérigos los trasladaran de un lugar a otro y que estaban obligados a ir a donde los enviaran, pero ya empezaba a percibir que algo no cuadraba. Llegar al fondo de la cuestión le iba a requerir bastante trabajo.

—Oye, Penn, necesito algo de...

—Vale, Stace, me pongo ya —dijo su compañero, cogiendo el portátil de Sandra.

Ella sonrió, dándole las gracias.

A su vuelta, la jefa iba a querer disponer de un informe que incluyera cualquier amenaza potencial para Sandra.

Capítulo 16

Bryant detuvo el coche frente a la casa de Catherine justo cuando ella estaba saliendo del coche. La mujer permaneció de pie en la entrada, esperándolos.

—¿Ya están otra vez aquí, tan pronto?

—Nos gustaría hacerle un par de preguntas más, si le parece bien.

—¿Han hablado con las otras? —preguntó, abriendo la puerta.

—Sí.

Catherine se quitó los tacones nada más entrar. Acto seguido, dejó su bolso y se quitó la chaqueta.

—¡Chicos! —gritó hacia arriba de las escaleras, pero la casa parecía estar en silencio.

La siguieron hasta la cocina, que ya no presentaba el aspecto impecable y fotogénico que había tenido por la mañana.

—Maldita sea —soltó Catherine, recogiendo todos los envoltorios vacíos y los paquetes de patatas fritas. Alguien había cocinado fideos instantáneos, que parecían haber servido de munición en una batalla de comida. Había fideos pegados por todas las superficies, armarios y por todo el suelo. El cabreo inicial en el rostro de la mujer se fue convirtiendo en cansancio después de que cogiera un paño húmedo y empezara a limpiar todas las superficies manchadas.

Kim no pudo evitar sentir un poco de lástima por ella, pero a fin de cuentas había preguntas que necesitaban respuesta.

—Siento tener que volver a repasar lo de la noche del jueves, pero tenemos entendido que no estaba especialmente satisfecha con Sandy.

—Derramó un poco de vino. Es probable que yo reaccionara mal y fuera demasiado descortés con ella, pero bueno, al final ha quedado como nueva.

«Quizá no deberías haber organizado un evento hasta que la casa perdiera un poco su aire de novedad», pensó Kim.

—Pero se solucionó. No ha pasado nada.

—No es eso exactamente a lo que me estaba refiriendo —dijo Kim—. Por lo que sabemos, sus predicciones no le gustaron demasiado.

—No sea ridícula. La cosa era divertirme un poco. No esperaba nada en particular.

Kim empezaba a darse cuenta de que Catherine no era capaz de dejar de mentirles.

—Voy a serle clara —dijo Kim, añadiendo un tono de firmeza a su voz—. Hemos hablado con todas las demás y sabemos que no ha sido del todo sincera con nosotros. La sesión fue sugerencia suya. Usted la planeó y la organizó.

Kim observó; aunque Catherine les daba la espalda, que se había quedado paralizada.

Y continuó.

—Sabemos también que intentó monopolizar la velada y tratarla como si fuera una sesión individual. Y, además, hemos descubierto que no le gustó nada lo que Sandy le dijo, e incluso tuvo unas palabras con ella fuera de la casa, antes de que se marchara. Unas palabras bastante subidas de tono.

Catherine se volvió. Sus ojos resplandecían.

—Y son mis amigas las que les han contado todo eso, ¿no?

—Conocidas —respondió Kim, recordándole la forma en la que les había descrito su relación con ellas aquella mañana.

—¿Qué sucede, Catherine? ¿Qué es lo que nos está ocultando?

La mujer intentó mirarla fijamente, pero Kim la evitó y mostró de esa forma que no se iba a ir de allí hasta que obtuviera respuestas.

Catherine suspiró con fuerza.

—Mi marido está teniendo una aventura —soltó.

—Oh —musitó Kim, sin saber bien qué decir.

—Me he enterado, pero finjo no saber nada porque no quiero perder a mi familia.

Mientras pronunciaba esas palabras, utilizaba los brazos para referirse a todo el espacio que la rodeaba. Kim no sabía si le dolía más perder la familia o la casa.

—Le pedí a Sandy que viniera para que me diera cierta confianza en que mi vida iba a seguir su curso. Así sabría que la aventura se iría desinflando y podría fingir que nunca llegó a ocurrir.

—Pero no fue eso lo que le dijo, ¿verdad?

—No. Me aseguró que se iba a producir un gran cambio en mi vida y que una mujer desconocida jugaría un papel muy importante. ¿Cómo le suena a usted eso?

Kim se quedó callada, empezando a comprender la importancia que algunas personas daban a ese tipo de predicciones sobre el futuro.

—Fue como si lanzara una granada y saliera corriendo del salón. Confirmó mis peores pesadillas y luego se negó a ofrecerme detalles más concretos. Yo solo quería estar preparada para lo que viniera, pero ella pasó rápidamente a ocuparse de la siguiente persona.

—¿Y la discusión que tuvo lugar fuera? —presionó Kim. Rose les había relatado un intercambio de palabras bastante animado.

Catherine tuvo la delicadeza de ponerse un poco colorada.

—No fue la mejor versión de mí misma. Le pregunté si era un fraude. Quería que me respondiera que sí, quería creer que tan solo había tenido suerte con las afirmaciones generales que había hecho. Le pregunté si se lo estaba inventando todo.

—¿Y qué le respondió?

—Literalmente: «Creo que ya sabes la respuesta a eso». Luego se metió en el coche y se fue.

Kim prefirió no mencionar la patada al coche ni el gesto obsceno que le dedicó con la mano.

—No estoy orgullosa de mí misma —repitió Catherine—. Sobre todo ahora.

—Entonces, no fue la noche ligera y divertida que nos describió antes, ¿verdad? —preguntó Kim. Ahora comprendía la situación, pero Catherine aún no estaba del todo libre de culpa. Por algo se dice aquello de «no maten al mensajero».

—Pero no lo fue para ninguna de nosotras, inspectora —dijo Catherine, tomando asiento—. Todas queríamos averiguar algo, y si las otras les han dicho lo contrario, les están mintiendo.

—Cuéntenos —instó Kim.

—Lisa es una mujer muy segura de sí misma. Tiene un empleo que conlleva una gran responsabilidad. Le pagan muy bien, y disfruta de los frutos de su trabajo. Quizá demasiado. Lleva meses viviendo por encima de sus posibilidades, agotando los límites de sus tarjetas de crédito, y su proyecto actual está por encima del presupuesto y va con retraso.

—¿Está preocupada por su carrera? —preguntó Bryant.

—Y por la hipoteca, el coche y su reputación. Todo ello se esfumará si recibe la temida llamada de la oficina central. Luego está Betts, que siempre está intentando encontrarle un sentido a su vida. Se casó con un hombre controlador que es un misógino furibundo y no le permite siquiera plantearse aprovechar alguna oportunidad que no tenga que ver con el hogar y sus hijos.

Después de conocer a David, Kim no le quitaba ni una coma a esas palabras.

—¿Es violento?

—No físicamente, que yo sepa, y a Betts no la van a escuchar decir una palabra en su contra.

Kim no dijo nada para que Catherine continuara su relato.

—Y luego está Emily. Oh, qué lástima, la pobre Emily. Es consciente de que se va a morir y quiere certezas sobre lo que va a encontrarse al otro lado.

—Está en fase de remisión —rebatió Kim.

—¿Le pareció a usted cuando la vio que eso es cierto? Es lo que le va contando a la gente, pero no es verdad. Ha tomado la decisión de no seguir con más tratamientos. Ya ha llegado a su límite, no puede soportarlos más.

Kim no pudo evitar que la invadiera la tristeza.

—Y por último está Rose, que sigue intentando contactar con su hijo muerto.

—i¿Qué?! —exclamó Kim. Rose les había afirmado que lo que quería conocer era el futuro de sus relaciones amorosas.

—¿No se lo ha contado?

Kim negó con la cabeza.

—Secuestraron y asesinaron a su hijo cuando tenía quince años.

Kim repasó el día que había vivido y se preguntó si alguna de las personas con las que había estado no le había mentido descaradamente.

Capítulo 17

—Bueno, equipo, un resumen rápido antes de liberaros ya por hoy —dijo Kim mientras se servía un café. Aunque eran casi las siete, a ella todavía le quedaba un rato para irse a casa.

—Venga, empiezo yo —se ofreció Stacey—. Terence Birch es un tipo inestable y agresivo que podría haber sido capaz de apuñalar a Sandra once veces, sin ninguna duda.

—¿Estás segura? —preguntó Kim. No le había dado esa impresión cuando estuvo con él junto a la iglesia, pero tampoco habría adivinado por aquel encuentro que había estado en la cárcel por acoso.

—Jefa, creo que no soy una persona que se deje intimidar fácilmente, pero se me salía el corazón por la boca cuando estuve hablando con él —respondió Stacey, poniendo un gesto entre la resignación y la incredulidad.

Si Kim se hubiera siquiera planteado que el hombre podría tener un comportamiento como aquel, no se le habría ocurrido sugerirle a Stacey que lo interrogara a solas.

—¿Alguna vez llegó a tocar a su víctima?

—No que sepamos; pero la amenaza fue lo bastante creíble como para que Charlotte dejara a su familia y se mudara al otro lado del planeta.

—Vale, mantente al día sobre él.

—Sigo también trabajando en el padre George Markinson. Hay algo de él que no me termina de encajar. Jamás permanece mucho

tiempo en la misma parroquia, así que en ese asunto queda trabajo por hacer.

Kim asintió.

—¿Qué hay del portátil de Sandy? —preguntó, mirando a Penn y luego a Stacey, pues no sabía quién se había encargado de esa tarea.

Penn levantó la mano.

—Opiniones variadas en las redes sociales. A algunos les encanta lo que hace y otros la trolean. Nunca respondía a los comentarios negativos. Bloqueaba a esos usuarios y a otra cosa. En su bandeja de entrada no he encontrado ninguna amenaza seria, pero necesito más tiempo. —Hizo una pausa para indicar que iba a cambiar de tema—. La autopsia no ha arrojado ninguna novedad, salvo que Sandy pudo haber sufrido un accidente de niña.

Kim puso deliberadamente su cara de «¿qué me estás contando?».

—Keats tenía mucho interés por descubrir si fue ese accidente infantil lo que le dio a Sandy su don.

Kim casi se escupe el café sobre sí misma.

—¿Keats cree en las médiums?

Nunca se habría imaginado algo así.

—Creo que le gustaría que alguien lo convenciera de lo contrario —respondió Penn.

Eso demostraba que, por mucho que creyeras conocer a alguien, siempre podría ser capaz de sorprenderte.

—Bueno, ¿y qué hay de nuestro hombre sin identificar?

—Tengo un par de pistas en las que me gustaría indagar mañana, si te parece bien.

—Sí. Démosle a ese hombre su identidad para enterrarlo y a su familia algo de paz.

Kim sabía que, ahora que se había dictaminado que el hombre había muerto por causas naturales, lo destinarían rápidamente a lo que antes se conocía como «funeral de indigente», ahora llamado funeral de salud pública, responsabilidad de los ayuntamientos.

Se celebraba un funeral de ese tipo para aquellas personas que habían muerto solas, en la pobreza o cuyos familiares no reclamaban. El servicio incluía que se les proporcionara un ataúd, un director de funeraria para transportarlos dignamente hasta el cementerio y una ceremonia breve junto a la tumba. No había flores, visitas, obituarios ni transporte para los familiares, y los entierros tenían lugar en una tumba sin nombre, a menudo compartida con otras personas.

Si el hombre tenía familia, como mínimo deberían saber que había muerto y tener la oportunidad de enterrarlo.

—Vale, buen trabajo, chicos. Nosotros hemos descubierto que la sesión esotérica del jueves no resultó ser la noche divertida que habíamos pensado, pero entraremos en detalles sobre eso mañana. Marchaos a casa, comed y dadles a vuestras mujeres un regalo de cumpleaños por adelantado.

Stacey y Penn intercambiaron una mirada mientras Bryant se reía disimuladamente.

—Pero sobre todo descansad, y volved mañana a las siete.

—De acuerdo, jefa —dijeron Penn y Stacey casi al unísono mientras se levantaban.

Stacey miró a Penn de forma inquisitiva.

—Venga, te llevo, siempre que me dejes una buena reseña en mi perfil de conductor.

Se rieron mientras salían por la puerta.

—¿Qué piensas como conclusión del día de hoy, jefa? —preguntó Bryant mientras cogía su abrigo.

—Que hay demasiada gente intentando ocultar demasiados secretos —respondió ella, y se despidió de él mientras salía de la sala.

Todas las mujeres con las que habían conversado parecían tener motivos ocultos para asistir al evento con la vidente: hijos secuestrados, antecedentes penales, maridos controladores y últimos deseos vitales. Sus vidas estaban llenas de problemas personales y preguntas que la vidente podría o no haber respondido durante la noche del jueves. ¿Se habrían sentido decepcionadas, avergonzadas o enfadadas para sus adentros? ¿Tanto como para llegar a hacerle daño? ¿Hasta qué punto se habrían involucrado emocionalmente aquellas mujeres con las predicciones?, se preguntaba.

Y lo más importante, ¿algo de todo eso tendría que ver con el asesinato de Sandra Deakin?

Capítulo 18

—Está un poco oscuro —dijo Stacey, mirando a través de la ventana del primer piso.

—No pasa nada, el coche tiene faros —respondió Devon.

—Parece que va a llover —dijo.

—Por suerte, también tiene un techo.

—Dee, creo que lo voy a dejar para otro día porque...

—No, ni de coña —respondió Devon, enfundándose las botas—. Cuando entraste en el piso hace una hora, me pediste que hiciéramos esto y me dijiste que no te permitiera escaquearte.

—Es que tengo náuseas.

—Pues coge una bolsa de papel cuando salgamos. Venga, va a ser divertido. Conozco un sitio que a estas horas va a estar oscuro y prácticamente vacío.

—Qué bien suena eso —dijo Stacey, guiñando un ojo de forma insinuante.

—Buen intento, y cualquier otra noche sucumbiría a la distracción, pero estabas completamente decidida, así que esta vez te voy a tomar la palabra. Venga, que llevo más de un año con la L en el coche.

Stacey sintió que se le revolvía el estómago solo de pensarlo y deseó no haber sugerido nada. Pero lo cierto era que estaba ya harta y cansada de depender de otras personas para moverse por la ciudad.

Después de unas cuantas lecciones malas de iniciación, desarrolló un miedo irracional a la palanca de cambios, que se estaba intensificando con el paso del tiempo.

—Conduzco yo hasta allí y luego lo coges tú y vas a tu ritmo, ¿vale?

—Venga —respondió Stacey, dirigiéndose a toda prisa hacia la salida de la casa antes de cambiar de opinión. Devon cerró la puerta tras ellas.

—Ten presente que no voy a gritarte en ningún momento, que no voy a perder la paciencia y, sobre todo, que estoy orgullosísima de que lo intentes.

Como solía pasar, Stacey no comprendía qué diablos había hecho para merecer a Devon.

Se subieron al coche y Stacey envidió la facilidad con la que su mujer lo hacía todo. Parecía llevar puesto el piloto automático, su memoria muscular le bastaba para no tener que pensar en lo que estaba haciendo. Vio cómo su mano se deslizaba hacia la palanca de cambios mientras sus pies hacían otra cosa a la vez y, también al mismo tiempo, controlaba la dirección y comprobaba los retrovisores.

Sintió que le brotaban gotas de sudor de la frente. Era imposible que ella pudiera hacer todo eso. La simple idea de que iba a defraudar a Devon la hacía sentirse aún peor.

—Vale, justo allí hay un polígono comercial que solo tiene una calle circular. A esta hora no hay nada abierto, y la iluminación de la zona es decente. ¿Te parece bien?

La verdad era que no le parecía muy bien, pero asintió de todos modos.

Devon detuvo el coche en un tramo recto de la carretera.

—Voy a poner la L mientras te acomodas en el asiento del conductor.

Cuando se cruzaron a la altura del maletero, Devon le apretó la mano.

—Quita esa cara de susto. No va a morir nadie.

Stacey le devolvió el gesto, estrechando también su mano, y trató de quitarse tensión de encima.

Se sentó en el asiento del conductor y Devon se montó en el del copiloto.

—Vale, primero asegúrate de que tienes suficiente espacio para las piernas, y que llegas bien a los pedales.

Como las dos medían más o menos lo mismo, le pareció que estaba bien.

—¿Qué es lo primero siempre, antes incluso de arrancar?

—El cinturón —dijo Stacey, poniéndoselo.

—Hay que ir cogiendo el hábito —dijo Devon mientras sus manos se encontraban al intentar abrochar el cinturón—. Vale, arranca. Está en punto muerto, así que no se va a mover. Presta atención al sonido del motor. Familiarízate con él. Ahora, pon el pie en el pedal izquierdo y cambia a primera. No te preocupes, el coche se va a quedar quieto.

Stacey obedeció, oyendo cómo cambiaba el sonido del motor.

—Pon ahora el pie derecho sobre el pedal que hay a la derecha, pero no lo pises. Ahora suelta el freno de mano y pisa el acelerador con suavidad.

El coche avanzó un poco y Stacey retiró instintivamente el pie.

—No te preocupes. No hay nada a nuestro alrededor. Hazlo otra vez, pero no te asustes cuando el coche se mueva. Tienes todo bajo control. ¿Ves mi mano?

Stacey miró el espacio entre los asientos.

—Voy a estar controlando el freno de mano y si me diera la impresión de que hubiera algún problema, tiro hacia arriba, ¿vale?

Stacey asintió sin hablar y repitió el proceso.

Cuando el coche empezó a moverse, sujetó firmemente el volante y mantuvo el pie en su sitio.

—Eso es. De momento, concéntrate en el volante. Cuando te vayas sintiendo cómoda, añade algo de peso al pedal para así aumentar los diez kilómetros por hora a los que vamos ahora mismo.

A Stacey le parecía perfecta la velocidad a la que se movían. Decidió aumentar la presión sobre el pedal cuando hubiera doblado la siguiente curva.

***

Una hora más tarde, eufórica por haber sido capaz de cambiar de primera a segunda, se desabrochó el cinturón de seguridad una vez que su mujer paró el coche delante de su piso.

—Bien hecho, amor —dijo Devon, levantando la mano para hacerle el gesto de chocar los cinco.

Stacey salió del lado del copiloto mientras Devon apagaba el motor. A su pesar, estaba contenta con lo que había hecho. El paso que había dado era pequeño, pero un paso al fin y al cabo.

Dio un salto hacia atrás cuando una sombra se movió al lado de la casa.

—Dee —dijo mientras Devon rodeaba el coche.

—¿Qué pasa?

—Allí —dijo Stacey, señalando en aquella dirección—. Creo que hay alguien detrás de ese arbusto.

Empezaron a avanzar hacia allí. El corazón de Stacey le martilleaba en el pecho.

Escuchó un crujido antes de que una figura saliera disparada desde atrás y derribara a ambas al suelo.

—¡Jesucristo! —exclamó Devon, atónita.

—¿Estás bien? —preguntó Stacey, oyendo el ruido de los zapatos sobre el pavimento mientras la persona huía. Se impulsó para levantarse, pero sabía que sería inútil perseguirla.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Devon mientras Stacey la ayudaba a ponerse de pie.

Tenía una ligera sospecha acerca de lo que había ocurrido, pero por una vez esperaba de todo corazón estar equivocada.

Capítulo 19

A Barney le faltó tiempo para saltar junto a Kim en el sofá una vez que hubo terminado de masticar una zanahoria, su premio para la cena de aquella noche.

—Ay, chico, vaya lectura complicada tengo entre manos —dijo ella, acariciándole distraídamente la cabeza.

Cuando llegó a casa, estuvo lanzándole la pelota en el exterior antes de darle su té. Habían vuelto de su paseo nocturno pasadas las doce y él sabía que la zanahoria significaba que le tocaba bajar las revoluciones.

Tras haberse hecho una buena cantidad de café, se dispuso a intentar descifrar el sistema de Sandra. Ya tenía solucionado el código de colores. Lo personal estaba escrito en rojo; lo laboral, en negro. Se fijó de inmediato en aquello que estaba marcado como «noche de cita», con corazoncitos, y las notas de aniversarios, salidas al teatro y cenas a las que asistían. Esas anotaciones la hicieron sonreír. Era obvio que la pareja estaba aún muy enamorada. Otras notas en rojo significaban días de spa o citas para ir de compras con una N al lado. No le costó mucho deducir que la N era de Nicola. Supuso que serían intentos de estrechar lazos, oportunidades para que ambas se conocieran mejor. Muchas estaban tachadas, supuso que canceladas, y Kim se preguntó quién se habría echado atrás.

La vida de Sandra al completo estaba contenida en aquel libro y Kim tenía la sensación de que su asesino se escondía en alguna parte del mismo.

Empezó por el principio y trabajó por eliminación, esperando encontrar que algo le llamara la atención.

Aproximadamente a las dos semanas, lo encontró. El catorce de enero había una marca de bolígrafo azul; ni laboral ni personal. Se trataba de una M mayúscula dentro de un círculo, pero había una línea que la tachaba.

Siguió hojeando a través de las siguientes semanas buscando algo inusual, tratando a la vez de encontrar más emes azules. Unas semanas después, dio con otra, a la que, de nuevo, atravesaba una línea.

Y otras tres semanas después, nuevamente tachada.

Kim se imaginaba que podía tratarse de reuniones que se habían concertado, pero que nunca habían llegado a producirse.

Pero había una más en el diario, apenas un par de días antes de que la asesinaran. Solo que ninguna línea tachaba aquella última M.

Capítulo 20

A Terence aún se le salía el corazón del pecho cuando cerró la puerta de casa tras de sí.

Si su madre siguiera viva, se vería obligado a subir corriendo hasta su habitación y recomponerse en privado, pero su reciente fallecimiento a causa de un derrame cerebral le daba total libertad para expresarse en cualquier lugar de la casa.

Y en aquel momento estaba eufórico.

Había tenido la certeza de que algún día ocurriría. Estaba seguro de que aparecería en su vida otra persona con la que sintiera la misma conexión instantánea. Durante un tiempo se había estado preguntado si esa persona podría ser Sandy, pero había visto algo frío en sus ojos cuando lo miraba: asco, repulsión. Aquello lo había enfurecido, y ahora ella ya no volvería a mirar a nadie de esa manera.

Fue la ira lo que lo motivó un rato antes a acudir a su casa. Quería intimidarla por insinuar que su amor por Charlotte distaba mucho de haber sido puro.

Desde el momento en que vio a Charlotte, supo que era la mujer de su vida, e hizo todo lo que estuvo en su mano para demostrarle su devoción.

Aquella primera sonrisa lo había engatusado. Lo había cautivado y convertido en su esclavo. Sintió un escalofrío de excitación, una electricidad que lo quemaba por todo el cuerpo. Esa sonrisa fue como si le hubiera puesto un collar alrededor del cuello que lo atara a ella hasta el fin de sus días.

De inmediato, comenzó a intentar demostrarle su amor. Se dedicó a vigilar su casa para que, cada vez que ella mirara hacia afuera, lo viera y supiera que él estaría siempre protegiéndola.

Charlotte se percató de su presencia y cerró las cortinas. Él dejó escapar un suspiro de satisfacción profundo cuando percibió que ella se había dado cuenta de que nunca más volvería a estar sola. Que podría dormir plácidamente en su cama, sin sobresaltos.

No fue suficiente para ella, que quiso que él demostrara ser digno de ella, cosa que él comprendió. A partir de aquel momento, empezaron las pruebas. Obstáculos que debía superar para demostrarle su afecto.

El juego había comenzado.

Ella dejó pistas en su basura para que él las siguiera. Una factura de teléfono destrozada que él logró reconstruir con paciencia. Una carta de su jefe detallando el aumento anual de su salario. Recibos que le indicaban dónde le gustaba comer, qué le gustaba comprar en el supermercado. Migas de pan que ella iba dejando deliberadamente para que él pudiera recorrer el camino de su compromiso hacia ella.

Por la factura de teléfono había conseguido dar con su número. Ella leyó los primeros mensajes, pero no los contestó. Con cada mensaje sin respuesta, él se esforzó más por mostrarle su devoción. Lo único que pretendía ella cuando bloqueó su número era que él se esforzara aún más. No le importó, porque bien que valía la pena realizar ese esfuerzo por ella.

Cuando la policía apareció por su casa y le aconsejó que se alejara de la de Charlotte, supo que era cosa de ella, que estaba presionándolo un poco para ver hasta dónde era capaz de llegar.

Cuando lo detuvieron, intentó explicarle a la policía que ella los estaba utilizando como una simple vía para demostrar su amor por él.

No lo comprendieron. Tampoco el juez ni los otros reclusos. Daba igual. Dejó de intentar explicárselo a todo el mundo; mientras ella fuera consciente, lo demás no importaba.

Recordaba lo atónito que se quedó cuando salió de la cárcel y se enteró de que ella ya no vivía en el mismo lugar. Lo invadió la rabia. No había estado presente para protegerla de lo que fuera que la había hecho abandonar su casa. La maldita policía había estado demasiado ocupada tratando de neutralizarlo y, en consecuencia, ella había sufrido en su ausencia.

Por suerte, sabía dónde trabajaba y pudo encontrarla de nuevo. No se mostró de inmediato; quiso esperar a seguirla hasta su casa para darle la tranquilidad de que ya estaba de vuelta y de que nunca más volvería a abandonarla.

Su corazón se aceleró cuando ella se asomó a la ventana del dormitorio y sus miradas se quedaron fijas la una en la otra. En aquel momento supo que sería capaz de hacer cualquier cosa, escalar cualquier montaña, cruzar cualquier mar para demostrar que era digno de su amor.

Ella necesitó aún más; él estaba dispuesto a dárselo.

Le envió un mensaje. Bloqueó su número. Compró otro teléfono y le envió un nuevo mensaje. Lo bloqueó de nuevo. Le envió flores. Las tiró. Le mandó más. Las tiró otra vez.

Aquel juego continuó hasta que un día ella desapareció.

Ya no trabajaba en la misma oficina ni vivía en el mismo lugar. De la noche a la mañana se la habían llevado y nadie sabía dónde se había metido.

Se le rompió el corazón y estaba seguro de que, dondequiera que estuviera, ella se sentiría exactamente igual. Había hecho todo lo

posible por protegerla, por demostrarle su amor y su valía, pero de algún modo alguien la había quitado de en medio.

Siempre supo que sería cuestión de tiempo que otra persona ocupara su lugar.

No le fue difícil averiguar dónde vivía. Ella misma le había facilitado su nombre completo y le bastó con buscar en el censo electoral. Ya estaba esperándola cuando su compañero la dejó enfrente de su casa. La observó desde el otro lado de la calle mientras revolvía sus llaves para abrir la puerta.

Cuando la vio salir con la otra mujer, pensó que tardarían más en volver. Su regreso lo pilló por sorpresa, pero se las arregló para hacerse con algunas cosas que había en su cubo de basura, que diseccionaría minuciosamente más tarde. Aunque pasó justo al lado de ella, estaba seguro de que no lo había reconocido, y se alegraba de ello. Era demasiado pronto.

No había predicho la complicación extra que suponía que hubiera alguien en su vida, pero eso le daba igual, no iba a estar por mucho tiempo; entonces, la tendría solo para él.

Puso el botín que había robado sobre la mesa del comedor y encendió el hervidor, saboreando esa sensación que estaba creciendo en su interior.

No tenía ninguna duda. Por fin había encontrado al amor de su vida.

Capítulo 21

—¿Qué tal la noche? —preguntó Kim mientras su equipo se reunía para la sesión informativa de las siete de la mañana.

—Peli —dijo Penn—. Una nueva de Marvel.

—¿Con Jasper o con Lynne? —preguntó Stacey.

—Con ambos.

—Yo estuve indagando un poco acerca de los distintos significados que tienen las piedras preciosas —dijo Bryant.

—¿Le gustó a Jenny? —preguntó Kim.

—Le encantó. Al parecer, es amatista y se supone que da protección, purifica y facilita la intuición.

—Pues quizá deberías haberla dejado en el coche —bromeó Kim.

—Hablando de coches —dijo Stacey—, yo di una clase de conducir con Devon.

Tres cabezas se volvieron hacia la ayudante de detective.

Kim rompió el silencio.

—Lo siento por vosotros, pero Stacey es la ganadora. ¿Qué tal se te dio?

Kim sabía el auténtico terror que le producía aprender a conducir, y que seguía empeorando por el hecho de evitarlo.

—Si puedo conducir en primera dando vueltas alrededor del mismo sitio, creo que ya estoy lista para dar el siguiente paso.

—No lo dejes ahora que has empezado —dijo Kim.

Stacey asintió.

—Vale, ¿qué tenemos sobre David Ford? —preguntó.

—Nada de nada —se lamentó Stacey—. O está increíblemente limpio, o es muy cuidadoso. Parece que lleva con Bettina desde el instituto. Ha trabajado en la misma cadena de suministros para constructores desde que salió de la universidad y ha ido ascendiendo poco a poco hasta subdirector de sucursal. No hay quejas ni escándalos en relación con él.

No era eso lo que Kim esperaba encontrar de un hombre tan bocazas, a menos que reservara su comportamiento intimidatorio solo para su mujer.

—¿Y de Lisa Brown?

—Una condena por romperle la nariz a otra chica en una noche de fiesta en Birmingham. La chica la empujó en un bar y terminó pagándolo. Sentencia suspendida y cambiada por servicio comunitario, que completó. Ningún problema desde entonces.

Por alguna razón, no le sorprendió aquel resultado. Los problemas de Lisa no provenían de lo que había hecho mal en el pasado, sino del riesgo que había corrido al mentir sobre ello. No creía que los inversores de su proyecto de construcción se alegraran de tener a una delincuente con cargos al mando, aunque probablemente a Lisa le preocupaba más que Catherine descubriera aquel episodio. Si apareciera muerta, Kim estaría bastante tentada de investigar a la directora de proyectos.

—Bueno, planes para el día de hoy. Stace, quiero que profundices con el padre George Markinson, a ver si podemos descartarlo. También me gustaría saber por qué no es capaz de permanecer más tiempo en el mismo sitio que un circo ambulante. Deja a Birch tranquilo de momento. Si está amenazando con denunciarnos por acoso, nos va a hacer falta alguna prueba forense que lo vincule con el caso para volver a hablar con él.

Stacey parecía querer añadir algo, pero cambió de opinión.

—De acuerdo, jefa —dijo finalmente, apartando la mirada.

—¿Segura? —preguntó Kim.

—Sí, todo bien.

—Siguiendo contigo, Stace, también quiero que investigues una cosa sobre Sandra. Trata de encontrar gente a la que conociera cuyo nombre empiece por la letra M. Indaga sobre su familia más lejana y a ver si alguna vez hubo algún problema.

Stacey asintió.

—Penn, quiero que desmontes ese portátil en busca de amenazas potenciales. He estado revisando y jamás presentó ninguna denuncia, pero, si hubo alguna amenaza seria que la asustara, supongo que guardaría un registro en algún sitio.

—Entendido, jefa.

—Ah, y ponle un nombre a ese hombre.

—Lo haré.

—Y, por si no fuera bastante, échale un cable a Stacey con sus investigaciones.

Penn hizo un gesto de conformidad.

—Vale, ya que todos sabemos lo que tenemos que hacer, os pongo al día de lo de ayer. Lo que parecía ser un evento social relajado entre un grupo de amigas fue cualquier cosa menos eso. Ni son amigas ni estoy segura de que se caigan bien. Todo fue idea de Catherine porque deseaba obtener confirmación divina de la aventura que estaba teniendo su marido y de la posible fecha en la que la iba a abandonar. No podríamos decir que le encantara recibir confirmación por parte de Sandy, aunque yo no tengo claro si le preocupa más quién se va a quedar la custodia de la cocina nueva.

—Entonces, ¿Sandy adivinó lo de su aventura? —preguntó Stacey.

—Un golpe de suerte. Pero todas querían respuestas para algunas preguntas. Lisa se enfrenta a la ruina económica si sale a la luz lo de su condena de joven. Betts busca encontrar su rumbo y su marido no hace el más mínimo esfuerzo por ocultar el odio que sentía hacia Sandy. Emily se está muriendo y quiere consuelo, y Rose, al parecer, busca amor o a su hijo muerto, según a quién nos creamos.

—Pues ahí están todas las posibles motivaciones —dijo Penn.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kim.

—Los motivos por los que la gente acude a los videntes: amor, dinero, salud y consuelo. Todas las razones clave.

—¿Y quién dice eso?

—Un escritor de la zona cuyo libro me leí hará dos años. Un tipo listo, lo explica todo sobre la psicología del cliente, lectura en frío, golpes de suerte y otras técnicas.

—¡Qué coño es la lec...! Da igual, nos estamos desviando del tema. Me cuesta creer que a Sandy la mataran por hacerle a alguien una mala predicción.

—Pues eso es un error, jefa —dijo Bryant en voz baja.

—Continúa —lo instó.

—Estás minimizando las razones que tiene la gente para acudir a un vidente. Puede que sus problemas no te parezcan reales a ti, pero a las personas que buscan orientación las absorben por completo. Con ese nivel de intensidad, quién sabe lo que alguien sería capaz de llegar a hacer si no obtiene las respuestas que desea.

—Pero si es una estafa —contrarrestó.

—Para ti lo es porque no crees, y por eso nunca has necesitado recurrir a ello. Pero no creo que haya mucha gente que vaya a ver a videntes para refutarlos. Van porque creen. Su poder es formidable, por eso es importante lo que dicen y cómo lo dicen.

Kim lo miró.

—No te habrás metido la piedra esa en el bolsillo, ¿no?

Él se rio, y ella asintió en su dirección para reconocer que tenía razón y que había tenido en cuenta su aportación.

—Bueno, chicos, en marcha. Nuestro asesino no se va a atrapar solo.

Capítulo 22

—Dime, ¿quién eligió la película de anoche? —preguntó Stacey, después de que la jefa y Bryant hubieran salido de la sala.

—Ambos —dijo, con un gesto de resignación—. No tengo claro que se lleven muy bien.

Stacey sabía que estaba de broma y que, además, estaba encantado con el vínculo que cada vez los unía más.

—He estado hablando con Lynne de dar un pasito más —explicó, mientras sacaba la corbata de su cajón.

—¿Os casáis? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Joder, Stace, que solo llevamos dos meses saliendo. No, quiero que pase más tiempo en casa, que se quede algunas noches, solo cuando quiera; que se sienta libre de pasar allí todo el tiempo que le dé la gana y la sienta como si fuera suya. Quiero pedírselo, pero no encuentro el otro juego de llaves.

—Haz otra copia —dijo Stacey con lógica.

—No, no puedo tener llaves extra por ahí perdidas. Tendré que cambiar las cerraduras si no consigo encontrarlas.

—Penn, ¿has considerado que tu manía controladora...?

—Oye, déjame en paz, Stirling.

—¿Perdón?

—¿Stirling Moss?

—No, sigo sin pillarlo.

—Qué manera de hacerme sentir viejo, Stace. Es uno de los mejores pilotos de automovilismo que hayan existido jamás.

—Ah, vale —dijo ella, volviendo a sentarse en su silla—. Bueno, ya sabes lo que te voy a preguntar ahora. ¿Crees en este rollo de los videntes o no?

A Stacey le gustaba pensar que la jefa y Bryant tendrían conversaciones similares en el coche.

Penn también se sentó e hizo girar un bolígrafo entre sus dedos.

—Keats estuvo intentando hablar de eso mismo ayer conmigo, y la respuesta es que no lo sé. El realista que hay en mí cree que es una completa estupidez, pero existe otro yo que espera que sea verdad, que hay un reino misterioso y poderes inexplorados. Supongo que estoy esperando a que alguien me convenza. De hecho, me gustaría que alguien lo hiciera. ¿Y tú?

—Pues la verdad es que no me creo nada. Me parece que la mitad de ellos son muy conscientes de que solo dicen estupideces y engañan a la gente a sabiendas de que lo están haciendo, y la otra mitad de verdad se cree en posesión de un don, pero la realidad es que no lo tienen.

—Vale, pero entonces, ¿cómo te explicas a Nostradamus?

—Lo escribía todo en acertijos —replicó ella.

—Cuartetos —corrigió.

—En realidad, galimatías, que dejaba todo abierto a cualquier interpretación. Creo que los hechos se han moldeado para encajar con la ambigüedad de sus supuestas profecías.

—Vamos, que estás muy cerrada a la posibilidad, ¿verdad?

—Creo que todo tiene una explicación —respondió, sentándose hacia delante y presionando un botón del teclado para que la pantalla volviera a iluminarse—. Y hablando de ello, voy a escarbar en el padre George Markinson y ver por qué se muda más a menudo que la mujer de un militar.

Penn hizo lo mismo y sacó sus cascos del cajón.

De camino al trabajo, Stacey había decidido no mencionar nada sobre lo sucedido al volver de la clase de conducir, porque a esas alturas ya no estaba del todo segura de lo que había visto.

Perturbada durante el suceso, estaba convencida de haber reconocido la figura de Terence Birch, pero, con el paso de las horas, su mente lo había racionalizado y convertido en un desconocido cualquiera, que, o bien estaba inspeccionando el lugar, o quizá tan solo estaba echando una meada rápida al lado de su edificio. Esa duda persistente y molesta que tenía en la cabeza desaparecería con el tiempo, pensó mientras cogía la lista de movimientos del padre Markinson.

Cuanto más la observaba, más segura estaba de que había algo muy raro en ella. En algunas ocasiones, apenas habría tenido tiempo de deshacer la maleta antes de que lo largaran a otro lugar.

Decidió buscar su nombre en Internet en relación con algunos lugares específicos, en concreto en aquellos en los que había permanecido menos tiempo.

La primera búsqueda dio resultado. Leyó la noticia del periódico local Echo.

—¡No puede ser! —exclamó tras hacerlo.

Penn ignoró por completo su exabrupto, pero apenas podía creer lo que estaba leyendo.

Durante su residencia de un año en Bedford, de 2017 a 2018, la Iglesia había recibido una queja formal porque el padre Markinson había negado la entrada a su iglesia a una pareja de hombres del mismo sexo. Los jóvenes acudieron a la prensa para denunciar aquella conducta.

Se remontó más atrás, hasta el periodo entre 2009 y 2010, en el que estuvo destinado en Norfolk. Este suceso le resultó más sencillo de encontrar. Se había descubierto que un miembro del coro en la recta final de su adolescencia abusaba sexualmente de su hermana menor. Salió a la luz que Markinson había recibido dos quejas de otros miembros más jóvenes del coro sobre tocamientos inapropiados por parte de aquel adolescente, pero el padre no había hecho nada al respecto.

Stacey estaba horrorizada por su inacción y la consecuente falta de protección de aquellos jóvenes, pero siguió buscando. Llegó hasta Gloucester, entre 2006 y 2007. Esta vez fue más difícil, pero Stacey estaba convencida de que tenía que haber algo.

Y estaba en lo cierto. El artículo que descubrió no era sobre él, pero se mencionaba su nombre. Un chico de quince años con problemas relacionados con su identidad de género había buscado orientación con el clérigo. Después de un par de sesiones, el chaval se había quitado la vida con una sobredosis de paracetamol. Eso ya era horrible de por sí —Stacey no podía ni imaginarse la clase de consejos que le habría dado durante aquellos encuentros—, pero lo más escalofriante de todo fue la declaración posterior del padre George al enterarse de la noticia del suicidio del joven, que había sido: «El destino del chico era la voluntad de Dios y ahora está en paz en Su abrazo tierno».

—¡Vaya cabrón! —exclamó Stacey mientras pensaba que una persona tan intolerante y estrecha de miras no debería tener cabida en la Iglesia. Era un maldito peligro.

Se le ocurrió una idea. Rebuscó en el registro de incidentes y encontró el número que buscaba.

Will Deakin contestó al segundo tono.

—Señor Deakin, soy la ayudante de detective Wood, del Departamento de Investigación Criminal de Halesowen. Siento molestarle en este momento tan doloroso, pero estamos intentando averiguar algo.

—Claro, agente. Cualquier cosa que pueda hacer para ayudar.

—Gracias. ¿Tuvo su mujer algún trato con el padre George Markinson en Saint John?

—Lamentablemente, sí, así es.

—¿Por qué lamentablemente?

—Me temo que no se llevaban muy bien. Se oponía al don que tenía mi mujer y la tachó de blasfema.

—¿Y discutieron sobre ello?

—Oh, sí, muchas veces, hasta que el hombre tomó medidas.

—¿De qué tipo?

—Le prohibió la entrada a Saint John. Le dijo que, si alguna vez ponía un pie en la iglesia, él mismo la sacaría de allí.

Capítulo 23

Kim no esperaba tener que visitar la casa de Rose Foster en Oldswinford después de la conversación que mantuvieron con ella en la tienda de Emily, pero le intrigaba saber por qué la mujer no les había contado la verdad sobre la muerte de su hijo.

Rose abrió la puerta vestida con mallas y camiseta. Tenía mojado su pelo castaño tras una ducha reciente.

—Entren, los estaba esperando.

—No me diga más, Catherine ha mandado un mensaje en el grupo de WhatsApp advirtiéndole de que veníamos.

—No específicamente —dijo Rose, guiándolos hacia el salón—. Pero sí que nos ha dicho que somos una panda de zorras por señalarla y hacerla quedar mal. Está buscando otra clase de yoga y se ha salido del grupo.

Rose no parecía demasiado afectada por ello.

—¿Podemos? —preguntó Kim, señalando el sofá.

—Por supuesto. No tengo que ir a trabajar hasta dentro de un par de horas y estaré encantada de responder a cualquier cosa que deseen saber.

—¿Por qué nos mintió?

—No les mentí —dijo Rose, sentándose en el sofá, pero al borde del cojín.

Kim se descubrió haciendo lo mismo. No parecía que fuera a ser una visita larga.

Rose juntó las manos y las puso sobre su regazo.

—Tan solo no les conté toda la verdad. Me gustaría encontrar a alguien con quien compartir mi vida. Sí, hace unos diez años secuestraron y asesinaron a mi hijo. ¿Había una parte de mí que se preguntaba si eso era cierto? —Se encogió de hombros—. Pues puede ser. Pero no me sorprendió demasiado que me hiciera una predicción que podría haberme hecho cualquier horóscopo medio decente.

—Sigo sin entender por qué no nos lo mencionó —insistió Kim.

—Estaban interesados en saber cosas sobre Sandy y los sucesos acaecidos en la noche del jueves. No suelo buscar cómo tratar de meter en cada conversación que tengo la parte más dolorosa de mi vida. ¿Usted sí?

Kim la entendió.

—¿Qué le pasó a su hijo?

Rose suspiró profundamente.

—Era una mañana normal. Estaba yendo en bici al instituto con su amigo. Brad, mi hijo, iba delante. A menudo echaban carreras por el bosque. Cuando Josh llegó al lugar donde Brad debería haber estado esperándolo, una furgoneta blanca se alejaba a toda velocidad. El pobre Josh no tenía ni idea de lo que había pasado y pensó que Brad había seguido hacia delante. No dio la voz de alarma hasta que entró en la primera clase y se dio cuenta de que Brad no había aparecido por el instituto. Se acordó de la furgoneta y se lo contó a su profesor, casi media hora después de que se hubieran llevado a mi hijo.

Kim recordó de inmediato haber oído hablar de ese caso. Por aquel entonces estaba destinada en Digbeth, Birmingham. Recordaba la foto que había circulado por si alguien lo veía.

—Mantuve viva la esperanza durante un año, hasta que encontraron la mayor parte de su ropa en una zona recóndita de Cannock Chase. La policía hizo excavaciones en un par de montículos, pero nunca lo encontraron.

Kim se dio cuenta de que Rose cada vez hablaba más bajito.

—El inspector jefe me explicó que habían llegado a la conclusión de que Brad ya no estaba vivo, y que probablemente estaría enterrado en algún lugar de Cannock Chase, pero claro...

Kim lo comprendió. Sabía que ese parque se hizo famoso porque en él se encontraron los cadáveres de tres chicas a finales de los sesenta. También sabía que abarcaba cuarenta y dos kilómetros cuadrados, lo que hacía imposible buscar sus restos.

—Me costó un tiempo, pero terminé aceptando que estaba muerto. Aunque, claro, no existe sensación de cierre sin haber aparecido su cuerpo.

—Por supuesto —dijo Kim, sintiendo mucho haber reavivado su dolor. Parecía que de repente estuvieran hablando con una mujer distinta de la que había abierto la puerta. Se había echado hacia atrás en el cojín y se frotaba la parte superior de los brazos con las manos, en lo que Kim reconoció como un gesto para consolarse a sí misma.

—La acompañamos en el sentimiento y le agradecemos mucho que se haya sincerado con nosotros.

—No creo que sirva para ayudar a Sandy, pero es lo que hay.

Kim se dirigió hacia la puerta y suspiró cuando esta se cerró con suavidad tras ellos.

—Jesús, Bryant, ¿puedes llegar a imaginarte como sería no tener los restos de...?

—No hagas eso, jefa —la cortó mientras abría el coche.

—¿El qué? —preguntó ella inocentemente.

—Ese caso no es nuestro. Nunca lo fue y no deberíamos involucrarnos. No puedes intentar resolverlo todo. Ya tienes a Penn investigando sobre un desconocido sin identificar por el que Keats te ha puesto de los nervios. Tenemos un asesinato que resolver que sí nos compete, y ahora de repente quieres darle a esta mujer el cuerpo de su hijo para que lo entierre.

—Tienes razón —dijo ella, poniéndose el cinturón de seguridad.

—¿La tengo?

—Por completo —dijo mientras su teléfono empezaba a sonar—. Dime, Stace.

—El padre Markinson, jefa... Es un sectario, prejuicioso, déspota... una vergüenza de ser humano.

—Vale, muchas gracias —dijo Kim, poniéndola en manos libres.

—Creo que vale la pena hacerle una visita.

—Cuéntanos —pidió Kim. La tarea que le había asignado a su agente era descartarlo de la investigación.

Escuchó con creciente indignación cómo Stacey iba enumerando sus destinos y lo que parecían ser los motivos que había detrás de sus numerosos traslados.

—Vale, también es intolerante, pero ¿por qué lo convierte todo eso en una persona de interés para nuestro caso?

—Discutió con Sandy un par de veces. De hecho, le prohibió entrar en la iglesia.

—¿Qué? —se sorprendió Kim. No sabía que tenían la potestad de hacer algo así. ¿No estaba la casa de Dios siempre abierta para quien quisiera entrar?

—Espera, que aún hay más. Mavis, la limpiadora, fue testigo de cómo la echó a empujones por la puerta.

Es decir, le había puesto las manos encima. Eso cambiaba las cosas en su opinión.

—Vale, Stace, vamos a hablar con él —dijo cuando Bryant ya se alejaba de la acera—. Ah, y ya que estamos, hazme un favor cuando tengas un minuto: revisa el expediente del caso de Bradley Foster, un chico de quince años asesinado hace diez.

Bryant gruñó a su lado.

—Me pongo a ello, jefa —dijo Stacey, y luego colgó.

—¿Qué? —le dijo a su compañero, que estaba haciendo un gesto de desesperación.

—Creía haberte escuchado darme la razón.

—Y la tienes. Pero eso no significa que vaya a hacerte caso.

Capítulo 24

Penn estuvo inspeccionando minuciosamente el portátil de Sandy.

Entre sus correos electrónicos eliminados, encontró algunos mensajes groseros e insultantes que se remontaban más o menos hasta un año atrás.

La mayoría de ellos incluían quejas sobre el espectáculo y también sobre el hecho de no haber sido seleccionados para realizar una lectura. Algunos la tachaban de fraude por no haber podido detectar a algún familiar fallecido, o por no hacer una función más larga para darle la oportunidad de manifestarse, como si se tratara de un supermercado y los espíritus estuvieran haciendo cola en la caja hasta que los atendieran.

Ni uno solo de los correos, por muy maleducados que fueran, tenía un tono amenazador o agresivo. Ninguno se repitió y ninguno fue respondido. Se trataba simplemente de quejas ordinarias de clientes insatisfechos, superadas con creces por los mensajes de apoyo y agradecimiento.

Entonces, ¿habría archivado mensajes más siniestros en alguna parte?, se preguntó.

Hizo una búsqueda por palabras clave en el disco duro del ordenador utilizando algunas como «matar», «asesinato», «apuñalar», «muerte» e incluso «odio», pero no encontró nada.

El sistema de correo electrónico que utilizaba se ramificaba en diversas subcategorías, y luego se volvía a subdividir a partir de estas. No tuvo más remedio que ir una por una. Ante la ausencia de un archivo denominado «amenazas de muerte», no le quedaba otra.

Fue recorriendo una cadena de subcarpetas que se originaba en «facturas domésticas», pasaba por «servicios públicos» y llegaba hasta una carpeta denominada «miscelánea». Por lo que estaba observando, no quedaba nada que pudiera archivarse en una categoría genérica.

Hizo clic en ella y apareció en la pantalla una lista de más de veinte correos electrónicos.

—¡Lo tengo! —exclamó.

—¿Qué tienes? —reaccionó Stacey.

—Correos electrónicos, amenazas... —dijo, desplazándose hasta el final de la lista—. El primero se lo enviaron hace casi dos años, y todos proceden de la misma dirección.

Abrió el primero y lo leyó en voz alta.

—«Es usted repugnante. Es una manipuladora y una mentirosa. Deje de robarle dinero a la gente y búsquese un trabajo de verdad».

—Vale, muy simpático no es —dijo Stacey—. Pero seguramente no sea demasiado extraño, dado el tipo de trabajo que tenía.

Penn estaba de acuerdo, pero ¿por qué habría guardado aquellos correos?

Avanzó por la línea temporal y, a medida que lo hacía, algo llamó su atención.

En primer lugar, aquella persona no le había enviado un correo desagradable sin más y luego se había olvidado de ella. Había hecho un esfuerzo coordinado para compartir sus pensamientos regularmente durante un par de años. Sandra había ignorado los mensajes, pero el remitente no se había aburrido y desaparecido sin más. Al contrario, la falta de respuesta había alimentado su fervor.

El último mensaje, recibido apenas diez días antes, era un poco diferente.

—¡Stace, escucha este! —avisó Penn—. «Es usted una persona repulsiva que continúa robando y estafando a la gente. Utiliza a las personas, es una babosa repugnante que ni siquiera debería haber nacido. No tiene capacidad alguna, y eso la convierte en una ladrona. Se dirige a personas que están en un momento de vulnerabilidad máxima y se aprovecha económicamente de ellas. La odio, se merece una muerte larga y dolorosa que le pueda llegar a hacer sentir el mismo sufrimiento que inflige a otras personas. Disfrute de su tiempo, señora Deakin, porque no le queda mucho».

Stacey puso un gesto de sorpresa.

—¿Es de la misma persona?

—Ya te digo.

—¡Hostia!

Eso mismo había pensado él. Aunque los correos empezaron siendo bastante suaves, se habían ido volviendo cada vez más intimidatorios hasta desembocar en amenazas de muerte en toda regla.

Penn no tenía ninguna duda de que el autor de esos mensajes deseaba ver muerta a Sandra Deakin.

Capítulo 25

—No irás a tratarlo como a un sospechoso, ¿no, jefa? —preguntó Bryant, aparcando el coche frente a la iglesia de Saint John.

Dos coches patrulla y una furgoneta forense seguían allí presentes.

—¿Por qué te pones tan nervioso cuando hablamos con cualquiera que tenga algún tipo de autoridad?

—Bueno, a ver, ¿te suena lo del elefante y la cacharrería?

—No voy a tratarlo de forma diferente a cualquier otra persona —dijo, agachándose para pasar bajo la cinta que acordonaba aún la zona.

—Eso es lo que me preocupa.

—¿Crees que merece un trato especial? —preguntó.

Bryant, con un gesto de incomodidad, alzó los hombros.

—Pertenece al clero, es un hombre de Dios. Sin duda, eso merece algún tipo de... no sé... respeto —dijo, mientras Kim se dirigía hacia la entrada de la iglesia.

Pudo ahorrarse la respuesta, porque el padre Markinson los recibió en la puerta.

—Hombre, agente, supongo que ha venido para devolverme mi iglesia.

—Es inspectora, y me temo que eso sería un poco prematuro, hay que esperar hasta que los técnicos forenses lo aconsejen.

Él dirigió la vista hacia otro lado, y ella trató de contener la antipatía instantánea que sintió hacia el hombre. Percibió en él un aire de superioridad, una demanda implícita de obediencia y una expectación evidente de ser venerado por el cargo que ostentaba; parecía considerar a todo el mundo inferior a él. Intentó alejar esas ideas; después de todo, aún no había pasado suficiente tiempo con él para juzgarlo de ese modo.

—Verá, es bastante incómodo. La iglesia tiene que estar abierta para la comunidad, sobre todo en estos momentos, cuando la gente se siente vulnerable y está asustada. La iglesia y el consuelo que ofrece tienen que estar a disposición de todos.

—Si el mismísimo arzobispo quisiera entrar, tampoco le dejaríamos. En cualquier caso, no todo el mundo tiene acceso a ese consuelo del que habla, ¿verdad, padre George?

Sintiendo que sus súplicas no servían de nada, la expresión de su rostro cambió de la irritación a la tolerancia.

—Si se está refiriendo a Sandra, asumo que ya saben de nuestras desavenencias —dijo, sin hacer intención de invitarlos a pasar. Estaba claro que aquella iglesia no estaba abierta a todo el mundo. Solo entraban las personas que su encargado admitía.

—Correcto. ¿Puede darnos más detalles? —le preguntó, esperando a que se reflejara en su rostro cierto malestar, incluso vergüenza, por haber sido sorprendido negando a alguien el acceso a la casa de Dios.

—Claro. Le pedí que no viniera a esta iglesia nunca más.

—¿La vetó? —quiso aclarar Kim, que seguía sin observar remordimiento alguno en su rostro.

—Esto no es un pub municipal en el que se prohíbe la entrada a la gente por comportamiento indisciplinado. Se le pidió que se

abstuviera de volver debido al efecto que producía en los feligreses.

—¿Y ella obedeció? —preguntó Kim.

—Al principio, no.

—Hasta que la sacó a la fuerza del lugar, ¿no? —volvió a preguntar, moviendo la cabeza de lado a lado. El hombre no había hecho mención alguna al contacto físico con Sandra.

—En mi pueblo a eso lo llamamos persuasión sutil.

—En mi pueblo lo llamamos agresión —respondió Kim.

Su rostro se endureció.

—No sea ridícula. Solo puse las manos en la parte superior de sus brazos y la conduje hasta la puerta. En ningún caso puede considerarse una agresión —se rio.

—Bueno, eso lo habría decidido un tribunal si Sandra lo hubiera denunciado, pero, como no lo hizo, tendré que conformarme con que usted me explique por qué consideró necesario sacarla por la fuerza.

—Era perturbadora —respondió.

—¿En qué sentido?

—Inspectora, no hay forma de comunicarse con los muertos, y tampoco se puede predecir el futuro. El espíritu abandona el cuerpo y termina en las manos seguras de Dios. No existe el deseo ni la necesidad de intentar continuar la vida en la tierra. Solo Dios puede predecir los acontecimientos de Su gran plan, por lo que afirmar que se es capaz de hacer algo así es pura blasfemia.

Kim prefirió no argumentar que la religión en su conjunto se basa en la creencia en algo que no se puede ver. Sabía que no serviría para

nada compartir su visión sobre la fe. Solo quería descubrir cómo afectaban las convicciones de aquel hombre a su relación con una persona en concreto.

—¿No cree en el perdón y la aceptación? ¿Piensa que Dios aprobaría sus acciones?

—Lo creo firmemente. Esa mujer no se limitaba a vender mentiras, también cobraba por aprovecharse del dolor y la tristeza ajenos.

—De acuerdo, entiendo que sus opiniones y las de Sandra Deakin eran muy diferentes, pero estoy segura de que también difieren de las de su congregación en muchos aspectos. Me gustaría poder comprender por qué su presencia era tan perturbadora. ¿Se dedicaba a hacer predicciones en medio de sus ceremonias?

—Por supuesto que no.

—¿Interrumpió activamente alguna otra actividad de la iglesia?

Volvió a dar una respuesta negativa, esta vez con un gesto de su cabeza.

—Padre George, va a tener que ayudarme. ¿Qué hacía entonces exactamente?

—Su presencia molestaba a muchos miembros de la feligresía.

—¿Hubo quejas por escrito?

—No. El malestar no tiene por qué formalizarse.

—Sin duda, debe hacerse si se quiere que se tomen medidas. Con franqueza, la gente que come cualquier cosa con salsa de rábano picante me molesta, pero no me atrevería a pedir que les prohibieran entrar en Starbucks.

Sintió más que escuchó el gruñido de Bryant a su lado. El padre George no se dio cuenta, pues toda su atención estaba puesta en ella.

—Inspectora, está trivializando el efecto de su presencia en la buena gente de...

—Venga, ya basta, he tenido suficiente —interrumpió Kim—. Deme los nombres de las personas a las que ofendió y hablaré de forma breve con todos ellos directamente.

Bryant sacó su cuaderno y ambos esperaron.

—No voy a compartir...

—Padre, no creo que haya nada que usted pueda compartir. Pienso que la decisión de prohibir la entrada a Sandra Deakin en la iglesia fue una elección personal suya, basada en sus propios prejuicios sobre el trabajo de Sandy.

—Inspectora, eso es absolutamen...

—Ah, ¿sí? No es la primera vez que se autoconcede el derecho divino de juzgar quiénes son los buenos.

Se quedó callado.

—Su traslado constante de parroquia en parroquia parece coincidir con decisiones cuestionables tomadas en relación con feligreses que, a sus ojos, parecían no ser tan buenos.

—Me limito a cumplir con la voluntad de Dios, inspectora.

—¿Aunque la Iglesia haya evolucionado y vea las cosas de otra manera? —presionó.

—La Iglesia cedió a la presión y la demanda popular. Pero Dios no, y yo continúo siguiendo las enseñanzas de...

Dejó de hablar cuando el teléfono de Kim sonó en su bolsillo trasero.

Estaba llamándola Keats.

Mierda.

Se apartó dando un paso atrás.

—Stone —respondió.

—Bridge House, Waterfront. Venid rápido.

Colgó.

—Bryant, tenemos que irnos.

Su compañero asintió en su dirección, comprendiendo la situación.

—Lamento tener que dejar la conversación a medias, padre George —dijo Bryant. Siempre era tan profesional que tenía buenos modales por los dos—. Porque —continuó— estaba deseando llegar a la parte en la que le iba a decir que usted no representa a ningún Dios en el que yo crea.

Kim ocultó su sonrisa mientras se dirigía de vuelta al coche junto a su compañero. No había tiempo para expresar lo orgullosa que estaba de él.

Una llamada como aquella de Keats solo podía significar una cosa.

Tenían otra víctima.

Capítulo 26

—¿Y bien? —preguntó Stacey cuando Penn regresó de la cafetería con algo para comer.

—No quedaba tarta de limón.

—Penn —le presionó. Lo había mandado allí para que intentara enterarse del asunto hacia el que iba en camino la jefa. Aunque no iba a rechazar el trozo de tarta de chocolate que su compañero le había puesto sobre su mesa.

—Los agentes de uniforme no me han facilitado mucha información. Me han dicho que mantengamos la radio encendida.

Aunque no estaban obligados a llevar un walkie-talkie, la mayoría de las comisarías se las arreglaban para dejar un par de unidades portátiles al Departamento de Investigación Criminal. Bryant solía tener siempre uno a mano, pero no mientras estaban interrogando en relación con las investigaciones.

—¿No te ha dicho nada la jefa?

Penn había hablado con ella en el único momento en el que Stacey se levantó para ir al baño.

—Solo que Keats los había llamado y que estaban de camino a Bridge House, Waterfront. Apenas me dio tiempo a comentarle lo de las amenazas que he encontrado en el ordenador de Sandy.

—Vaya, Penn, ¿no podías haber intentado sacarle algo más de información?

—Primero, no, porque es la jefa, y segundo, ya sabes eso que pasa cuando ella termina de hablar y...

—Te cuelga —terminó por él—. Está bien, es verdad, pero maldita sea, Penn, me estoy muriendo aquí adentro.

—Entonces, mejor esperar hasta que nos necesiten y seguir con lo nuestro, que en mi caso es revisar los informes de personas desaparecidas para ponerle nombre a nuestro desconocido sin identificar.

Stacey observó cómo agrupó en montones bien organizados todos los papeles correspondientes a otras tareas que ya había completado. Siempre lo hacía antes de empezar algo nuevo, como si ese acto le sirviera a su cabeza como botón de reinicio.

Ella continuó con su propio cometido: averiguar todo lo que pudiera sobre Sandra Deakin, lo cual suponía un rastreo intenso.

Abrió la boca para decirle algo a su compañero, pero este ya se había puesto los cascos.

A pesar de aquellos correos amenazadores que le había mandado una sola persona, Stacey no encontró mucha prensa negativa acerca de la mujer. No había foros en los que se discutieran sus habilidades o se la catalogara de timadora o fraude. Tampoco había nada que fuera claramente positivo. Aunque había hecho algunos espectáculos en escenarios pequeños, parecía preferir las cenas privadas con algunos invitados y las lecturas individuales. Había aparecido en la televisión y la radio locales, pero su campo de acción no se extendía más allá de las fronteras de Black Country.

Su página web no era sensacionalista ni hacía promesas extravagantes. En TripAdvisor sus espectáculos tenían una calificación de 4,4 o superior. Stacey leyó todos los comentarios negativos, que explicaban que Sandy no pasaba suficiente tiempo en el escenario, que los asientos eran deficientes o que algunas de las

cosas que decía no se escuchaban bien, pero no había nada violento ni amenazador. La mayoría de los asistentes a sus espectáculos había disfrutado de la experiencia. Y, hasta el momento, no había encontrado nada que relacionara a Sandra con alguien cuyo nombre empezara por M.

Los artículos que contenían información relacionada con Sandy eran cada vez más escasos a medida que iba bajando en la búsqueda de Google. Había reseñas sobre otras Sandras y otros Deakins, pero muy pocas que contuvieran ambos nombres.

—Un momento —dijo mientras casi se salta un reportaje archivado publicado en el Daily Mail casi dieciocho meses atrás.

Hizo clic y empezó a leer.

Le hicieron falta pocos segundos para quedarse con la boca abierta. Era un artículo crítico que desenmascaraba a todos los videntes de poca monta.

El artículo atacaba a todos los médiums de los que había oído hablar y a algunos de los que no. Derek Acorah, Colin Fry, Sally Morgan, Sandra Deakin y un par más recibían una crítica feroz. El tono era salvaje, se pedía al público general que boicoteara a esos charlatanes. El artículo era despiadado y en algunos puntos golpeaba bajo, alegando colaboración familiar y conocimiento del fraude perpetrado. Tanto las formas como el contenido daban la impresión de que el autor se hubiera levantado con un humor de perros y se hubiera puesto a escribir sin dar siquiera un sorbo al café.

Stacey se desplazó hasta el final del extenso artículo.

El autor se llamaba Monty Dunhill, un autoproclamado vidente al servicio de las celebridades.

Le pareció que el único vidente por el que Monty Dunhill sentía cierto respeto era por él mismo.

Capítulo 27

Bridge House era un moderno edificio de cuatro plantas situado en el corazón de la zona comercial Waterfront, en Brierley Hill, que abarcaba ambos lados del canal número 1 de Dudley.

Kim mostró su identificación en dos controles de seguridad antes de llegar al cordón policial.

En él estaba al mando un agente que los conocía y que había levantado la cinta nada más ver el coche.

Bryant aparcó detrás de la ambulancia que estaba a la espera. Ambos saltaron del coche y corrieron a toda velocidad alrededor de los arriates elevados en forma de ele hasta llegar al grupo reunido en la esquina del edificio.

Keats apareció por su izquierda.

—¿Mismo asesino? —preguntó antes de posar los ojos sobre el cadáver.

—Ese es vuestro trabajo, no el mío —respondió—. Pero la forma de la muerte es sin duda la misma, y también es idéntico el sello de autor.

Kim emitió un leve quejido mientras se giraba hacia el lugar a donde la mayoría del grupo se había trasladado.

—¡Jesucristo! —exclamó al ver toda la sangre que se había acumulado alrededor de la víctima.

Una mujer que se encontraba a su izquierda emitió un grito ensordecedor cuando el cuerpo volvió a aparecer ante su vista.

—Es su jefa —explicó Keats—. Fue quien lo encontró.

—¿Puede alguien apartarla del campo de visión? —gritó de malas maneras. Maldita sea. Esa imagen ya no se le iba a olvidar a la mujer en la vida, pero tampoco había necesidad de que la contemplara una y otra vez.

Bryant se dirigió enseguida hacia los policías y la testigo.

—Dios mío de mi vida —dijo Kim, esforzándose por evitar los charcos de sangre—. ¿Edad?

—Diecinueve años —respondió Keats.

No lo parecía. Supuso que sería de ascendencia india. Era de complexión delgada y vestía pantalones negros y un polo color mostaza.

—Azim Mahmood —detalló Keats—. El nombre aparecía en la credencial que ya le hemos quitado. Era lo único visible en ella. Te daremos más detalles cuando la hayamos limpiado.

—¿Trabajaba aquí? —preguntó, señalando el edificio con la cabeza.

—En la segunda planta —confirmó Keats.

Kim echó un vistazo a las inmediaciones. Había un lugar para almacenar los cubos de basura y lo que parecía ser la zona no oficial de fumadores. Pudo ver una cámara de seguridad apuntando hacia el otro lado. El sitio donde estaba el cuerpo era un rincón oscuro, completamente fuera de la vista, y la intención había sido evitar la cámara. Sabía que los agentes uniformados ya estarían solicitando a la sala de control una revisión de las cámaras de seguridad.

—¿Número de heridas? —preguntó, volviendo a mirar a la víctima, que le parecía más joven a cada segundo que pasaba. Era prácticamente un niño.

—Nueve, creo. Te lo diré con certeza una vez que lo analice bien. Son menos puñaladas, pero más violentas a primera vista.

A juzgar por la cantidad de sangre que había en el lugar, ella también lo creía. Al igual que las de Sandra, las manos de Azim estaban cubiertas de sangre en los lugares donde se había agarrado las heridas para contener las hemorragias. Un par de cortes ligeros de la hoja le habían alcanzado el antebrazo derecho, lo que indicaba que había intentado defenderse. Y, al igual que a Sandra, le habían rajado la boca hasta hacerla parecer un enorme agujero en la cara. Kim se sentía cada vez más furiosa. No es que existieran víctimas aceptables, pero esta era un muchacho que apenas acababa de dejar el colegio.

¿Qué coño podría haber hecho para merecer algo así?

—Cumplió diecinueve justo la semana pasada —explicó Bryant, apareciendo a su lado con el cuaderno abierto.

Kim sintió que se habían equivocado al tratar de buscar una relación entre el asesinato de Sandra y su trabajo, y que en realidad no tenía nada que ver con su condición de vidente. O bien un delincuente cualquiera que estaba matando indiscriminadamente había atacado a aquel chico, o bien había algún vínculo entre las dos víctimas.

—Han enviado al sargento Lewis a informar a los padres. La jefa del chico nos ha facilitado la dirección —dijo Bryant.

—¿Quién querría verlo muerto? —preguntó Kim, tratando de encontrarle algún sentido.

—Es un tipo decente, según su jefa. Es respetuoso, educado y trabajador. Había terminado su turno de noche y estaba fumándose un cigarrillo antes de subir al coche; el coche de su hermano. La familia no sabe que fuma.

—¿A qué hora terminó el turno?

—A las siete de la mañana. Su jefa del turno de día vino a fumarse un cigarro a media mañana y lo descubrió. Está bastante mal y no tiene ni una gota de sangre.

Contemplando la escena que tenía delante, Kim sabía que eso sería completamente imposible si ella hubiera estado involucrada en el asesinato.

—Joder, Bryant, ¿por qué? —preguntó sacudiendo la cabeza.

—Pues a ver, jefa, podría estar relacionado con su trabajo. Azim trabajaba en la segunda planta. Es un centro de atención telefónica.

—¿Y? —preguntó ella, esperando la explicación.

—Es una línea de atención directa —respondió—. Relacionada con la videncia.

Capítulo 28

Veinte minutos más tarde, Kim y Bryant subieron los escalones que conducían hasta la segunda planta de Bridge House y las instalaciones de la línea directa para consultas sobre el futuro. Le habían dado a la jefa de Azim un poco de tiempo para recomponerse antes de hacerle más preguntas.

Una mujer rubia y menuda los estaba esperando para introducir el código de acceso y permitirles entrar en la oficina.

—Soy Helen Leonard. Marina está en la parte trasera, y la verdad es que no está en condiciones de hablar. Su marido viene de camino para recogerla. Espero que les parezca bien.

Bryant se había asegurado de anotar sus datos para cualquier cosa que pudiera hacerles falta en el futuro, pero Kim no creía que la mujer hubiera presenciado nada que pudiera ayudarlos. El asesino se había ido de allí mucho antes de que ella descubriera el cadáver de Azim. La conversación que quería mantener tenía el objetivo de averiguar si había alguna otra forma de poder identificar al asesino del joven. Pero no quería tenerla con alguien que solo lo conociera como a cualquier otro trabajador, una persona cualquiera sentada en su puesto de trabajo.

—¿Conocía bien a Azim?

—Fui su supervisora directa durante casi un año antes de que me ascendieran.

—Nos vale —dijo Kim.

—¿Les importa si hablamos aquí? —preguntó Helen, guiándolos hacia un sofá en forma de herradura situado alrededor de un par de

mesas de centro—. Todo el mundo está demasiado inquieto como para que andemos paseándonos por la planta.

Kim estuvo de acuerdo y se sentó en un sitio que le permitía ver el lugar en su totalidad.

Pudo observar que había cinco filas con siete u ocho puestos en cada una. No estaban ocupados ni la mitad de ellos.

—Es un momento tranquilo —dijo Helen, tras darse cuenta de hacia dónde estaba mirando Kim.

—¿Hay alguna hora muy concurrida? —preguntó Bryant.

Helen asintió.

—Según avanza el día, cada vez recibimos más llamadas y la sala se va llenando, y a las ocho de la tarde ya está trabajando toda la plantilla de cara a las horas punta, desde las nueve hasta las dos de la madrugada.

—¿Tan tarde? —preguntó Kim.

—Sí, los que llaman se han tomado una copa o dos, sus parejas se han ido a la cama; es una franja larga y solitaria de la noche, un momento en el que todos tendemos a evaluar nuestras vidas.

—¿Y para hacer eso llaman a una línea relacionada con la predicción del futuro? —preguntó Kim.

—La mayoría buscan calma, consuelo.

—Por una tarifa por minuto desorbitada —soltó sin poder contenerse. Kim no pudo evitar pensar que era gratis llamar a Samaritans.

—Esto es un negocio —dijo Helen, con un tono ligeramente áspero —. Prestamos un servicio.

—¿Seguro que lo hacen? —preguntó Kim. No tenía ningún problema con que la gente se gastara lo que le diera la gana en cualquier bien, incluso en las cosas más caras. Si alguien supiera lo que acababa de pagar por un carburador auténtico Vincent Black Shadow, pensaría que había perdido la cabeza, pero se trataba de una pieza genuina, que ahora estaba en sus manos—. No creo que tengan a videntes de verdad detrás de cada teléfono, ¿o sí?

—Damos calma y consuelo y nos aseguramos de evitar decir cualquier cosa que pueda afectar negativamente a la persona que llama.

Kim se maravilló de la capacidad humana para encontrar justificaciones.

Helen se revolvió, incómoda.

—¿De esto es de lo que querían hablar?

La verdad era que no.

—¿Habrían tenido conocimiento de una llamada inadecuada que Azim hubiera recibido? —preguntó.

—Todas las llamadas quedan grabadas.

Kim experimentó una pequeña esperanza.

—O sea que, si Azim habló con algún cliente hostil, esa llamada estará guardada en alguna parte.

—Por supuesto.

—¿Les habló de alguna llamada de ese tipo, de alguna amenaza u ofensa?

Helen hizo un gesto descartando esa posibilidad.

—¿Las personas que llaman tienen que identificarse?

—Nuestros agentes solo conocen a la persona que llama por su nombre de pila, y además el que ellos facilitan al cliente es falso, por lo que es poco probable que Azim fuera el objetivo específico del ataque.

—Pero existe la posibilidad de que uno de sus trabajadores tuviera una conversación con alguien que terminara enfurecido, y...

—Claro, es cierto, pero tiene que entender que las llamadas no son locales. Las personas que llaman lo hacen a una línea nacional, y son distribuidos a centros de atención telefónica como este a lo largo y ancho del país. En un momento dado puede haber más de doscientas personas atendiendo una media de tres llamadas por hora, o una cantidad superior de las que les hablé antes en las horas punta.

Kim calculó rápidamente que eso significaba que se producían más de catorce mil llamadas al día. Era imposible una investigación a esa escala. Trató de buscar alternativas.

Vale, quizá no pudieran analizar las llamadas, pero tal vez hubiera otras opciones, pensó mientras oía el zumbido de las voces que hablaban por el micrófono de sus cascos al haberse reanudado el trabajo en el centro. Supuso que el negocio no se podía permitir estar parado mucho tiempo.

—Pero a ver, ¿las personas que llaman tienen que registrar datos de pago: tarjetas de débito, cuentas bancarias...? —preguntó, echándose hacia atrás.

—La información de pago y los datos personales se guardan en una base de datos independiente en la sede central, en Leeds. No tenemos acceso desde esta oficina.

—Pero ¿podríamos revisarlos? —preguntó Kim con creciente excitación.

—Con una orden judicial, por supuesto que sí, podrían registrar los datos de pago de casi doscientas mil personas, especialmente si saben qué es lo que están buscando.

La inutilidad de aquel ejercicio la golpeó como un martillo.

Kim no tenía ninguna duda de que el asesino aparecería entre aquellos datos, pero, con los números que estaban manejando, no tenía más remedio que aceptar que no era así como iban a encontrarlo.

Capítulo 29

Penn se había quitado los cascos mientras engullía el sándwich que Stacey le había traído generosamente para almorzar. No es que no quisiera algo caliente como el pastel de carne que se había comido su compañera, pero necesitaba algo que pudiera comerse sin dejar de trabajar.

En aquel momento tenía mucho que agradecerle a John Montagu, cuarto conde de Sandwich, aunque aquel hombre quiso tener una mano libre con el objetivo de poder continuar apostando, no para tratar de identificar a un desconocido. Le resultó irónico, sin embargo, recordar que al hombre al que trataba de encontrar también le gustaban bastante las apuestas.

Jericho le contó que Dan había aparecido en su entorno hacía aproximadamente dos años, así que trabajó cronológicamente hacia atrás, empezando desde un año y medio antes. Hasta el momento, Penn había descartado más de veinte posibilidades en el registro de desaparecidos.

—Siguiente —se dijo mientras hacía clic en el próximo documento. Se quedó mirando la pantalla—. ¡Hostia!

Stacey levantó la vista.

Penn dejó caer los cascos sobre su mesa.

—Creo que he encontrado a mi hombre.

Stacey se levantó y se acercó para mirar por encima de su hombro.

Penn sacó su teléfono y se desplazó hasta la foto que le había enseñado a Jericho; su compañera echó un vistazo junto a él.

—¡Oh, sí! —dijo ella, volviendo a su escritorio—. Ese es tu hombre.

Penn estudió ambas fotos y vio que habían cambiado muy pocas cosas. Sí, tenía la piel un poco más curtida, barba incipiente, las ojeras parecían más marcadas y el pelo algo más canoso. A Penn le habían dicho una vez que en la calle se envejecía el doble de rápido. No tenía claro si se lo creía y, desde luego, no era cierto en el caso de Barry Sharpe, pensó mientras identificaba por fin a su hombre.

Penn había calculado con bastante precisión su edad. Sharpe tenía cincuenta y cuatro años cuando desapareció.

—Aunque el informe no es demasiado extenso —dijo, por si Stacey seguía interesada.

Ella hizo un gesto con el brazo para indicar que ya estaba con otra cosa, y él supuso que pronto podría hacer lo mismo.

Leyó el informe y descubrió que Barry había desaparecido veintidós meses antes. La denuncia la había presentado su mujer, que no registró su desaparición hasta cinco días después de haberlo visto por última vez. Un poco extraño, pero quizá había sido difícil de precisar en caso de que el hombre hubiera estado trabajando fuera de la localidad. Su trabajo como director regional de operaciones en uno de los principales proveedores de combustible podría haberle requerido viajar bastante.

La denuncia de Janice Sharpe, su mujer, apenas contenía los datos indispensables: descripción visual, edad, fechas y horas. La investigación posterior de los agentes no había aportado nada más, pero, a juzgar por el grosor del informe, dudaba que hubieran puesto mucho empeño. No se mencionaba la posibilidad de que estuviera teniendo alguna aventura y todo era normal la última vez que su mujer lo vio. Su afición por las apuestas se mencionaba un par de veces en el documento, y sus datos constaban en todos los establecimientos de apuestas y casinos de la zona, donde era conocido.

Cuanto más leía, más iba torciendo el gesto. Algo no encajaba. Un jugador empedernido no dejaba de serlo de la noche a la mañana, a menos que hubiera recibido algún tipo de tratamiento especializado. El hecho de que hubiera seguido intentando apostar sobre cualquier cosa que se moviera hasta el día de su muerte dejaba claro que, si se había tratado su problema, no le había servido para nada.

Volvió a hojear la escasa información y algo más le llamó la atención. Su mujer había proporcionado información muy limitada y no existían registros posteriores de seguimiento. Ni llamó ni acudió a la policía para estar al tanto de las novedades del caso, para mantenerse al día. En su experiencia, eso era prácticamente inaudito.

Parecía que hubiera denunciado la desaparición de su marido solo porque era una obligación en esos casos.

Se deshizo de esos pensamientos con un gesto de indiferencia. Ya tenía una identidad para el hombre y solo le quedaba informar a la familia.

Y entonces su trabajo en ese caso se podría dar por finalizado. Estaba convencido de ello.

Capítulo 30

No había pasado ni una hora desde que se había enterado del fallecimiento de su hijo cuando la madre de Azim les abrió la puerta. Tenía los ojos enrojecidos e inyectados en sangre, y Kim podía oír llantos que provenían del interior.

La mujer se hizo a un lado para que entraran y señaló hacia una puerta que había a la izquierda. Había dos chicas sentadas en el sofá. Sus manos se encontraban en el espacio que Kim supuso que ocupaba su madre antes de levantarse a abrir la puerta.

La estancia parecía haber abarcado anteriormente dos pequeños recibidores, ahora convertidos en un salón grande, con un arco que daba a la cocina. Una mesa de comedor hacía de puente entre los dos espacios, y parecía cumplir una doble función como lugar de trabajo para la familia, pues había un ordenador portátil en uno de sus extremos y libros de texto en el otro. Kim saludó con un gesto a las chicas. Supuso que una tendría unos quince años y la otra, veintipocos.

La señora Mahmood volvió a sentarse en el sofá. De inmediato, sus dos hijas la cogieron cada una de una mano y la estrecharon con fuerza.

—Lo sentimos muchísimo, señora Mahmood —dijo Kim, sentándose en un sillón individual.

Bryant hizo lo propio en un taburete que había a la derecha de la inspectora.

—Meera, por favor —dijo—. Estas son Navi y Satya —añadió, señalando primero a la mayor y luego a la menor. El sari naranja y rojo de Meera resaltaba por su color entre los vaqueros y las

camisetas occidentales de sus hijas—. Es un buen chico —añadió—. Un buen chico —repitió, agarrando con fuerza su sari, y se tocó la frente con la tela como si eso pudiera aliviar su dolor—. ¿Quién podría hacerle algo así?

—No lo sabemos, Meera. Sus compañeros solo dicen cosas buenas de Azim.

—¡¿Entonces por qué?! —exclamó entre lágrimas.

Navi, la hija mayor, atrajo a su madre hacia ella, pero se dirigió a Kim.

—Nunca le ha hecho daño a nadie.

—Así lo creemos también nosotros —dijo Kim—. Pensamos que puede tener alguna relación con su trabajo.

Meera se apartó de Navi y miró horrorizada a Kim, preguntándose obviamente cómo algo tan trivial como el trabajo podría haberlo conducido a su muerte. ¿Cómo era posible que hubiera perdido a uno de sus hijos por lo que hacía para ganarse la vida?

—Odiaba ese trabajo —susurró Satya, antes de enterrar la cara en el brazo de su madre.

—La única razón por la que trabajaba ahí era por el viaje —añadió Navi, haciendo un gesto con el que dejaba claro que estaba de acuerdo con lo que había dicho su hermana.

—¿Qué viaje? —preguntó Kim.

—Mi hermano estaba ahorrando para viajar durante un mes a la India. Mi madre y mi padre vinieron a Inglaterra cuando Rishi, nuestro hermano mayor, tenía dos años. Azim nunca ha estado allí. Trabajaba durante los turnos de noche porque le pagaban más; así podría viajar antes.

—¿Por qué lo odiaba? —preguntó Bryant.

—Sentía lástima por algunas de las personas que llamaban. Los que atienden las llamadas tienen listas de instrucciones precisas sobre las predicciones a seguir y qué decir en cada caso. Hay diferentes opciones de respuesta según el sexo y la edad aproximada de la persona que llama. Azim decía que muchas de ellas eran personas desesperadas, que estaban afligidas y que buscaban calma, consuelo y alguien que los escuchara. Independientemente del motivo de la llamada, el objetivo siempre era el mismo: ser capaz de mantener a la persona en línea el mayor tiempo posible. A Azim le echaron un par de broncas por no estirar al máximo las llamadas.

—¿Alguna vez les contó algún incidente específico en el que alguien se enfureciera con él?

—A veces —respondió Navi—. Pero los agentes nunca se identificaban.

—¿Conducía el coche de su hermano? —preguntó Kim.

—Azim aún no podía permitirse uno para él —explicó Navi—. Rishi está de vacaciones, así que no le hace falta.

—¿Y le da igual que su hermano lo use cuando él no está?

Navi logró poner una sonrisa.

—En nuestra cultura entendemos las posesiones como algo más comunitario. Aunque sea de Rishi, no le sirve de nada si está fuera del país. No se va a quedar ahí ocioso en medio de la calle si otros miembros de la familia no tienen transporte.

—O sea, es un coche de uso compartido, ¿no?

—Supongo que sí, no tenemos otra forma de hacer las cosas.

Como no tenía más preguntas, Kim no quiso entrometerse más en el duelo de aquella familia.

—Meera, van a designar a un oficial de la Unidad de Atención a las Víctimas para ayudarlas con...

—No quiero extraños, por favor —dijo mientras negaba con la cabeza—. Nos tenemos los unos a los otros —añadió, apretando las manos de sus hijas.

Kim asintió para mostrar que aceptaba esa petición. Se imaginó que ya no existiría un señor Mahmood padre, pues no se había hecho referencia alguna a él. Era comprensible que la mujer no quisiera desconocidos deambulando por allí, entrando y saliendo de su casa.

—¿Rishi está localizable? —preguntó.

—Sí, estará en casa esta tarde —respondió Navi.

—Contactaremos con ustedes mañana para identificar a Azim.

Navi se levantó para acompañarlos a la puerta. Su perplejidad se convirtió en comprensión. Kim había evitado con toda la intención utilizar la palabra «cadáver», y la demora les daría algo de tiempo para asimilar el horror y decidir quién era el que estaba en mejores condiciones para llevar a cabo la nada envidiable tarea.

Cuando Navi cerró suavemente la puerta tras ellos, Kim sintió que el dolor de aquella familia se había arraigado en lo más hondo su ser.

No podía devolverles a Azim, pero deseaba con toda su alma poder brindarles justicia.

Capítulo 31

Kim y Bryant no habían intercambiado una sola palabra desde que volvieron al coche.

Stacey les había enviado el enlace al artículo escrito por Monty Dunhill en el que se mencionaba a Sandra Deakin, junto con su dirección en Bromsgrove, pero Kim ni siquiera le había echado un vistazo aún.

Seguía teniendo en la cabeza la imagen de Meera Mahmood rodeada de sus hijas, intentando asimilar su pérdida.

—Hay que prepararse, jefa —dijo Bryant mientras se acercaban a una isleta.

Aceptó el apunte y sacó su teléfono. Leyó el artículo que Stacey le había mandado.

—Joder, este tío no se anda con rodeos —dijo, haciendo que tanto ella como Bryant volvieran a centrarse en la investigación—. El artículo está lleno de desprecio por lo que él llama fraudes y charlatanes que dan mala fama a los auténticos videntes. ¿Quieres adivinar a qué se dedica?

—¿Si digo vidente significa que también tengo un don?

—Es probable que sea más bien suerte. Pero sí, has acertado.

—¿Crees que Monty Dunhill es la M del diario de Sandra?

—No lo sé, pero el hecho de que haya escrito un artículo con tanto veneno, y que el nombre de nuestra primera víctima aparezca en él,

hace que merezca la pena tener una conversación con él —dijo mientras Bryant empezaba a desacelerar.

Giró hacia el camino de entrada de ladrillos rojos de una vivienda independiente en Herbert Austin Drive, en la zona de Marlbrook, dentro del distrito. Las propiedades de Lord Austin Estate se vendían por más de un millón de libras y gozaban de acceso exclusivo a las más de veintiséis hectáreas de terreno común, incluyendo pistas de tenis, campo de golf de seis hoyos y parque de aventuras para niños.

—Jefa, definitivamente nos hemos equivocado de profesión —expresó Bryant, conduciendo hasta detenerse frente a uno de los ventanales.

Un hombre abrió la puerta de la propiedad vestido con pantalones celestes, camisa blanca, pajarita y náuticos blancos. Tenía el pelo de color negro azabache, aunque el gris que aparecía en su bigote no parecía muy a juego.

Lo flanqueaban dos grandes daneses que le llegaban a la cintura.

—¿Señor Dunhill? —preguntó mostrando su identificación policial.

—Ese soy yo. Pasen, por favor —invitó, echando solo un vistazo rápido a sus placas.

Los perros siguieron a su dueño hasta el salón, un espacio elegante decorado con madera oscura y muebles de diferentes tonos crema.

Kim se sentó donde él les indicó, en un lugar que le permitía contemplar sin dificultad su pared llena de fotos.

Todas eran exactamente del mismo tamaño, tenían marcos dorados y estaban colgadas siguiendo un patrón de tipo cuadrícula.

El hombre la observaba con impaciencia, esperando a que ella reconociera su galería de famosos.

Kim se volvió hacia él.

—Señor Dunhill, hemos venido para hablar sobre Sandra Deakin.

La decepción primero y luego la irritación recorrieron su rostro. Kim supo al instante que estaban ante un hombre al que le gustaba ser agasajado, admirado y envidiado. Lamentablemente, a ella nunca le habían impresionado los famosos. No tenían influencia alguna ni en su vida ni en su trabajo.

—Ya lo sé —dijo tras reaccionar lo más rápido que pudo, mientras un gran danés se colocaba junto a sus pies. El otro estaba tumbado frente a la chimenea—. Vaya vidente sería si no lo hubiera sabido.

—Claro —respondió Kim, ignorando qué habilidad sobrenatural sería necesaria para adivinar algo así, dado que se dedicaba a lo mismo que Sandy y que, por tanto, era lógico suponer que sus caminos podrían haberse cruzado en algún momento.

—Usted escribió un artículo muy feroz hace algún tiempo en el que sacaba su nombre a relucir.

—Y mantengo todo lo que dije. El hecho de que era un fraude no cambia, independientemente de que esté viva o muerta.

Kim no dijo nada.

El hombre continuó:

—Por favor, que quede claro: desprecio a la gente que hace de nuestra profesión un chiste. Atraen a los escépticos y a los que dudan, que después vienen a husmear entre nosotros buscando algún escándalo con el que alimentar sus periodicuchos rastreros escribiendo artículos sensacionalistas. Esos charlatanes nos dan mala

fama a todos mediante sus espectáculos y programas de televisión. Se burlan de los que tenemos un don auténtico. Los videntes de verdad no se prostituyen por un poco de entretenimiento después de una cena.

—Supongo que tiene la misma opinión sobre los videntes telefónicos, ¿verdad? —preguntó Kim.

—Uf, esos son el sustrato sobre el que crecen las malas hierbas. No hay fraude más grande que el que supone la gente tras una línea telefónica de ese tipo.

—¿Y usted es diferente?

—¡Oh, por favor! Estoy seguro de que no hace falta que le explique la diferencia entre un steak tartar y una hamburguesa de un puesto de feria. Puede ver por usted misma el calibre de la clientela para la que trabajo —dijo, señalando con la cabeza hacia su galería de famosos.

—Lo siento, pero no sé quiénes son esas personas —respondió con casi total sinceridad. Un par de caras le resultaban vagamente familiares, pero no habría sido capaz de ponerles nombre incluso si su vida dependiera de ello.

La expresión del rostro de aquel hombre evidenciaba cierto malestar ante esa falta de respeto y la ausencia de admiración.

—Inspectora, puede que no lo sepa, pero ahí hay personas muy importantes; gente elegante, sofisticada y educada que quiere una orientación sincera para afrontar los obstáculos de sus vidas, no son miembros de la plebe que busquen saber qué números serán los ganadores de la lotería de la semana siguiente. Los videntes de verdad no hacen espectáculos chabacanos. No pretenden entretener, solo desean ofrecer orientación y confianza.

A la gente que puede permitírselo, estuvo a punto de apuntillar.

—Así que usted considera que pertenece a una clase diferente a la de otros videntes, ¿no es así? —preguntó.

—Desde luego, no a la misma que esos fraudes.

—Pero ¿su don es auténtico?

—Desde luego, inspectora. Sufrí una terrible caída de niño. Tenía siete años y estuve muerto durante unos minutos. Podía verme a mí mismo tirado en el suelo; mis padres corrían hacia mí. Había pánico, gritos, caos, emoción. Yo no sentía nada. Estaba sereno, con la sensación de estar flotando, más en paz de lo que nunca había estado. Es difícil de explicar si nunca lo has vivido.

Ella lo había vivido, pero no había experimentado nada parecido.

—Continúe —instó Kim.

—Lo siguiente que recuerdo es haber recuperado el conocimiento. Lo primero que sentí fue una decepción absoluta. Luego percibí voces que me hablaban susurrándome cuando aún estaba en la cama. Muchas. Cada vez me hablaban más alto. No iba entendiendo mejor lo que me decían, pero el volumen subió claramente. Abrí los ojos y la habitación estaba vacía. Pero aún podía oír aquellas voces.

—Debió ser aterrador para un niño tan pequeño —dijo Bryant.

—Lo fue, pero más miedo me dio la reacción de mis padres y de los médicos cuando se lo conté. Al final se llegó a la conclusión de que era un estado temporal consecuencia de haber estado muerto durante un rato, y nunca más se volvió a hablar del asunto.

—¿No les dijo a sus padres que aún seguía oyendo voces? —preguntó. A decir verdad, ella no se lo creía, pero tenía claro que él sí.

—No. Notaba que el tema asustaba muchísimo a mi madre. Así que aprendí en secreto a ignorar el ruido, a escuchar por encima de la multitud y a concentrarme en una sola voz en cada momento. Descubrí que mi propósito en la vida era comunicar los deseos que me transmitían.

—Vale, pero ¿cómo sabe que Sandra no poseía el mismo don que usted?

—En primer lugar porque está muerta, y es algo que debería haber visto venir.

—¿Y en segundo? —incitó Kim.

—Porque la puse a prueba.

—¿Que hizo usted qué?

—La idea me la dio una americana que desenmascara a los videntes de pacotilla.

—¿Cómo lo hizo?

—Una amiga mía, llamémosla Jayne, se creó un perfil falso en las redes sociales. Lo completó creando una vida completamente falsa, con dos supuestos hijos adultos y un marido con el que, en teoría, llevaba veintisiete años casada. Jayne se unió a un par de comunidades sociales relacionadas con la diabetes, marcó como favoritas algunas páginas donde se hablaba de poesía y enumeró sus credenciales académicas. Cuando el perfil ya llevaba funcionando unos meses y Jayne había hecho unos cuantos amigos, llamó a la Vidente Sandy y concertó una cita. Le cobraron el dinero de la sesión unos diez minutos antes de que empezara.

—¿Y? —preguntó Kim. Tenía que reconocerle su habilidad para crear una atmósfera intrigante. Ahora estaba interesada.

—Sandy solo habló de asuntos relacionados con la personalidad del perfil falso. La primera barbaridad fue que percibía soledad. El hijo pequeño de la Jayne falsa acababa de irse a la universidad. La Jayne real no tiene hijos y nunca los ha deseado. Tiene más amigos que Mark Zuckerberg y no se siente sola en absoluto. Luego le habló de su interés literario. La Jayne real no sería capaz de escribir ni un poema de cinco versos. A continuación, la Vidente Sandy expresó cierta preocupación por su salud. Incluso apuntó algo relacionado con los niveles de azúcar que podría requerir algún chequeo médico. Le explicó a Jayne que podía ver viajes en su futuro y luces brillantes. La Jayne de mentira había mostrado interés en un espectáculo permanente que se celebraba en Las Vegas. La verdadera lo que quería era disfrutar de unas vacaciones en una playa de Turquía. Sandy intuyó en Jayne sed de conocimiento y crecimiento personal, pero a la real le encanta leer las novelas románticas más cutres que encuentra.

Kim parecía querer más, y la expresión de Bryant demostraba también cierto encantamiento.

—Esos son los aspectos más destacados, pero, en resumen, basta decir que no detectó una sola característica de la Jayne real y solo se basó en la personalidad que se había fabricado en Internet.

—¿Compartió esta historia con Sandy?

—Sí, y le aconsejé que abandonara su negocio o haría público su engaño.

—¿Y?

—Me pidió que quedáramos para hablar de ello, me rogó que no publicara nada hasta que se hubiera explicado.

—¿Y llegaron a verse?

—No. Concertamos varias citas, pero siempre me surgieron cosas, así que tuve que cancelarlas un par de veces.

Kim había descubierto cuatro citas que no llegaron a producirse. Sospechaba que Monty había disfrutado del poder que había ejercido sobre Sandy, de la influencia que podía tener sobre su carrera. La había tenido a su merced por puro placer y para satisfacer su ego.

—Tenían una reunión prevista para la semana pasada —señaló Kim.

—Ah, ¿sí? Pues no sé, surgiría algo. Desde luego, yo no pude asistir —dijo, inspeccionándose las uñas.

—Bueno, si es usted un vidente auténtico, ¿por qué no me lee el futuro? —preguntó Bryant.

—Porque no soy un mono entrenado a su entera disposición. Y, de todos modos, me da a mí que no podría permitírselo económicamente.

—Puede que se equivoque —desafió Bryant mientras Kim se ponía en pie.

—Bueno, vuelva con su talonario y lo discutimos.

Dunhill se levantó y Bryant lo imitó. Los dos grandes daneses se levantaron y se pusieron al lado de su dueño en un santiamén.

Kim se dejó acompañar hasta la puerta a pesar de la extraña sensación de inquietud que la invadía.

Tenía la impresión de que Monty Dunhill acababa de mentirles descaradamente. La última M que aparecía en la agenda no estaba tachada. Aquella cita no se había cancelado.

Sospechaba que Monty había estado con Sandy pocos días antes de su muerte. Pero, si era así, ¿por qué no admitirlo?

¿Qué estaba intentando ocultar?

Capítulo 32

Penn se detuvo cuando su móvil empezó a sonar. Estaba cerca de su destino, pero no le gustaba hablar por teléfono mientras conducía.

—Dime, jefa —respondió.

—El hombre que escribió el libro del que nos hablaste, el escritor de la zona, ¿cómo se llamaba?

Penn tuvo que hacer memoria para entender a qué se refería.

—Ah, ¿el tipo escéptico?

—Ese.

Penn visualizó el libro en su estantería.

—Richard Blake; vive en Kinver, creo.

—Gracias, Penn —dijo, y colgó a continuación.

—¡Ajá! —exclamó al ver la propiedad que había estado buscando. Era una casa que estaba en el extremo de una hilera de viviendas, justo en el límite del conjunto residencial de Hollytree.

En la entrada había un Fiesta maltrecho que no parecía que fuera a durar hasta la próxima ITV, no digamos ya a pasarla.

Una mujer de entre cuarenta y cinco y cincuenta años con el pelo rubio recogido abrió la puerta. De inmediato, su mirada reflejó un aire de sospecha.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó, mientras Penn percibía un aroma fresco a lavanda que recorría toda la casa hasta llegar donde

él se encontraba.

—¿Janice Sharpe?

Ella asintió.

—Sargento detective Penn. ¿Puedo pasar? —preguntó, mostrando su identificación policial.

—¿De qué se trata?

—Su marido.

Dudó antes de apartarse para que él entrara.

Penn anduvo hacia la izquierda para entrar en un pequeño salón que disminuía aún más su tamaño por la presencia de una tabla de planchar y varios montones de ropa esparcidos por toda la estancia.

—Siéntese, si es que encuentra sitio —dijo, volviendo a la posición que había estado ocupando, tras la tabla de planchar, antes de abrirle la puerta—. No puedo parar. Tengo que entregar todo esto hoy.

Cerca de cada montón había, o un cesto para ropa, o una bolsa con una etiqueta escrita a mano sobre ella. Estaba claro que aquel era el trabajo que la mujer desempeñaba para ganarse la vida.

—Suéltelo. ¿Qué ha hecho esta vez? Deba lo que deba, no puedo pagarlo. Estamos divorciados.

—Señora Sharpe, me temo que tengo malas noticias para usted. Su marido murió hace unos días.

—¿Q...? ¡¿Qué?! —exclamó, poniendo la plancha en posición vertical.

—Sufrió un aneurisma cerebral y murió en el paso subterráneo de Stourbridge.

Se quedó mirándolo como si le estuviera hablando en otro idioma.

—¿Y qué hacía allí?

—Vivía en aquel lugar. Su marido llevaba un par de años viviendo en la calle.

Una sombra de arrepentimiento recorrió su rostro, pero la apartó de inmediato.

—Vale, entonces, esa es la razón por la que nadie ha sido capaz de encontrarlo.

—¿Denunció usted su desaparición?

—Pero solo porque mi hija, nuestra hija, insistió. Si le soy sincera, me daba igual dónde estuviera.

Eso explicaba por qué no había llamado para conocer las novedades del caso.

Observó que, aunque la mujer no se había sentado, tampoco había retomado la plancha. Parecía como si una parte de ella quisiera reaccionar ante la noticia, pero la otra no se lo permitiera.

—¿Sufrió? —preguntó sin mirar fijamente a Penn, sino haciéndolo hacia la calle a través de la ventana.

—No creo —respondió Penn, considerando que eso era lo más agradable que podía decirle. Aquel hombre había muerto solo en un paso subterráneo lleno de basura y de manchas de orina.

—No sabía que era un sintecho —explicó la mujer—. Cuando desapareció, supuse que andaría por ahí haciendo couch surfing para no interferir más en nuestras vidas. Yo no quería que volviera. Fue una suerte que no lo hiciera entonces, porque lo habría matado con mis propias manos.

Su mirada se posó en los montones enormes de ropa que aún tenía por planchar. Eso la estimuló para ponerse en marcha, y volvió a coger la plancha.

Penn no sabía bien qué esperaba de la situación. Su tarea ya había concluido. El vagabundo tenía por fin un nombre y había informado a su familia. Sin embargo, le pudo la curiosidad.

—¿Puedo preguntarle qué condujo a su marido a terminar sin hogar?

—Lo mismo que condujo a su mujer y a su hija a esa situación. Fue una apuesta, agente. Era adicto al juego. Siempre fui consciente de ello, pero iba a peor. Creía que estaba siendo inteligente controlando la economía familiar, asegurándome de que todo se pagaba a tiempo, pero tal vez lo hice todo mal. Quizá si él hubiera tenido más dinero... —Sus palabras fueron perdiendo fuerza, como si hubiera procesado cientos de veces todos los «si...»—. Pero yo no lo tenía. Encontró un grupo de adictos extremos al juego en Internet. Las apuestas evolucionaron desde caballos hasta perros, pasando por casi cualquier cosa.

Penn se quedó callado; ella seguía hablando mientras planchaba.

—Me di cuenta demasiado tarde de que el dinero no era siempre lo que se utilizaba como método de pago en una apuesta. Una vez tuvo que trabajar dos días seguidos para un constructor porque había perdido una. En otra ocasión apareció con un cachorro de jack russell que había ganado a un criador de la zona. —Suspiró profundamente—. Y un día apareció un bufete de abogados para informarme de que la casa en la que había vivido durante diecisiete años ya no era nuestra. Se la había apostado al resultado de un partido de fútbol provincial.

—¿Y eso era legal? —preguntó Penn.

—Sí, todo era oficial. Había firmado el traspaso. Él jamás se echaba atrás en un trato. Aquel fue el momento en el que desapareció. Me

dieron un mes para desalojar la casa. En las dos primeras semanas me gasté todo lo que me quedaba en el banco buscando asesoramiento jurídico. El acuerdo era vinculante. Nos quedamos sin nada, agente —dijo mientras sus ojos se llenaban de dolor—. Mi hija de quince años y yo nos quedamos sin casa y sin dinero, y nunca más volví a ver a Barry.

—Lo siento mucho —dijo Penn, deseando ahora no haberla obligado a revivir todo aquello. No había nada que pudiera ofrecerle para ayudarla.

Sus palabras amables parecieron desarmarla, la dejaron un tanto inmóvil.

La mujer suspiró prolongadamente y se sentó.

—Sé que debo parecerle una insensible, pero su adicción ha formado parte de mi vida durante demasiado tiempo.

—¿Alguna vez su marido llegó a recibir terapia?

—Yo sí, desde luego —respondió—. Él lo intentó una vez. Bueno, en realidad, solo fue a una sesión. Yo seguí yendo y aprendí un montón. Me enteré de que hay tres tipos de adictos: profesionales, sociales y problemáticos. Supe enseguida que pertenecía a la última clase cuando el psicólogo me explicó que siempre intentan hacerse pasar por cualquiera de los otros dos tipos. Barry sin duda era un jugador compulsivo. Se llama ludopatía. A ver, todos los adictos están dispuestos a arriesgar algo de valor con la esperanza de conseguir algo que valga aún más. Pero descubrí que no es tan simple como eso.

—¿A qué se refiere?

—El juego, como las drogas o el alcohol, puede estimular el sistema de recompensas del cerebro, de modo que estás continuamente buscando apostar sobre cualquier cosa, utilizando tus ahorros y

creando nuevas deudas. El terapeuta me detalló las señales, y Barry las mostraba todas. Siempre estaba preocupado por las apuestas y por cómo conseguir más dinero. Para conseguir el mismo nivel de excitación, necesitaba hacer una apuesta cada vez mayor, de más valor. Se ponía irritable e impaciente si se le pedía que parara un poco. Siempre intentaba recuperar lo perdido, pero lo que en realidad necesitaba era la mera emoción que le causaba una apuesta. Para conseguir ese subidón, mentía a su familia. Puso en riesgo todas sus relaciones importantes.

—¿Cómo se enganchó?

—Con los caballos. En los viejos tiempos, acudía a la casa de apuestas un par de veces a la semana, pero ahora ni siquiera hace falta salir de casa. Puedes hacerlo desde cualquier parte y se puede apostar a cualquier cosa, desde concursos de telerrealidad hasta quién será el que por fin encuentre vida en Marte.

—No me hago idea de lo difícil que tuvo que ser convivir con algo así —dijo Penn.

—Intenté una y otra vez que parara. Me endulzaba la realidad con historias de éxito, como la de un tipo de Kent que vendió todas sus posesiones, apostó más de setenta mil libras en la ruleta y ganó. Le rebatí diciéndole que nunca sabría cuándo retirarse y no continuar apostando. Leí sobre un tipo que cobró su ayuda social en Las Vegas y se la jugó de inmediato, ganando un millón de dólares. No fue capaz de resistirse, volvió a apostar y lo perdió todo ese mismo día. La causa no fue el dinero en sí; lo que nos hizo perder la casa fue su compulsión, su necesidad irracional de apostar.

—Debió ser muy difícil para las dos.

Se incorporó.

—Ambas estamos sanas y en buen estado en general, doy gracias por ello. Pero, por favor, comprenda que aún no sea una persona lo

bastante buena como para perdonarlo, aunque haya muerto.

—Lo entiendo —dijo, poniéndose de pie—. Lo siento si le he causado alguna molestia, ya me voy.

La mujer le dio las gracias y él juraría que oyó un sollozo discreto mientras cerraba la puerta tras de sí.

—¡No, no cierre...! Bueno, da igual —dijo una voz desde el otro lado de la valla.

Un jack russell con pelaje en tonos blancos y marrones apareció por delante de una adolescente que iba sujetando su correa. Estaba claro quién había estado al mando durante el paseo.

—¿Quién es usted? —preguntó la chica, que se dirigía por el camino de la entrada hacia él. Ya en casa, el perro parecía haberse calmado —. ¿Tiene algo que ver con mi padre? —preguntó antes de que Penn tuviera oportunidad de hablar.

—Acabo de tener una conversación con su madre —dijo, con la sensación de que ella sería la persona más indicada para darle la noticia.

—Tengo casi dieciocho años y ella nunca me cuenta nada. Ambas tenemos que actuar como si mi padre no existiera.

—Lo siento, pero es su madre quien debería...

—¿Quien debería qué? ¡Oh, no...! Dígame... Está muerto, ¿verdad?

Penn asintió, y los ojos de la chica se llenaron de lágrimas.

—Lo sabía. Sabía que no lo volvería a ver jamás.

Las lágrimas terminaron escapando de sus ojos y rodaron por sus mejillas.

—¿Mi madre sabía dónde estaba?

Penn hizo un gesto de negación con su cabeza.

—Da igual lo que le haya contado, él siempre fue un buen padre. Me quería. Nunca quise tenerlo lejos, yo lo quería —dijo entre llantos.

—Lo siento, yo...

—¿Alguien le ha hecho daño? —preguntó la chica.

—No. Murió por causas naturales.

—¿Dónde?

—En Stourbridge —le dijo sin precisar demasiado. No quería que tuviera en la cabeza la imagen de su padre en la calle, solo. Su madre podía hacerlo si lo consideraba oportuno.

—¿Puedo ir a su funeral? —preguntó mientras se secaba las lágrimas.

—Informaremos a su madre cuando sepamos los detalles.

—No. No me contará nada. ¿Podría anotar mi número y avisarme? Tengo que despedirme de él adecuadamente.

Sacó su teléfono, lo abrió y se lo pasó.

—Escriba su número. La avisaré.

—Gracias —dijo, añadiéndose a sí misma como contacto.

Aquella chica era una inocente en todo aquel asunto.

—Pero hágame un favor —añadió Penn—. No sea dura con ella. Puede que no esté de acuerdo con todo lo que haya hecho su madre en este tiempo, pero ha sido ella quien la ha mantenido a salvo.

La chica asintió y él se hizo a un lado para que entrara en la casa.

Penn sabía que su trabajo en aquel lugar había concluido. El hombre había sido identificado y su familia ya estaba informada. Sin embargo, tenía la sensación de que no había hecho lo suficiente.

Capítulo 33

Entre la memoria de Penn y la capacidad que Stacey tenía para trabajar a su antojo con el censo electoral, Kim ya poseía la dirección de Richard Blake en Kinver. Como el asesinato de Azim estaba relacionado con la comunidad de los videntes, esperaba que el hombre que había escrito aquel libro pudiera ayudarlos a comprender un poco mejor cómo operaban los médiums y ofrecerles una idea del tipo de personas que solían acudir a ellos.

La casa estaba situada en una callejuela estrecha al borde de la localidad, con coches aparcados de un extremo a otro, excepto en el espacio que ocupaba una cuba de escombros justo frente a la propiedad a la que se dirigían.

Bryant siguió la calle serpenteante hasta el aparcamiento de un pub y terminó estacionando frente a tres furgonetas Transit blancas que mostraban la misma imagen corporativa.

—Espero que no le importe demasiado que nos pasemos por aquí —dijo mientras cerraba el coche con las llaves.

—No lo creo, la verdad —respondió Kim mientras él la seguía. No había acera, así que había que ir por el medio de la carretera, o bien en fila india entre las casas y los coches aparcados—. Es escritor y le vamos a hacer preguntas sobre el tema que más le interesa. Es como si te pidieran a ti que hablaras maravillas de Strictly.

—¿De verdad, jefa?

Que llevara un tiempo sin burlarse de él no significaba que se le hubiera olvidado que Jenny y él seguían yendo a clases de bailes de salón.

—¡Joder! —gritó cuando sonó un golpe fuerte detrás de ella justo cuando estaba llamando a la puerta.

Dio un paso atrás y miró hacia arriba. La ventana del dormitorio principal estaba abierta y había un obrero asomado a ella sosteniendo un trozo de madera, que estaba a punto de ser lanzado a continuación de lo anterior.

—Lo siento, amor, no te había visto.

Sacó su identificación policial y se la mostró.

Sus compañeros, que habían estado riéndose, se callaron de repente.

—Puedes arrestarme cuando quieras, cariño —dijo, mientras se escuchaban gruñidos de fondo.

Kim le hizo señas para que bajara. Antes de que llegara, se abrió la puerta y apareció un hombre vestido con vaqueros y sudadera. Su pelo era rubio tirando a castaño claro, y en él se posaban unas gafas.

—¿Señor Blake?

—Correcto —respondió.

Le enseñó la identificación policial que aún tenía en la mano.

—Ah, perdone un momento —dijo cuando apareció el obrero, que tenía una sonrisa pícara de disculpa—. Sí, eso puede funcionarle con su madre o su novia, pero no conmigo, amigo mío. Extienda las manos. Bryant, espósale.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el obrero, presa del pánico.

—Haciendo realidad sus sueños, compañero —respondió mientras Bryant sacaba las esposas.

El sargento dio un paso adelante mientras Richard Blake observaba divertido.

—Sin embargo, hay una manera de que salga de este apuro —añadió, antes de que las esposas tocaran su piel.

—¿Cuál? —preguntó, ansioso.

—Asegúrese de que, para cuando me vaya de aquí, la cuba esté acordonada y sea segura antes de tirar cualquier otra cosa por las ventanas de las habitaciones.

—De acuerdo, lo haré —dijo, apresurándose a pasar junto a Richard Blake para volver a entrar en la casa.

—Inspectora Stone y sargento detective Bryant, ¿podría atendernos un momento?

—Normalmente no lo haría sin que me hubieran avisado con antelación, pero, después de la actuación que acabo de presenciar, ¿cómo podría negarme? —Se hizo a un lado—. Por favor, tengan cuidado con este caos.

Lo siguieron hasta la parte trasera de la casa, entre muebles cubiertos de sábanas para protegerlos del polvo y cajas apiladas.

Una pequeña mesa redonda era el lugar donde trabajaba actualmente, y en ella había un montón de libros, un cuaderno y un portátil.

—Les ofrecería un té, pero les dejo el hervidor a los chicos durante el día. Un pequeño precio a pagar para que no estén entrando y saliendo de mi oficina cada cinco minutos.

El espacio era caótico y estaba lleno de objetos fuera de lugar.

Se oyó un fuerte estruendo, seguido de unos pies que bajaban retumbando las escaleras.

—No se preocupe. Ya tiene bastante con lo suyo —dijo Kim.

—Estamos convirtiendo la habitación más pequeña en un baño integrado, y en el proceso han encontrado una buena plaga de termitas. Mi mujer se ha ido a vivir con su hermana a Lyme Regis, pero yo me he quedado para ganar puntos y convertirme en un mártir.

Kim sonrió ante esa expresión, pero francamente habría hecho lo mismo que su mujer.

—¿Está trabajando en esto? —preguntó, señalando la mesa con la cabeza.

—Intentándolo. Los plazos que dan las editoriales son los que son, no les afectan demasiado las reformas o las termitas; pero, por favor, satisfagan mi curiosidad y cuéntenme a qué han venido. Por favor, ¿hay alguna posibilidad de que me encierren hoy en una tranquila celda policial?

—No.

—Una lástima. ¿En qué puedo ayudarlos?

—¿Podemos? —preguntó, señalando las sillas que había alrededor de la mesa.

—Por supuesto —dijo, sacándolas, y él también se sentó en una de ellas.

—Hemos venido en relación con el libro que escribió sobre videntes fraudulentos.

—Anda, eso no me lo esperaba. ¿Puedo preguntar por qué?

—Todavía no podemos responderle a eso, pero tenemos que sacarle toda la información que podamos sobre el tema.

—Bueno, es comprensible. Encantado de ayudar. Soy psicólogo de formación.

—No se lo tendremos en cuenta —dijo Kim con seriedad fingida.

Richard sonrió y se echó hacia atrás en su silla.

—Es un tema que empecé a estudiar hará diez años más o menos, después de tratar a un cliente que estaba tan obsesionado con las predicciones que le hacía su vidente que no tomaba ninguna decisión sobre su vida sin consultar con ella. Y, desde luego, eso a ella le venía de maravilla. Quise estudiar cómo era posible que una persona hubiera llegado a estar tan hechizada por la noción de adivinación que había perdido la autonomía para manejar su vida por su cuenta y riesgo.

—No cree usted en los videntes, por lo que entiendo —dijo Kim.

—Si existen, yo nunca he conocido a ninguno —respondió—. Lo que sí que creo es que se utilizan trucos de todo tipo para que meros farsantes parezcan videntes auténticos.

—Continúe —dijo Kim.

—El primer don/regalo del vidente es el propio sujeto que le hace una consulta.

—¿Cómo es eso? —preguntó Bryant.

—Cuando la vida te va bien, sales de fiesta. Cuando no, hay quien busca en otras personas consejo, orientación y confianza. El cliente de un vidente está predispuesto a comprar lo que le quiera vender.

—Pero algo estarán haciendo bien —rebatió Bryant—. Tienen una gran demanda.

Kim vio cómo Richard se revolvía en su asiento mientras observaba a su compañero.

—Esta es la primera vez que nos vemos, ¿verdad?

—Segurísimo —respondió Bryant.

—Vale, voy a arriesgarme a decir que hay un viaje en su futuro, a algún lugar caluroso, probablemente en noviembre. Es un tipo sólido, fiable y bastante tolerante. Acepta a personas de cualquier nacionalidad y no tiene prejuicios. Lleva casado entre veinte y veinticinco años y quiere a su mujer tanto como el día en que se casó. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Voy a decir también que trató de aprender a tocar un instrumento musical cuando era joven.

—Todo correcto —dijo Bryant con los ojos muy abiertos—. Pero ¿cómo ha podido saber todo eso?

—Se llama lectura en frío y se consigue utilizando técnicas variadas. Tiene un empleo decente y trabaja duro, pero no está forrado. Le gustaría pasar una o dos semanas en un clima más cálido para relajarse, pero suele ir a un sitio así fuera de temporada porque es más barato. No tiene prejuicios porque su superior es una mujer y eso le resulta natural. Sus pantalones están perfectamente planchados y es probable que no los haya planchado usted, así que está claro que tiene una mujer que lo quiere mucho. Es fácil suponer que usted siente lo mismo.

—Pero ¿cómo ha podido saber lo de la guitarra?

—Yo no he especificado el instrumento. Las estadísticas dicen que el setenta por ciento de los hombres intentaron aprender a tocar un instrumento durante la adolescencia.

—Maldita sea —exclamó Bryant.

—Observe el efecto. Realmente quería creer que yo podía saber todo eso sobre usted.

—¿Así que en eso consiste la lectura en frío? —preguntó Kim—. ¿Observaciones y un proceso de eliminación?

—Ah, no. Es mucho más que eso. El vidente fraudulento es increíblemente listo y habilidoso. La lectura en frío data de finales de los años cuarenta y se utiliza para transmitir un análisis paranormal de la personalidad del cliente, su situación vital actual o su futuro. Pueden emplearse técnicas con bolas de cristal, quiromancia, cartas, hojas de té o lo que sea; todas esas cosas no son más que atrezo. Una sesión satisfactoria debe tocar el tema que interesa al individuo en particular. El primer requisito, muy importante, es hacer una observación precisa y detallada del aspecto físico del sujeto, de la cabeza a los pies —incluyendo joyas y accesorios—, y de su actitud mental. A partir de ahí podemos determinar con cierta precisión su personalidad y su situación general. ¿Está serio, parece preocupado, se muestra escéptico? ¿Qué tipo de trabajo tiene? ¿Cuál es su situación económica? El planteamiento se basa en el hecho de que todo el mundo tiene cuatro intereses principales: uno mismo, otra persona concreta, posesiones y ambiciones. Unas cuantas preguntas estratégicas identifican los intereses más relevantes del sujeto.

—Pero espere un momento —dijo Bryant, interrumpiendo—. He visto a un tipo analizar a una persona con una precisión asombrosa teniendo los ojos vendados.

La voz de Bryant era desafiante, pero Richard parecía imperturbable.

—Descríbame las circunstancias.

—Era la fiesta de cumpleaños de mi primo. Éramos unos veinticinco. El vidente estuvo socializando durante unos veinte minutos y luego

lo sentaron en una silla y le vendaron los ojos. No tuvo forma de saber a quién iban a elegir para la sesión.

—Asumo pues que el sujeto estaba sentado frente al vidente. ¿A la misma distancia aproximadamente que estamos usted y yo ahora?

Bryant asintió.

—Un truco de poca monta, amigo mío. La explicación está en los zapatos. Habría dedicado algo de tiempo a mirar hacia abajo mientras estuvo charlando con los demás, y luego reconoció los zapatos. En esos veinte minutos de socialización ociosa e inofensiva obtuvo toda la información que necesitaba. Fue en ese momento cuando tuvo que dar lo mejor de sí mismo.

Bryant pareció desinflarse un poco, como si alguien acabara de revelarle todos los secretos de un mago.

—Hay algunas predicciones que nunca fallan. Vas a recibir una carta importante en las próximas semanas. Estás a punto de disfrutar de un golpe de fortuna. Puedo ver un viaje inesperado en tu futuro. Una nueva persona que tendrá un gran valor está cerca de cruzarse en tu vida. Ten cuidado con los amigos poco sinceros. Mantente alerta en relación con consejos que pueden ser malos. Vas a enterarte de algo muy sorprendente acerca de un conocido. Todas estas son predicciones de manual, aparecen siempre en el repertorio de un vidente.

—¿Y el sujeto les cree? —preguntó Kim.

Richard asintió.

—El tipo de vidente del que me hablan siempre resulta muy creíble.

—¿Tipo?

—Sí, sí, los hay de tres tipos. Primero, está el sanador compasivo. Es empático, comprensivo y crea un ambiente cálido y acogedor; hay libros de autoayuda en su entorno, sillones grandes y cómodos, velas perfumadas y una luz tenue. Es como entrar en un reino donde todo es amable. Actúan como mentores, pero también como padres. Ofrecen una voz suave y reconfortante, un contacto visual dulce, una sonrisa agradable. Se harán querer a través de las sesiones, que estarán repletas de halagos y cumplidos.

—¿La gente no percibe que es todo una farsa? —preguntó Kim.

—No si el vidente es bueno. El segundo tipo es el polo opuesto. Directos y sin rodeos, no edulcoran nada. Son austeros y serios. Óptimos para aquellos que prefieren un enfoque estricto, rígido. No usan velas, y los libros que aparecen alrededor de ellos son de ciencias esotéricas. Se pueden observar diplomas enmarcados. No son sutiles, las visitas no constituyen un evento social. En su modo de expresarse, el sujeto entenderá que, o lo tomas, o lo dejas; existe un aire de autoridad.

—¿Y la gente paga para escuchar algo así?

—Por supuesto. La persona siente que está en manos firmes y capaces. La mayoría de nosotros aceptamos que nos traten de una forma extrema si creemos que eso es lo que más nos conviene; que, en última instancia, hay alguien que vela por nosotros. Por eso existen los programas intensivos de entrenamiento. Por último, está el punto medio, el vidente que mezcla compasión y rigidez. Queman incienso, pero los libros que exponen son neutros, por ejemplo, diccionarios. Postulan soluciones basadas en el sentido común, usando perogrulladas sencillas y amables sobre la naturaleza humana. Se identifican con el cliente siendo compasivos y empáticos, pero también ofrecen consejos contundentes e impactantes. Recurren más al humor que los otros dos.

—Nos ha asegurado que no precisó su afirmación sobre el instrumento musical de Bryant. ¿Cómo puede creer la gente con tanta ambigüedad y falta de precisión? —preguntó Kim.

—Porque están predispuestos, porque quieren hacerlo. ¿Se fijó en cómo me proporcionó la información él solo? Yo dije «instrumento», él recordó «guitarra»; para los videntes, eso es acertar.

—¿Y qué pasa cuando se equivocan? —preguntó Bryant.

—Oh, créame, hay muchas técnicas para sortear los errores. No está teniendo en cuenta el efecto Barnum.

—¿El qué?

—Se trata de una técnica que se utiliza para convencer a la gente de que algo es cierto cuando en realidad no lo es. Verá, la gente tiende a aceptar afirmaciones difusas y generales como únicas para ellos. En 1947, Ross Stagner, un psicólogo, hizo un test de personalidad a sus alumnos. Ignoró las respuestas y les presentó a todos la misma evaluación. Obtuvo una precisión de 4,2 sobre 5. El test se ha repetido cientos de veces desde entonces y siempre alcanza una tasa de precisión del ochenta y cuatro por ciento. La realidad es que utilizó una columna astrológica de una revista popular.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Bryant.

—Porque la gente tiende a ser superficial y optimista. Veamos algunas afirmaciones típicas de Barnum: «cuando te enfrentas a restricciones te sientes molesto y temeroso»; «aunque tu carácter muestra sus debilidades, tus cualidades positivas las compensan con creces»; o una de mis favoritas, «a veces te cuestionas si has tomado la decisión correcta».

—¿No es eso algo que hacemos todos? —preguntó Kim.

—Exacto. Es fácil aceptar esas afirmaciones que son tan positivas y halagadoras. Los videntes hacen negocio con las emociones, juegan con la incertidumbre y la esperanza. Lo que la mayoría de las personas buscan es consuelo.

Kim no dijo nada mientras trataba de procesar tal nivel de ingenuidad.

—Entiendo sus dudas, pero los clientes que visitan a los videntes lo hacen porque previamente ya creen, van predispuestos. Buscan soluciones a sus problemas. Todo está cuidadosamente coreografiado desde el momento en que el sujeto entra en contacto con el vidente en el espacio donde tendrá lugar la sesión. Habrá un saludo cordial y se producirá una conjetura acerca del motivo de la visita. Y, de nuevo, la base de ello es puramente estadística. Cada grupo de edad tiene preocupaciones diferentes. Pero, en lugar de elegir algo concreto, el vidente dirá algo del tipo: «Tengo la sensación de que has venido para hablar de relaciones o de tu trabajo, pero también percibo algo de dolor». De ese modo, la persona se quedará con lo que quiera escuchar, descartando el resto. Para una mujer con la mosca detrás de la oreja porque su novio la puede estar engañando, eso sería dar en el blanco. La predicción debe parecer específica, pero sin dejar de ser general. En pocas palabras, la lectura en frío consiste en dirigirte a la gente de forma que parezca que eres vidente. Y, por supuesto, merece la pena el esfuerzo de perfeccionar ese arte.

—¿A qué se refiere? —preguntó Bryant.

—En un estudio reciente se estimó que solo el mercado estadounidense tenía un valor aproximado de dos mil millones de dólares.

—De acuerdo, si esto que nos ha descrito es una lectura fría, ¿qué es una caliente? —se interesó Kim.

—Es cuando el vidente tiene conocimiento o contacto previo con el sujeto.

—¿Y qué...?

—Inspectora, no tengo la intención de meterles presión, pero...

—Lo siento —respondió—. Ya le hemos quitado bastante tiempo.

—He disfrutado de la conversación, pero de verdad que tengo que ponerme a trabajar. Ya es bastante difícil hacerlo en medio de este caos.

Kim era consciente de que debían irse, pero tenía muchas más preguntas, le quedaba mucho por descubrir.

La respuesta le sobrevino de golpe.

Tuvo una idea que podría ser la solución a los problemas a los que tanto Richard como ella se enfrentaban.

Capítulo 34

Stacey se puso con el siguiente trabajo que tenía pendiente. Investigar un poco acerca de la desaparición del hijo de Rose Foster.

Introdujo en la pantalla los datos que le había facilitado la jefa y se familiarizó con el caso.

Aquel día, Bradley Foster, de quince años, fue al colegio en bicicleta con su amigo Josh Adams, como hacía siempre. Su madre aseguró que no percibió nada fuera de lo normal. Antes de irse con su amigo, la saludó brevemente con la mano desde la puerta de fuera.

Según afirmaba Josh, iban juntos de camino a la escuela cuando Bradley lo retó para ver quién llegaba primero hasta el final del bosque. Solían hacerlo. A menudo intercalaban carreras en el trayecto de cinco kilómetros que tenían que recorrer. Bradley aceleró, y a Josh se le salió la cadena al cambiar de velocidad, lo que lo obligó a bajarse de la bicicleta y volver a colocarla para tratar de perseguirlo. Al salir del bosque vio una furgoneta Transit blanca apartándose del borde de la carretera y alejándose a toda velocidad.

Josh lo encontró un poco extraño, y también le pareció raro que su compañero no lo hubiera esperado, pero solo pensó en la furgoneta blanca y dio la voz de alarma cuando se dio cuenta de que nadie había visto a Bradley por el colegio.

Durante semanas se llevó a cabo una búsqueda exhaustiva con la ayuda de cientos de voluntarios. No se encontró nada y el equipo designado acabó disolviéndose y siendo reasignado a otras tareas. Algo más de un año después de la desaparición, se encontraron sus ropas, su bicicleta y una mancha de sangre en el extremo norte de Cannock Chase.

Se utilizaron perros especializados en la búsqueda de cadáveres, pero no lo encontraron. Se revisaron los montículos recientes que eran fácilmente visibles en un radio aproximado de ochocientos metros, pero no apareció nada nuevo. No existían informes de incidentes similares que otros cuerpos de policía hubieran reportado, por lo que el inspector jefe del caso llegó a la conclusión de que Bradley estaría enterrado en algún lugar en Chase, pero era poco probable que se pudiera encontrar su cadáver. El caso seguía activo, pero todo el mundo había aceptado que Bradley Foster estaba muerto.

Por lo que Stacey pudo comprobar, la investigación fue exhaustiva y estuvo bien gestionada. No detectó nada irregular, aparentemente no se podía hacer reproche alguno a ningún agente.

Estaba a punto de empezar a redactar un breve informe cuando apareció la jefa.

—¿Dónde está Penn? —preguntó a modo de saludo.

—Está por...

—Aquí —dijo Penn, unos pasos por detrás.

—Perfecto —dijo la jefa, quitándose la chaqueta.

Lanzó una mirada acusadora hacia la cafetera vacía, pero Bryant ya se encaminaba a solucionar ese pequeño problema.

—Acabo de revisar el caso de Bradley Foster, jefa —dijo Stacey, siendo la primera en hablar—. Todo en orden. Nada que hacer al respecto.

—Te lo dije —reaccionó Bryant ante la noticia, echando agua en la parte de atrás de la cafetera.

La jefa lo ignoró y miró a Penn.

—¿Está identificado nuestro desconocido y su familia, informada?

—Sí —respondió Penn.

—¿Te importaría desarrollarlo un poco? —instó la jefa.

—Perdón. Sí, su nombre es Barry Sharpe, exmarido de Janice Sharpe y padre de Tanya. El tipo era un adicto extremo al juego que, básicamente, perdió su casa en una sola apuesta. En lugar de afrontar las consecuencias, huyó, y su mujer tuvo que hacer frente a los problemas que se derivaron de sus actos. En la actualidad, ella vive a las afueras de Hollytree, y se gana la vida lavando y planchando la ropa de los demás. La noticia de su muerte le dio bastante igual, pero Tanya echa muchísimo de menos a su padre y se quedó destrozada al enterarse de lo ocurrido. Le gustaría asistir a su funeral.

—Buen trabajo, Penn —dijo, y Stacey percibió la satisfacción de su jefa por el hecho de que aquel hombre no fuera a ser enterrado sin haber recibido por fin su nombre.

—Aunque tengo la impresión de percibir un pero —dijo la jefa, cruzándose de brazos.

—Voy a informar a un tipo que parecía bastante preocupado sobre el caso y luego ya me olvidaré de él.

—¿Qué otra opción tienes? Ya no te queda nada más por hacer.

—Algo no me huele bien, jefa. ¿Cómo puede ser legal que firmara la cesión de la casa sin que ella tuviera conocimiento de ello?

Stacey comprendía sus dudas. Al resolver el caso había descubierto algo que parecía constituir un delito, y era natural que todo agente de policía quisiera corregir cualquier error que se encontrara en su camino.

—Recibió asesoramiento jurídico en su momento, ¿verdad? —preguntó la jefa.

Penn hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Kim abrió los brazos.

—Pues no hay nada más que hacer, Penn. Cuéntaselo al tipo ese y dalo por zanjado.

—De acuerdo, jefa.

—¿Alguien quiere saber qué ha estado haciendo la jefa durante la última media hora? —preguntó Bryant.

—Por supuesto —respondió Stacey.

—Ha estado manipulando las leyes del universo a su voluntad, básicamente saltándose los protocolos y las normas para salirse con la suya y lograr su objetivo.

—¿Y? —preguntó Stacey. De momento, eso era algo bastante habitual.

—Ha hecho que una persona pase directa a la lista de consultores aprobados, poniéndola al frente de la cola de selección, todo por su propia conveniencia, al tiempo que convencía a ese hombre de que le estaba haciendo un favor. Todavía no me lo puedo creer, sigo aturdido.

—¿Y de qué experto estamos hablando? —preguntó Stacey, riendo entre dientes.

La jefa abrió la boca para contestar, pero Bryant se estaba divirtiendo demasiado como para dejarla hacerlo.

—Su nombre es Richard Blake, un experto en videntes fraudulentos que, casualmente, necesita un lugar tranquilo para trabajar en su

próximo libro —dijo Bryant, señalando el escritorio vacío.

La jefa hizo un gesto de indiferencia, pero no mostró ningún desacuerdo.

—¿De verdad necesitamos a un experto en videntes fraudulentos? —preguntó Penn, reproduciendo las ideas de su jefa.

Ella le dedicó una sonrisa cómplice.

—Bueno, cuando lo conozcas, me cuentas.

Capítulo 35

Kim acababa de terminar de actualizar el registro de actividades cuando recibió una llamada avisándola de que estaban llevando ya a Richard Blake hasta la sala de la brigada.

—Vale, chicos, ya está subiendo, pero no lo bombardeéis a preguntas. Entenderéis que, con el asesinato de Azim, el foco ya no está puesto en la cena privada de Sandy con el grupo de mujeres, sino que tenemos que analizarlo todo como algo más genérico, y para ello hemos de indagar en las relaciones entre los videntes y sus clientes. Podemos aprender mucho de Richard, pero dadle algo de tiempo para que se acomode.

—Entendido, jefa —dijeron casi al unísono Stacey y Penn, mientras Bryant hacía un gesto de comprensión.

—Pase, señor Blake —dijo Kim cuando un agente lo dejó en la puerta.

—Richard, por favor —respondió, caminando hacia el escritorio vacío que la inspectora le había señalado con un gesto. Colocó el portátil sobre el mismo, se sentó y sonrió mirando alrededor de la sala.

—Stacey —dijo la ayudante de detective a modo de presentación.

—Penn —ofreció el sargento, desplazándose con su silla mientras ofrecía la mano extendida—. He leído su libro.

—Así que ha sido usted —dijo sonriendo.

Kim apreció su modestia, pero había echado un ojo a sus reseñas en Amazon. El libro fue muy bien recibido por los lectores, aunque probablemente no tanto por la comunidad de videntes.

—Gracias por permitirme disfrutar de un poco de paz y tranquilidad. El concierto improvisado de media tarde acababa de comenzar.

—Antes de que se ponga a trabajar, ¿podría ilustrarnos un poco acerca del tema, sobre todo por Stacey y Penn? Ya les he resumido nuestra conversación de antes, así que sería genial que nos ofreciera algo adicional —dijo, yendo con su taza hasta la cafetera—. Ah, y sírvase si quiere.

Sacó una botella de agua de su bolsa y la levantó en señal de que no quería café.

—¿Quiere que les hable un poco de la figura de los videntes en sí mismos?

Kim asintió y dio un sorbo a su café.

—Venga. Aunque las personas que los visitan son creyentes a pies juntillas, durante la fase de calentamiento previa a una sesión de predicciones un vidente admitirá que hasta ellos mismos pueden cometer fallos. Preparan al cliente para posibles errores, de modo que el sujeto los perdona enseguida y pasa página, olvidándose al instante de ello. Hay siete temas de los que la mayoría de la gente desea hablar: amor, salud, dinero, carrera profesional, viajes, educación y ambiciones. La lectura en frío se basa en una idea psicológica bien sencilla: los seres humanos tienen la capacidad de encontrarles sentido a los datos, sean cuales sean. Los videntes se basan en que el cliente tiene la voluntad de encontrar en cualquier situación más significado del que hay en realidad, y de juntar las piezas para darle sentido por su cuenta.

Stacey levantó la mano.

Richard se rio.

—Esto no es el colegio. Pregunten lo que deseen.

—¿Está diciendo que todo se puede resumir en una técnica?

—Todo se reduce a una mezcla de técnicas, lenguaje corporal, observación inteligente, insinuaciones, ambigüedad e ingenuidad.

Stacey parecía dudosa.

Richard inclinó la cabeza hacia la izquierda.

—Veo un problema cardiaco en su entorno. Percibo a un hombre mayor. Algo relacionado con un dolor en el pecho. Es su padre, su abuelo o su tío que...

—Mi tío murió de un...

—El mes de junio es importante para usted...

—Me casé en...

—¿Por qué veo agua, una piscina, una playa...?

—Pasamos la luna de miel en...

—Hubo un problema en el aeropuerto cuando volvieron de...

—No fuimos capaces de encontrar un taxi —dijo Stacey mientras sus ojos se abrían de par en par—. Pero ¿cómo ha podido saber todo eso?

Kim se sorprendió de lo rápido que Stacey se había involucrado en el proceso, lo que le dio una buena idea de lo eficaz que podía ser la técnica en alguien que creyera.

—Lo que acabo de hacer se llama técnica de disparos al vacío, que consiste en ofrecer una serie de afirmaciones poco precisas. Y he conseguido cuatro aciertos y ningún fallo. Un resultado bastante bueno.

—Pero ¿cómo? —insistió Stacey.

—Principalmente, a través de usted. En primer lugar, existen muy pocas familias que no estén afectadas por enfermedades cardíacas de algún tipo; es la principal causa de muerte entre los hombres mayores. Le he nombrado a casi todos los parientes varones mayores que podría tener.

—¿Cómo ha sabido que me casé en junio?

—La verdad es que no lo sabía. Solo he dicho que junio es importante para usted. Estadísticamente es un mes donde las bodas y otros eventos y fiestas son muy frecuentes. Luego me ha ofrecido la información del matrimonio, así que no hacía falta mucha imaginación para suponer que viajó a algún lugar cálido en el que el agua jugara un papel importante.

—¿Y el aeropuerto?

—Todo el mundo ha tenido una mala experiencia en un aeropuerto al volver a casa. Usted tuvo que esperar un taxi, que no es nada serio, pero lo recuerda como un problema porque estaba cansada, sufría por el desfase horario y se sentía triste por regresar a casa. Pero la clave está en que yo estaba preparado para cualquier escenario, independientemente de las respuestas que me hubiera dado.

—No me lo creo —dijo Stacey, negando con la cabeza.

—¿Quiere intentarlo de nuevo, pero dándome respuestas negativas?

Stacey asintió.

—Presiento un problema cardíaco en uno de sus familiares varones mayores.

—Están todos sanos.

Richard hizo una mueca, poniendo gesto de preocupación.

—Creo que deberían hacerse un chequeo. Cuanto antes, mejor.

—Vale.

—Percibo que junio es un mes muy importante para usted.

—No.

—¡Oh, espere un segundo! Algo importante va a suceder en junio.

—Vale.

—¿Por qué veo una piscina y agua?

—No tengo ni idea.

Richard se llevó una mano a la boca.

—Ay, madre, puede que haya estropeado la sorpresa. Borre eso de su cabeza, haga como si no hubiera escuchado nada.

—¡Maldita sea! —exclamó Stacey.

—Lo sé —respondió Bryant, que había experimentado lo mismo un rato antes.

—No habría hecho la pregunta del aeropuerto, obviamente, pero la habría sustituido por una frase de Barnum.

—¿Qué es una...?

—Eso os lo explico yo luego —se ofreció Kim.

—Y ahora ya gozaría de su completa atención —le dijo a Stacey, sonriendo—. También podría haber intentado lo que llaman la técnica del arcoíris, una estrategia de manipulación que consiste en

emitir una afirmación que parece específica, pero abarca en realidad características opuestas. Percibo que es usted una persona muy considerada, aunque a veces muestra un lado egoísta.

—¿Y quién no? —se preguntó Penn.

—Pues esa es la clave. Un buen vidente siempre tiene un amplio conocimiento de trivialidades de ese tipo. La mayoría de la gente tiene una caja con fotos antiguas, medicinas viejas, juguetes o libros, joyas o medallas de guerra. Si nos centramos en el género, la mayoría de los hombres por ejemplo han llevado bigote o barba alguna vez en sus vidas.

Tanto Penn como Bryant asintieron.

—La mayoría de los hombres de más de treinta años tienen un traje viejo que ya no les queda bien. Casi todas las mujeres tienen una prenda que nunca se han puesto, o llevan siempre con ellas alguna foto de sus seres queridos. La mayoría de las mujeres tuvieron el pelo largo cuando eran niñas y luego lo empezaron a llevar más corto, y casi todas tienen unos pendientes raros. Muchas de estas trivialidades pueden adoptarse para establecer una conexión.

Kim pudo ver que todo su equipo estaba igual de interesado que ella en lo que aquel hombre explicaba. Esperaba que los conocimientos que estaban adquiriendo los acercaran a descubrir el móvil del asesino que estaban buscando.

—Introducir trivialidades de este tipo en espectáculos escénicos resulta especialmente dramático. Victoria Sykes lo hace con mucha eficacia. Fui a verla a Birmingham el año pasado.

—Otro nombre que aparece en la lista negra de Dunhill —observó Kim mientras Stacey ponía un gesto extraño y empezaba a teclear algo en su ordenador.

—Ah, que ya lo conocen —dijo Richard—. Un tipo encantador. —La mirada que puso mientras lo decía fue de lo más elocuente.

—¿Qué piensa sobre él?

—Solo se dedica a las lecturas privadas. Es un purista y desprecia a casi todos los demás. Es obvio que no he tenido la oportunidad de verlo en acción. Sí sé que tiene algunos clientes ricos y famosos; probablemente es muy bueno en lo que hace porque cree en su don.

«Y tanto que sí», pensó Kim.

—Jefa, recordaba haber visto el nombre de Victoria Sykes en algún lugar, al margen del artículo de Dunhill. —Stacey giró su pantalla—. Actúa en el Grand de Wolverhampton esta noche. Las entradas se agotaron hace semanas.

—Tenemos que ir —respondió Kim. Tenían que ver de cerca el engaño y sus efectos. Alguien tenía que advertir a aquella mujer, y, además, el asesino podría incluso asistir al evento—. Stace, llama al mánager.

—Victoria Sykes es muy famosa. Utiliza un elemento teatral en sus espectáculos. No hace lecturas privadas, o eso creo —explicó Richard mientras Stacey trataba de ponerse en contacto con el teatro—. Pero se le da muy bien ganarse la confianza del público.

—Ya la tienes a tu disposición, jefa. Teresa Williams —dijo Stacey, entregándole el teléfono.

—Señora Williams, inspectora Stone, de la policía de West Mids. Necesito entradas para el espectáculo de esta noche.

—Imposible —espetó la mánager—. Llevan semanas agotadas.

—Necesito entradas —insistió Kim.

—A menos que alguien las venda en eBay, la suerte no está de su lado, por desgracia. No puedo permitir que su posición como oficial de policía influya en los límites que marca la regulación contra incendios. Estoy segura de que actuará de nuevo en...

—No se trata de un evento social, señora Williams. Tenemos que analizar la actuación en relación con una investigación actualmente en curso.

La mujer guardó silencio durante unos instantes.

—¿Cuántas entradas necesita?

—Cinco.

—Imposible —repitió—. Quizá pueda conseguirle dos si cancelo algunos pases del personal.

Kim no se permitió el lujo de sentir la más mínima culpabilidad por los dos miembros del personal que no podrían asistir al espectáculo.

—De acuerdo, me las quedo —decidió Kim.

La mánager le dio instrucciones para hacerse con las entradas cuando llegara al lugar.

—Bueno, jefa, ¿quién será el afortunado que vaya contigo? —preguntó Bryant.

—Antes de hacer su elección —dijo Richard—, si de verdad quiere apreciar cómo funciona el engaño, hay más posibilidades de éxito cuando existe cierto nivel de vulnerabilidad. Hay algunos trucos que estaría encantado de compartir con usted, pero, no se ofenda, no van a funcionar, pues no parece lo bastante ingenua como para que nadie la aborde.

Sí, podía entender lo que trataba de transmitirle, pero ella tenía que ser una de las dos personas que asistieran a la actuación.

—Teniendo eso en mente, ¿a quién de nosotros te llevas? —preguntó Bryant de nuevo.

Miró a su equipo y tomó una decisión.

—A ninguno.

Capítulo 36

Kim ya estaba esperando en los vestuarios cuando oyó aquella voz inconfundible hablando con un compañero.

—¡Eh, Campanilla! —saludó, dando un paso adelante.

El rostro de Tiffany se quedó helado por la sorpresa; su compañero continuó caminando.

A través de los ojos de la joven, Kim contempló la historia que habían vivido juntas.

Se conocieron cuando Tiff los ayudó a recopilar datos sobre el caso de un niño prodigio, ya que a Penn lo habían destinado temporalmente a West Mercia. Volvieron a trabajar juntas en una segunda ocasión, cuando Tiff se infiltró en una secta que habían descubierto y estuvo a punto de perder la vida.

Los ojos de la mujer adoptaron una expresión cálida y Kim se vio obligada a hacer una pequeña pausa. Que la joven agente se alegrara tanto de verla, teniendo en cuenta que cada vez que les echaba una mano terminaba de mierda hasta el cuello, era un reflejo muy obvio de la nobleza de su carácter.

—¡Qué pasa, jefa!

Tiffany era una persona de un positivismo inquebrantable que silbaba y tarareaba canciones de musicales y obras teatrales cuando estaba sumida en sus pensamientos. Era dulce, ingenua, confiada y efervescente. Sobre el papel, a Kim debería molestarle su sola presencia. Pero no era así.

—Necesito tu ayuda, Campanilla —dijo, utilizando el apodo que le había puesto a la chica porque le recordaba al hada de los dibujos animados.

—Claro, jefa. Termino mi turno a las...

—Está solucionado. Me puedo quedar contigo desde ya. —Una rápida llamada al inspector Plant había facilitado su liberación—. ¿Quieres venir conmigo a ver el espectáculo de una vidente?

—¿A ver qué?

—La actuación de una vidente, en Wolverhampton.

Tiff sincronizó sus pasos con los de Kim mientras ambas se dirigían hacia las escaleras de la oficina del Departamento de Investigación Criminal.

—¿Tienes una quinta entrada y me invitas a mí? —preguntó, asombrada.

—No, solo tengo una, pero te invito a ti —dijo Kim—. Es trabajo, y la verdad es que necesito como el comer a una persona con tus habilidades.

Kim notó cómo el semblante de Tiff se ensombrecía un poco, pero enseguida volvió a iluminarse.

—Lo que necesites, jefa —dijo, siguiendo a Kim hasta la sala de la brigada.

—Hola, Tiff —dijeron todos con verdadera ternura.

Se puso un poco colorada al saludarlos con un pequeño gesto con la mano.

—Es perfecta —murmuró Richard en voz baja.

Kim se desplazó con su silla hacia fuera del centro de operaciones y le indicó a Tiff que se sentara, cosa que hizo de inmediato.

—Campanilla, estamos trabajando en un caso en el que han muerto dos videntes, y estamos intentando averiguar por qué. Esta noche hay un espectáculo en el Grand, vamos a ir las dos para tratar de comprender mejor a los videntes y a la gente que recurre a ellos. Necesitamos contemplar el nivel de engaño, la influencia que ejercen y las consecuencias del proceso. Este señor es Richard; nos va a dar algunos consejos.

—Vale, perfecto —respondió, como si Kim acabara de decirle que iban a pedir pizza para todos.

—Vamos allá, la puedo llamar Tiff, ¿verdad? —preguntó.

—O Campanilla, como prefiera —respondió, con un gesto de indiferencia.

—Vale, de acuerdo, va a tener que dar la apariencia de ser todo lo vulnerable que pueda. Lo ideal es que esté sola y, si puede parecer un poco molesta, tanto mejor.

—Pero ¿que ese estado resulte muy obvio? —preguntó Kim.

—Sin exagerarlo demasiado. Si da la apariencia de vulnerabilidad, se fijarán en ella.

—¿Quién?

—Yo los llamo los títeres. No llegarán al lugar con la vidente y probablemente ni se acerquen a ella, pero de algún modo estarán en contacto. Los títeres están a cargo de dos misiones. Primero, trabajan en el recibidor, buscando objetivos. Quieren dar con alguien que vaya a ser capaz de tocar la fibra sensible; personas auténticas que, sin ser conscientes de ello, convenzan al resto del público de que la actuación es real. Encuentran una forma inteligente de

conocer la historia de sus objetivos, normalmente compartiendo con ellos la suya, y también querrán averiguar dónde se van a sentar. Cuanto mejor sea la historia, más posibilidades tendrá esa persona de que la vidente las elija. Como ya he explicado antes, la cosa va sobre las emociones, quieren la mayor recompensa posible. Lo más probable es que la persona que les aborde en la entrada también hable durante el espectáculo. Su historia estará ensayada y practicada, y entre esa persona y una de ustedes harán que todo suene convincente para el resto de los espectadores.

—¿Algo más? —preguntó Kim.

—No, con eso es suficiente para llamar la atención.

Kim miró su reloj.

—Pues vámonos, Campanilla. Nos toca ir a hablar con los muertos.

Capítulo 37

Llegaron al recinto justo cuando las puertas se estaban abriendo y la cola comenzaba a avanzar.

Tiff había salido del coche ya pálida y temblorosa, afirmando que había estado en persecuciones de coches a toda velocidad que le habían supuesto menor carga de estrés. Aunque Kim había mejorado en muchas cosas con los años, estaba claro que su habilidad para conducir no era una de ellas.

Se habían separado según se acercaban al teatro, para evitar que las vieran juntas. Era importante para la farsa que Tiff pareciera estar completamente sola. En ese momento se encontraba cuatro personas más atrás y ya parecía vulnerable y fuera de lugar.

Kim llegó a la puerta de entrada en cuestión de minutos, facilitó su nombre y explicó que su compañera recogería la segunda entrada.

Una vez en el recibidor, encontró un sitio con buena visibilidad y se colocó en el extremo más alejado de la barra, parcialmente oculta por una columna de piedra. Tratar de presenciar el fraude era solo una de las razones por las que habían acudido a aquel lugar. Las dos prioridades principales de Kim eran, por un lado, buscar entre los asistentes a alguien que le resultara familiar o sospechoso y, por otro, conseguir una cita con la propia vidente después de su espectáculo.

Sin hacer contacto visual directo con Tiff, trató de mantenerla siempre a la vista mientras la agente se acercaba a la barra, pedía algo de beber y se colocaba en la esquina más alejada de la estancia.

La primera reacción de Kim fue hacerle un gesto a Tiff para que se moviera hacia un lugar más visible, pero enseguida se dio cuenta de que la chica estaba haciendo exactamente lo que le habían ordenado. Richard les había asegurado que, si encajaba en el perfil que solían buscar, se fijarían en ella.

Kim se entretuvo mirando a la multitud que se iba congregando. A su alrededor se oían charlas animadas. El público parecía estar formado por pequeños grupos y parejas. La mayoría iban vestidos como si fueran al teatro en el West End; supuso que, en cierto modo, era algo similar.

A medida que el número de personas aumentaba, diversos grupos se iban posicionando cada vez más cerca de Kim, impidiéndole parcialmente la visión. Algunos parecían conocerse de antes y otros tan solo charlaban para pasar el rato con las personas junto a las que habían terminado.

Continuó tratando de detectar a cualquiera que pareciera actuar de forma extraña, pero la confluencia de los diferentes grupos y el movimiento natural de la multitud en su conjunto se lo estaban impidiendo.

—¿La has visto alguna vez? —preguntó una mujer en un grupo de cuatro que se situaba justo delante de ella.

Su marido sostenía una pinta de alguna bebida, esforzándose por aparentar interés mientras su mujer dominaba la conversación con dos mujeres que parecían hermanas.

—No, nunca hemos visto a una vidente.

—Pues os espera algo muy especial. La hemos visto en Birmingham. Estuvo maravillosa. Fui porque mi padre había fallecido no mucho antes y, bueno, ya sabéis.

—Mi hermano murió hace un año —respondió la mujer—. Estaba muy enfermo. Queremos ver si hay alguna posibilidad de que se manifieste.

—Vaya, lo siento muchísimo. Perder a una persona tan joven es dolorosísimo.

—Era nuestro hermano mayor —aclaró la mujer—. Tenía sesenta y un años.

—Bueno, pero sigue siendo una gran pérdida, ¿no? Mi padre llevaba años con problemas de corazón.

—Sí, Tony ya había luchado dos veces contra el cáncer, pero al final se lo llevó.

Kim estaba a esas alturas totalmente involucrada en la conversación, asombrada por la información tan íntima que la gente estaba dispuesta a compartir con completos desconocidos. Sin siquiera ser consciente de ello, la segunda mujer había dado suficientes detalles en apenas dos frases para facilitar una lectura muy convincente.

Desvió su atención y miró a Tiff mientras la gente empezaba a moverse instintivamente hacia las puertas de entrada a la sala según se acercaba el comienzo.

Seguía en el mismo sitio, dando sorbos a su bebida, pero con la mirada perdida, como si estuviera absorta en sus pensamientos.

La multitud se alejaba despacio de su posición, pero nadie prestaba atención a la figura solitaria de la esquina.

Excepto un hombre rubio de cerca de treinta años que se encontraba junto a la barra.

«No, no, no», pensó Kim. No era un buen momento para que se fijaran en Tiff.

Maldita sea. Si el rubio se acercaba a hablar con ella, el plan habría sido una pérdida de tiempo.

Kim gruñó de pura frustración al ver que, una vez más, Tiff desaparecía de su vista.

Capítulo 38

Según sus cálculos, el hombre que estaba en la barra llevaría unos cinco minutos observándola.

Tiff no lo vio llegar, pero sí que observó cómo hacía un barrido rápido del recibidor antes de fijar su atención en ella. Continuó fingiendo e interpretando su papel, teniendo cuidado de no mirar en la dirección en la que se encontraba el hombre. Le estaba costando más esfuerzo del que había previsto parecer triste, le dolían los músculos de la cara. Su expresión natural era abierta y relajada, con los ojos bien abiertos y una leve sonrisa.

Se ahorró seguir analizándose a sí misma, porque el chico de la barra apareció frente a ella.

—Eh, ¿estás bien?

Se permitió ofrecer una pequeña sonrisa forzada y asintió.

—Mi madre siempre me ha dicho que no hable con extraños, pero no pareces peligrosa —dijo.

A su pesar, Tiff se rio.

—Me llamo Neil —se presentó.

—Tiffany.

—Pues listo, ya no somos desconocidos. Mi madre puede estar tranquila.

La sonrisa se hizo más grande en su rostro.

—Eso está mejor. No será para tanto, ¿no? Se supone que esta noche va a ser divertida, o al menos eso espero. ¿Estás sola? —preguntó, mirando a su alrededor.

—Sí, aunque yo no he venido por diversión. Estoy esperanzada. ¿Tú también estás solo?

—Sí que lo estoy. Compré entradas por el cumpleaños de mi madre. Le encantan este tipo de cosas, pero ayer se puso enferma con gripe. Ha insistido en que me quedara las entradas; para sorpresa de nadie, ninguno de mis amigos ha querido sumarse al plan.

De nuevo, Tiff soltó una risita. El tipo era muy agradable y sospechaba que no se trataba de uno de los títeres de los que Richard les había hablado, pero, al igual que sucede con los asesinos en serie, ¿quién sabría qué aspecto podría tener uno?

—Entonces, ¿esperas contactar con un ser querido? —preguntó el chico, suavizando su voz de forma que sonara compasiva.

Estupendo, Tiff tenía su historia. Bien podría ser el momento de utilizarla.

—Mi abuela. Ha muerto hace poco.

—Lo siento. ¿Eráis íntimas?

Tiff asintió y las lágrimas amenazaron con brotar de sus ojos. Tuvo una relación muy estrecha con su abuela materna y había decidido que la historia que iba a contar no se alejara demasiado de la realidad.

—Sí. Era más como una especie de madre para mí. Solíamos ver musicales juntas. Me llevaba a obras de teatro amateur cuando era niña.

Todo aquello era cierto. Como lo era el hecho de que su abuela se preocupó mucho por ella cuando su propia madre estaba completamente absorbida por el cuidado de sus hermanos, que siempre fueron su prioridad.

—Por lo que cuentas, debía ser una mujer increíble, pero supongo que la edad nos termina pasando factura a todos.

—Ah, no, pero no fue una cuestión de edad —dijo ella, percatándose de lo fácil que le resultaba sumergirse en los detalles—. Se cayó por las escaleras y se fracturó el cráneo.

—¡Oh, qué horrible! ¿Así que no tuviste la oportunidad de despedirte de ella?

—Nunca tuve la ocasión de arreglar las cosas entre nosotras.

—¿Habíais discutido?

—Sí. Tuvimos una discusión apenas unos días antes. Fue por una tontería. Llegué tarde a recogerla para llevarla al bingo y ya se negó a ir. Le grité por ser tan cabezona, y luego me comporté exactamente igual que ella al no llamarla para reconciliarnos.

—Debe ser duro para ti, pero, si estabais tan unidas, ella sabe que te arrepientes de aquello, y estoy seguro de que no querría que te sintieras mal.

—Oh, eso espero —dijo Tiff, con una pequeña sonrisa.

—Mi abuela nunca me dejó llamarla abuela, porque decía que eso la hacía sentir vieja. Hasta el día de su muerte fue Nana June.

—La mía odiaba el nombre de Hilda —reaccionó Tiff, dándose cuenta de que no había tenido la intención de revelar el nombre de pila de su abuela.

De repente, la multitud empezó a moverse al abrirse las puertas de entrada a la sala.

—Ya están entrando. ¿Dónde estás sentada?

—Fila A, número siete —dijo.

—No soy el clásico acosador, puedes estar tranquila, así que quizá podríamos intercambiar impresiones en el descanso. Estoy en la fila C, número nueve.

—De acuerdo —dijo Tiff, avanzando con la gente.

—¡Oh, necesidades fisiológicas! —dijo, alejándose—. Hasta luego. —Tiff lo saludó con la mano mientras se colocaba en la parte trasera de la masa que estaba accediendo al interior del recinto.

La jefa no tardaría en preguntarle si le habían estado sacando información o no.

Honestamente, no sabría qué responder.

Capítulo 39

Kim encontró su asiento y, en cuestión de minutos, Tiff estaba sentada a su lado.

—¿Algo? —preguntó, inclinando la cabeza hacia un lado mientras seguía buscando entre la multitud que la rodeaba. Su asesino podría encontrarse en aquel mismo teatro.

Tiff se encogió de hombros justo cuando empezaba a sonar la música y las luces se apagaban.

Durante unos segundos, el teatro se sumió en la oscuridad y, acto seguido, unas luces azules comenzaron a bailar sobre el escenario.

Kim podía sentir el ambiente que se iba creando entre la gente; un aire de expectación y emoción que aumentaba a medida que el ritmo de la música se incrementaba y las luces parpadeaban al ritmo de la melodía del sintetizador.

Se fue intensificando durante un par de minutos, notaba cómo el ritmo se elevaba desde el suelo, incitándola a golpear con el pie o aplaudir.

Una pantalla se iluminó en el escenario. En ella se proyectaron las palabras «MÁS FUERTE», en mayúsculas.

La multitud obedeció, incluida Tiff, que daba golpes con los pies contra el suelo y aplaudía.

Kim estaba intentando permanecer objetiva, pero era muy consciente del atractivo de la situación. El público se había enganchado de inmediato.

La enorme pantalla del proyector mostró un nuevo mensaje: «MÁS FUERTE, DESPERTAD A LOS ESPÍRITUS».

El público respondió y el teatro se convirtió en una cacofonía de zapatazos, palmas y gritos. Al compás de la música de sintetizador, todo fue in crescendo, hasta que se hizo el silencio y luego, la oscuridad. El público enmudeció asombrado antes de que volviera la iluminación y apareciera una figura solitaria en el escenario.

Tenía el pelo rojo, largo y ondulado. Vestía con unas mallas negras, botas de tacón alto y una camisa blanca de gran tamaño que le llegaba casi hasta las rodillas. Su cabeza estaba inclinada y sus manos, unidas por delante de su cuerpo, en posición de oración.

Se hizo el silencio en el teatro.

Finalmente, levantó la cabeza y recorrió la sala con la mirada.

—Gracias, Wolverhampton, por permitirme este momento de oración y reflexión antes de empezar.

El público aplaudió con energía, pero esta vez ella los mandó callar.

—Gracias, gracias. Habéis sido extraordinariamente amables. Sé que habéis venido por muy diversas razones. Algunos esperáis tener información acerca de un ser querido, otros puede que estéis en una encrucijada en vuestra vida, habrá quienes se encuentren buscando el amor, y luego estarán los que hayan venido porque su acompañante los ha traído a rastras.

El público se echó a reír.

—Para esos últimos, os aseguro que voy a ser todo lo rápida que pueda y luego podréis ver el fútbol en diferido.

Otra carcajada; a esas alturas, la gente ya estaba embelesada.

—Para los que me hayáis visto antes, pues bueno, ya sabéis cómo funciona esto. Pero los que no... vergüenza debería daros.

El público rugía.

—No, hombre, no, estaba de broma. Suelo moverme por el escenario hacia donde me guíen los espíritus. No siempre doy en el clavo, pero la culpa la tienen ellos. Hoy en día es casi imposible encontrar personal competente.

El descargo de responsabilidad del que Richard las había advertido, disfrazado de broma. Un movimiento brillante.

—Hablando de personal, tengo tres ayudantes que van a estar recorriendo la sala con micrófonos; se acercarán a donde estés si es que mi mensaje va dirigido a ti. Vaya, siento que me arrastran hacia el centro. Madre mía, esta noche no se están haciendo esperar.

Se dirigió hasta la parte delantera del escenario.

—Por aquí. Percibo el nombre de Derek.

Tres manos se alzaron al instante.

Señaló hacia la primera.

—¿Murió?

La mujer hizo un gesto negativo con la cabeza.

Victoria repitió el mismo gesto y pasó a la siguiente.

—¿Murió?

Esa segunda mujer sí asintió, y uno de los ayudantes le puso de inmediato el micrófono en las manos.

—Es un varón mayor. Voy a decir que es tu padre.

—Sí, sí —dijo la mujer con entusiasmo—. Es mi padre.

Victoria se llevó la mano al pecho.

—Percibo problemas respiratorios.

—Cáncer de pulmón —respondió la mujer.

—Es un tipo descarado, ¿eh?

La mujer asintió mientras las lágrimas empezaban a caer por sus mejillas.

—Ya no siente dolor. Me ha dicho que te asegure que ya está libre de sufrimiento y que, cuando oigas esos ruidos en la casa, es él. Siempre está cerca de ti.

—Lo sabía —dijo con una mezcla de triunfo y alivio.

—Gracias por venir —dijo Victoria, alejándose.

El ayudante le retiró el micrófono, y el público aplaudió de forma apreciativa, pero la atención de Kim estaba puesta en la mujer que había sido objeto de la lectura. Se volvió hacia su amiga con una expresión feliz, de alivio, casi se podía percibir alegría en su rostro. Parecía como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Estaba satisfecha. Había acudido al lugar llena de esperanza y había obtenido su recompensa. No iba a llegar a casa poniéndole pegas a lo que había escuchado, buscándole fallos. No trataría de encontrar razones que la hicieran dudar de su autenticidad. Encontraría consuelo en lo que Victoria le había dicho.

La vidente no le había descrito nada específico, pero eso daba igual. Para cuando llegara a casa, su memoria habría idealizado el suceso de modo que sentiría que Victoria lo sabía todo sobre su padre, en lugar de tratar la lectura como un par de conjeturas bien fundadas.

En la mente de Kim resonaba sin duda la palabra engaño, pero una voz fastidiosa le hacía preguntarse qué daño había en ello. Aquella mujer no había perdido nada. Por el precio de una entrada, había obtenido consuelo y seguridad para el resto de sus días.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que se perdió la segunda lectura. El público estaba aplaudiendo de nuevo.

Victoria se movió despacio hacia la izquierda del escenario, acercándose a ellas.

—Me están arrastrando hacia esta parte. Dios mío, ¡cuánta emoción se me acerca! —Estaba ya casi junto a ellas—. Es un nombre que empieza por H. Helen... no, Hattie... No, un momento, me viene el nombre de Hilda.

Kim sintió que Tiff se paralizaba a su lado antes de levantar la mano velozmente.

Victoria se centró en Tiff y se desplazó hasta colocarse justo delante de ambas. Alguien se acercó hasta allí y, cruzando por delante de Kim, puso un micrófono en la mano de Tiff mientras esta se levantaba.

—Percibo a una mujer mayor. Voy a decir abuela y, ¡vaya!, es una mujer de armas tomar.

Tiff asintió mientras Victoria se tocaba la nuca.

—Se produjo algún tipo de lesión.

—Se cayó —explicó Tiff en voz baja.

Kim enseguida razonó que tuvo que haber sido el tipo de la barra. Debió haberse acercado a Tiff después de que ella se hubiera unido a la multitud que estaba entrando.

—Ah, tiene sentido. —Victoria hizo una mueca—. Lo siento, pero tengo alunas dudas. Percibo que estabais muy unidas, pero también noto un sentimiento negativo... ¿un enfado?

A Kim no le sorprendió que el público estuviera embelesado con la lectura. El grado de compromiso emocional era bien alto.

Tiff asintió y tragó saliva.

—¿Discutisteis antes de que muriera?

Una vez más, Tiff asintió y luego pareció recordar que tenía un micrófono en la mano.

—S... Sí —balbuceó entrecortadamente.

—Veo un poco de arrepentimiento por aquí y otro poco de culpa por allá.

Se detuvo como si estuviera escuchando algo. Su pulgar frotaba el índice en un gesto inconsciente mientras, en apariencia, esperaba una respuesta.

—Tu abuela dice que te olvides de ello. Las dos fuisteis igual de cabezonas, pero esa última semana en la que no os hablasteis no significa nada en comparación con los años de recuerdos maravillosos que vivisteis juntas.

Jesús, hasta Kim pudo sentir cómo se le formaba un nudo en la garganta.

—Me dice que ya se puede comer todas las patatas fritas saladas que le dé la gana, y que está muy orgullosa de ti.

Kim oyó un pequeño sollozo mientras Tiff asentía y le devolvía el micrófono al ayudante.

Una ola de emoción recorría el teatro.

Victoria empezó a alejarse, pero se detuvo y se dio la vuelta.

—Lo siento, parece que Hilda aún tiene más cosas que contarme —dijo Victoria, enarcando una ceja.

El público se echó a reír.

—Me explica que hay algo que quieres hacer, pero te estás reprimiendo. Dice que seas valiente y lo hagas.

Victoria se alejó definitivamente, y Tiff volvió a sollozar con suavidad.

Para comprender mejor al asesino que andaban buscando, Kim había acudido al teatro para ver los efectos del poder de sugestión de una persona que afirmaba tener conocimientos divinos. Quería ver el grado de implicación emocional y el nivel de confianza que el cliente depositaba en la vidente.

No tenía que buscar todo eso lejos de ella. La respuesta la tenía justo a su lado.

Capítulo 40

Eran casi las diez de la noche cuando Stacey metió la llave en la cerradura de la puerta de su piso. El conductor del Uber había sido agradable y educado, así que se aseguraría de darle una buena valoración.

La noche del martes la solía reservar para ir a visitar a su madre, y siempre optaba por ir sobre seguro y evitar el transporte público a esa hora de la noche.

Devon sabía que no debía esperarla temprano, porque había estado presente muchas veces cuando su madre había pormenorizado la última información que tenía disponible acerca de amigos y familiares, en algo que se parecía mucho a una sesión informativa militar, pero repleta de detalles innecesarios.

Desde que Stacey se mudó, su madre se había transformado en algo así como el punto de unión de toda la familia. Primos que ni siquiera recordaba la visitaban ahora para tomar el té y ponerla al día, lo que le permitía enterarse de todos los cotilleos familiares.

Había algo reconfortante en pasar tiempo en la casa de su infancia, sin hacer nada más que escuchar cómo le relataban las peripecias familiares. Eso le hacía olvidar el día de trabajo y permitía que llegara a casa con la mente limpia y revitalizada. Y, por mucho que le gustara pasar tiempo con su madre, no había nada como el placer de entrar en su propia casa, donde la esperaba su mujer.

Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras se quitaba la chaqueta. Escuchó la música hipnótica de Enigma que provenía de la cocina, donde la única luz que estaba encendida en todo el piso ardía con intensidad. Un abanico de aromas le dio la bienvenida, haciéndole

imposible adivinar qué era lo que Devon había estado cocinando. Uno de los olores que pudo detectar fue el de la vela con una fragancia temática relacionada con la Navidad de la marca Yankee que le habían regalado a Devon; duraba unas ciento cincuenta horas, así que, aunque estuvieran en marzo, aún seguía ardiendo con fuerza. A Devon le daba igual que ya no fuera Navidad, le encantaba el olor a frutas del bosque, abedul y eucalipto que llenaba la casa cada vez que la encendía.

—Hola, amor —saludó Stacey al entrar en la cocina. Las encimeras estaban llenas de envases de plástico, en su mayoría reciclados de comida china que alguna vez pidieron a domicilio. En la mesa había un rollo de pegatinas y un rotulador listos para el proceso de etiquetado.

—¿Ves algo que se te antoje? —preguntó Devon con una sonrisa retorcida.

—Sí, pero no está en ninguno de esos recipientes —respondió Stacey mientras Devon se acercaba a ella.

Se dieron un largo beso, y luego Stacey volvió a centrar su atención en la comida.

A diferencia de ella, a Devon le encantaba cocinar. Su trabajo como funcionaria de inmigración no le dejaba mucho tiempo para entregarse a ello, pero algunos días libres se pasaba horas cocinando algunos de sus platos favoritos, dividiéndolos en porciones y etiquetándolos para almacenarlos en el congelador.

—Por ahí hay lasaña, pollo korma, pasta horneada, estofado de ternera y, por último, arroz jollof.

—¿De verdad? —se sorprendió Stacey, echando un vistazo más de cerca. Devon rara vez se aventuraba a cocinar platos típicos de su cultura. Sus dos visitas a Nigeria apenas la habían preparado para enfrentarse a ella.

—La receta me la dio tu madre —dijo, encogiéndose de hombros y guiñando un ojo.

Eso necesariamente le habría hecho sumar puntos al plato, pensó Stacey mientras cogía un tenedor del cajón. Hurgó con él en uno de los táperes para probarlo.

—No está nada mal —dijo ella, asintiendo con aprecio.

—¿Eso es todo? —Devon se rio, amenazándola con el paño de cocina que empuñaba.

—Vale, vale —respondió Stacey, defendiéndose—. Es el mejor que he probado en mi vida.

—Y eso es algo que jamás le contaremos a tu madre —dijo Devon, bajando su arma de tela—. ¿Qué eliges para la noche de hoy?

—Humm... —murmuró Stacey, examinando las opciones. Aunque era ya bastante tarde, intentaban comer juntas cuando podían. Sus turnos y largas jornadas laborales no siempre lo permitían—. Ya lo sabes, tengo que quedarme con la lasaña.

Consciente de lo mucho que le gustaba, Devon no había escatimado en la salsa bechamel, que sobresalía sobre la carne picada y la pasta.

—Vaya, qué sorpresa —dijo Devon, dirigiéndose al congelador—. Ve a ducharte mientras voy calentando el pan y sirviendo el vino.

Stacey se detuvo y observó la escena desde la puerta, preguntándose si de verdad aquella era su vida. Un trabajo estimulante que siempre le suponía un verdadero desafío y una vida doméstica que la hacía sentir plenamente feliz. Ya estaba visualizando una buena comida, un vino a una temperatura ideal y un par de episodios de Downton Abbey. Llegaron tarde a esa moda,

ya que no habían visto la serie cuando se estuvo emitiendo, pero ahora estaban devorando los capítulos, uno detrás de otro.

«Si pudieran observarnos en este momento...», pensó Stacey mientras se dirigía al dormitorio. Los compañeros de ambas formaban una mezcla de policías experimentados y funcionarios de inmigración, todos ellos acostumbrados a lidiar con lo peor que Black Country podía ofrecer, y allí estaban ellas, pasando las noches viendo dramas de época. Sí, mejor que ese detalle no saliera de aquellas cuatro paredes.

Se quitó los zapatos en la puerta del dormitorio, listos para ponérselos a la mañana siguiente, y se acercó a la ventana. Aunque el dormitorio estaba en la parte trasera del piso, aún había un callejón que separaba su edificio de las viviendas de detrás.

A Devon le encantaba recordarle que el callejón estaba vallado por ambos extremos, pero, de niña, el dormitorio de Stacey estaba en la parte delantera de la casa y las viejas costumbres son difíciles de olvidar, así que fue a cerrar las cortinas para tener privacidad.

Cuando estaba a punto de hacerlo, algo llamó su atención: un ligero movimiento.

Su rostro se frunció en una mueca resultado del esfuerzo por concentrarse en intentar atravesar con la mirada la densa oscuridad. La casa de enfrente tenía una luz de seguridad con sensor de movimiento que a veces les iluminaba el dormitorio, y tenía un haz lo bastante amplio como para alumbrar decentemente toda la zona. Fantástico: cuando quería que aquel maldito chisme estuviera encendido, permanecía apagado.

Entrecerró los ojos mirando hacia el lugar donde creía haber visto movimiento. Las ramas de los árboles que se alineaban en la parte trasera de la propiedad eran escasas, pero aun así le costaba ver a través de ellas en la oscuridad. Apenas podía distinguir lo que

parecía una masa sólida detrás del árbol del medio de la hilera, pero ya no podía discernir con claridad si siempre había estado allí.

«Seguramente será un gato caminando inseguro sobre el muro», razonó mientras deslizaba hacia un lado la primera cortina.

El foco se encendió, iluminando toda la zona en un radio de diez metros.

Su mirada se dirigió directa al árbol del medio. Se le cortó la respiración mientras se esforzaba por procesar lo que estaba viendo.

Una figura bien definida, un hombre, vestido de negro, mirándola fijamente.

Dejó escapar un pequeño grito al darse cuenta de que la persona que estaba mirando a la ventana de su habitación era Terence Birch.

Capítulo 41

Cuando terminó el espectáculo, Tiff decidió volver al coche mientras Kim completaba la segunda parte de su misión.

Una vez terminada la actuación, ya no tenían que seguir fingiendo ser desconocidas, y Tiff había dado la impresión de necesitar un poco de aire.

Kim estaba esperando a que volviera la mánager para comprobar si se había aceptado su petición.

El espectáculo continuó de forma similar a como había empezado, y si el público percibió algunos errores, desde luego no lo pareció. Los comentarios de los asistentes al salir del recinto eran positivos y apreciativos, y Kim escuchó a mucha gente asegurar que volverían a ver a la vidente.

La inspectora comprendió cómo se organizaban las diversas partes del espectáculo. Si empezabas fuerte, el público ya estaba contigo y te perdonaría cualquier cosa. La forma de comenzar definió el estado de ánimo del resto de la actuación. Tras la lectura de Tiff, el público estuvo completamente a merced de Victoria. Es probable que, aun equivocándose en varias ocasiones, la gente hubiera seguido estando de su lado.

Kim vio que la mánager se dirigía hacia ella cuando los últimos rezagados abandonaban ya el recibidor.

—Victoria tiene un par de minutos —le dijo, haciéndole señas para que cruzara unas puertas dobles en las que se leía «Solo personal autorizado»—. Es por ahí abajo —explicó, recorriendo a toda velocidad un pasillo bien iluminado. Tras girar a la izquierda, llamó a

una puerta—. Vuelva al recibidor cuando acabe y alguien le facilitará la salida.

—Adelante —escuchó mientras asentía a la mánager.

Kim suspiró y entró.

Se sorprendió al ver que Victoria ya se había cambiado y vestía un chándal de color rosa pastel.

—Así me ahorro algo de tiempo cuando llegue a casa —explicó mientras doblaba la ropa que había llevado puesta en el escenario.

—¿Le ha dicho su mánager quién soy? —quiso comprobar Kim.

—Sí. Y es la única razón por la que sigo aquí. Me gusta irme directa a casa a tomarme un gin-tonic reconstituyente en cuanto acabo mi actuación.

—De acuerdo, pues gracias por ayudar a una oficial de policía —dijo Kim.

—Ah, bueno, no me refería a eso, sino a su insistencia en conseguir entradas. Mi mánager me dijo que era indiscutible que iba a ver mi espectáculo esta noche, aunque tuviera que hacerlo sentada en el escenario.

—Quería verla en acción —se sinceró Kim mientras Victoria doblaba con cuidado la enorme camisa blanca y la colocaba en la parte superior del bolso.

—¿Por qué?

—Porque necesitaba comprender hasta qué punto influye en su público.

—¿Y no le interesa saber si soy auténtica o no? —preguntó Victoria, tomando asiento e indicando a Kim que hiciera lo mismo.

—En realidad, no es demasiado relevante para mi investigación. Lo que quiero saber es si los clientes creen firmemente que lo es.

—Pero ¿ha visto el espectáculo?

—Por supuesto —respondió Kim, preguntándose si deseaba obtener algún tipo de validación.

—¿Y cuál es su opinión ahora?

—Sigo sin estar convencida.

Victoria se echó a reír.

—Hay pocas personas que sean así de francas, así que le agradezco su sinceridad. ¿En qué puedo ayudarla?

—Monty Dunhill —anunció Kim.

—Oh, ¿qué ha hecho ahora ese viejo desgraciado?

—¿Lo conoce bien?

—No mucho, pero nos hemos cruzado un par de veces.

—¿Y?

—¿Qué pasó? Yo lo llamé elitista, engreído, imbécil pretencioso y privilegiado, y él me llamó fraude vulgar, hortera y con poca clase. Siempre hemos sido muy sinceros el uno con el otro. Así funcionan las cosas en una industria tan competitiva.

—Tan competitiva como para que Monty escribiera un artículo feroz y destructivo en el que la llamó de todo.

—Sí, me halagó que me considerara una amenaza de ese calibre.

—¿Y lo es de verdad?

—Claro que no. A Monty le gusta la intimidad estéril de los encuentros cara a cara. Le gusta esa sensación de exclusividad, como si fuera una especie de arma secreta de los ricos y famosos. Yo no hago muchas sesiones privadas porque prefiero la energía que aporta un grupo grande de personas. Me gusta alimentarme de su emoción y expectación. Es algo embriagador.

—¿Y le molestó el artículo?

—Durante unos diez minutos, en los que estuve reflexionando sobre la forma en la que podría afectar a mi forma de ganarme la vida; luego, empezó a sonar el teléfono.

Kim le hizo un gesto para que continuara.

—Al norte de Stoke, nadie había oído hablar de mí y, de repente, mi nombre estaba en todas partes. El día que salió el artículo me contrataron para una actuación en Edimburgo y otra en Liverpool, dos lugares que desde entonces he vuelto a visitar varias veces. El artículo me hizo un gran favor. Ahora tengo la oportunidad de elegir los espectáculos que quiero hacer. Y debo añadir que siempre se agotan las entradas.

Kim pensó que Monty cometió pues un error de cálculo importante.

—Tampoco le hizo ningún bien a Monty, para ser sincera —ofreció Victoria.

—Explíquese.

—Pretendía que su artículo sirviera para exponernos, pero muchos de sus propios clientes confiaban en que se mantuviera alejado del primer plano público, fuera de los focos. El artículo menciona a sus clientes ricos e influyentes y, aunque no da nombres, muchos de ellos lo abandonaron por la visibilidad mediática repentina que adquirió. Seguro que ha visto su casa. No debe ser barato mantenerla.

—¿Cree que se ha arruinado? —preguntó Kim. ¿Estaría Monty culpando de alguna manera a otros videntes porque, al tratar de exponerlos públicamente, había perdido dinero? Retorcido pero posible, con el ego gigante que poseía.

—No lo sé, pero lo que está claro es que después del artículo dispuso de menos ingresos, y, por lo que me enterado, su lista actual de clientes incluye a un par de estrellas de bajo perfil de programas de telerrealidad y una o dos mujeres de futbolistas.

—¡Uf! —exclamó Kim, sin que le resultara difícil imaginar cómo se sentiría Monty al respecto.

Victoria hizo un gesto de incomodidad.

—Supongo que no le queda más remedio.

—Estoy segura de que recordará que Sandra Deakin aparecía en ese mismo artículo, y obviamente sabrá que la asesinaron el pasado domingo por la noche. —El equipo de atención a los medios había dado a conocer el nombre de la víctima ese mismo día.

—Claro, sí, pero había olvidado por completo que ese escrito la destrozaba sin piedad. Él la detestaba. Tiene apodos para todos nosotros. A mí me llama Poni de Circo por razones obvias, pero a Sandy la llamaba Plato de Pescado.

Kim hizo un gesto de no comprender nada.

—Porque decía que era el plato de la cena que nadie deseaba. La llamaba insípida, sosa, olvidable y muchas otras cosas crueles.

Y, a pesar de eso, Sandra estuvo intentando quedar con él justo antes de su muerte.

—Y luego, por supuesto, tenía aquel apodo, el más mezquino de todos.

—¿Cuál?

—Parásitos.

—¿A quién llamaba así? —preguntó, aunque se imaginaba la respuesta.

—A los videntes telefónicos. Reservaba para ellos gran parte de su odio. Los detestaba con todas sus fuerzas.

Kim enfureció. El chico de diecinueve años que yacía en un charco formado por su propia sangre era cualquier cosa menos un parásito.

—No son parásitos; solo son personas que hacen su trabajo —dijo Kim, sorprendiéndose a sí misma.

—Dígaselo al purista intachable. Está haciendo campaña para que exista una autoridad reguladora.

A Kim no le sorprendió demasiado escuchar eso. Pero dejó de pensar en Monty Dunhill cuando recordó la razón principal por la que había querido tener aquella conversación.

—Tenemos una segunda víctima —ofreció.

—¿Vinculada con Sandy? —preguntó Victoria, mirándola con inquietud.

—Vinculada con su gremio —respondió Kim, quedándose callada para que la vidente asimilara lo que acababa de oír.

—Madre mía.

—¿Ha notado algo extraño últimamente? —preguntó Kim—. ¿Llamadas de teléfono raras, alguna persona que aparezca repetidamente cerca de su casa, clientes especialmente descontentos?

—No, nada de nada. ¿Puede decirme quién es la segunda víctima?

—Un vidente telefónico. No creo que lo conozca.

—¿Me está tomando el pelo?

Kim negó con la cabeza.

—Maldita sea.

—Creo que debería tomar precauciones.

—¿Creen que puedo estar en peligro? —preguntó, abriendo mucho sus ojos.

—Alguien está atacando a su comunidad, y a usted la nombraban en aquel artículo.

—No pensarán que Monty haya tenido algo que ver, ¿no?

—De momento, no pensamos nada concreto. Mi única intención al reunirme con usted es advertirla para que sea cautelosa. Asegúrese de no estar sola. Explique sus movimientos a sus allegados. Manténgase en permanente contacto con sus familiares.

—Estaré bien —respondió con cierto desdén—. Soy vidente. Seguro que, si alguien viniera a por mí, sería la primera en saberlo.

Kim no sabía con seguridad si lo había dicho de broma, pero le sirvió para recordar que los videntes más peligrosos eran los que se creían auténticos.

Se levantó.

—Bueno, gracias por su tiempo, y cuídese.

Victoria asintió y Kim se dirigió a la puerta.

—Agente, estoy debatiéndome entre compartir una cosa con usted o no hacerlo.

Kim se giró, pero no separó su mano del pomo.

—Creo que la frase en sí significa que ya ha tomado una decisión al respecto.

—Probablemente no tenga importancia. Es algo que Monty Dunhill dijo en una fiesta hace un par de meses.

—Continúe.

—Estaba muy borracho, pero había una cantidad considerable de gente a su alrededor. Empezó a despotricar sobre fraudes, impostores y charlatanes. Se fue calentando y fue divertido ver cómo fue evolucionando hasta su frase final, cuando llegó a su punto álgido.

—¿Qué dijo?

—Que si pudiera, los eliminaría a todos de la faz de la tierra.

Capítulo 42

Eran casi las once cuando Terence regresó a su casa. El cielo se había abierto durante el camino de vuelta y estaba empapado, con el pelo aplastado contra la cabeza por la lluvia, pero no importaba. Su corazón latía a mil por hora.

Un rápido paseo por el exterior de la propiedad de Stacey le sirvió para descubrir que su dormitorio estaba en la parte trasera del piso, y no había sido difícil escalar la puerta de la valla para acceder al callejón que se extendía por detrás de la casa.

Miró hacia arriba, deseando que ella se acercara a la ventana para poder verla. El momento en que se asomó antes de correr las cortinas fue íntimo y especial. Un momento para los dos, cuando aquella luz de seguridad lo iluminó y ella se dio cuenta de que él estaba en aquel lugar, que estaba allí para ella.

Puede que Stacey pensara que él no podía verla, pero no apagó la luz del pasillo, lo que le permitió no solo verla perfectamente a ella, sino también el pasillo, lo que le sirvió para trazar un plano aproximado del piso.

Él estaba seguro de que ella lo había visto. Ahora ya sabía que la protegería.

Si en algún momento tuvo alguna duda sobre los sentimientos de la mujer, se disiparon enseguida porque durante las dos horas siguientes volvió a aparecer en la ventana repetidamente. Cada una de esas visitas lo había ido alegrando cada vez más, y le confirmaban que ella sentía exactamente lo mismo que él. Lo estaba buscando. Deseaba que él estuviera esperando en las sombras,

vigilándola, protegiéndola. Ella también había sentido esa misma chispa que lo había sacudido la primera vez que se vieron.

Sintió un leve estremecimiento de preocupación mientras se quitaba el abrigo. Lo que hizo por Charlotte no fue suficiente. Por mucho que intentó demostrarle su amor, ella siempre quiso más. Él fue despacio, pero no funcionó.

No quería cometer el mismo error con Stacey. Sabía lo que debía hacer. Tenía que esforzarse más, trabajar más rápido para demostrarle lo especial que era para él. Que la amaría y valoraría más que nadie en el mundo. Le demostraría que se había conformado con una persona que no era la correcta, pero no pasaba nada.

Ya había llegado para rescatarla.

Capítulo 43

Después de una noche de inquietud en la que el sueño la eludió, permaneciendo fuera de su alcance, Kim aparcó su moto frente a aquella pequeña casa de Dudley, consciente de que aún era incapaz de olvidar los sucesos de la noche anterior.

El regreso desde Wolverhampton había sido silencioso. Tiff se metió en su mundo y se mantuvo inusualmente callada. Kim la dejó en casa, pidiéndole que asistiera a la reunión informativa de la mañana. Había cambiado la hora habitual para celebrarla a las ocho, de forma que Richard tuviera la oportunidad de llegar a tiempo, y ya de paso aprovechar para hacer una visita temprana. Estaba intranquila, y solo una persona podía ayudarla a restablecer su orden mental. Sabía que ese encuentro no la iba a ayudar a resolver el caso, pero sí a disfrutar de algo de paz.

Abrió la puerta una mujer que no mostró ninguna sorpresa al verla a pesar de los años que habían pasado desde la última vez que se encontraron. Y, de algún modo, a Kim le pareció que no había cambiado lo más mínimo, aunque rondara los setenta y cinco años.

—¡Qué alegría recibir esta visita! Pase, Kim —dijo, haciéndose a un lado.

Eloise Hunter apareció en su vida unos años atrás, cuando investigaban el secuestro de dos niñas. Eloise intentó involucrarse en el caso, el mismo en el que conoció a Symes, afirmando tener sabiduría divina. La propia Eloise estuvo en peligro y solo sobrevivió porque Bryant y ella la encontraron a tiempo.

—¿A qué debo este placer? —preguntó la mujer, guiándola hacia la cocina.

Había una segunda taza junto al hervidor.

—¿Sabía que iba a venir?

Eloise se rio.

—No, querida, la he visto aparcar y acaban de dar las siete, ¿quién no iba a querer una taza de té a estas horas? —El agua hirvió y Eloise la vertió en la taza—. Aunque el simple hecho de que haya formulado esa pregunta indica un progreso por su parte.

Kim no dijo palabra mientras seguía a Eloise hacia una pequeña terraza interior que captaba el cielo fulgurante del amanecer. El jardín constituía una jungla descontrolada de árboles pequeños y arbustos espesos. Contó tres comederos para pájaros en aquel espacio reducido.

—¿Qué le preocupa, querida? —preguntó Eloise, colocando la taza de Kim junto a la suya en una mesa de mimbre que tenía dos sillas alrededor. Cerró su libro y colocó sobre él las gafas de leer.

—Un caso en el que estoy trabajando. Hay dos videntes muertos.

—¿Tienen un don o no? —preguntó Eloise.

—Uno seguro que no, y de la otra no estoy segura, aunque no sé realmente en qué consiste el don o si existe siquiera.

—Ah, por eso ha venido. Tiene preguntas.

Kim asintió.

—Pues pregunte, le prometo que no me voy a ofender.

—¿Es usted un fraude? ¿Coge el dinero de la gente y les cuenta lo que quieren oír?

Eloise se rio.

—Basta de cháchara, Kim; vaya al grano.

Kim sonrió y dio un sorbo a su café.

Eloise continuó:

—Empiezo por el principio. Hasta los ocho años, yo nunca oí nada raro ni tuve ninguna sensación extraña. Era hija única y estaba de vacaciones con mis padres en el norte de Gales. Estaba nadando en un lago. Un par de minutos fueron suficientes. Una especie de hierba o de alga se enredó en mi tobillo. Me tiraba hacia abajo. Luché por liberarme, pero el pánico hacía que respirara peor. Estaba aterrorizada y no dejaba de intentar liberarme, pero cada vez me apretaba más. Y entonces, entre todo el ruido que tenía en la cabeza, oí una sola voz tranquila que me decía que dejara de forcejear, que me dejara ir. Eso hice, y perdí el conocimiento. Al parecer, la hierba se soltó y mis padres me sacaron.

—¿Así que su don le llegó aquel día? —preguntó Kim.

Eloise hizo un gesto de desconocimiento.

—No sé si siempre había existido, pero aquella fue la primera vez que oí la voz dentro de mi cabeza.

—¿Y después de aquel suceso?

Eloise sonrió.

—La siguiente vez casi le provoco un infarto a mi madre, que estaba horneando algo mientras yo coloreaba en la mesa de la cocina. Murmuró para sí misma: «¿Dónde está el molde de veinte centímetros?», y yo le contesté: «En el mueble de abajo, en el estante de arriba». No sé de dónde procedieron esas palabras, pero salieron de mi boca. En los dos años siguientes, se repitieron casos como ese, cada vez con más frecuencia. Me di cuenta de que,

simplemente, sabía cosas. Tenía conocimientos en mi cabeza que yo no había puesto ahí de manera consciente.

—¿Estaba asustada?

—No; la primera experiencia que tuve con la voz salvó mi vida. Siempre la vi como una amiga.

—¿Y sus padres, estaban preocupados?

Eloise hizo un gesto de negación.

—Aceptaron que sabía cosas, pero mi padre me aconsejó que sería mejor no contárselo a nadie, que no todo el mundo podía hacer lo mismo que yo.

—¿Evolucionó? —preguntó Kim.

—Bueno, fue cambiando con el tiempo. Recuerdo que una vez, al final de un día de colegio, mi profesora estaba recogiendo todo lo que había en su mesa. Sentí la necesidad de decirle que no tenía por qué hacer eso y, al salir de clase, me asaltó una tristeza abrumadora. Solo quería llorar. No dije nada, pero no me sorprendió tanto como a los demás enterarme a la mañana siguiente de que había muerto en un accidente de tráfico. Obviamente, estaba consternada. Sentía que había sido mi culpa, que me habían dado un mensaje y debería haberla avisado.

—¿De qué?

—Eso era lo que decían mis padres. No supe exactamente lo que iba a pasar; solo sentía que iba a pasar algo. Ese tipo de cosas ocurrieron durante muchos años. Una vez, en el instituto, mi mejor amiga por fin empezó a salir con el chico con el que llevaba meses fantaseando. Llegó un momento en el que empezaron a hablar de tener sexo. Rompí mis propias reglas y le advertí de que iba a dejarla en cuanto consiguiera lo que quería. Ella me llamó celosa,

nos peleamos y él hizo exactamente lo que yo le había advertido. Mi amiga me odió todavía más después de aquello, y yo aprendí una valiosa lección.

—¿Cuál?

—No ofrezcas la verdad a alguien que no está preparado para recibirla.

—¿Cómo funciona eso con las lecturas?

—Ahora hago muy pocas, y solo para gente que necesita mi ayuda desesperadamente; si no puedo ayudarlos, se lo digo.

—¿Cómo es posible que haya personas a quien no pueda ayudar? —preguntó Kim, tratando de entender.

—Porque las cosas no funcionan así. No lo sé todo de todo el mundo y yo no puedo elegir el momento en el que capto las voces. Cualquiera que pueda hacer eso tiene un don diferente al mío. Por explicárselo mejor, ayer fui a comprar a Asda. Me crucé con un hombre que estaba cogiendo unos tomates. Sabía que iban a rechazar su tarjeta de débito. Cuando llegué a la caja, supe que la chica que me atendió iba a recibir una llamada para confirmar que la habían aceptado en la Universidad de Aston, pero me crucé con muchas otras personas con las que no sentí ninguna premonición.

Eloise la miró en silencio durante un instante.

—Veo que tiene dudas, pero yo no voy a hacer ningún número para convencerla. Como le he dicho, de vez en cuando pongo mi don a disposición de quienes quieren recibirlo o de aquellos que lo necesitan de verdad, y lo hago de forma gratuita.

—¿Quién puede necesitarlo de verdad? —preguntó Kim.

—Por ejemplo, voy a un hospital para enfermos terminales en Netherton todos los martes y jueves. Ofrezco consuelo.

—Pero acaba de asegurarme que a veces no percibe nada.

—Y, cuando me pasa, no digo nada. Solo soy una anciana que se pasa unas horas haciendo compañía a personas muy enfermas. Si puedo ofrecerles algo de paz y consuelo, lo hago.

—Vale, pero ¿qué pasa con la gente que tiene menos integridad? ¿Qué pasa con los estafadores? —preguntó Kim.

—¿Qué pasa con ellos? En todas las profesiones hay gente así.

—Pero ¿qué opina de ellos? Anoche fui a un espectáculo y no tengo ni idea de si la vidente tenía un don auténtico o no. Mi escepticismo natural me dice que no, pero, en el caso de que fuera un fraude, tampoco sé qué daño haría. Ofreció consuelo a mucha gente.

—Y probablemente sacó un buen provecho de ello.

—¿Está diciendo que está mal que sienta lo que le he explicado?

—No, lo que digo es que depende de cada uno cómo sentirse al respecto. Déjeme ponerle un ejemplo. A la gente le encantan los bolsos de diseño; no sé por qué, yo no lo entiendo, pero, para gustos, colores. Si una persona compra uno falso sin ser consciente de que lo es y nunca llega a descubrirlo porque la copia es muy buena, ¿afecta a su disfrute del producto?

—¿Me está diciendo que las falsificaciones no hacen ningún daño?

—No digo que esté bien o mal que la gente haga lo que hace. Lo que quiero decir es que la persona solo se indigna si llega a descubrir el engaño. —Kim abrió la boca, pero Eloise levantó la mano para seguir hablando—. No va a parar hasta que le dé una respuesta concreta, así que aquí la tiene: no, no me parece bien que

la gente utilice técnicas ingeniosas para leer a la gente. Es algo que yo no haría jamás. Para mí la verdad es la verdad, y punto.

Kim no dijo nada. No estaba obteniendo las respuestas que había ido a buscar.

—Veo que sigue teniendo dudas, pero no puedo ser yo quien encuentre una respuesta definitiva en su lugar. Su indecisión me demuestra que aún no está preparada para escuchar lo que tengo que contarle sobre usted.

—¿Tiene algo para mí? —preguntó Kim, sorprendida.

—Siempre lo he tenido. Pero debo transmitirlo en el momento adecuado, que no es ahora.

Kim no pudo evitar que le picara la curiosidad y, sin embargo, sabía que Eloise tenía razón. No estaba preparada para abandonar su incredulidad y escepticismo.

—Así que, mientras tanto, la voy a usar para enviar información. Alguien vinculado con usted debe saber que tiene que revisar el bolsillo de un abrigo beige.

Kim enarcó una ceja y Eloise abrió las manos.

—Eso es todo.

Kim le agradeció su tiempo y salió de la casa. Esperaba acabar aquel encuentro con una opinión firme en uno u otro sentido, pero, cuando se estaba montando en la moto, no tenía certezas acerca de nada.

Capítulo 44

—Genial, estamos todos —dijo Kim, saliendo del centro de operaciones.

Tiff se había sentado junto a Stacey y Richard, que estaba en el escritorio vacío con su portátil y sus libros.

—Una rápida puesta al día sobre lo que sucedió anoche para que Campanilla pueda volver a su trabajo —dijo Kim, mirando a Richard —. Todo sucedió con la precisión de un reloj. Se acercaron a Campanilla y la interrogaron. La vidente repitió todo lo que le explicó a su títere. Entendí perfectamente lo que usted nos contó sobre la inversión emocional y la voluntad de dejar pasar los errores. Puede que fuéramos las dos únicas no creyentes del público —dijo mirando a Campanilla, que se puso un poco colorada, pero sonrió y asintió—. Después estuve hablando con Victoria, con la intención de advertirla. No pareció muy preocupada y dudo que siga mis consejos. Sin embargo, me explicó que el odio que Monty Dunhill siente por los timadores va más allá de la simple desaprobación profesional. Incluso amenazó con eliminarlos a todos del planeta estando medio borracho. Lo más probable es que no sea nada, pero no lo perdamos de vista.

Todos asintieron.

Se volvió hacia la agente.

—Campanilla, ¿quieres compartir tu experiencia de anoche? —preguntó, cruzándose de brazos.

—Ehh... sí... yo... bueno..., me decidí por una historia que fuera más o menos cierta sobre mi relación con mi abuela. Le conté a Neil que discutimos y también le hablé de su caída. Le describí lo unidas que

estábamos. —Tragó saliva—. Y la vidente lo repitió todo. Me dijo que mi abuela me había perdonado y que está conmigo todos los días.

—No te olvides de ese pequeño detalle de las patatas fritas —dijo Kim.

—No le dije nada sobre eso.

—Tuviste que hacerlo —replicó Kim.

—Te digo que no —insistió—. No le conté que se comía una bolsa de patatas fritas saladas todas las noches antes de acostarse. ¡No se lo dije!

Kim abrió la boca para decir algo, pero Richard intervino.

—Probablemente no le contara nada.

—¡¿Perdone?! —exclamó Kim.

—Por desgracia, me temo que sigue sin haber misterio alguno. Volvemos a las trivialidades y a las estadísticas. Las patatas fritas son, al fin y al cabo, el aperitivo más popular del país. Una apuesta segura. La gente de cierta edad prefiere las patatas fritas normales porque no había mucho donde elegir cuando eran niños. Así que entraba dentro de lo posible que a una mujer de la edad de su abuela le gustara comerse una bolsa de patatas fritas normales.

A pesar del tiempo que había pasado con Eloise un rato antes, Kim tuvo que admitir que Richard esgrimía un argumento convincente.

Pero se dio cuenta de que Tiff no parecía querer oír eso. Independientemente de las propias creencias que la chica tuviera sobre el tema, había recibido algo positivo de la misión de investigación, y no le hacía ningún daño creer que fuera cierto.

—Vale, Campanilla, gracias de nuevo por ayudarnos anoche. Eres toda una estrella, pero será mejor que vuelvas pronto con tu sargento.

—De acuerdo, jefa, gracias por llevarme al espectáculo —dijo, poniéndose de pie—. Siempre es un placer ayudaros.

Todos dijeron su «hasta luego» cuando salió de la oficina, pero Kim tenía una sensación de vacío inexplicable en la boca del estómago.

—Se lo cree, ¿verdad? —preguntó Stacey, una vez que Tiff estuvo fuera de la vista.

Kim asintió.

—Apenas habló en el coche.

—Pero, incluso después de escuchar cómo la vidente repetía las mismas palabras que le dijo al títere, aún...

—¿Creía usted en Papá Noel? —la interrumpió Richard.

—Todavía cree —dijo Bryant, con una sonrisa pícara.

—Por supuesto —respondió Stacey.

—¿Recuerda cómo descubrió que no era real?

—Sí, vi a mi madre bajando mis regalos por las escaleras.

—¿Y qué se dijo a sí misma?

—Que era la ayudante de Papá Noel.

—¿Algo más?

Stacey se lo pensó un momento.

—La verdad es que sí. Me convencí de que Papá Noel tenía que entregar algunos regalos por adelantado, para poder repartirlos todos.

—¿Así que, incluso cuando se le presentaron las pruebas, encontró la forma de continuar creyendo?

Stacey asintió.

—Porque quiso hacerlo. No deseaba abandonar esa creencia que representaba la magia y la fascinación. El deseo de seguir creyendo en algo a pesar de que existan pruebas en contra es muy poderoso.

—Es cierto —dijo Stacey—. Seguí buscando razones para creer hasta más o menos la mitad de mi adolescencia.

Todos se rieron, pero Kim comprendió lo que quería explicar Richard.

—Venga, seguimos; nos van a dejar el teléfono de Azim dentro de un rato —dijo Kim, volviendo a centrar la atención de todos en la lista de tareas pendientes, que continuaba creciendo—. Stace, quiero que compruebes si recibió alguna amenaza similar a las que enviaron a Sandy.

—De acuerdo, jefa.

—Y profundiza un poco más en el padre George. No me gusta el hecho de que le pusiera las manos encima a Sandy cuando lo ignoró. ¿Es algo que ha hecho con anterioridad? Y tratad de enteraros de con quién puedo hablar acerca de su conducta. ¿Quién es su jefe? La primera persona que se vaya de la lengua en la planta de arriba invita a café durante un mes.

Bryant bajó la mano que estaba subiendo.

—Penn, ¿puedes ponerte a trabajar con Stacey una vez hayas terminado con lo otro?

—Ey, jefa —dijo Stacey—. Tengo la dirección del chico que estaba con Bradley Foster el día que desapareció. Josh Adams vive en Hollytree.

—¿En qué parte?

Stacey puso mala cara, indicando que era en la peor zona, en uno de los tres edificios de gran altura que se elevaban desde el centro.

—Mándasela en un mensaje a Bryant.

Observó la breve mirada de desaprobación que pasó por el rostro de su compañero, pero valía la pena charlar diez minutos con aquel tipo. No tenían nada que perder, y si podían hacer algo para aliviar la pérdida de Rose, lo harían.

Y hablando de no tener nada que perder.

—Ey, chicos. Si alguno de vosotros tiene un abrigo beige, vale la pena que revise los bolsillos.

Fue consciente de las miradas de su equipo mientras se dirigía al centro de operaciones para coger su abrigo.

Se preguntaban si se había vuelto loca, y ella no sabía si quizá podrían tener razón.

Capítulo 45

Stacey dejó escapar un suspiro de alivio cuando la oficina se vació a su alrededor tras la reunión informativa. Richard no la conocía lo suficiente como para percibir la tensión que había estado conteniendo y el enorme esfuerzo que le había costado parecer la misma de siempre.

Por lo general, no toleraba bien la falta de sueño, y durante la noche anterior no había podido quitarse de la cabeza la imagen de Terence Birch.

Cuando se asomó a la ventana, el hombre desapareció sin que a Stacey le diera tiempo casi ni a parpadear, dejándola con la duda de si realmente había estado allí.

Su cerebro lógico y sensato la hacía pensar que se estaba imaginando cosas, que no había ninguna razón para que estuviera allí fuera mirando hacia su ventana. Era una idea que se obligó a sí misma a aceptar mientras se duchaba.

Estuvo a punto de contárselo a Devon, pero enseguida se dio cuenta de lo ridículo que sonaría que pensara haber visto a un hombre al que había interrogado recientemente ubicado en una zona restringida, mirando hacia la ventana de su dormitorio.

«No, debo de estar equivocada», se repitió una y otra vez.

Se había secado, vestido y continuado la velada como si nada hubiera pasado. Removió la comida por el plato hasta que parecía que había comido algo y fingió ver Downton. No tenía ni idea de lo que había sucedido en el episodio, y ni siquiera sabía bien qué había estado haciendo hasta que Devon le preguntó si tenía el estómago revuelto.

—No, ¿por qué? —respondió ella, sintiendo que se ponía medio colorada mientras volvía a sentarse en el sofá.

—Es la tercera vez que vas al baño. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, sí, estoy bien —tranquilizó a Devon, estrujándole la mano.

No había ido al servicio ni una sola vez. Se había asomado en varias ocasiones a la ventana del dormitorio para echar otro vistazo al exterior, ya fuera para comprobar si Terence seguía allí o para convencerse a sí misma de que lo que creyó ver en un principio no era real.

Hacia las once y media de la noche, fingió un dolor de cabeza y se fue a la cama, donde permaneció tendida en total oscuridad reviviendo una y otra vez lo sucedido. Sintió a Devon meterse en la cama una hora más tarde y aún siguió desvelada mucho más tiempo. Suponía que se había quedado dormida hacia las tres, pero se despertó un par de horas más tarde y volvió a mirar por la ventana.

Su mente racional intentaba encontrar cualquier explicación que desafiara lo que había visto, incluso intentaba convencerla de que en realidad no había visto nada. Cada hora que pasaba, más convencida estaba de que lo que vio no fue más que un reflejo extraño de la luz que se encendió.

«Concéntrate, concéntrate, concéntrate», se decía una y otra vez mientras miraba las notas desordenadas de las tareas que le había encargado la jefa.

Teniendo en cuenta lo que habían descubierto sobre la facilidad que tenía el padre George para usar las manos con ciertos miembros de su congregación, decidió empezar por ahí.

Echó un vistazo a su lista de destinos y se dio cuenta de que su atención se dirigía hacia las estancias más cortas. En Gloucestershire

apenas permaneció un año, y no estaba demasiado lejos. Aunque era consciente de que nunca se habían presentado cargos contra él, sabía que las denuncias no siempre se terminaban traduciendo en cargos. Como había transcurrido bastante tiempo desde aquel destino, Stacey se imaginaba que intentar localizar a algún miembro de aquella iglesia podría ser muy complicado, pero había una mínima posibilidad y estaba dispuesta a intentarlo. Que el padre George nunca hubiera sido acusado no significaba que no fuera conocido en aquella zona.

La policía de Gloucestershire cubría una superficie de mil seiscientos cincuenta kilómetros cuadrados y prestaba servicio a unas seiscientas treinta y siete mil personas, contando con aproximadamente mil doscientos agentes de policía en plantilla. No tenía intención de contactar con el cuartel general, con la sede principal de aquel cuerpo. Era probable que no supieran nada, pero en la comisaría del barrio quizá sí. Buscó los datos del destino y observó que se encontraba en las afueras de Tewkesbury, que tenía su comisaría propia.

Llamó a su número, sin saber muy bien lo que iba a decir. Solo cuando le contestaron se le ocurrió algo.

—Hola, ¿podría hablar con uno de sus sargentos, preferiblemente alguien que lleve trabajando ahí más de quince años?

—¿Disculpe? —respondió una voz femenina.

Sí, iba a tener que dar una explicación mejor que aquella. Se presentó y continuó:

—Se trata de una investigación de asesinato que está activa y ha aparecido un nombre que tiene relación con su área de competencia. Es una posibilidad remota, pero tengo que hablar con alguien sobre él.

Stacey se mantuvo en silencio mientras la mujer se debatía entre mandarla a la mierda o intentar ayudarla.

—Un segundo —respondió finalmente, para acto seguido dejar a Stacey escuchando la típica melodía de espera.

Tras tres minutos aproximados donde la música se repetía una y otra vez, una voz ronca se puso al teléfono.

—Sargento Brownhill.

—Sargento, gracias por su tiempo —ofreció Stacey—. Le he explicado a...

—¿Nombre? —gruñó.

—Mi nombre es...

—El suyo no. Ese ya me lo han dicho. El de la persona que le interesa —dijo casi con irritación.

—George Markinson. Es decir, padre George Markinson. Fue vicario en Saint Matthew, en Tewkesbury, de 2006 a 2007.

—Por aquel entonces yo era oficial de patrulla —respondió.

—¿Recuerda alguna denuncia contra este hombre? —preguntó, conteniendo la respiración.

—¿Ha comprobado los registros?

—Sí —respondió, esforzándose por no venirse abajo—. No hay cargos criminales, pero eso no significa necesariamente que no fuera conocido, que no se hablara de él.

—Como usted acaba de decir, no existieron cargos criminales y me está hablando de hace muchísimo tiempo.

—Es cierto, gracias por hablar conmigo de todas formas.

—No hay de qué. ¿Este es su número personal? —preguntó.

—Sí, ¿por qué?

—No, por nada. Solo por si recordara algo interesante, quizá cuando esté en un descanso o algo así.

Stacey sintió un repentino brote de esperanza. Todas las llamadas se grababan. El sargento no podía hablarle de rumores y habladurías a través de una línea oficial de la policía. Otra historia diferente era hacerlo mediante sus teléfonos privados.

—De nuevo, gracias por su tiempo, sargento Brownhill.

Stacey colgó y, como en un juego de asociación de palabras, pensar en el padre George la condujo inevitablemente a que apareciera en su mente el rostro de Terence Birch.

Cada vez que pensaba en él, sentía como si una piedra cayera en el fondo de su estómago. Daba igual que se hubiera repetido una y otra vez que se había equivocado, era incapaz de deshacerse de aquella sensación de pavor.

Tuvo una idea repentina.

—Vuelvo en un segundo —dijo Stacey, saliendo de la oficina, sin saber por qué estaba dando explicaciones a Richard, cuya atención estaba fija en su portátil. Usó su tarjeta de acceso para salir del edificio y se detuvo a unos seis metros de la entrada de la comisaría.

Su mirada barrió la zona con rapidez, pero le parecía que se estaba comportando de forma estúpida. Su mente le estaba jugando una mala pasada después de comprobar la agresividad de Terence y saber lo que le había hecho a Charlotte.

Aun así, decidió intentar calmarse llamando a alguien que podía tranquilizarla.

Se apoyó en la pared y se desplazó por la pantalla de su teléfono hasta el contacto que estaba buscando.

—¡Hola, amiga! —dijo Alison al contestar al teléfono.

—¿Tienes un minuto?

—Para mi mejor amiga, siempre. ¿Qué pasa?

Había trabajado con la especialista en perfiles psicológicos Alison Lowe en numerosas ocasiones. Al margen de esa relación laboral, habían forjado una gran amistad, improbable pero muy firme.

—Quiero que hablemos sobre acoso.

—¡Anda! Pensé que nunca íbamos a sacar ese tema —bromeó Alison.

En condiciones normales, Stacey se habría reído, pero aquel día no.

Lo suficientemente intuitiva como para darse cuenda de que la broma no había causado el efecto esperado, Alison enseguida se puso en modo ayuda.

—¿Qué necesitas?

—Que me cuentes un poco en general sobre el tema —dijo Stacey, alejándose más del edificio.

—De acuerdo, la mayoría de los acosadores son hombres. Las mujeres acosadoras son menos frecuentes y suelen tener como objetivo a otras mujeres. ¿De qué estamos hablando en este caso?

—Hombres acosando mujeres.

—Los psicólogos agrupamos a los acosadores en psicóticos y no psicóticos. La mayoría son no psicóticos y su persecución de las víctimas es iracunda, vengativa, focalizada u obsesiva, dependiendo del tipo de acosador que sean.

—¿Existen tipos? —preguntó Stacey. Sin duda, si comprendía a qué clase pertenecía Birch, tendría más posibilidades de entender cómo tratar con él.

—Hay cinco. Los que han sufrido un rechazo persiguen a sus víctimas para revertirlo o vengarse de ella. Los resentidos inician su vendetta por un sentimiento de agravio contra su víctima, y principalmente los motiva el deseo de asustarla y angustiarla. Luego están los que buscan intimidad con su objetivo, que intentan establecer una relación con él. Los que son de ese tipo creen que la víctima es su alma gemela y que están destinados a estar juntos. Tenemos también a los pretendientes incompetentes, que cuentan con habilidades sociales escasas y desarrollan una fijación, llegando a crear un sentido de propiedad sobre quienes han atraído su interés. Por último, nos encontramos con los depredadores, que espían a su víctima para preparar y planear un ataque, que en la mayoría de los casos es sexual.

El tercer tipo, el de los hombres que buscaban intimidad con sus víctimas, encajaba con la fijación que Birch desarrolló por Charlotte, pero la última descripción que le ofreció Alison la estremeció profundamente.

—¿Puede cambiar un acosador de una categoría a otra? —preguntó Stacey, cruzando los dedos.

—Yo no lo descartaría. No creo que todos los acosadores sigan siendo iguales todo el tiempo, pero tampoco tengo datos para respaldarlo.

—¿Persiguen siempre a una víctima determinada?

—Las víctimas suelen ser relaciones íntimas anteriores en el primer tipo de acosador, el que ha sufrido un rechazo, pero en el resto de los casos pueden ser conocidas ocasionales, amigas, vecinas, contactos profesionales, colegas, desconocidas y a veces incluso personajes famosos. ¿Ha llamado la víctima a la Línea Nacional contra el Acoso?

—No. Es decir... creo que no.

—Pues debería hacerlo —aconsejó Alison—. También debería contactar de inmediato con la policía local. Ya sé que el Departamento de Investigación Criminal no tiene nada que ver con esto, pero bueno, yo te lo digo. Desde que cambió la ley en 1997, la Ley de Protección contra el Acoso simplifica mucho denunciar incidentes ante las autoridades en comparación con cuando el acoso no se definía como delito per se. En la actualidad, mantener una conducta que se considere acoso en dos o más ocasiones constituye delito penal. El tribunal puede dictar una orden de alejamiento que conlleva una pena máxima de cinco años de cárcel si se incumple.

Stacey dejó que su amiga continuara hablando como si no lo estuviera haciendo con una agente de policía mientras reflexionaba sobre el hecho de que todos aquellos progresos en nada habían ayudado a Charlotte.

—Os la estáis tomando en serio, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Stacey.

—Vale. Creo que alguien que no haya experimentado algo similar no puede apreciar adecuadamente la destrucción que puede provocar el acoso en la vida de la víctima.

Charlotte se había mudado a miles de kilómetros, así que ella empezaba a hacerse una idea.

—Por algo se le llama violación psicológica —continuó Alison.

—Desarrolla.

—Afecta a todo. El acoso es una forma de agresión mental en la que el delincuente invade una y otra vez el mundo cotidiano de la víctima. Si se consideran individualmente, los actos que constituyen esa invasión no pueden considerarse en sí mismos maltrato psicológico, pero sí cuando se entienden como un todo.

—¿Puedes explicármelo un poco más en detalle? —pidió Stacey. Sin duda, cualquier atención no deseada era maltrato psicológico.

—Prueba a contarle a la gente que te perturba que alguien que no tiene nada mejor que hacer te envíe todos los días un ramo de flores. Diles que estás viendo a un hombre frente a tu casa frecuentemente. Explícales que te están bombardeando con mensajes a diario. Por separado puede parecer algo que podría ignorarse, pero, cuando se junta todo, el miedo que se provoca es real, y es el tipo de miedo que te cambia la vida.

—Me has hablado de la ayuda que existe para proteger a la víctima, pero ¿y si no funciona? ¿Y si el acosador no capta el mensaje?

En el caso de Birch, nada funcionó para disminuir su fijación por Charlotte.

—Los acosadores resentidos muestran una cultura de la persecución casi perfecta. Hay pocos castigos que los disuadan. Aguantarán las comparecencias ante los tribunales, resistirán incluso pasar algún tiempo en prisión; ninguna de esas acciones les impedirá continuar una vez que salgan a la calle. A ver, de esto no le cuentes nada a tu víctima, pero con este tipo de acosadores no se puede razonar, y castigarlos no surte mucho efecto. Se alimentan del caos que provocan.

—Sigue —instó Stacey, a la que cada vez acechaba más el «algo así nunca podría pasarme a mí».

—Les encantan los efectos que provocan en la víctima. Saben que el acoso afecta a todos los aspectos de su vida: mente, salud, trabajo y vida social. Las víctimas sufren estrés y ansiedad, depresión y síntomas asociados al Trastorno de Estrés Postraumático. Pueden llegar a tener miedo de salir de casa. Padecen negación, confusión, dudas sobre sí mismas, culpa, vergüenza, autoinculpación, terror de estar solas. Se sienten aisladas e impotentes para poner fin a la situación. Son incapaces de dormir a causa de las pesadillas y los pensamientos obsesivos. Se vuelven hipervigilantes, lo que ya de por sí es agotador, y todo ello puede conducirlas a sufrir pensamientos suicidas. Físicamente, las víctimas sufren fatiga, dolores de cabeza por estrés, problemas gastrointestinales, pérdida de peso, úlceras, psoriasis, mareos, taquicardias y sudoración. Muchas pierden su empleo por culpa de una bajada de su rendimiento o de un aumento del número de bajas por enfermedad. La vida social se resiente porque evitan las actividades habituales; intentan proteger a los demás y cambian de número de teléfono, de nombre, de aspecto, de todo al fin y al cabo. Si me das un par de datos concretos, quizá pueda ayudarte más.

Stacey tomó aire.

—Tiene un patrón. Acosó a otra mujer durante años, creía firmemente que estaban destinados a estar juntos. Ella hizo todo lo que estuvo en su mano. El hombre cumplió condena, y no sirvió de nada; la mujer tuvo que dejar atrás familia y amigos y mudarse al otro lado del mundo para escapar de él.

Silencio.

—Alison, ¿sigues ahí?

—Sí, estoy digiriendo lo que acabas de contarme.

—¿Y?

—¿Cómo se puede detener a un hombre que considera que una pena de prisión no es más que una pequeña interrupción en su objetivo? El sistema ha mejorado, pero no es capaz de encerrar al acosador indefinidamente.

—Entonces, ¿cómo puede acabarse con la situación?

—No se puede. Por lo que me cuentas, tu hombre ha transferido su afecto a otra víctima y lo único que se me ocurre es desearle mucha suerte, pero mucha. La va a necesitar.

—Gracias, Alison —dijo Stacey, con una necesidad imperiosa de colgar para no delatarse.

—Vale, ¿te lo facturo directamente o te lo envío a comisaría? —bromeó Alison.

—Ponlo en mi cuenta —dijo Stacey, y colgó a continuación.

Había aprendido mucho en la llamada, pero no había conseguido lo que esperaba: calma y confort.

De hecho, Alison no la había tranquilizado lo más mínimo.

Capítulo 46

Tras un buen paseo por Stourbridge buscando a Jericho, Penn acudió de nuevo al refugio, donde una mujer de treinta y tantos años le abrió la puerta.

—Hola, estoy buscando a Jericho —dijo, mostrando su identificación policial.

—¿Qué Jericho? —preguntó, apartando la mirada.

—No ha hecho nada malo —le aseguró Penn.

—No he pensado eso, pero sigo sin saber quién es.

Penn le puso mala cara.

—Mire, déjelo en paz. No quiere que nadie lo salve. No es un adicto ni un alcohólico, no es violento y está bien como está.

—Solo quiero informarle de las novedades que tenemos sobre Barry Sharpe.

—¿Quién?

—Dan —dijo, usando el apodo del hombre.

—Ah, sí, algo he oído sobre él. ¿Murió en el paso subterráneo?

Penn asintió.

—Jericho me ayudó a identificarlo y ya hemos informado a la familia del hombre sobre su fallecimiento.

Penn vio la indecisión en el rostro de la mujer.

—No quiero hacerle ningún daño.

—Probablemente estará en el Tesco. Muchos van allí por la mañana para limpiarse un poco en los aseos.

—Vale, gracias.

—Seguro que no pretende salvarlo, ¿verdad?

—No, en absoluto.

—Si espera un poco, en diez minutos estará por aquí.

Penn estaba un poco confuso. Por lo que sabía, no ofrecían desayunos.

—Recibimos la entrega del banco de alimentos sobre las nueve y media. Suele ayudarnos a descargar si está por aquí. Le damos por ello un sándwich de beicon y a Kizzy, una lata de Chappie.

—Gracias —dijo Penn, siguiéndola hacia dentro. Le reconfortaba saber que ambos tenían garantizada una comida al día.

—Ha dicho «si está por aquí» —observó Penn, llegando con ella hasta la cocina que, aunque anticuada y con electrodomésticos prehistóricos, parecía limpia como una patena y completamente funcional.

—No es uno de nuestros residentes permanentes. Aparece un par de veces al año por la misma época durante unos días y luego vuelve a desaparecer. No provoca ni el más mínimo problema, siempre es educado y tiene buenos modales.

«Entonces, ¿por qué coño está en la calle?», se preguntó Penn.

—Veo perfectamente lo que expresa su mirada. Ya se lo he advertido. No intente salvarlo.

—No, no. Solo tengo curiosidad.

—Bueno, ahí viene —dijo justo cuando un camión Luton se detuvo delante de la entrada.

Jericho entró junto a Kizzy, que caminaba fielmente a su lado.

—¡Buenas! —saludó agradablemente.

—Hola, tan solo he venido para contarte las novedades sobre Dan.

—Vale, pero tienes que descargar al mismo tiempo —dijo, señalando la furgoneta. Ya se estaba levantando la puerta trasera de la misma. La mujer ya andaba acariciando al perro y abriéndole una lata de comida.

Penn siguió a Jericho a la parte trasera del camión.

—Ese lote de ahí, amigo —dijo el conductor, señalando una pila de mercancías a la izquierda.

Jericho cogió el primer saco de patatas e hizo parecer fácil su transporte. Penn intentó hacer lo mismo, pero aquel hombre ya estaba detrás de la encimera cuando él apenas había llegado a la puerta de entrada. Mejor dejar la conversación para cuando hubieran terminado de descargar, razonó para sí mismo, a la vez que anotaba mentalmente que tenía que volver al gimnasio.

En el segundo porte Penn ya podía oler el beicon cocinándose. Había desayunado, pero a pesar de ello su estómago rugió, agradecido por el olor.

Cuatro viajes más cada uno y ya habían descargado del camión patatas, verduras frescas, innumerables latas, pasta, arroz y pan.

Jericho golpeó la parte trasera del mismo para indicarle al conductor que ya habían terminado.

Penn lo siguió hacia el interior.

Dos platos con sándwiches de beicon esperaban sobre la encimera.

—Ayudas, te alimentamos —explicó la mujer.

Penn sonrió agradecido, pero desplazó su plato hacia Jericho.

—Bueno, lo de este tipo. Se llamaba Barry Sharpe y deja a una exmujer y una hija adolescente.

—¡Vaya, tío! —exclamó Jericho, limpiándose un poco de salsa de la boca—. Pobre chica.

—Tenías razón sobre su adicción al juego. Su problema era muy grave. Se apostó la casa de su familia en un partido de fútbol local y perdió, dejando a la familia sin hogar. Por pura vergüenza, desapareció y se echó a la calle. —Penn hizo un gesto de desesperación con la cabeza, incapaz aún de creérselo.

—Ah, eso lo explica —dijo Jericho, cogiendo el sándwich del plato de Penn.

—¿El qué?

—A menudo decía algo entre dientes, balbuceaba algo relacionado con un gol. No lo recuerdo exactamente, pero murmuraba sobre ello muchas veces.

—Bueno, pensé que te gustaría saberlo.

—Gracias, amigo.

—Y tú, ¿cómo has terminado aquí?

La mujer le dirigió una mirada de advertencia, pero se sentía muy intrigado.

—Es donde la vida me ha llevado, tío.

—Pero pareces... No sé...

—Las circunstancias no siempre son impuestas por la fuerza. A veces, son el resultado de un plan.

—Lo siento, no te entiendo.

—Algunas personas no pertenecen a tu mundo, amigo. Algunos optan por apartarse de todo y vivir de un modo diferente. Cosechan lo que han sembrado. Eso es todo.

Penn percibió que aquel era el final de la conversación, aunque le habría gustado saber más sobre el tono de arrepentimiento que había detectado en las últimas frases.

—Vale, pues gracias por tu ayuda y cuídate —dijo, alejándose de él.

—De nada. ¡Eh, espera un momento! —dijo Jericho, masticando el último bocado del sándwich.

Penn aguardó.

—La otra palabra que Dan no paraba de mencionar sobre aquel gol.

—Ah, sí —dijo Penn.

—Sospechoso. No paraba de repetir sospechoso.

Capítulo 47

Kim no se sentía especialmente reconfortada cada vez que tenía que ir a Hollytree. Aquel lugar fue su hogar durante sus primeros seis años de vida. También fue el sitio en el que su hermano gemelo murió en sus brazos por inanición. Su asesina ya había fallecido, pero nada podría atenuar jamás el dolor abrumador por su pérdida que sentía cada vez que se acercaba a aquel lugar. Por suerte, esta vez se dirigían a Chaucer House.

Bryant siguió su mirada y abandonó por fin el gesto de desaprobación que había estado fijo en su rostro desde que se montaron en el coche. Sabía exactamente lo que le había ocurrido a la jefa en aquel barrio.

Kim había revisado los informes de la desaparición de Bradley, ocurrida diez años atrás, y, al igual que Stacey, no observó nada irregular en la investigación. Pero a veces el tiempo y la distancia ofrecían la oportunidad de revisar un incidente atendiendo exclusivamente a los hechos acaecidos, dejando a un lado la emoción vivida en el momento en el que se había producido.

Llamaron a la puerta de la octava planta del bloque de pisos.

Abrió un hombre pelirrojo y con pecas, de unos veinticinco años. Por lo que había revisado la noche anterior, sabía que estaban ante Josh Adams.

El hombre asintió al oír su nombre.

Su cara reflejó pánico cuando ambos mostraron sus identificaciones policiales.

Kim tuvo el impulso de tranquilizarlo diciéndole que no había hecho nada malo, pero algo la detuvo. Aún no habían entrado en la casa, y estaban en Hollytree. Había inocentes y buena gente en aquel lugar, pero no muchos. Hollytree tenía la distinguida reputación de albergar a la peor escoria de la zona para que otros lugares cercanos pudieran respirar más tranquilos.

—¿Podemos entrar? —preguntó.

Josh miró hacia detrás.

—No es un buen momento.

—Será solo un instante —dijo ella, mientras lo evaluaba. Las uñas sucias de los pies que sobresalían del pantalón de chándal mugriento indicaban que iba descalzo, y la camiseta manchada de grasa que vestía daba a entender que no tenía prisa por ir a ninguna parte.

Hizo un gesto hacia la sala de estar al final del pasillo. No hizo falta que le dijera nada más. Aquel piso tenía la misma distribución que los de los otros dos bloques. Las ventanas alargadas, que ofrecían una vista del pequeño parque infantil que había abajo, estaban escondidas tras unas cortinas marrones muy gruesas, que eran demasiado anchas y excesivamente largas.

Se apresuró a despejar el sofá y los dos sillones.

—Lo siento, mi compañero de piso es un cerdo.

Kim no dijo nada mientras tomaba asiento. Su ojo de lince no había detectado nada extraño, salvo una lata de cerveza que bien podía ser de la noche anterior.

Josh le abrió los ojos cuando se la llevó a la boca y se la terminó.

Nada ilegal. Pero era temprano.

—Josh, ¿podemos preguntarle sobre aquel día de hace unos diez años cuando secuestraron a Bradley?

Tragó saliva.

—Sí, claro —dijo, cogiendo la lata que ya había vaciado.

—¿Puede repasarnos la historia una vez más?

—Sí, sí, pero ¿por qué?

—Queremos ofrecer a su madre algo de paz si está en nuestra mano.

—Ah, vale, bueno... A ver, salimos hacia el colegio; Brad me retó a una carrera a través del bosque. Él empezó a acelerar y yo pinché. Cuando llegué al final del bosque, vi una furgoneta cuya puerta trasera se estaba cerrando que se marchaba a toda velocidad. No supe que Brad no había llegado al colegio hasta que estuve allí. Entonces le conté al profesor lo que había pasado.

La misma historia que le había contado a la policía en su momento. Casi.

—¿Podría contárnoslo de nuevo, pero con más detalle? —pidió Kim.

—No hay más detalles. Íbamos a la escuela, nos echamos una carrera, pinché y a mi amigo lo cogió una especie de pervertido que lo mató y escondió su cuerpo en Cannock.

—¿Cree que quiso hacer una carrera por alguna razón en particular?

—No, era algo que hacíamos todo el tiempo.

—¿Ganaba él normalmente?

—Más o menos la mitad de las veces.

—¿A veces ganaba usted?

—Claro.

—Pero ¿no aquel día?

—Pinché —repitió.

—Sí, ya lo ha dicho —respondió Kim, frenando la velocidad de sus preguntas—. ¿Había visto antes de aquella ocasión una furgoneta como aquella de camino al colegio?

Se encogió de hombros.

—Probablemente no me habría dado cuenta si lo hubiera hecho.

—¿Y de qué color era?

—Blanca.

—Nueva o vieja.

—Más bien vieja, diría yo.

—¿Qué le hace pensarlo? —preguntó Kim. No había sido capaz de responder a eso cuando se lo preguntaron diez años atrás.

—Eh... No sé... Creo que porque, cuando la veo en mi mente ahora, hay algo de óxido alrededor de las puertas traseras.

—¿Recuerda alguna letra de la matrícula?

Josh hizo un gesto de negación.

—¿Nombre de alguna empresa?

—No.

—¿Abolladuras o marcas?

—No.

—¿Pegatinas en el parachoques?

—No. A ver, yo era un crío. Ni siquiera sabía que la furgoneta importaba hasta que llegué al colegio.

—Vale, ¿y cómo arregló el pinchazo?

—¡Oh! Eh... Llené el neumático con el inflador y ya está.

—¿Y recuerda claramente haber hecho eso?

—Por supuesto —respondió, con cara de cualquier cosa menos de estar seguro.

—Vale, Josh, gracias por su tiempo —dijo Kim, poniéndose de pie—. Puede que tengamos que hablar de nuevo con usted.

—Pero es que no hay nada más que pueda contarles. Volver no va a servirles de nada.

—Eso lo decidiremos nosotros —dijo Kim, ya a la altura de la puerta.

La cerró tras ellos, y Bryant dejó escapar un suspiro profundo.

—Jesús, necesito echarme un rato después de esto.

—¿Por el interrogatorio?

—No, me refiero a la tensión. Brotaba de él sin parar. No le gusta hablar de este asunto para nada, ¿verdad?

—Está claro que no, y entiendo por qué. Es incapaz de contar su relato de forma coherente.

—Jefa, no nos ha ofrecido ningún relato.

—Bueno, pero lo que sea que nos haya ofrecido ha cambiado. Hace diez años se quedó atrás en el bosque porque se le salió la cadena. Hoy ha dicho específicamente que pinchó y que recuerda haberse parado para inflar la rueda.

—Su mero comportamiento indica que nos está mintiendo, jefa.

—Está claro, Bryant, pero ¿sobre qué?

Capítulo 48

—¡¡Joder, joder, joder!! —gritó Josh, lanzando la lata vacía contra la pared. La había liado, y era consciente de ello.

Nadie se había fijado demasiado en la falta de detalles y el nerviosismo de un chico de quince años, teniendo en cuenta que pensaban que acababa de pasar por algo terrible. Pero ahora que ya era adulto no mostraba la misma capacidad para mentir convincentemente.

Se dejó caer en silla de la cocina, reviviendo los acontecimientos de aquel maldito día, después de que llamaran a la policía. Habló con ellos durante horas, contándoles la misma historia una y otra vez. Claro que les dijo que se le había salido la cadena. Estaba seguro de que nadie podría probar que aquello no fuera cierto. Incluso se frotó los dedos contra los engranajes aceitosos por si acaso, felicitándose a sí mismo por aquella creatividad. Nadie le hizo más preguntas. Su historia fue siempre imposible de rebatir. Hasta ahora.

Logró capear entonces a los agentes de policía; luchó contra la tormenta mediática y la atención que atrajo hacia su familia, y su historia no había cambiado ni una sola vez. Hasta ahora.

—¡Puta mierda! —maldijo, pasándose las manos por el pelo. Aquella detective había averiguado algo, lo había calado. Al haber olvidado la historia original que describió, los nervios se habían apoderado de él y sintió como si todos los acontecimientos de aquel día se hubieran estado reproduciendo como un vídeo en su frente. El corazón aún le latía con tanta fuerza que parecía que se le iba a salir del pecho.

Después de hablar con la policía diez años atrás, se unió al grupo de búsqueda. Pues claro que lo hizo. Era el mejor amigo de Bradley, la última persona que lo vio antes de que lo secuestraran. ¿Podría haber estado en otro sitio que no fuera allí, buscándolo?

Sus propios padres, que querían mucho a Brad, se dedicaron a tratar de encontrarlo cada minuto que les fue posible. Consolaron a su madre, que intentó valientemente seguir adelante esforzándose por contener las lágrimas.

La observó muy de cerca, luchando siempre contra la culpa que sentía por haberle mentido. Ella le había preparado algo de comida muchas veces, lo había invitado a dormir en su casa, le había dado dinero para el almuerzo cuando su madre se había olvidado de hacerlo. Una o dos veces incluso lo había ayudado con los deberes. Era una buena mujer que no se merecía vivir aquello.

La culpa por lo que le había hecho a ella empezó entonces y jamás se fue.

Tenía las respuestas a todas sus preguntas, pero no podía compartirlas con ella, porque lo odiaría. Todos lo harían.

No. Nunca podría contar la verdad. Pero algo tenía que hacer. Tenía que encontrar la manera de hacer que la policía dejara de husmear. Solo se le ocurría una cosa, y eso significaba encontrarse frente a frente con la persona que aparecía en sus peores sueños. Solo de pensarlo se le revolvía el estómago. Debía recordar que no podía entrar en pánico porque, si lo hacía, podría delatarse y hacer que se derrumbara todo el castillo de naipes que había construido. Tenía que pensar.

Era el momento de hacer lo que siempre hacía cuando el remordimiento amenazaba con abrumarlo.

Abrió la nevera y cogió otra lata de cerveza.

Capítulo 49

Stacey dejó a un lado el teléfono de Azim a la vez que Richard se acercaba a la máquina de café y levantaba su taza en dirección a ella, ofreciéndole. Sin duda, podría echarle un pulso a su jefa a ver quién bebía más cafeína de los dos.

—Estoy bien, gracias —le dijo, señalando su lata de Coca-Cola Light, temiendo el momento en que la llamara la jefa.

Había sido capaz de encontrar la increíble suma de cero amenazas en el teléfono de Azim. Había dado con un montón de memes y mensajes a amigos. No tenía demasiados correos electrónicos, lo cual era bastante normal teniendo en cuenta que se trataba de un chico de diecinueve años, y no había señales algunas de negatividad. En su historial de búsquedas había sobre todo hoteles de distintas partes de la India y rutas de tren. No les había contado nada extraño a sus amigos en los mensajes que revisó; por consiguiente, al margen de la profesión y la forma de morir, no existía vínculo aparente con el asesinato de Sandra. A la jefa no le iba a gustar enterarse de eso.

Sumergirse en su trabajo había puesto algo de distancia con respecto a su conversación con Alison, disfrutando ahora de una perspectiva más clara. Estaba haciendo una montaña de un grano de arena. Nada de lo que explicaba Alison podía aplicarse a ella. Ni siquiera estaba segura de haber visto a Terence Birch entre las sombras la noche anterior. Pudo haber sido su imaginación jugándole malas pasadas tras el encuentro hostil que tuvo con aquel hombre el lunes anterior. Incluso si hubiera sido realmente él, solo estaría intentando asustarla porque había desafiado su ego y sus fantasías sobre Charlotte. Por lo tanto, resolvió que Birch habría

dado por finalizado su trabajo después de darle un pequeño susto y que ya nunca más sabría de él.

—Bueno, ¿cómo va el libro? —preguntó Stacey a Richard mientras este volvía a su asiento. Con mayor calma mental, podía permitirse el lujo de tomarse un respiro antes de empezar con su siguiente tarea y, con suerte, Penn volvería pronto, cogería una pala y se pondría a excavar un poco por su cuenta en busca de pruebas.

—Pues ahora me encuentro avanzando con esfuerzo por la parte más tediosa —dijo Richard, poniéndose las gafas.

—¿Qué parte es esa?

—A menudo sé cómo voy a empezar y terminar un libro, y el medio tiende a desarrollarse por sí mismo de forma casi automática, pero esta vez parece estar tomándose su tiempo. Tengo la sensación de que todo este capítulo está repitiendo un tema que ya cubrí en el libro anterior.

—Quizá debería considerar incluir una sección en la que se cuestione sus propias creencias y convicciones.

Richard echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Ya veo por qué le dio tantas excusas a Papá Noel. No le gusta nada adaptar su sistema de creencias, ¿verdad?

Stacey se rio con él. Sabía que no le estaba siendo fácil lidiar con ella.

—Sigo sin ver cómo puede justificar todos los aciertos de los videntes con su análisis —dijo Stacey—. ¿No cree que quizá algunos de ellos podrían ser reales?

—Yo no soy nadie para tratar de modificar sus convicciones. Pero creo de todo corazón que los videntes no existen.

—Mi madre solía ver un programa de entrevistas estadounidense, Montel no sé qué, y había una mujer que...

—Probablemente Sylvia Browne —respondió Richard—. Que resulta que disfruta de un capítulo bastante extenso en mi libro nuevo, centrado en videntes famosos.

—Siempre parecía dar en el clavo —dijo Stacey.

—Sylvia Browne le dijo a la madre de Amanda Berry, víctima de secuestro, que su hija estaba muerta. La encontraron viva en 2013. A propósito, su madre había dejado de buscarla y ya estaba muerta cuando encontraron a su hija. En 2002 le aseguró a la familia de Shawn Hornbeck que aquel niño de once años había fallecido. También lo encontraron vivo, cuatro años después. Le explicó a la familia de Opal Jo Jennings, de seis años, que la niña había sido esclavizada en Japón. Una autopsia demostró que había muerto a las pocas horas de que la secuestraran. Por mencionar solo algunos ejemplos.

—¿Nadie la denunció por fraude?

—James Randi lo intentó. Era un mago canadiense-estadounidense que actuaba en escenarios, y también era un científico escéptico que ofreció una recompensa de un millón de dólares a quien pudiera demostrarle que era vidente. Randi invitó a Sylvia Browne, entre otros, a aceptar el reto. Aún nadie ha reclamado ese premio.

—Vale, pero hay algunos videntes o médiums que han ayudado en casos policiales, ¿no? —preguntó Stacey.

—No según un grupo llamado Escépticos del Reino Unido, que se puso en contacto con todas las fuerzas policiales del país. Todos los cuerpos menos uno dijeron que no y la Policía Metropolitana de Londres no ofreció más detalles.

—Perdone —se excusó Stacey cuando su teléfono empezó a sonar. Podría pasarse el día entero escuchando a aquel hombre, pero entendía que, a cambio de su experiencia, le habían ofrecido un lugar de trabajo tranquilo.

—Hola, jefa —contestó—. La respuesta es no. No existen amenazas en el teléfono de Azim. Nuestro asesino no contactó con él por lo que he podido comprobar.

—Mierda —gruñó la jefa—. Si ha sido una víctima aleatoria basada puramente en el lugar en el que trabajaba, estamos jodidos.

Silencio durante unos segundos.

—Vale, redobla los esfuerzos en las amenazas que había en el ordenador de Sandy. Al menos ahí existe una conexión.

—Vale, jefa.

—Antes de colgar, ¿puedes coger una carpeta de mi mesa? La de arriba, donde están las declaraciones que se tomaron el día de la desaparición de Bradley.

—Un segundo —dijo, poniendo el teléfono bocabajo para ir a mirar. No pensaba que la jefa le fuera a dedicar tanto tiempo al caso de Bradley Foster. Parecía que en su día lo habían llevado muy bien, de forma minuciosa.

—La tengo, jefa —dijo, cogiendo de nuevo el teléfono.

—Hay una nota en la carpeta acerca de una mujer de unos sesenta y cinco años que dio una versión contradictoria. ¿Me das su nombre?

—Nancy Houseman. Vive en el veintiséis de Baker Street. Primero dijo que había una furgoneta, luego aseguró que no.

—De acuerdo, gracias, Stace —dijo la jefa, dando por terminada la llamada justo en el momento en el que un ramo de rosas apareció por la puerta.

—¿Ayudante de detective Wood? —preguntó el agente que las llevaba.

—S... sí, soy yo —dijo mientras el oficial ya empezaba a caminar hacia ella.

Lo depositó sobre su escritorio y ella le dio las gracias mientras una oleada de pánico la atravesaba como una lanza. ¿De qué se había olvidado? No era su aniversario.

—Mmm... Qué bonito —dijo Richard, levantándose las gafas y volviendo a centrar enseguida su atención en la pantalla.

Stacey desprendió una tarjeta de entre las flores y la abrió. Se le heló la sangre en las venas.

Para siempre.

Tiró la tarjeta sobre el escritorio y alejó las flores de ella. No tenía ninguna duda de que se las había enviado Terence Birch. Miró horrorizada el ramo hasta que se dio cuenta de que Richard la estaba observando.

Lo cogió.

—Voy a ponerlas en agua —explicó, saliendo a toda prisa de la habitación. Irrumpió en la cocina pequeña que utilizaba el personal de la sala de control y arrojó las flores al fregadero, ansiosa por quitárselas de las manos, como si pudieran contaminarla. Aquella tarjeta. Una sola palabra la había estremecido descomunalmente.

Respiró hondo unas cuantas veces y se dio cuenta de que tenía que dejar de mentirse a sí misma. Necesitaba echar como fuera el resto del día para poder quedarse sola y pensar. Trazar un plan. Encontrar la forma de manejar la situación.

Se recompuso y regresó al despacho con paso decidido. Por el momento, se centraría en las tareas que tenía entre manos. Tenía un trabajo que hacer.

Cogió el ordenador de Sandra y decidió echar otro vistazo, aún más exhaustivo, a las amenazas que le habían enviado por correo electrónico.

Provenían de una cuenta de Hotmail y Stacey pulsó al instante el botón de vista. Luego se desplazó hasta mensajes y encabezados, obteniendo una página de códigos. Se fijó al instante en la dirección IP.

Normalmente, una vez que tenía la dirección IP, podía dirigirse a la red privada virtual e intentar obligarlos a entregar la información por orden judicial, pero en esta ocasión no le iba a hacer falta.

Volvió a comprobar lo que acababa de descubrir.

Bueno, aquello no tenía ni pies ni cabeza.

Capítulo 50

Penn realizó una breve llamada a Stacey para explicarle que se había retrasado y se dirigió a la biblioteca de Stourbridge. Se podía hacer cualquier cosa con un teléfono, pero, a diferencia de su hermano, no se desenvolvía con el teclado de un móvil con la misma rapidez o eficacia que con uno de verdad.

Se situó frente al ordenador que se encontraba en el extremo de la tercera fila y tecleó el mes y el año en que Barry Sharpe desapareció, y luego añadió el calendario de partidos del Halesowen Town FC. Aparecieron dos vídeos. El primero correspondía a un partido contra el Kidderminster Harriers, que había terminado en empate a uno. El segundo incluía el encuentro contra el Wordsley Wasps, en el que el Halesowen había perdido por un gol. Las estadísticas reseñaban que Trevor Rollins había marcado el gol en el minuto setenta y siete contra el portero Peter Matheson.

Penn arrastró el cursor hasta el minuto setenta y seis y observó cómo Rollins se abría paso entre dos defensas y luego disparaba el balón, que terminó en la red.

Penn se recostó en la silla preguntándose en qué coño estaba pensando. Estaba allí sentado viendo un vídeo casero de dos equipos de fútbol locales, intentando sacar algo de donde no había nada.

Acto seguido, comenzó a mover la cabeza de un lado a otro. Le daba igual lo que su mente racional le estuviera queriendo imponer; su instinto le decía que estaba a punto de descubrir algo.

La segunda vez que lo vio, la secuencia le pareció menos natural que en la primera ocasión. Había una especie de pausa, un pequeño

titubeo.

Lo vio de nuevo, ahora reduciendo la velocidad del vídeo, y en esta ocasión no se fijó en quien tenía el balón, sino en la persona que estaba en la portería. Los ojos de Peter Matheson no se apartaron un segundo del balón, que se dirigía hacia él. El delantero se deshizo de los defensas y se quedó solo ante el portero.

Rollins hizo una pausa.

Matheson hizo una pausa.

Pero las imágenes a cámara lenta evidenciaban que ambos jugadores no se reactivaron al mismo tiempo. Rollins se adelantó un simple segundo al portero, que se lanzó a por el balón, pero este pasó rozando sus dedos y entró en la portería.

Penn mantuvo la pestaña abierta y realizó otra búsqueda sobre el Halesowen Town FC y el nombre del portero.

Vio las oportunidades de gol de los cuatro partidos anteriores y ni una sola vez el portero había dudado ni un milisegundo antes de lanzarse para realizar una intervención. Se le podía ver tirado en el suelo, por el aire, siempre utilizando cada centímetro de su cuerpo para proteger el área pequeña.

Volvió a observar las imágenes del fatídico partido y, tras haber visto las paradas anteriores, Penn estuvo convencido de una cosa.

Peter Matheson había hecho perder aquel partido a su equipo de forma voluntaria.

Capítulo 51

Tardaron diez minutos largos en recorrer caminando la distancia que separaba la casa de Nancy Houseman en Baker Street del límite del bosque donde secuestraron a Bradley Foster.

—Me dijeron que podría andar más rápido con esta cadera nueva —dijo Nancy, apoyando todo su peso en el bastón—. Me aseguraron que se iría aflojando, pero sigue rígida. Malditos mentirosos.

Kim le había ofrecido llevarla en el coche, pero se había negado, alegando que aún no había alcanzado su objetivo diario de pasos.

—Fue más o menos por aquí, ¿verdad? —preguntó Kim, deteniéndose.

—Un poco más allá. Yo acababa de salir de la casa de Jean, que vive en el número once.

Cuatro casas más abajo de donde Kim se había detenido.

—Primero declaró que vio una furgoneta, ¿verdad? —quiso aclarar Kim, que ya sentía que aquello era una pérdida de tiempo.

—Bueno, no, creo que me preguntaron por la furgoneta antes de decirles que había visto una. Vi al chico salir a toda velocidad del bosque en su bicicleta, porque Jean y yo estuvimos aquí hablando durante unos minutos. La agente de policía me explicó que había habido una furgoneta junto al arcén, así que asentí, pero yo no recordaba haberla visto. Sabía que estaba equivocada, que se había hecho una idea que no era cierta, y eso me tenía preocupada, así que volví a la comisaría para aclarárselo. No digo que la furgoneta no estuviera allí, solo que yo no recuerdo haberla visto.

Kim seguía igual de confundida, pero se le ocurrió algo.

—¿Interrogaron a Jean?

—No lo sé. La agente nunca me llegó a preguntar dónde estaba yo cuando lo presencié todo. Era una jovencita encantadora. Tenía unas uñas muy bonitas. —Nancy miró a su alrededor—. Le puede preguntar a Jean lo que quiera usted misma, está en casa.

Kim asintió y empezó a subir por el sendero que conducía hacia ella.

Llamó a la puerta, y una mujer unos diez años más joven que Nancy la abrió.

Se le iluminó la cara como si cualquier interrupción fuera una distracción bienvenida de lo que estuviera haciendo.

Miró hacia ellos, de un lado al otro.

Kim y Bryant mostraron sus identificaciones policiales.

—¿Podemos preguntarle por el adolescente que desapareció hace unos diez años?

—Por supuesto. Aún lo recordamos, ¿verdad, Nancy? —gritó hacia la mujer que aún subía por el sendero—. Estábamos aquí, conversando tranquilamente. Vimos al chico salir a toda velocidad del bosque y continuar pedaleando cuesta arriba.

—¿No vio una furgoneta junto al arcén?

Jean negó con la cabeza.

—No había ninguna furgoneta. Al menos, no mientras nosotras estuvimos aquí. Soy una mujer que está sola, agente, desde hace quince años. ¿Cree que no me fijo en los vehículos extraños que aparcan frente a mi casa?

A Kim le costaba dudar de su palabra.

—¿Vio al chico salir del bosque en la bici? ¿Sin detenerse, sin dudar, simplemente siguió pedaleando?

—Sí, fue justo así.

—Vale, gracias por su tiempo —dijo Kim.

—¿Quieres tomar un té, Nance? —preguntó Jean.

—No me importaría, si es que ya han terminado conmigo —respondió.

—Gracias a usted también —dijo Kim, aliviada de poder volver al coche un poco más rápido sin la mujer.

La puerta se cerró y Kim estaba a punto de decir algo cuando sonó su teléfono.

—Dime, Stace.

—Jefa, voy a necesitar que vayáis a un sitio si estáis libres.

—Dos minutos. Estamos volviendo al coche.

Kim echó un último vistazo al bosque. Había una distancia de unos veinte metros entre el límite del mismo y el lugar del que Josh dijo que se había alejado a toda velocidad la furgoneta. Esa distancia estaba justo enfrente de donde habían estado charlando las dos mujeres.

No habían visto salir a Bradley en su bici y tampoco habían visto ninguna furgoneta blanca, lo que planteaba una pregunta obvia.

¿Y si nunca hubiera llegado a salir del bosque?

Capítulo 52

Will Deakin había perdido la expresión de desconcierto que ella vio en su rostro cuando lo vio por primera vez para informarle del asesinato de su mujer. Ahora los saludaba con ojos vacíos y cansados.

—Agente, usted debe ser vidente —dijo intentando hacer una broma, sin éxito—. Estaba a punto de llamarla.

—¿Está su hija en casa? —preguntó Kim mientras entraba.

Señaló con la cabeza hacia las escaleras.

—Sí, tiene la música puesta a todo volumen, pero hay algo que me gustaría enseñarles —dijo, dirigiéndose a la cocina.

Ella lo siguió mientras continuaba hablando.

—Estuve echando un vistazo al lugar donde solemos dejar el correo. Siempre dejábamos los sobres ahí, en concreto todo aquello que no corría prisa revisar, extractos de tarjetas de crédito y cosas por el estilo. Olvidé que Sandy solía guardar aquí sus recibos para compararlos con sus extractos bancarios. Empecé a revisarlos y me encontré con esto.

Kim cogió el recibo. Tenía fecha del jueves anterior a la muerte de Sandy. Pertenecía al Harvester de Stourbridge, incluía a dos personas, y estaba sellado justo a la hora en la que se suponía que había quedado con Monty Dunhill.

—¿Puedo llevármelos? —preguntó Kim, señalando el montón de recibos.

—Claro, agente, cualquier cosa que ayude —respondió.

Acto seguido, Nicola entró en la estancia.

—Oh, hola otra vez —dijo metiendo un plato y una taza sucios en el lavavajillas.

Kim la saludó.

—Hemos venido por otro asunto —comentó Kim.

—¿Lo han encontrado? —preguntó Will.

—Todavía no, pero lo haremos. La razón por la que hemos vuelto tiene que ver con las amenazas por correo electrónico que Sandy estaba recibiendo. Ya sabemos de dónde procedían.

—¡¿En serio?! —exclamaron ambos casi al unísono, sorprendidos.

Pero una exclamación era más auténtica que la otra. Y eso le dio a Kim la respuesta que había ido a buscar.

—Pero eso usted ya lo sabía, ¿verdad, Will? —preguntó Kim, volviéndose hacia el hombre.

Por un instante, Kim pensó que iba a intentar negarlo, pero Will se dejó caer aún más en su silla.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Solo quería que dejara de hacerlo.

—¡¿Papá?! —exclamó Nicola, horrorizada.

—A ti ni siquiera te caía bien —dijo.

—Pero yo nunca habría intentado asustarla, eso es... es simplemente... —No dijo nada más; movía de un lado a otro la

cabeza, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando.

—¿Le gustaría compartir con nosotros sus motivos para hacer algo así? —preguntó Kim.

—Ninguno que lo justifique lo más mínimo, y más ahora que ha muerto.

—Bueno, aun así.

—Yo quería a mi mujer, inspectora —dijo con una sinceridad que Kim no puso en duda.

Incluso Nicola se sentó para escucharlo.

—Sé que odias la forma en la que nos conocimos, Nic, pero esa es una de las razones por las que me enamoré de ella. Me aceptó sabiendo perfectamente que seguía enamorado de tu madre. Me dejó hablar de ella durante horas, ofreciéndome consuelo y ayudándome a superar el dolor y la pérdida. Era consciente de lo mucho que estaba sufriendo, pero se mantuvo cerca de mí y esperó a que la oscuridad fuera desapareciendo. Y cuando lo hizo, allí estaba ella y yo me alegré mucho de que así fuera.

Kim vio que la mirada de Nicola se suavizaba, pero enseguida volvió a endurecerse.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? —preguntó, ahorrándole a Kim la molestia de instarlo a responder esa pregunta.

—Por muchas razones, Nic. Te estaban haciendo la vida imposible en el instituto. Sabía que se estaban metiendo contigo por su trabajo.

—Venga ya, papá. No era nada que no pudiera controlar yo sola —protestó Nic.

A Kim cada vez le gustaba más la chica.

Will hizo un gesto afirmativo en su dirección y continuó:

—Mis compañeros y algunos de mis alumnos hacían comentarios sarcásticos. Hasta mis amigos sacaban el tema una y otra vez.

Kim intentó no mostrar su reacción. El hombre tenía razón sobre lo que ella iba a pensar cuando le contara sus motivaciones. Asustar a tu propia mujer por razones como aquellas era algo patético.

—Desde el primer día mis amigos me daban la lata con lo mismo. En el trabajo, en el bar. Era algo incesante. «Pregúntale a tu parienta por los números de la lotería». «¿Quién va a ganar el partido del sábado?». Pensé que les iría dando más igual, que se les iría pasando, pero eso nunca llegó a suceder; de hecho, la cosa fue a peor porque a veces la insultaban.

Su mano derecha se enroscó alrededor de su puño izquierdo.

—He perdido más de una amistad por culpa de eso.

«Y no solo por culpa de las palabras que os cruzarais», pensó Kim al darse cuenta por su lenguaje corporal inconsciente de que la había llegado a defender físicamente en alguna ocasión.

—Tan solo pensé que todos seríamos más felices si ella abandonaba su trabajo. Le pedí que lo dejara y se dedicara a otra cosa, pero se negó.

A Kim le habría gustado señalar que su profesión había sido precisamente lo que los había unido.

Por un momento, Kim consideró el hecho de que Sandra ya era vidente antes de que se conocieran y, sin embargo, le había pedido que renunciara a ello porque lo estaba avergonzando ante sus amigos y estaba provocando que se rieran de su hija en el instituto.

—Creí que si la asustaba un poco dejaría de hacerlo. Estaba seguro de que no estaba en peligro.

Kim prefirió no decir que Sandy estaba muerta y que, evidentemente, en algún tipo de peligro sí que estaba.

—Ni siquiera me dijo ni una sola palabra sobre los mensajes —dijo Will moviendo la cabeza de lado a lado, en un gesto de desesperación.

—Claro que no. Solo habría servido para darle más razones para seguir atacándola —reaccionó Kim.

Darse cuenta de ello no pareció ayudarlo en absoluto.

La cara de Nicola era el fruto de una mezcla de emociones. Estaba claro que adoraba a su padre, pero la decepción en su mirada era más que evidente.

—Bueno —dijo Kim, poniéndose de pie—, contactaremos con ustedes cuando tengamos algo más.

Salieron por su cuenta sin que los acompañaran a la puerta. Kim estaba a punto de hablar cuando sonó su teléfono. Se le heló la sangre.

—No me digas, Keats —dijo ella, respondiendo a la llamada.

—Pues no te digo, pero vamos, que no decirlo no va a hacer que sea menos real. En fin, puede que quieras empezar a dirigirte hacia Lanesfield, aunque sea con las manos tapándote las orejas para no escucharme.

Maldita sea. Cuando él la convocaba, la razón siempre era la misma.

Capítulo 53

—¿Cómo es que está aquí otra vez? —preguntó Janice Sharpe tras abrir la puerta de su casa en Hollytree.

—¿Puedo pasar?

La mujer dudó un instante, pero luego se hizo a un lado.

A pesar de que había hecho todo lo posible para que aquella casa pareciera un lugar cómodo, Penn seguía teniendo la misma sensación de injusticia que había sentido el día anterior. Aquella mujer había perdido su verdadero hogar sin tener culpa alguna. No es que hubiera enviudado, porque así al menos habría tenido una oportunidad de mantenerla por sí misma. Literalmente, se la habían regalado a otra persona sin su consentimiento.

—Siento irrumpir así de nuevo, pero ¿todavía conserva los papeles? —preguntó Penn.

—¿Qué papeles? —preguntó, desplazándose hacia la cocina.

Penn se dio cuenta de que había cometido su error habitual, creer que la persona que tenía al lado sabía lo que él estaba pensando.

—Perdone, me refiero al acuerdo que firmó su marido.

—No tengo ni idea de dónde...

—Yo sí que lo sé —dijo Tanya desde la entrada, sobresaltándolo. No la había escuchado llegar.

La chica desapareció de su vista. Penn quería ofrecerle algo a la mujer, cualquier cosa que pudiera darle un poco de paz, aunque,

después de lo que le había revelado el día anterior, sabía que el dolor estaba aún muy presente.

Permaneció en silencio hasta que Tanya reapareció y le puso un documento en la mano.

—¿Para qué lo quiere? —preguntó Janice, mostrando por fin algo de curiosidad.

—Señora Sharpe, no estoy del todo seguro de que su marido perdiera la apuesta. Puede que no sea nada, así que no quiero que se haga demasiadas ilusiones.

Debía tener cuidado con las expectativas que generaba. Tenía que revisar bien el documento que sostenía en la mano.

—¿Cree que mi padre no perdió la apuesta? —preguntó Tanya.

Penn hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No creo que esté tan claro como sugiere este documento. Espero que eso le proporcione algún tipo de consuelo —dijo, mirando a la madre de la chica.

La mujer hizo un gesto de desaprobación.

—Para nada, agente. Sé que tiene buenas intenciones y le agradezco su preocupación, pero que perdiera o no la casa poco importa. Lo que cuenta es que estuvo dispuesto a hacerlo, ahí está la traición.

Penn asintió y se marchó. Ante aquello había poco que añadir.

Capítulo 54

Lanesfield formaba parte del distrito de Spring Vale, en Wolverhampton, pero estaba ubicado dentro del antiguo señorío de Sedgley. Como muchos pueblos de Black Country, había crecido y prosperado gracias a las industrias de la zona. Muchas casas se habían construido en el siglo XIX, cuando empezaron a aparecer las minas de carbón.

Debía su nombre a la familia Lane, antigua propietaria de aquellas tierras, que ahora constituían principalmente una zona residencial.

La dirección postal que le habían enviado a Bryant parecía conducirlos hasta Goldthorn Hill, donde se encontraban algunas de las propiedades más caras del lugar.

Como era de esperar, un cordón policial los recibió en la base de la colina.

Bryant disminuyó la velocidad y Kim bajó la ventanilla para mostrar su identificación policial.

El agente levantó la cinta lo suficiente para que el coche pasara por debajo.

Bryant giró a la izquierda y aparcó.

Por muchas escenas del crimen a las que hubieran acudido a aquellas alturas de sus carreras, su compañero nunca aparcaba detrás de la ambulancia. Teniendo en cuenta que el hecho de que ellos asistieran al lugar implicaba que el vehículo no iba a tener que salir a toda velocidad, era un acto totalmente inconsciente.

Mientras caminaban rodeando el resto de los vehículos allí presentes, evaluó la propiedad en la que estaban entrando. El camino de entrada conectaba directamente con la carretera, a pesar de que algunas de las casas vecinas tenían portones.

La propiedad parecía estar orientada en perpendicular a la carretera, de modo que la fachada daba al vecino de la derecha. El hastial tenía unos ventanales enormes de cristal que ocupaban todo su ancho. Incluso desde el final del camino de entrada, Kim adivinaba algunos detalles de la habitación que se encontraba tras los ventanales, que era una cocina con un comedor integrado.

En una noche oscura con las luces encendidas, Kim estaba segura de que se podría distinguir lo que los ocupantes de la estancia estuvieran comiendo.

Con Bryant a su lado, subió por el camino y giró hacia la casa.

Se detuvo en seco.

—¡Joder, no! ¡No me jodas! —exclamó mientras sus ojos se posaban en un trozo de tela que brillaba. Podría haber reconocido aquel chándal rosa en cualquier parte.

—Dejadme ver —pidió, abriéndose paso—. ¡Maldita sea! —rugió al contemplar la brutalidad del ataque que había sufrido Victoria Sykes.

Hacía apenas unas horas, durante la noche anterior, ambas habían estado juntas en el camerino de aquella mujer. Aunque entonces el chándal estaba impoluto, sin manchas de un color rojo intenso.

—¿La conoces? —preguntó Keats, siempre atento a su reacción.

Kim asintió mientras seguía escudriñando la escena. El cadáver se encontraba a poco más de medio metro de la puerta de su casa, que estaba abierta. Se habían formado charcos de sangre a la izquierda

del cuerpo, y la raja que había en su boca no era menos espantosa que la de las dos ocasiones anteriores.

Al no recibir respuesta, Keats continuó:

—No sabemos con seguridad si estaba saliendo de casa o volviendo a ella, ni tampoco a qué hora lo hacía.

Kim se inclinó con cautela. Acercó la cara hacia la boca de la mujer, completamente abierta.

—Eh... inspectora, ¿cuánto la conocía? —preguntó Keats mientras la gente que se encontraba alrededor guardaba silencio.

Kim se puso en pie, ignorando las miradas curiosas, incluyendo la expresión interrogante de su propio colega.

—Estaba volviendo a casa, y murió aproximadamente a las once de la noche.

—¿Perdón? —dijo Keats, más interesado que ofendido.

—Es una vidente. Anoche asistí a su espectáculo. Estuve hablando con ella después de que terminara la actuación. Le advertí que se anduviera con cuidado, que tratara de mantenerse a salvo.

Kim comprendía que Victoria apenas había tenido tiempo de reaccionar ante esa advertencia.

—Creo que ni siquiera llegó a entrar —añadió.

Keats guardó silencio.

—El gin-tonic —explicó Kim—. Siempre se bebe uno en cuanto llega a casa.

—¡Ah! —dijo Keats, comprendiendo ahora las acciones de la inspectora.

No olía a alcohol alrededor de su boca.

—¿Cómo la han encontrado? —preguntó Kim. Eran casi las tres de la tarde y había estado yaciendo en aquel lugar desde la noche anterior.

—Fue un repartidor, que anda por ahí. Era el típico paquete cuya entrega requería una firma.

Bryant no necesitó que le dijeran nada más. Sacó su cuaderno y se dirigió hacia él. Kim supuso que no iba a obtener demasiada información relevante. El cadáver llevaba horas en el suelo cuando lo habían descubierto.

No pudo evitar que su mirada volviera a posarse sobre el rostro de la mujer, y recordó el apodo que le había puesto Monty Dunhill. Desde luego, en aquel momento no parecía un poni de circo.

La noche anterior, aquella mujer había cautivado a todo un teatro a rebosar de gente. Su energía y vitalidad habían vigorizado tanto al público como a la propia sala. Y una persona acababa de extinguir todo aquello.

En aquel momento, a Kim le daba igual que fuera una vidente auténtica o no. Lo único que le importaba era atrapar al cabrón que había hecho aquello.

Bryant se dirigió de nuevo hacia ella, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

Lo que pensaba. Y en su evaluación inicial de la propiedad no había visto ninguna cámara de seguridad, ni siquiera una sobre la puerta.

—No puede contarnos nada interesante, jefa, salvo que el resto de sus veintinueve entregas van a ir de vuelta al almacén.

—Muy útil, Bryant —dijo, volviéndose hacia Victoria.

Miró hacia el grupo de técnicos que había entre ella y la puerta abierta.

—Disculpad, chicos —dijo, dando un paso para rodear los pies de Victoria. Suspiró profundamente. Habían destrozado la carne de su cuerpo, y parecía haber sufrido más heridas que las dos víctimas anteriores. No se apreciaban arañazos a través de la tela del chándal, pero en el marco de la puerta se observaba con claridad la huella de una mano ensangrentada.

Los técnicos de la escena del crimen se apartaron para que entrara en la casa y de inmediato Kim tuvo la sensación de encontrarse en los dominios de Victoria. Por un momento se preguntó si habría un marido, una mujer o hijos en alguna parte, que pudiera explicarles el retraso en encontrar el cadáver, pero enseguida comprendió que no era el caso. A la derecha de la puerta solo había un par de zapatos. Un abrigo de invierno y un par de chaquetas ligeras de verano colgaban del perchero.

Cuando se adentró en la casa, vio que la decoración era delicada y femenina en cualquier rincón de la misma. Colores cálidos con destellos rosas por todas partes, contrastando con muebles modernos y minimalistas. Un televisor pequeño en la pared de la chimenea estaba flanqueado por dos estanterías que abarcaban del suelo al techo.

Las examinó más de cerca y pudo apreciar libros de autodefensa, jardinería o reparación de problemas de fontanería. Sus novelas incluían desde romances tiernos hasta novelas policíacas, pasando por un poco de literatura distópica.

Cuando Kim miró a su alrededor, no tuvo la sensación de que Victoria llevara una vida solitaria. Su casa le transmitía satisfacción y paz, le hacía pensar en una mujer feliz consigo misma que disfrutaba de su soledad.

Alejó la sensación de haber fallado a Victoria, pero esta volvió a aparecer. Había estado con ella la noche anterior. ¿Habría podido decir o hacer algo más para protegerla, para evitar lo que le había sucedido? Era consciente de que replantearse lo ocurrido durante su encuentro no iba a valer para nada, así que relegó esos pensamientos al rincón más profundo de su mente.

En apenas diez minutos Kim confirmó que no había ninguna otra persona en la casa y que tampoco iba a regresar nadie a la misma. También estaba claro que el asesino no había llegado a entrar en la vivienda.

—¿Crees que estaba escondido en algún lugar esperando a que regresara, jefa? —preguntó Bryant mientras volvían al coche.

Hizo un gesto levantando los hombros hacia arriba, indicando desconocimiento. Era difícil saberlo. El hecho de que Victoria apenas hubiera cruzado la puerta significaba que, o bien la había estado esperando a su vuelta, o bien la había seguido hasta su casa, en cuyo caso el asesino había estado en el teatro exactamente a la misma hora que ella.

Capítulo 55

—¿Está segura? —preguntó Richard, hundiéndose en su asiento.

Stacey asintió tras darle la noticia de que Victoria Sykes había muerto.

Justo después, volvió a ponerse ante su ordenador. La jefa le había dicho que se lo contara, pero que no le diera demasiados detalles. Aunque los estaba ayudando en calidad de asesor, seguía siendo un civil al que no conocían muy bien.

—¿Cómo lo hace? —preguntó, sin ser grosero.

—¿Perdone?

—¿Cómo consigue asimilar la información y pasar página tan rápido?

—Tenemos que hacerlo —respondió Stacey, comprendiendo lo frío que aquello podía parecer para un espectadores ocasional—. No es fácil, lleva su tiempo. Los dos primeros años me iba a casa y lloraba por cada víctima que encontrábamos, pero al final se pone en acción un mecanismo de defensa. No puedes permanecer constantemente en ese estado, porque el hacerlo te come viva. Tenemos que centrarnos en encontrar al responsable.

Richard sacudió la cabeza de lado a lado, mostrando una expresión de desconcierto.

—No termino de entenderlo... Quiero decir, al menos un momento, ¿no?...

Stacey dejó lo que estaba haciendo y vio que Richard se había puesto un poco pálido.

—¿La conocía? —le preguntó.

—He visto su espectáculo y he escrito dos capítulos sobre ella, así que supongo que siento que la conocía mejor de lo que en realidad lo hacía.

Stacey tuvo que volver a recordarse a sí misma que él no era policía. Ni siquiera era un asesor propiamente dicho. Era solo un hombre al que habían persuadido para que les echara un cable.

—Háble me de ella —dijo Stacey, matando así dos pájaros de un tiro. La jefa querría conocer un poco de la historia de la vidente, y él necesitaba superar su estado de shock. Podría ponerse con los recibos que tenía pendientes en un instante.

—Sé que nació en Newcastle a principios de los ochenta y que se quedó huérfana a los catorce años. Su único pariente vivo era un tío que vivía en Tettenhall. No creo que los dos años siguientes fueran demasiado felices para ella. Se largó cuando tenía dieciséis años y nadie intentó impedírselo. Después de eso estuvo quince años trabajando en numerosos empleos básicos administrativos. Se casó, se divorció y ofreció su primer espectáculo en 2010. No contó con un público numeroso, tuvo lugar en el ayuntamiento de algún pueblo, donde caldeó el ambiente antes de la partida semanal de bingo.

—De ahí a agotar las entradas del Alexandra Theatre —señaló Stacey.

—Tenía ese algo que hacía que te sintieras atraído. Química, credibilidad, un magnetismo que llegaba al público. Perfeccionó su oficio. Estudió a la gente y a otros videntes. Era buena en lo que hacía, y la verdad es que no logro asimilar que...

—¿El qué? —preguntó Penn, deslizándose sobre su asiento.

—¡Anda, regresa el explorador! —dijo Stacey, inclinando la cabeza, esperando una explicación de su ausencia.

—Victoria Sykes está muerta —explicó Richard.

Penn recorrió con la mirada el lugar, yendo desde el escritor hasta Stacey.

—¿Puedo ir a la cocina a beber agua? —preguntó Richard.

—Claro —respondió Stacey.

—¿Es en serio? —preguntó Penn mientras Richard se dirigía hacia la puerta.

Stacey asintió.

—Justo delante de la puerta de su casa, cosa que habrías sabido si hubieras estado aquí ayudándome como te ordenó la jefa —dijo, solo medio en broma.

Abrió la boca para hablar, pero ella levantó la mano para impedírselo porque su móvil empezó a sonar. Era un número que no reconocía; exactamente lo que anhelaba.

—Stacey Wood —respondió.

—Hola, soy Ronny Brownhill. Hablamos...

—Claro, sé quién es. Muchas gracias por devolverme la llamada.

Esperaba haber leído bien las señales del sargento y que la llamara cuando estuviera en un descanso.

—Nada, espero que lo comprenda.

—Por supuesto —le aseguró Stacey.

—También quería consultarlo con uno de mis colegas. Ya está jubilado, pero quería asegurarme de que la persona de la que me pidió información era la que yo recordaba.

Así que había algo, al menos extraoficialmente, pensó, sintiendo que su esperanza crecía.

—Si no recuerdo mal, no era un tipo muy simpático. Esperaba mucho de la policía en cuanto a sus responsabilidades con respecto a su iglesia. Más que nada simplemente teníamos que calmarlo de vez en cuando, pero hubo una ocasión en la que nos vimos obligados a hablar con él. Apareció una mujer que presentó una denuncia por agresión. La había empujado hacia fuera de la iglesia, expulsándola de allí, y la había tirado a la acera, con tanta fuerza que se cayó y se machacó la rodilla.

—¿Cómo es que aquello no terminó en una...?

—La denunciante retiró todas las acusaciones. Una hora después de hablar con nosotros le tiraron un ladrillo al escaparate de su tienda. Pensó que había sido él. Se asustó y retiró la denuncia. Cambió su relato y habló de tropezón y caída. No pudimos hacer nada.

Stacey no tenía duda alguna de que la intimidación era uno de los muchos encantos del padre George, aunque le llamó la atención otra cosa.

—¿Ha dicho escaparate?

—Sí, ya no está allí, pero era una de esas tiendas hippies en High Street. Velas, cristales, cosas de ese estilo.

—¿Era una médium?

—No sé cómo se la podría catalogar, pero a los turistas les encantaba.

—¿Algo más?

—Eso es todo. No sé si le sirve de ayuda o no.

—Sí que me sirve, sargento. De verdad que sí. Gracias por tomarse el tiempo de devolverme la llamada.

Stacey colgó y enseguida envió un mensaje a la jefa. Cuando terminó de hacerlo, levantó la vista y vio a Penn mirándola fijamente.

—Siento mucho no haber estado aquí para ayudarte, Stace. La historia ha dado un giro.

—Ni siquiera sabía que la historia seguía existiendo aún. Creía que solo estabas poniendo al día al vagabundo sobre la identidad de tu hombre.

—Y eso estaba haciendo, pero...

—Siempre tienes un pero, Penn —dijo con una sonrisa irónica—. Pero continúa, voy a seguirte la corriente, y si tu «pero» es lo bastante interesante, no le contaré a la jefa que llevas todo el día desaparecido.

—No perdió la apuesta —dijo Penn, rescatando unos papeles del fondo de su bolso de hombre.

Stacey se encontró dando un par de pasos hacia atrás en su memoria para tratar de recordar a qué se estaba refiriendo.

Richard reapareció con las rosas que habían llegado un rato antes. Volver a verlas le provocó náuseas a Stacey.

—He encontrado un vaso grande de cristal en el armario —explicó sobre su apaño improvisado—. Alguien las había tirado al fregadero.

—Póngalas ahí —dijo, señalando un espacio junto a la impresora.

—¡¡Ooooh!! ¿Es un día especial? —preguntó Penn.

—Sí, algo así —dijo, segura de que su colega podía intuir el aumento de su ritmo cardíaco. Durante un rato se había olvidado del ramo y de Terence Birch, pero ahora ese hombre volvía a ser el centro de atención.

No, no iba a tolerarlo. No iba a paralizar sus pensamientos e impedirle desempeñar correctamente su trabajo. Empujó a Birch hacia lo más profundo de su mente y retomó su conversación con Penn.

—¿Así que ese tipo de verdad se apostó su casa?

Penn hizo un gesto de afirmación.

—¿No lo coaccionarían, amenazarían o...?

—No, la cosa no funciona así. En serio, Stace, no te creerías algunas de las cosas que he leído. La leyenda del póquer Johnny Moss apostó a que era capaz de vencer a un hombre que no había perdido una sola pelea en toda su vida. Desde su cama de hospital, Moss explicó que no podía rechazar unas probabilidades de quince a uno. También hay un tipo llamado Brian Embic, famoso por sus apuestas estrafalarias, que se jugó cien mil dólares a que se pondría implantes mamarios y no duraría con ellos ni un año.

—Vale, ahora veo que te estás cachondeando de mí.

Penn hizo un gesto de negación.

—Le gustaron tanto que los mantuvo durante años.

—Eso es francamente extraño. Pero una cosa es hacer una apuesta que solo te afecta a ti y otra, jugarte la casa en la que viven tu mujer y tu hija, ¿no?

—Algo similar sucedió en Uganda. Un tipo apostó con su vecino en un partido del Arsenal contra el Manchester United. El del Arsenal

perdió y lo desahuciaron junto con sus tres mujeres y sus cinco hijos. Es una especie de frenesí.

—Entonces, me estás diciendo que tu hombre desconocido, que murió por causas naturales, se apostó su casa en un partido de fútbol y perdió. Dejó a su familia sin hogar y los abandonó avergonzado, pero en realidad no había perdido. ¿Es correcto?

—Exacto.

—¿Y cómo lo sabes?

—El portero amañó el partido.

Stacey se quedó callada.

Penn también.

—¿Tienes pruebas? —preguntó la agente finalmente.

—He visto el partido.

Stacey se sentó de nuevo en su silla.

—Será mejor que te vayas preparando para una buena bronca cuando la jefa vuelva de Worcester.

—¿Qué hay en Worcester?

—El jefe del padre George, pero no intentes distraerme. ¿Qué parte de tu trabajo de policía has recordado hacer hoy? —preguntó.

Ni siquiera la estaba escuchando, pues andaba buscando algo en su teléfono.

Se lo pasó a ella.

—Echa un vistazo.

Ella vio el vídeo y luego lo miró a él.

—Penn, ¿cuánto te gusta a ti el fútbol?

—Prefiero el rugby, pero...

—Entonces, ¿hasta qué punto estás cualificado para juzgar lo que pueda pasar aquí? —preguntó, dispuesta a devolverle el teléfono. Le pareció que llevaba casi todo el día enredado en una misión absurda.

—Revísalo otra vez, pero ve más despacio —insistió.

—Madre mía, estás decidido a hacerme perder el tiempo después de haber perdido ya el tuyo, ¿eh?

—Si estoy equivocado, voy a ver qué reparte hoy Betty en la cafetería.

Se quedó callada. Por una vez no le interesaban las ofertas del final del día de Betty, pero, si se lo confesaba a Penn, se daría cuenta de que algo iba mal.

—Oh —exclamó Stacey viendo la versión ralentizada, que revelaba algo extraño, un retraso, una pérdida de fluidez en el ritmo del juego —. Veo a lo que te refieres. Pero esto no es una prueba. Es un movimiento raro, sin duda. —Le devolvió el teléfono—. Pero podría ser simplemente un fallo de concentración. Y estoy segura de que eso es lo que el portero aseguraría.

—Sí, ahí es donde me he quedado.

—¿Qué historial tiene? —preguntó Stacey, sintiendo la quemazón que le producía la posibilidad de que existiera una injusticia.

—No lo sé seguro. Pensé que sería mejor volver a comisaría antes de meterme en problemas.

Stacey se rio entre dientes. Penn era sargento, y por tanto su superior, y no podía, aunque quisiera, decirle lo que tenía que hacer, pero él jamás había hecho distinciones entre sus rangos.

—¿Cómo se llama?

—Peter Matheson.

—¿Lo has buscado en Google?

Penn respondió negativamente con un gesto.

Stacey movió la cabeza de lado a lado.

—¿No has aprendido nada de mí? Busca siempre en Google a todo el mundo.

Stacey pulsó unas cuantas teclas, leyó un par de artículos y descubrió que, aunque solo tenía treinta y cuatro años, ya se había retirado del fútbol y estaba exclusivamente centrado en su trabajo a tiempo completo como responsable de planificación del Ayuntamiento de Dudley.

Empezó a buscar en los censos electorales en un radio de algo más de quince kilómetros alrededor del ayuntamiento.

—¡Te encontré! ¡Oh! —exclamó—. ¿La casa en cuestión estaba en Orchard Lane, en Pedmore?

Penn asintió.

—Vaya, esto huele peor que un pescado podrido que lleva una semana en descomposición.

—¿El qué?

—Tu hombre está viviendo allí.

—¡¿Cómo?! —exclamó, poniéndose junto a ella en su escritorio.

Stacey introdujo el código postal en Google Maps y encontró la propiedad. Sin mirar con mucho detenimiento, pudo distinguir un par de construcciones y un espacio de algo menos de una hectárea.

—¿Con el sueldo de un planificador? —preguntó.

—Joder, Stace —maldijo, dirigiéndose hacia la puerta.

—¿A dónde vas ahora?

—A comprar lo que sea que tenga Betty en su vitrina... todo lo que tenga.

—No hay tiempo para eso. Siéntate. Tenemos que solucionar esto. Necesitamos un plan.

—¿Necesitamos? ¿En plural? —preguntó con una sonrisa.

—Por supuesto que en plural. Tenemos que averiguar cómo coño le metemos mano a esto.

Capítulo 56

—Oye, no creerás de verdad que el padre George es nuestro asesino, ¿no? —preguntó Bryant mientras se acercaban a las afueras de Worcester.

La dirección postal que Kim le había facilitado correspondía a la unidad pastoral Halas de la diócesis de Worcester, que abarcaba la zona de Halesowen.

—Me encantaría averiguar si sus jefes tienen conocimiento de su historial de violencia.

—¿Crees que en ese caso seguiría siendo el padre George y no solo el viejo George?

—Claro, Bryant, porque la Iglesia nunca ha encubierto absolutamente nada, ¿verdad? —preguntó.

El sargento suspiró.

—¿Sabes? A veces, me encantaría tener la última palabra en una conversación.

—Sigue intentándolo, compañero. Es muy divertido —dijo ella mientras Bryant reducía la velocidad para dejar el coche en el aparcamiento de Lowesmoor Wharf. Observaron un conjunto de edificios anodinos de oficinas de dos plantas que no era lo que Kim se esperaba encontrar.

Una mujer de poco más de treinta años con un flequillo recto sonrió cuando se acercaron al mostrador de recepción.

Ambos mostraron sus identificaciones policiales.

—¿Podríamos hablar con alguien sobre uno de sus sacerdotes?

—Lo siento, pero normalmente pedimos que nos manden cualquier queja por escrito antes de concertar una reunión en persona. Si entra en nuestra página web, podrá...

—Somos policías y, bueno, nos tiene aquí delante en este momento. Tenemos un poco de prisa.

—Lo entiendo, pero, aun así, tenemos ciertos protocolos que hay que seguir. Cualquier queja debe presentarse por escrito. Hay un formulario online que se puede rellenar y que nos sirve para obtener toda la información que necesitamos.

Kim hizo un esfuerzo por mantener la calma.

—Así que tiene que ser por escrito, y dando una información determinada, ¿correcto? —preguntó, abriendo la mano.

Como un enfermero bien formado que asiste a un cirujano, Bryant le plantó su cuaderno de bolsillo en la palma de la mano.

—Está todo en la...

—¿Qué información? —insistió Kim.

—Necesitamos saber el lugar, el nombre del sacerdote, detalles del incidente ocurrido, fecha y hora.

—¿Eso es todo? —preguntó mientras garabateaba en el cuaderno.

Bryant miraba por encima de su hombro mientras ella lo hacía.

Cuando terminó, arrancó la página y la colocó sobre el mostrador de recepción.

—Aquí tiene. Por escrito.

La mujer leyó su nota garabateada apresuradamente.

Estimados señores:

El padre George Markinson, de Saint John, Halesowen, es un cretino intolerante y peligroso. Todos los días y a todas las horas.

Atentamente,

La Policía

—Lo siento, pero no puedo aceptar esto como queja por escrito.

—Entonces, vamos a esperar aquí hasta que nos echen —dijo Kim, tomando asiento en una de las sillas junto a la ventana.

Eran más de las cuatro, así que Kim estaba segura de que no tardaría mucho en suceder algo.

La mujer los miró varias veces.

Kim cogió su teléfono y envió un mensaje.

Bryant sacó el suyo y lo leyó; le indicaba que se mantuviera mirando su teléfono. Él respondió:

Bryant:

¿Estás de broma?

Kim:

Si estamos con el móvil, dará la impresión de que pretendemos quedarnos aquí un buen rato.

Bryant:

Esto es ridículo. Si te digo que te has vuelto loca a través de un mensaje de móvil, ¿se considera también insubordinación?

Kim:

Sí. Mira a ver qué ha pasado en el último programa de Strictly, o algo por el estilo.

Bryant

¡¡¡¡Absurdo!!!!

Kim:

Está funcionando. Está al teléfono.

Bryant:

Voy a guardar mi móvil a la de ya.

Kim no contestó ese último mensaje mientras Bryant se guardaba el móvil en el bolsillo.

La mujer les dirigió una mirada mientras colgaba; Kim tuvo claro que la llamada había tenido que ver con su negativa a marcharse.

No le sorprendió ver a un hombre corpulento de cabello castaño y ralo aparecer al pie de la escalera.

—Inspectora —dijo, ofreciendo su mano.

Bryant la estrechó mientras ella los presentaba a ambos.

—Obispo Harry Wilson. Tengo entendido que tienen algunas inquietudes —dijo, guiándolos hasta una habitación pequeña,

amueblada solo con una mesa redonda y seis sillas. Cerró la puerta y les indicó que se sentaran.

—Sí, hemos venido en relación con el padre George de Saint John, Halesowen.

El hombre entrecruzó sus dedos y los apoyó bajo el mentón, formando con ellos una especie de campana. Su actitud no era relajada, sino cautelosa.

—Asesinaron a una mujer en el cementerio junto a la iglesia el domingo por la noche.

—Nos han informado —dijo—. Pero ¿en serio creen que el padre George estuvo involucrado en eso?

El desmentido no acudió a los labios de Kim con la rapidez que el clérigo hubiera deseado, y una expresión de desagrado se adueñó de su rostro.

—Por lo que sabemos, a la víctima se le había vetado la entrada en la iglesia.

—¿En base a qué? —preguntó, demostrando que la información que le habían dado no incluía ciertos detalles—. Tengo entendido que el hombre que la encontró la conocía vagamente —continuó, mirando primero a Kim y luego a Bryant.

—El padre George le prohibió asistir a la iglesia porque era vidente. Lo más preocupante es que sintió la necesidad de echarla físicamente del lugar, y tenemos conocimiento de que no es ni la primera ni la única vez que el padre George ha puesto las manos encima a algún miembro de su congregación.

Solo hubo un segundo de vacilación antes de que el rostro del obispo dibujara una expresión de comprensión.

—El padre George es mmm...

—Intolerante, desorientado, arcaico, despiadado y potencialmente violento —describió Kim en su lugar.

—Iba a decir conservador.

—¿Así que nos iba a mentir? —dijo sin ser capaz de contenerse. Sí, era un hombre de Dios, pero le estaba dando evasivas.

—Eh, solo un...

—«Evitar la verdad», eso es lo que mi compañera quería decir —intervino Bryant.

—No debería formar parte del clero —continuó Kim—. No hemos venido sin prepararnos previamente, hemos hecho los deberes. Sabemos dónde ha estado y el poco juicio que ha demostrado en sus consejos. Lo han trasladado con más rapidez de la que se movería un pastel de nata entre los miembros de una reunión del programa de control de peso Weight Watchers.

Los nudillos de la campana que sujetaba su mentón se estaban comenzando a poner blancos.

—Creo que está exagerando.

—Y yo creo que no quiere aceptar la realidad. El padre George fue bastante sincero con nosotros acerca de algunas de sus decisiones que entran en conflicto con las ideas de la Iglesia. El hombre cree que tiene una relación directa con Dios. Sus puntos de vista son anticuados y, francamente, peligrosos. A usted le ha sorprendido que pudiera estar involucrado en lo ocurrido, pero, si él se cree que es el único que escucha las instrucciones de Dios, ¿de verdad le parece que estoy exagerando? —Cuanto más hablaba, más veía tensarse el rostro del obispo, y se dio cuenta de que se estaba equivocando al dirigirse a él de ese modo.

Suspiró profundamente.

—No es descartable asumir que la Iglesia adopte una posición de defensa y niegue conocer cualquier tipo de comportamiento inaceptable por parte del padre George. —No hacía falta que expusiera los casos de abusos sexuales que se habían descubierto en los últimos años—. Así que no nos hable como un obispo que representa a la Iglesia de Inglaterra; hágalo como un jefe que tiene un empleado incontrolable que no puede dejar sus manos quietas.

—¿Entre nosotros? —preguntó, mientras la tensión iba abandonando aquella estancia.

Kim asintió.

—Es un lastre; para su parroquia, para la diócesis, para la Iglesia. No escucha. Se le ha advertido en numerosas ocasiones, pero trata a cada parroquia como si fuera su reino personal.

—Pues ha tenido muchos reinos —observó Bryant.

—Es verdad, porque nadie sabe qué hacer con él.

—¿No existe algún tipo de sistema disciplinario? Al tercer strike te eliminan, ¿algo así? —preguntó Kim.

—Las cosas no funcionan de ese modo. No ha habido muchas quejas formales a lo largo de los años, y ninguna de ellas tuvo que ver con violencia. Se investigaron todos los casos, y en cada ocasión pidió disculpas por su conducta y solicitó un traslado, para continuar su desarrollo personal.

—¿Siempre ha sido capaz de escapar ileso? —preguntó Kim.

—La verdad es que sí. Pero, si confiamos en que comprende que ha obrado mal y demuestra voluntad de mejorar, tenemos que fiarnos de su palabra.

—¿Y qué resultados les ha dado eso hasta ahora? —preguntó; enseguida cayó en algo—. ¿Es él quien solicita los traslados?

El obispo asintió.

—¿Sus malas conductas no se arrastran a la siguiente diócesis?

El hombre movió la cabeza de lado a lado, en gesto de negación.

—Así que el padre George es consciente de cuándo se está acercando al límite y se va a otra parte para hacer borrón y cuenta nueva.

—Es lo más probable —confirmó el obispo—. Pero tenemos las manos atadas. Las quejas formales no constituyen cargos criminales. Obviamente eso es algo muy diferente, que la Iglesia clasifica como intolerable, y...

—Un momento —dijo Kim, todavía pensando en lo que acababa de escuchar—. Si los registros no viajan con él a su nuevo destino, ¿tendríamos que comprobarlos todos si estuviéramos buscando algo en particular?

—Supongo que sí —dijo el obispo Wilson.

Con la cantidad de lugares en los que el sacerdote había estado y lo que les costaría reunirse con cada obispo correspondiente, calculaba al menos un par de semanas de trabajo.

Un tiempo que no tenían. El asesino no mostraba signos de reducir su marcha.

—Obispo Wilson, en su trato con el padre George, ¿alguna vez ha sido consciente de que fuera más allá de forcejeos y empujones?

El clérigo lo consideró.

—No.

—¿Por qué esas dudas? —preguntó Kim, echando hacia atrás su silla para levantarse.

—Porque, sinceramente, yo no lo descartaría.

Capítulo 57

Kim aún seguía mirando la pizarra mucho después de haber enviado a casa al resto del equipo.

La imagen de Victoria seguía vívida en su mente, teniendo muy presente que había sido una de las últimas personas en ver con vida a la vidente.

No era la primera vez que asesinaban con brutalidad a alguien que conocía, pero eso hacía que las imágenes permanecieran mucho más tiempo en su retina. Deseaba justicia para todas las víctimas, pero el hecho de haber pasado algún tiempo con ellas lo convertía en algo personal. No tenía que imaginarse sus maneras, su apariencia o la energía con la que hablaban. Tampoco la vitalidad que podría haber más allá de sus ojos. Conocía a la perfección la apariencia de Victoria y la energía que irradiaba.

—¿Qué es lo que no estamos viendo? —se preguntó, acercándose a las pizarras.

Tenía la sensación de que les faltaba alguna pieza.

Sus ojos recorrieron todos los nombres y las fotos, siguiendo las líneas que unían a las víctimas y testigos. Cada vez que su mirada pasaba sobre el nombre de Monty Dunhill, su estómago se contraía involuntariamente. Eso podía deberse a la intensa aversión que sentía por él, porque sufría una reacción física similar con el padre George.

Tuvo el impulso de empezar a borrar líneas y trazar otras nuevas solo por comprobar si eso la llevaba a alguna parte. Estaba mirando ya hacia el papel de cocina cuando sonó su móvil. «Seguro que es una buena noticia», pensó mientras se lo sacaba del bolsillo.

Sintió un alivio instantáneo al ver que no era el nombre de Keats el que aparecía en la pantalla.

—Stone —respondió.

—¿Sigues aquí? —preguntó Jack desde su escritorio, en la planta de abajo.

—No, Jack, he salido a cuatro patas por debajo de tu mesa, por pura diversión.

—Tengo aquí a una señora que se llama Rose Foster. Quiere hablar contigo y no parece muy contenta, así que te lo pregunto de nuevo, ¿estás aquí o no?

Kim sonrió. Jack era un buen hombre, y era consciente de que no era tan estúpido como para que le hiciera falta preguntárselo.

—Voy para allá —dijo antes de colgar.

Capítulo 58

Rose Foster no habló hasta que Kim cerró la puerta de la sala de interrogatorios número uno tras de sí.

Permaneció de pie al otro lado de la mesa y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Qué le ha dicho a Josh? —preguntó mientras Kim se sentaba—. No voy a quedarme mucho rato. Solo quiero saber por qué lo han molestado. Es un buen chico y no ha hecho nada malo.

—Si se sienta, se lo explicaré.

Rose le hizo caso a regañadientes.

—No sé por qué está molesto. Lo único que le pedí fue que compartiera su relato de lo que pasó con él y con Bradley hace diez años.

—Brad, por favor, llámele Brad. Odiaba su nombre completo. Cuando Josh lo llamaba así, lo hacía para provocarlo.

—¿Por qué le ha telefoneado Josh?

—Había estado bebiendo. Se le notaba. Conozco a ese chico desde que tenía cinco años. Estaba enfadado porque lo habían vuelto a interrogar. Me ha jurado que ya le había contado a la policía todo lo que sabía y que lo sentía.

—¿Que sentía el qué?

—No haber podido hacer nada más. Siempre se ha sentido culpable por no haber sido capaz de evitar lo que sucedió. Siente haberse

detenido a reparar su bicicleta, no haber estado justo detrás de la furgoneta blanca cuando se llevó a Brad, no haberse dado cuenta de que se lo habían llevado hasta que llegó a la escuela. Siente, en resumen, que aquello ocurriera. No fue algo fácil de aceptar para él, como se podrá imaginar. He leído sobre ello. La razón por la que me llama de vez en cuando tiene un nombre.

—¿La llama? —reaccionó Kim. La energía y el ímpetu de Rose iban perdiendo fuerza. Kim estaba mucho más interesada en descubrir por qué Josh había mantenido el contacto con la madre de su antiguo mejor amigo. ¿Qué no habría sido capaz de dejar atrás?

—Se llama culpa del superviviente —explicó Rose, apoyando los codos en la mesa—. Se siente mal porque fue Brad quien murió, y no él.

Kim estuvo de acuerdo en que podría tratarse de culpabilidad, pero no estaba segura de la razón de la misma.

—Háble me de su amistad —pidió.

—Fueron inseparables desde el primer día de colegio. Mejores amigos, pero muy diferentes. Josh era un chico tranquilo y estudioso. Brad era extrovertido, lleno de vida, rebelde. Se equilibraban el uno al otro. Mi hijo nunca se pensaba las cosas; actuaba por impulsos la mayoría de las veces. Rara vez tenía en cuenta las posibles consecuencias de sus actos. No me malinterprete, no era un mal chico, todo lo contrario; pero no seguía las convenciones, no le gustaban las reglas. Me acuerdo de una vez que tendría unos doce años, en una clase de biología. El profesor quería que todos cortaran gusanos por la mitad para mostrar la diferencia entre hacerlo por la cabeza o por la cola. Brad se negó, pidiendo ver el formulario de consentimiento firmado por el gusano. El profesor lo amenazó con castigarlo o suspenderlo, pero él no cedió. La mayoría de la clase siguió su ejemplo, así que poco pudo

hacer el profesor. Era una persona independiente y no se dejaba convencer ni influenciar.

—¿Ni siquiera por usted?

Rose movió la cabeza de lado a lado en señal de negación.

—Me gusta pensar que teníamos una relación cercana, pero supongo que siempre sentí que yo lo quería más a él que al revés, si es que eso tiene algún tipo de sentido.

Kim se quedó en silencio para que la mujer continuara.

—Es difícil de explicar, pero voy a intentar hacerlo lo mejor que pueda. Castigar a Brad fue siempre muy difícil, desde que era pequeño. Nada le importaba lo suficiente como para que fuera relevante para él. Recuerdo que una vez le dije que limpiara su cuarto. Lo amenacé con castigarlo, prohibirle jugar con la videoconsola, ya sabe, el lote completo. Daba igual, no lo hacía porque las cosas que amenazaba con quitarle no tenían suficiente peso para él. Otras veces volvía del trabajo y me lo encontraba construyendo un refugio para erizos en el jardín de atrás. Era un buen chico, inteligente pero testarudo.

—¿No tiene la sensación de que él tuviera un vínculo fuerte con usted?

Rose se lo pensó antes de contestar.

—Me quería, eso lo sé, pero no me necesitaba. A menudo me parecía que no necesitaba a nadie. Pasaba lo mismo con Josh. Era su mejor amigo, de eso no hay duda, pero se debía más al esfuerzo que hacía Josh. Brad siempre salía con él cuando venía a buscarlo, pero siempre era Josh el que lo buscaba, no sé si me explico.

—¿Y si no lo hubiera hecho? —preguntó Kim, empezando a entender un poco más la dinámica de aquella relación.

—He pensado mucho sobre eso y la verdad es que no lo sé. Tiendo a pensar que Brad habría estado completamente a gusto a solas.

—¿Alguna vez Josh estuvo resentido?

—¿Por qué?

—Porque Brad no fuera tan sociable como él. Una amistad es cosa de dos, ¿verdad?

—No lo creo. Nunca he pensado en ello. Josh era un buen chico, amable, atento y educado. Era como un segundo hijo para mí, pero también era muy fiel a Brad. Recuerdo una vez que mi hijo se olvidó de mi cumpleaños. Josh vino a tomar el té y vio mis tarjetas de felicitación en la chimenea. Al día siguiente había un pequeño ramo de flores con una nota de disculpa firmada por Brad, pero la letra era de Josh, que lo negó rotundamente, insistiendo en que eran de su amigo. Hacía cosas como esa a menudo para encubrir a Brad. Incluso en la mañana en la que lo secuestraron se había estado inventando excusas para defenderlo.

—¿Qué sucedió?

El rostro de Rose se entristeció.

—Estuvimos discutiendo por su examen de química, como si eso fuera algo importante. Era el primer examen de prueba que tenía en unos días y no había estudiado ni una hora. Odiaba las pruebas y los exámenes de cualquier tipo, aunque normalmente le salían bien. Insistía en que no le hacía falta estudiar y tuvimos unas palabras bastante duras. Cuando Josh llamó a la puerta nos estábamos gritando. Brad subió furioso las escaleras y Josh me puso el brazo alrededor del hombro y me dijo que Brad no lo decía en serio y que luego se le pasaría. —A la mujer se le escapó un pequeño sollozo—. Pero, por supuesto, nunca llegó ese después. Las últimas palabras que dirigí a mi hijo fueron en forma de gritos con rabia y eso es algo con lo que he tenido que aprender a vivir. —Tragó saliva—. Pero Josh

es un buen chico, y sé que Brad también lo apreciaba mucho, a su manera.

Kim no quería ni imaginarse el dolor que tendría que suponerle a esa mujer saber que nunca podría retirar aquellas palabras tan duras; pero el amor que sentía por su hijo parecía haberse transformado en un profundo afecto hacia su mejor amigo.

—Está claro que le tiene cariño, y nosotros no pretendíamos molestarlo. Solo estamos tratando de aclarar un par de detalles incoherentes del día en que secuestraron a Brad.

—¿Por ejemplo?

—Nada importante que afecte a la pérdida de su hijo. Intentaremos no volver a molestar a Josh.

—Se lo agradezco —dijo Rose, poniéndose de pie.

—¿Cómo están las otras señoras? —preguntó Kim, abriendo la puerta que daba al pasillo.

—Ni idea. La clase de yoga está en un descanso temporal y Catherine cerró el grupo de WhatsApp. La vi en Sainsbury hace unos días y pasó junto a mí sin detenerse.

Kim se preguntó si Catherine tenía tantas amigas como para poder prescindir de ellas con tanta facilidad.

Acompañó a la mujer hasta la puerta y le dio las buenas noches.

Si Rose había acudido a la comisaría con la intención de apagar su interés por Josh y por la amistad entre él y Brad, la realidad era que había provocado el efecto contrario.

Capítulo 59

—Vale, genio, ¿y ahora qué? —preguntó Stacey mientras se sentaban en una mesa a la izquierda de la barra. Había examinado a fondo el pub nada más entrar. Respiró aliviada y luego se reprendió a sí misma porque Terence Birch no tenía forma de saber que iba a ir a un pub que nunca había frecuentado, con un compañero con el que rara vez se tomaba algo. Se dio cuenta de que le estaba dando a ese hombre demasiado poder en su cabeza.

—No sé, no he pensado más allá de esto —admitió Penn, dando un sorbo a su bebida.

—Creías que íbamos a aparecer ante él, acusarlo de amañar el partido de fútbol, que lo admitiera y que luego lo pudiéramos echar de la casa.

—Algo así —dijo, observando cómo Peter Matheson pedía una segunda ronda de bebidas en la barra.

No era un buen plan, pensó Stacey, agradecida ahora porque el taxi que esperaba a Peter fuera de su casa les hubiera impedido abordarlo.

—Sigue a ese taxi —le había ordenado Stacey a Penn, tachando uno de los componentes de su lista de cosas que hacer antes de morir y ganándose al mismo tiempo un resoplido burlón de su compañero.

El taxi había dejado a Peter a la puerta de The Swan, en Netherton, donde ahora se encontraban, tomando refrescos y tratando de observarlo sin ser vistos.

—¿Cuál es el plan, cerebrito? —volvió a preguntar.

—Paciencia —ordenó.

—¿Quieres decir que no hay ninguno?

Él la ignoró y ella siguió su mirada. El hombre era evidentemente sociable y no tardó en formar parte de un grupo de cuatro que se acercaron hasta la diana.

—Vas a llevarme a casa después de esto, ¿verdad? —preguntó Stacey, sacando su teléfono.

—Por supuesto —respondió Penn, sin apartar los ojos del objetivo.

Stacey le mandó un mensaje a Devon. Estaba encantada de ayudarlo, pero no sabía cuánto tiempo estaría dispuesta a estar sentada en un pub contemplando a un hombre adulto beber y jugar a los dardos.

La respuesta de Devon fue inmediata, e incluía muchos emoticonos y corazones.

Sonrió mientras guardaba el teléfono. Tenía mucha suerte. Trabajaba en algo que le encantaba y en casa la esperaba la mujer a la que quería. A Janice Sharpe su marido ludópata le había arrebatado cualquier sensación de seguridad. No iba a permitir que Terence Birch le arrebatara su felicidad.

Stacey no tardó mucho en averiguar que la persona que se apostó la casa con Barry Sharpe fue el cuñado de Peter Matheson. La mujer de Matheson era recepcionista a tiempo parcial en la consulta de un médico y no había forma de que pudieran pagar las más de dos mil libras al mes que costaría el alquiler de una casa como aquella. Entendió dónde estaba la trampa. La casa le había salido gratis al cuñado de Matheson. La había ganado. Ahora era un activo suyo y podía venderlo, pero recibía un alquiler simbólico de Matheson y su mujer hasta que el mercado inmobiliario se reactivara. Por su parte,

Matheson pagaba muy poco por vivir en una casa muy bonita que estaba muy por encima de lo que podía permitirse.

Todos ganaban, excepto Janice Sharpe y su hija.

Penn la trajo de vuelta al presente con un leve empujón, y ella siguió su mirada.

—Joder, Pete, ¿te has dejado el brazo de lanzar en casa? —preguntó uno de los hombres.

Stacey analizó la escena en un segundo.

Los cuatro jugadores se habían dividido en dos equipos, y el tipo de la camisa de cuadros que acababa de hablar era sin duda el compañero de equipo de Peter Matheson, que acababa de lanzar un veinte, un cinco y un uno para obsequiar a su equipo con la extraordinaria puntuación de veintiséis.

Aunque aquellas palabras se habían dicho en broma, el tono empleado no estaba en sintonía.

—Tranquilo, amigo, estoy calentando —dijo Matheson, aunque un tic nervioso recorría su mejilla.

Prestando atención a los resultados, el otro equipo llevaba una gran ventaja.

Tanto Penn como ella observaron en silencio que ya era de nuevo el turno de Matheson.

Tras un par de malas rondas de sus rivales y una buena tirada de su compañero, Matheson tenía que conseguir cuarenta para cerrar la partida y ganarla. Acertó con el veinte. Apuntó al diez doble, pero le dio al diez sencillo. Trató de alcanzar el cinco doble para cerrar, pero falló.

El otro equipo vitoreó. Su compañero se lamentaba.

—Amigo, vas a tener que ir a la óptica.

Ya fuera por el alcohol o por la vergüenza, Matheson estaba empezando a ponerse colorado y tenía la mandíbula bien firme por la tensión.

Como era de esperar, el otro equipo cerró la partida con los siguientes tres dardos.

—La próxima vez, quiero a un compañero que tenga los ojos abiertos —dijo Camisa de Cuadros.

—Déjalo, Jake —dijo Matheson.

—¡Joder, amigo! Ha sido un desastre.

—Te he dicho que lo dejes —advirtió Matheson, más contundentemente.

Camisa de Cuadros le dio un codazo de buen rollo, pero Matheson se marchó furioso al baño de caballeros. Los miembros del otro equipo se miraron con una expresión cómplice. Parecían ser ya bastante conscientes de lo que Stacey y Penn estaban descubriendo en aquel momento.

A Peter Matheson no le gustaba que lo menospreciaran y tampoco le gustaba perder.

Stacey miró a su compañero, que sonrío a modo de respuesta.

—Vamos al lío, Stace. Venga, esto es lo que quiero que hagas.

Capítulo 60

Stacey ocupó su lugar, acomodada junto a la barra.

Peter Matheson salió del baño y se dirigió de nuevo hacia donde estaban sus compañeros. Penn emergió de algún lugar junto a la máquina tragaperras y se chocó de lleno contra él.

—Oh, lo siento, amigo —dijo Penn, alargando el brazo para sujetar al hombre.

—No te preocupes, no imp...

—Oye, tú eres el tipo ese, ¿no? —preguntó Penn, mirándolo más de cerca y tambaleándose ligeramente sobre sus pies.

Antes de que pudiera responderle, Penn le agarró la mano y empezó a estrechársela con efusividad.

—¡Era seguidor tuyo, tío! —exclamó en voz alta—. ¡Halesowen, Halesowen! —gritó, lanzando sus manos al aire—. No me puedo creer que nunca te ficharan para las grandes ligas como hicieron con un par de compañeros tuyos. Nunca recibís la gloria que merecéis, como sí hacen los delanteros.

Matheson intentaba mantener una sonrisa educada, pero a la vez trataba de alejarse de él.

—Sí, algunos de ellos tienen casas grandes y coches lujosos, pero los porteros no, ¿verdad, amigo?

La mandíbula del hombre se tensó.

—Aunque también es verdad que os tiráis la mayor parte del partido quietos, sin moveros, ¿eh? Son los otros los que se dejan los huevos durante noventa minutos. Me juego lo que sea a que estáis con el móvil casi todo el partido —dijo Penn, riéndose de forma ofensiva.

Peter Matheson no parecía contento. ¿Quién iba a saber que Penn podría llegar a ser tan desagradable?

—Venga, amigo, ya es suficiente.

—No, si yo estoy contigo, tío. Es una mierda que te mandaran a paseo, pero supongo que estabas empezando a perder un poco de tu chispa.

La rabia empezaba a hacerse notar en las mejillas de Matheson.

A Stacey le había preocupado que sus compañeros intervinieran, pero parecían estar disfrutando del espectáculo tanto como ella.

La agente se inclinó hacia un chico de unos veinte años que tenía a su derecha.

—Parece que ese exfutbolista está a punto de liarla —dijo.

Ella se alejó de él, una vez estuvo segura de verlo coger su teléfono.

Matheson se cruzó de brazos.

—Me refiero a aquel partido contra Kidderminster. No me podía imaginar que aquel gol fuera a entrar.

—¿Es que eres un experto? —preguntó Matheson apretando mucho los dientes.

—No. Pero viendo a ese tipo... —respondió Penn mientras hacía un pequeño movimiento con los pies, deslizándolos, lo cual hizo que aparecieran unos cuantos móviles más—. Bueno, no es que fuera Ronaldo que digamos, ¿eh?

—¿Estás intentando...?

—¿Cuántos años tenía, casi cincuenta?

—Tenía treint...

—Cincuenta y pocos. Vamos, que ya estaba un poco mayor.

—Ya es hora de que te vayas a la puta m...

—Es verdad, la defensa hizo el ridículo dejándolo pasar, pero estaba seguro de que lo detendrías.

—Ya he oído suficiente...

—Pero te la coló sin problemas, ¿eh? El viejo fue demasiado rápido para ti, ¿a que sí?

—Escucha.

—¿Te estabas echando una siesta?

—Por el amor d...

—¿Estabas mandándole un mensaje a alguien?

—Te advierto que...

—¿O es que simplemente el viejo aquel era mejor que tú?

—Cierra el p...

—Ay, amigo, perdiste contra un jubilado. Ya estabas acabado.

—Apártate.

—El abuelo te la lio. No pudiste estar a su altura y evitar que la pelota llegara al fondo de la red.

—Podía haberla parado, joder. Dejé pasar la pelota —gritó Matheson a la cara de Penn.

El sargento se quedó quieto.

—¿No me has oído, zoquete? Te he dicho que no perdí el partido. La dejé pasar.

Stacey miró alrededor de la barra, que ahora estaba en silencio.

Según sus cálculos, unas treinta personas habían escuchado la confesión, y una docena de teléfonos la había grabado.

Penn dio un paso atrás.

—Vale, señor Matheson, muchas gracias por despejar la duda.

Capítulo 61

—Oh, mierda —dijo Stacey, leyendo el mensaje que acababa de recibir.

—¿Qué pasa? —dijo Penn, mirando en su dirección en la oscuridad del coche.

—Han requerido a Devon en el trabajo.

—¿Es algo poco frecuente? —preguntó Penn, aunque sabía que no lo era.

—No, pero es inoportuno —dijo, recuperándose—. Teníamos planes para esta noche, eso es todo.

—Bueno, quizá mañana —sugirió Penn, volviendo a concentrarse en la carretera.

Estaban a menos de un kilómetro de su piso, vacío. Un lugar en el que no le agradaba demasiado estar en aquel momento.

Podría responder a Devon con un mensaje pidiéndole que volviera a casa o preguntarle a Penn si quería entrar a tomarse un café. Pero ambas acciones provocarían curiosidad y preguntas. Devon sabía que a Stacey no le importaba quedarse sola en casa, y nunca había invitado a Penn a un café allí, por más veces que la hubiera dejado en la puerta.

Stacey no pudo evitar que su mirada recorriera todo a su alrededor cuando se estaban acercando ya al piso.

Nada.

Respiró aliviada y se obligó a actuar con la mayor naturalidad posible.

—Gracias por el viajecito al borde del infarto, Penn, y también por una noche tan entretenida. Tenemos que repetirlo alguna vez.

—Gracias por la ayuda, Stace —respondió mientras ella salía del coche.

Cerró la puerta del copiloto y echó otro vistazo antes de abrir la puerta del edificio. Esperó a que se cerrara y se bloqueara a su espalda antes de subir por las escaleras a la primera planta.

Lanzó un suspiro de alivio al cerrar la puerta de su casa tras de sí, sin llegar a apreciar del todo hasta qué punto le había asustado la posibilidad de ver a Terence Birch merodeando por alguna parte.

Antes de encender ninguna luz, se dirigió al dormitorio y echó un vistazo por la ventana.

La luz de seguridad se había activado y no se veía ninguna sombra oscura.

Si hubiera tenido un gato, era consciente de que en aquel momento le estaría hablando. Le habría dicho que no había nada de qué preocuparse y que se estaba angustiando por algo sin importancia.

Recorrió la casa cerrando todas las cortinas y encendiendo las luces. Puso la televisión en el canal de noticias por el mero hecho de sentirse acompañada por algunas voces.

Cuando se quitó la ropa de trabajo, su teléfono emitió un sonido, sobresaltándola. Deseaba que se tratara de Devon, diciéndole que había sido una falsa alarma en el trabajo y que ya estaba de camino a casa. La desanimó ver que se trataba de Alison, que le enviaba algunos enlaces útiles relacionados con la conversación que había mantenido con ella unas horas antes.

Se sentó en la cama e hizo clic en el primer artículo. Describía el asesinato en 2017 de Kerri McAuley, de treinta y dos años, a manos de su exnovio, que primero la había acosado con mensajes y llamadas.

Leer aquello no contribuyó a tranquilizarla, pero se sintió obligada a abrir el siguiente enlace.

La segunda noticia detallaba el caso de Stewart Taylor, de treinta y tres años, al que había matado la persona que estaba acosando a su mujer, que sobrevivió al ataque, pero quedó con lesiones irreversibles.

—¡Joder! Gracias, Alison —exclamó Stacey, que optó por no seguir leyendo. Su amiga no tenía ni la más remota idea de que la persona por la que le había mostrado preocupación en realidad era ella misma y de que aquellos artículos no eran especialmente útiles.

Se puso unas mallas y una sudadera y pospuso la ducha para un poco más tarde. Lo único que deseaba en ese momento era coger una manta y echarse una copa de vino, acurrucarse en el sofá y esperar a que Devon llegara a casa.

Volvió a escuchar el sonido de una notificación que apareció en su teléfono; Stacey lo cogió. Si era su supuesta mejor amiga mandándole más material de lectura, podría quedárselo para ella, por el amor de Dios; encontraría la forma de decírselo.

Se sorprendió al comprobar que no era un mensaje de texto, sino una notificación de Facebook. Pulsó el botón de Messenger y dejó escapar un grito. Tenía ante sí un mensaje de un usuario de Facebook. Una persona había creado una cuenta en la red social para enviárselo. Luego, había eliminado la cuenta, con lo que el mensaje era anónimo.

No pudo evitar hacer clic en él.

¡¡¡Espero que no te sientas sola esta noche!!!

Dejó caer el teléfono como si fuera a morderla. De repente, empezó a sudar por todo el cuerpo. Cada vez que pensaba que ya había pasado lo peor, él hacía algo que volvía a trastocar su vida. Le estaba transmitiendo de forma evidente que no se iba a ir a ninguna parte.

Tardó aún un poco más en darse cuenta de que él sabía que estaba en casa y, lo que era más importante, que estaba sola.

Apagó la luz y fue corriendo hacia la ventana del dormitorio, con el corazón latiendo de forma que parecía ir a salirse de su pecho. Abrió la cortina unos centímetros y rastreó la zona. Nada. Empezó a respirar algo más tranquila y tomó algo más de aire para dirigirse hacia el salón. Repitió el mismo proceso.

Y allí estaba él, apoyado en la pared de enfrente, mirando fijamente hacia la ventana.

Un grito escapó de sus labios mientras volvía a echar la cortina con firmeza, como si al hacerlo el hombre fuera a desaparecer.

Sentía el impulso de romper a llorar. ¿Cómo coño había aguantado Charlotte algo así durante años sin volverse loca?

«Piensa, piensa, piensa», se decía a sí misma mientras trataba de regular su respiración.

Sopesó sus opciones. Podría avisar a un coche patrulla. Podría llamar a Devon y contarle la verdad. También tenía la opción de contactar con cualquiera de sus compañeros, que acudirían en un abrir y cerrar de ojos. Pero cada una de esas posibilidades le pondría la etiqueta de víctima —débil, dependiente, vulnerable— y le entregaba todo el poder a él.

Por el momento, el hombre no había realizado ninguna acción física. Stacey sospechaba que había saltado de un arbusto junto a su edificio. Pero no podía estar segura. Sospechaba que había estado en el callejón trasero la noche anterior. No podía estar segura. Sospechaba que le había enviado flores. No podía estar segura. Sospechaba que le había enviado un mensaje por Facebook. No podía estar segura.

—De acuerdo, pedazo de cabrón —dijo ella, incorporándose por completo. Había llegado el momento de terminar con todo aquello. Ella no era ninguna víctima, ese hombre no iba a intimidarla.

Cogió las llaves y el teléfono, salió por la puerta y bajó las escaleras. El miedo se iba transformando en rabia a cada paso que daba.

Cerró de golpe la puerta del edificio tras de sí, haciendo que la mirada de Terence se trasladara desde la ventana hacia abajo. Su expresión de sorpresa se desvaneció con rapidez, siendo sustituida por una mueca de desdén.

—¿Qué coño estás haciendo, Birch? —preguntó, cruzando la calle.

Hizo un gesto de indiferencia.

—Estamos en un país libre. Puedo ir donde me dé la gana.

—La verdad es que no; hay leyes que prohíben lo que estás haciendo —gritó.

—He salido a dar un paseo, necesitaba parar y descansar un poco —respondió—. ¿Qué ley me prohíbe hacer eso?

Vale, esa era su primera estrategia para defenderse.

—La misma que te impide que estuvieras anoche en el callejón que hay detrás de mi piso.

Negó con un gesto de la cabeza.

—Qué va, no era yo. Estuve en casa toda la noche. —La miró de cerca—. ¿Te estás imaginando cosas, amor?

—No te atrevas a llamarme así —espetó Stacey, sintiendo un asco profundo al escuchar aquella palabra cariñosa de sus labios—. Las flores terminaron en la basura, pero mis compañeros las vieron antes de que eso pasara.

—¿Qué flores?

Su constante negación iba quitando algo de fuerza a la rabia que sentía. Sabía que había sido él, pero ser capaz de demostrarlo era otra historia.

—Déjame en paz, Birch. Yo no soy Charlotte. No voy a tolerar esta mierda durante años.

—Ya he superado lo de Charlotte —respondió—. He conocido a otra persona.

A Stacey se le revolvió el estómago, pero se mantuvo firme.

—¿Te da igual que sea policía?

El hombre movió la cabeza de lado a lado.

—Podría arrestarte y hacer que te enfrentes a varias acusaciones.

Él miró calle arriba y calle abajo.

—No oigo ninguna sirena, lo cual me deja claro todo lo que necesito saber —dijo mientras una sonrisa enigmática se dibujaba en su rostro—. Sientes exactamente lo mismo que yo.

—¡No! —protestó Stacey—. Estoy casada. Quiero a mi mujer.

—Te perdono ese error. Aún no nos conocíamos, pero tarde o temprano te darás cuenta de que estamos destinados a estar juntos.

—Me das asco, y si no paras, vas a terminar en la cárcel otra vez.

—No pasa nada. Vale la pena por ti, eres digna de ello.

—En serio, Birch. No vas a ganar esta vez. No vas a destruir mi vida.

Se dio la vuelta y volvió a cruzar la calle con toda la determinación que pudo para ocultar el temblor de sus rodillas. La presencia del hombre aquella noche en su casa había eliminado cualquier duda que ella misma había alimentado. Un par de veces había estado tentada de compartir sus sospechas con Devon y la jefa, pero ¿qué podría haberles contado? No tenía pruebas de que hubiera sido él quien se había plantado frente a su casa, quien le había enviado las flores, quien le había mandado un mensaje diez minutos antes. No había hecho nada que ella pudiera probar. Hasta ese momento. Pero, ahora que se había enfrentado a él, no había necesidad de que nadie más se enterara. Le había plantado cara y había sido directa, clara y fuerte.

Solo esperaba —y rezaba por ello— que eso fuera suficiente.

Capítulo 62

—¿No crees que ya tienes bastantes cosas que hacer, Stone? —preguntó Woody, mirando por encima de sus gafas. Kim sabía que su jefe siempre estaba en su despacho antes de la reunión informativa de primera hora de la mañana.

—No, señor.

—¿Me puedes iluminar acerca de cómo te has topado con el caso?

—La madre de Brad Foster era una de las invitadas al último compromiso laboral de la Vidente Sandy.

—¿Y qué problema hay con la investigación que se llevó a cabo hace diez años?

—Ninguno. Fue impecable.

—¿Me estás vacilando?

Kim negó con su cabeza.

—El oficial a cargo de la investigación siguió el protocolo al pie de la letra, basándose en la versión del único testigo. Un chico de quince años.

—Vale.

—Pero es que hubo otro testigo que no vio ninguna furgoneta blanca.

—¿La presencia de la furgoneta blanca respalda el relato del testigo presencial y los acontecimientos posteriores?

—Completamente, señor.

—¿Por qué tengo la sensación de que no estamos en la misma sintonía?

—Porque la versión del testigo ha cambiado. Hace diez años, Josh se detuvo en el bosque para recolocar la cadena de su bicicleta. Ayer nos contó que se paró para reparar un pinchazo.

—Stone, eso no es suficiente —dijo Woody con un tono algo despectivo.

—La importancia está en el detalle, señor. Cuando hablamos con él, recordaba haber reparado el pinchazo de su rueda. Pero, en aquel momento, lo que recordaba era la grasa que tenía en sus manos por haber colocado con ellas la cadena. Tiene veinticinco años y la historia ocurrió hace diez. No existe razón alguna que explique un lapsus de memoria como ese. Recuerda todo lo demás a la perfección.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Quiero que el chico recorra el bosque conmigo. Que me diga exactamente dónde pasó todo, a ver cuál es su reacción.

Woody se sentó en su silla.

—¿Y luego qué?

—Me gustaría enviar un equipo con el georradar —dijo sin más. Mediante ondas de radio, podría detectarse fácilmente cualquier anomalía existente bajo la superficie.

—La zona abarca más de dos kilómetros cuadrados —dijo Woody.

—Lo sé, pero a estas alturas no estoy segura de que Brad llegara siquiera a salir del bosque.

Kim no quiso añadir que su conversación con Rose había agravado la angustia que sentía en el estómago. La amistad entre los chicos había sido, en el mejor de los casos, disfuncional. Pero enterarse de aquello no afectaría la decisión de su jefe, ni en un sentido ni en otro.

Woody se lo pensó un momento.

—No voy a enviar ningún recurso hasta que tengas algo más.

—Entendido —respondió ella, dirigiéndose a la puerta.

—Ah, y, Stone, hay rumores de un vídeo en TikTok con el que Penn tiene algo que ver. ¿Hay algo que tenga que saber?

Woody no vio la sonrisa que se dibujó en los labios de Kim.

—No, señor, probablemente lo mejor sea que lo deje estar.

Capítulo 63

—Que quede claro, si aún diéramos una planta de regalo como premio para quien haya hecho un gran trabajo, ahora mismo estaría encima de la mesa de Penn —dijo Kim, entrando en la sala de la brigada.

Un aplauso tímido recorrió el lugar mientras Kim se servía un café de la máquina.

Penn la había llamado la noche anterior para informarla del incidente, antes de que se hiciera viral en las redes sociales.

Apreció su creatividad y se rio a carcajadas durante por lo menos diez minutos cuando vio el vídeo.

Penn había estado convencido de que algo no encajaba y no había dejado de indagar hasta llegar al fondo del asunto.

—¿Y quién iba a saber que Penn podía ponerse tan desagradable? —exclamó.

—Yo —dijo Stacey, alzando su mano al aire.

—¿Cómo se tomó la noticia la señora Sharpe? —preguntó Kim. Sabía que había sido la siguiente persona a la que Penn había llamado la noche anterior.

—Pues no lo sé muy bien, porque no podía dejar de llorar después de ver el vídeo. Hoy se va a reunir con su abogado y estoy seguro de que le quedan pocos días teniendo que vivir en Hollytree.

—Buen trabajo —felicitó la jefa, y lo dijo muy en serio. Penn había hecho una labor encomiable, pero no fue lo primero en lo que había

pensado cuando se levantó de la cama aquella mañana. Antes incluso de abrir los ojos, las fotos de las víctimas ya estaban fijas en su mente.

—Bien, si soléis tomar algo para alcanzar niveles de energía considerables, tomaos una ración doble. Quiero que redoblemos nuestros esfuerzos en el caso.

Se acercó a la impresora y cogió dos hojas de papel. Con un bolígrafo, rodeó con un círculo a uno de los sujetos de la primera foto.

—Stace, quiero que te centres en las cámaras de seguridad del teatro y estés pendiente por si ves a esta mujer.

Kim le acercó la foto del grupo para que la viera de cerca y luego la pegó con cinta adhesiva en la pizarra.

—Este es nuestro encantador grupo de yoga y esta es Catherine Taylor. Según todas las presentes en la sesión que mantuvieron con Sandy, fue a Catherine a quien de verdad no le gustaron las respuestas que le dieron.

—Me pongo a ello, jefa —dijo Stacey.

—Antes de que empieces a buscarla, quiero que eches un vistazo a las imágenes de Campanilla con el presunto títere. Todos sospechamos que trabajaba con Victoria, pero quiero pruebas. Y luego quiero que lo encuentres.

Los técnicos de la escena del crimen no habían descubierto nada en la casa relacionado con ningún miembro de la familia, así que, en ausencia de los más allegados, tendrían que conformarse con lo que creían que era un compañero de trabajo. Paradójicamente, por el bien de la investigación y para poder interrogar a alguien sobre Victoria, esperaba que aquel hombre estuviera en nómina de la

vidente. Sin embargo, pensando en el bienestar y la tranquilidad de Tiff, deseaba que no.

—Penn, quiero que te pongas con los recibos de Sandy. Quiero enterarme de con quién se reunió el jueves para comer en el Harvester. —Hizo una pausa—. Y, aunque nadie me ha preguntado por él, Richard no ha venido hoy porque les ha dado el día libre a los albañiles.

Sospechaba que la noticia del asesinato de Victoria Sykes le había afectado mucho.

Adhirió la segunda foto en la otra pizarra.

—Este es Bradley Foster, y esta foto es de unos diez días antes de su secuestro. Aunque no tiene un vínculo directo con nuestro caso, hemos encontrado algunas incoherencias en lo que ocurrió el día que desapareció.

Volvió a ocupar su lugar.

—Bryant y yo vamos a indagar un poco sobre eso mientras vosotros dos os ponéis manos a la obra y encontráis algo en lo que podamos trabajar. —Miró a su colega—. ¿Estás listo?

—Eh... jefa, solo una cosa —dijo Penn, con cara de cierta incomodidad.

—Dime.

—El abrigo beige.

—¿El qué? —Ya tenía la cabeza fuera del edificio, en el coche.

—Nos preguntaste por un abrigo beige. Pues a ver, Jasper y yo guardamos algunas cosas de mamá, incluyendo un abrigo beige. Revisé los bolsillos. El forro de uno de ellos estaba rasgado. Encontré

el juego de llaves que llevaba buscando un tiempo para dárselas a Lynne.

Kim no sabía bien qué responder.

—Vale, me alegro de que las encontraras —dijo, cogiendo su chaqueta.

Bryant esperó a que hubieran bajado las escaleras para hablar.

—Vaya, eso ha sido un poco raro.

—Coincidencias.

—Nada de lo que nos ha dicho Richard puede explicar algo así. Además, tú no crees en las coincidencias.

—Siempre hay una excepción que confirma la regla, y eso es todo lo que tengo que decir al respecto.

Prefirió no mencionar la sensación de inquietud que la había invadido.

Capítulo 64

—Oh, pobrecita —dijo Stacey observando a Tiff, de pie en una esquina del recibidor del teatro.

—¿Entiendes que es una mujer adulta que solo tiene algunos años menos que tú? —reaccionó Penn.

—Parece completamente perdida y vulnerable.

—Que era exactamente como se suponía que debía parecer. Es una oficial de policía.

Stacey giró su pantalla y se la mostró.

—Vale, sí, la verdad es que tienes razón. Parece que tiene catorce años.

—Eh, por ahí se acerca —dijo Stacey, volviendo la pantalla hacia sí misma mientras el tipo que estaba en la barra se aproximaba a Tiff.

Puso en pausa la grabación de las cámaras de seguridad un momento y se levantó para coger una Coca-Cola Light junto a la máquina de café. Las había colocado allí para que cada vez que cogiera una tuviera la oportunidad de mirar por la ventana, que le ofrecía una buena panorámica tanto del aparcamiento como de la vía principal.

Apenas eran las nueve de la mañana y ya era su segunda lata. De momento, nada.

Tenía la esperanza real de que su valentía al enfrentarse a Terence Birch hubiera dado resultado. Nunca sería capaz de explicar cómo había podido llegar al otro lado de la calle sin que le fallaran las

piernas, pero, cuando se giró antes de entrar en el edificio, Birch ya se había largado.

Volvió al sofá, se bebió media botella de vino y se sentó en silencio, atenta a cualquier ruido extraño, hasta que Devon regresó justo después de la medianoche.

Se despertó con la renovada esperanza de que aquello fuera ya cosa del pasado y de que Birch hubiera comprendido los errores que había cometido.

Ya no tenía las flores a la vista; estaban en la papelera del vestuario de mujeres.

Y, con todo ello, se sentía preparada para considerar el suceso un pequeño borrón en su estado general de felicidad, guardárselo para sí misma y no darle más vueltas.

Abrió la lata de Coca-Cola Light y reanudó la grabación. Sabía exactamente de qué había tratado la conversación de Tiff, así que se centró en el resto de la gente. No tenía ni idea de cómo iba a ser capaz de identificar a la mujer rubia que la jefa había rodeado en la foto.

El ángulo de la cámara era alto y solo se veía la parte superior de las cabezas de las personas más cercanas a la misma. Sin embargo, podía ver a Tiff con mucha facilidad porque se encontraba en el lado opuesto de la estancia.

La mirada de Stacey volvía una y otra vez a la conversación que tenía lugar en el rincón más alejado. Hubo un sutil cambio en el lenguaje corporal de Tiff mientras avanzaba en su conversación con el tipo. Era como si su tensión se hubiera ido disipando y se estuviera relajando en la charla. Reconocía que Tiff era una actriz decente, pero no tan buena como para hacer algo así. Sus microexpresiones eran muy reveladoras. Le había contado a aquel

hombre la verdad sobre su abuela y se había abierto a todo tipo de emociones: arrepentimiento, tristeza..., pero, sobre todo, esperanza.

Cuando acabó de hablar con él, ya no era una agente de policía con una misión, sino una nieta esperanzada que esperaba contactar con alguien a quien quería. Ahora Stacey podía entender por qué Tiff había discutido con la jefa y con Richard cuando le explicaron las técnicas. Probablemente, Tiff esperaba que aquella persona no fuera uno de los títeres. Para ofrecerle algo de paz interior, Stacey deseaba poder darle ese regalo.

Vio cómo se separaban. Tiff se dirigió hacia las puertas que daban acceso a la sala con expresión inquieta y dubitativa.

El hombre se acercó a la entrada del baño de caballeros y levantó la mano hacia ella.

«Entra, entra, entra», suplicó Stacey en silencio. Supondría algún tipo de confirmación de que no era uno de los títeres.

Aquel tipo miró hacia atrás, hacia donde Tiff había desaparecido de su vista.

Bajó la mano y desapareció por la puerta que tenía a su izquierda. La que daba a los camerinos.

—Cabrón —murmuró en voz baja.

Capítulo 65

Kim y Bryant llamaron a la puerta del piso de Josh Adams por segunda vez en dos días.

Un hombre que no era él abrió la puerta.

—Por el amor de Dios, si todavía es por la mañana tempr...

La identificación policial que le pusieron delante de la cara hizo que se callara.

—No tanto, cielo. Yo ya he tenido dos reuniones, me he tomado cuatro cafés y estoy empezando a pensar en el almuerzo. —Hizo una pausa—. ¿Está en casa su compañero de piso? —preguntó, intentando mirar hacia detrás de él.

El hombre se encogió de hombros y se revolvió aún más su ya despeinado cabello.

—No sé, he llegado hace apenas un par de horas —dijo, alejándose un paso de la puerta—. Eh... ¿Tengo que invitarlos a entrar?

—¿Lo pregunta porque cree que existe algún tipo de sanción legal por dejarnos aquí plantados o porque piensa que somos vampiros? —preguntó Kim.

—Mmm... Solo... Pasen —ofreció, y acto seguido abrió una puerta que quedaba a su izquierda.

—Amigo, tienes... Josh, tío... ¿estás despierto?

Solo se escuchó el silencio por respuesta.

El tipo se inclinó y encendió la luz.

—Vaya, lo siento, no está.

—¿Podemos echar un vistazo rápido? —preguntó Bryant.

—No les estoy mintiendo —dijo, empujando la puerta para abrirla del todo.

Kim se puso a su lado. La habitación estaba limpia y ordenada, con muy pocos indicios de que recientemente la hubiera estado ocupando alguien.

—¿Qué es eso? —preguntó Kim, dando un paso hacia el interior de la habitación.

—Espere un momento. No, no soy tan estúpido. No van a entrar en su habitación sin una orden de registro.

Por supuesto, él tenía razón, lo cual no sirvió para mejorar el humor de Kim.

Antes de que la inspectora se lo pidiera, entró en la habitación y rescató la hoja de papel que había sobre la almohada.

—¡Anda, es una nota, para mí! —dijo, empezando a leerla.

—¿Querría compartirla con nosotros? —preguntó Kim, asegurándose de no cruzar el umbral de la habitación.

—Dice: «Para Jacko». ¡Ese soy yo! —explicó innecesariamente.

Kim hizo un gesto que indicaba que ese dato le resultaba obvio.

—«Tengo que perderme por un tiempo» —continuaba la nota—. «Han vuelto a mi vida algunas mierdas del pasado que me están jodiendo un poco, así que necesito aclarar mis ideas. El alquiler de

las próximas tres semanas está en la lata. A partir de ahí, ya me pongo en contacto contigo y te cuento».

—Se ha largado —dijo Jacko, como si no acabara de leer aquello en voz alta.

—¿Alguna idea de a qué se refiere en la nota? —preguntó Kim, fingiendo ingenuidad y poniéndose así al nivel de Jacko.

—No, pero probablemente tenga que ver con el asunto por el que ustedes hayan venido —respondió Jacko, no dejándose engañar por su jugada—. Sé que le pasó algo de niño, con aquel chico al que mataron y esa historia, pero nunca me ha hablado de ello. Lo conozco desde hace solo un par de años.

—¿Y cómo se conocieron? —preguntó Bryant.

—Puse un anuncio en la ventana de un quiosco buscando compañero de piso porque el anterior se casó. Josh me llamó cuando lo vio. Parecía un tipo bastante decente.

«Otra cosa más, como volver a casa solo, que los hombres pueden hacer de forma casi inconsciente, sin pensarlo demasiado. Las mujeres que buscan compañero de piso no pueden permitirse el lujo de asumir sin más que alguien parece decente».

—¿Le pareció una persona extraña en algún momento? —preguntó Kim.

—No es que seamos como hermanos. No somos amigos. Compartimos piso porque no podemos pagarnos el alquiler por nuestra cuenta. A veces nos cruzamos en la cocina y echamos un rato juntos, pero eso es todo.

—Ha dicho que no le ha hablado mucho de su pasado, pero, por lo que parece, sí lo conocía lo suficiente como para preguntarle por él.

—No, no fui yo. Me la trae floja, siempre que apoquine el dinero del alquiler. Fue una antigua novia que tuve. Fue al colegio con él y se acordaba tanto de él como del otro chico. Ella le preguntó por el tema. —Hizo una pausa—. La verdad es que se puso un poco de mala hostia.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué? —preguntó Bryant.

—Porque Tilly, o sea, mi exnovia —detalló, a pesar de que se sobreentendía—, empezó a decirle que siempre estaban los dos juntos y que Josh solía ir detrás del otro. Le dijo que era su perrito faldero y le preguntó cómo de íntimos eran.

De momento, esa Tilly parecía bastante insoportable.

—Se pilló un rebote y se fue a su habitación.

«Probablemente yo habría hecho lo mismo», pensó Kim.

Se alejó del dormitorio. No encontraba justificación alguna para entrar en él. Josh Adams no era sospechoso en ninguna investigación en curso, y tampoco estaba en peligro. Simplemente se había quitado de en medio, y ella no podía invadir su intimidad solo porque pensara que mentía.

Convencida de que su compañero de piso no le iba a decir nada más que pudiera resultarles útil, le ofreció su tarjeta y salió de la casa.

—Vale, me apunto —dijo Bryant mientras bajaban las escaleras.

—¿A qué?

—A seguir de cerca este caso. Es obvio que algo raro pasa con este Josh, y la madre de Brad merece respuestas.

—Aunque no quiere que le hagamos preguntas difíciles —observó Kim—. ¿Y ahora qué, Bryant? No tenemos nada que ofrecerle a

Woody. No va a enviarnos un equipo al bosque solo porque Josh Adams se haya tomado un poco de tiempo. Necesitábamos algo más que eso —dijo mientras llegaban al coche.

—Bueno, ya es hora de que dejemos de esperar a toparnos con algo, vayamos nosotros mismos a echar un vistazo a ese bosque.

Kim sonrió mientras se subía al coche.

La verdad es que le encantaba cuando por fin llegaba el momento en el que Bryant coincidía con su forma de pensar.

Capítulo 66

—Hay que admitirlo, es increíblemente buena —reconoció Bryant mientras conducía en dirección a Tettenhall. Iban de camino al bosque cuando recibieron una llamada de la ayudante de detective.

El sargento tenía razón. Stacey había tardado menos de una hora en averiguar que el títere se llamaba Neil Dobson. Tenía veintidós años y vivía a unos tres kilómetros de Wolverhampton.

Dado que tenía acceso a los pasillos traseros del teatro, Stacey dedujo que tendría que presentar algo que acreditara su identidad, y la mánager le confirmó que lo había hecho a través de su carnet de conducir. Aunque no le pudo facilitar su dirección debido a la ley de protección de datos, sí que le ofreció algunas pistas que indicaban que no vivía demasiado lejos del teatro. Gracias al casi perfecto dominio que Stacey tenía del censo electoral, en quince minutos había localizado su dirección.

—Me ha dado la impresión de que parecía estar un poco cansada —dijo Kim, recordando los ojos ligeramente inyectados en sangre de la agente.

—Recién casada, fase de luna de miel. Es probable que se haya pasado la noche sin dormir...

—Vale, Bryant. Más información de la que necesitaba —dijo, sacudiendo la cabeza con desesperación.

—Oye, ¿has oído hablar de la Tettenhall Dick?

—¡Ay, Dios! —suspiró Kim.

—Es una pera.

—¿Cómo? —preguntó ella, sabiendo que se lo iba a explicar independientemente de que se interesara por ello o no.

—Un tipo de pera, sí. Una variedad originaria de Perton que data de antes del siglo XVIII. Son pequeñas y secas, y se usan para hacer sidra de pera.

—Vale, un poco mejor que hablar de las intimidades de Stacey, pero tampoco me parece un tema de conversación brillante.

Bryant hizo un gesto de indiferencia que parecía indicar que no tenía nada mejor que ofrecerle y giró a la izquierda detrás de un parque pequeño.

—Esa —dijo Kim, señalando un pareado de ladrillo rojo en cuya entrada había un Citroën pequeño.

—¿Seguirá viviendo con sus padres? —preguntó Bryant mientras aparcaba.

—A menos que gane más engañando a la gente de lo que pensamos —respondió Kim, saliendo del coche.

Bryant gruñó, señalando su disconformidad con aquella posibilidad, mientras subían por el sendero.

Nada más llamar abrió la puerta el mismo hombre que Kim había visto hablando con Tiff. Iba descalzo y vestía unos vaqueros y una camiseta de un grupo musical.

—¿Neil Dobson? —preguntó la inspectora, mostrando su identificación policial.

El chico asintió y abrió la puerta.

—Vienen por lo de Victoria, ¿no?

La noticia había ya aparecido en los medios de comunicación una hora antes.

—Solo queremos hacerle un par de preguntas —dijo ella, siguiéndolo hasta un salón decorado con colores crudos.

—Por favor, siéntense —invitó, esperando a ver dónde lo hacían antes de tomar asiento él mismo—. ¿Quieren tomar algo?

A pesar de lo que hacía para ganarse unas libras, no se podían criticar sus modales.

—No, tan solo nos gustaría preguntarle acerca de su relación con Victoria.

—Por supuesto —dijo, sacando un taburete y colocándolo frente al televisor—. Es increíble, no me puedo creer que esté muerta.

—¿Tenía un vínculo estrecho con ella? —preguntó Kim, tratando de determinar la naturaleza de la relación entre ambos.

—Yo no diría tanto. Nos reíamos juntos de vez en cuando.

Kim tuvo la tentación de preguntar si lo hacían de la gente a la que timaban en el espectáculo. La imagen de ambos maquinando a espaldas de Campanilla entre risas hizo que le hirviera un poco la sangre, pero logró contenerse.

—A los dos nos gustan las comedias clásicas de la saga Carry On —dijo para aclararlo al ver que Kim permanecía en silencio—. Era inapropiado, lo sé, pero solíamos reírnos hablando de esas películas.

—¿Trabajaba para ella? —preguntó Kim, queriendo avanzar.

—Más o menos —respondió con cautela.

—¿Prestaba un servicio y recibía un dinero por él? —reformuló Kim.

Él asintió.

—Señor Dobson, no tiene sentido alguno intentar ocultarnos lo que hacía para Victoria. Ya sabemos que sonsacaba información personal a algunas personas del público y luego se la pasaba a Victoria para que la utilizara en su espectáculo.

La sorpresa de Neil ante todo lo que ya sabían era evidente. No hizo ningún esfuerzo por negarlo.

—¿Puede contarnos cómo empezó todo?

—Mi madre compró entradas para ir con mi padre a un espectáculo hará unos tres años. Los dos se pusieron enfermos con gripe y no pudieron ir. Yo no tenía nada que hacer, así que fui.

Por lo que Tiff le había contado a Kim, parecía que el chico no se alejaba demasiado de la realidad cuando engañaba a la gente.

Continuó.

—De hecho, iba a preguntar en el teatro si tenían algún trabajo a tiempo parcial disponible, pero Victoria se acercó y me preguntó si podría echarle un cable cuando estuviera de gira.

—¿Viajó por el país con ella? —preguntó Bryant.

—No, solo cuando actuaba dentro de las Midlands. Cualquier lugar a más de cincuenta kilómetros ya no me merecía la pena.

—¿Y qué acuerdo tenían? —preguntó Kim.

Neil pareció un poco incómodo.

—Solo charlar con un miembro del público, obtener algo de información y transmitirla.

—¿Solo con uno? —preguntó Kim, un tanto incrédula.

—Sí, sí, nunca más de una persona. Creo que lo usaba como plan alternativo en caso de que los espíritus no se manifestaran.

—Un momento —reaccionó Kim—. ¿Me está diciendo que solo engañaban a una víctima en cada número, y que el resto de las lecturas y predicciones eran completamente auténticas?

Percibió un atisbo de furia en la mirada del hombre por las palabras que había elegido, pero consiguió ignorarlas y respondió a la pregunta.

—Solo una. Y sí, creo firmemente que era auténtica. Si la hubiera visto en acción...

—La he visto —dijo Kim—. Estuve en el espectáculo del martes por la noche. Su víctima era una de mis agentes.

Se quedó con la boca abierta.

—¡No me joda!

Kim se quedó callada.

—¿Era agente de policía?

La inspectora asintió.

—¡Joder, debería haber sido actriz! Me engañó por completo —dijo, incrédulo, moviendo la cabeza de lado a lado.

—Creo que usted también la engañó por completo a ella —respondió Kim, recordando la expresión taciturna de Tiff en el coche y la frialdad en su tono al hablar.

—No me siento mal —explicó—. No me dedicaba a hacerle daño a nadie, solo pasaba algo de información y ya lo demás era cosa de Victoria.

Entablar otro debate sobre lo positivo y lo negativo de las lecturas fraudulentas era una pérdida de tiempo. Eso no iba a ayudarlos a encontrar al asesino de Victoria.

—¿Le pareció que últimamente estuviera actuando de forma extraña?

—No.

—¿Le mencionó algo relacionado con alguna llamada rara que le hubieran hecho, o quizá que pensara que la estuvieran siguiendo?

—Qué va, seguro que no, recordaría algo así. Victoria no era muy de compartir sus cosas. Al margen de las películas de Carry On, no tengo ni idea de qué le gustaba o le disgustaba. Me enviaba un mensaje cuando quería que trabajara para ella. Yo acudía. Charlábamos un poco y me ponía manos a la obra. En cuanto terminaba su actuación, me pagaba y me iba. No tuvimos conversaciones largas ni nada que se le parezca.

—¿Alguna vez le habló de la familia?

Neil respondió negativamente con un gesto.

—¿Le dio la impresión de que existiera tal cosa?

—La verdad es que no sabría decirle. Supongo que de forma inconsciente siempre pensé que existía un marido o algún tipo de compañero que decidió no involucrarse en su trabajo.

Kim sintió curiosidad.

—¿Qué le hacía pensarlo?

Su rostro se tensó un poco.

—Supongo que el hecho de que nunca me pareció una persona solitaria. Siempre estaba muy animada, alegre. Asumí que habría

alguien esperándola en casa.

De nuevo, Kim recordó que Victoria parecía feliz estando sola.

A la inspectora le estaba quedando claro que la persona más cercana a la vidente con la que podían hablar no era en realidad demasiado cercana. Estaba a punto de darle las gracias por atenderlos cuando el chico hizo un gesto de inquietud.

—Sí que dijo una cosa un poco rara, me acabo de acordar. Llegó unos minutos tarde y yo estaba en el camerino esperándola.

—¿Era eso algo inusual?

Neil asintió.

—¿Y qué fue lo que dijo?

—Algo así como que estaba feliz por no dedicarse ya a hacer lecturas privadas.

—Continúe —instó Kim.

—En realidad, eso es todo. Dijo que recordaba que eran muy agotadoras.

A Kim le intrigaba saber por qué habría dicho algo así. ¿Qué la habría hecho acordarse de lo agotadoras que eran? Solo podía significar que había tenido una sesión de ese tipo recientemente que se lo habría hecho recordar. Sin más detalles que ese, su teoría de que se había reunido en privado con su asesino no tenía demasiado fundamento.

Por fin, se puso de pie.

—Gracias por su tiempo. Si necesitamos algo más, nos pondremos en contacto con usted.

Se dirigió a la puerta y luego se giró un momento.

—Solo por curiosidad, después de hablar con nuestra agente, le contó a Victoria lo de las patatas fritas saladas, ¿verdad?

—¿Cómo?

—¿Le dijo a Victoria que a la abuela de la agente le gustaba comer patatas fritas saladas?

Neil negó con la cabeza. No tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo.

Kim hizo una mueca de desagrado.

—Vale. De nuevo, gracias por su tiempo.

Capítulo 67

Eran más de las diez de la mañana cuando aparcaron junto al límite occidental del bosque, y a Kim le pareció que debía tener un aspecto bastante similar al que presentara aquel día, casi diez años atrás.

Esa parte del bosque estaba flanqueada por cerezos en flor; los más madrugadores, como los llamaba su madre adoptiva, que florecían pronto antes de convertirse en hojas. La densidad de las flores habría dificultado hasta hacer casi imposible la visión hacia el interior del área boscosa.

—O sea, habrían entrado por aquí —dijo Kim, siguiendo un sendero muy trillado que serpenteaba entre árboles y arbustos. No existía un camino sin curvas por el que se pudiera ver a una cierta distancia en línea recta, lo que debía hacer muy divertido atravesar aquel bosque en bicicleta todas las mañanas.

Kim se había adentrado ya unos cincuenta metros en la arboleda y estaba a punto de instar a Bryant a que no se rezagara cuando oyó un ruido como de hojas o ramas crujir más adelante.

Se volvió hacia su compañero con un dedo en los labios y luego le hizo un gesto con la palma de la mano, indicándole que no se moviera. Bryant asintió en señal de comprensión mientras ella miraba al suelo para tener cuidado de dónde pisaba.

Sus movimientos le hicieron recordar algo que ocurrió cuando tenía once años. Su madre adoptiva, Erica, había hecho una tarta de chocolate rellena de fresas frescas y nata montada. Ella se había negado a probar bocado, muy testaruda, rechazando aún todos los esfuerzos de la mujer por hacerla sentir a gusto, como en su propia casa. Se despertó durante la noche y solo podía pensar en aquella

tarta. Bajó con sigilo, caminando sobre las tablas del suelo que crujían con toda la suavidad posible. La tarta estaba aún mejor de lo que se había imaginado. Subió a hurtadillas de vuelta a la cama y fingió que aquello nunca había sucedido. Y ahora se encontraba imitando aquellos movimientos.

El camino seguía serpenteando entre árboles en flor, pero un movimiento de algo azul que se produjo por delante llamó su atención.

Cinco metros más allá, entró en un claro. Un tronco caído bloqueaba un camino que conducía hacia fuera del bosque, en dirección opuesta a la carretera principal.

Sentado en el tronco estaba Josh Adams.

Ambos se miraron en silencio.

Parecía como si los dos supieran que iban a encontrarse en aquel lugar.

Kim se sentó a su lado.

—Ay, Josh, sabemos que nos está mintiendo. Lo que sea que no nos está contando le está consumiendo. ¿Está listo para liberarse de una vez por todas?

—No creo que pueda aguantar mucho más.

Kim se puso de pie.

—Creo que más vale tener esta conversación en la comisaría.

Capítulo 68

—Me está entrando hambre viendo esto —dijo Penn mientras observaba cómo servían otro plato del brunch en una de las mesas.

Las imágenes grabadas por las cámaras de seguridad que el restaurante Harvester de Stourbridge les había enviado recogían tres ángulos diferentes y comenzaban dos horas antes del momento en el que se emitió la cuenta que encontraron en casa de Sandra.

—¡Por fin! —exclamó al ver a Sandra Deakin.

Pausó un momento la grabación y miró en dirección a su compañera.

—Oye, no me has echado la bronca por hablar solo en voz alta. ¿Qué pasa?

—¿Has dicho algo? —preguntó sin apartar los ojos de la pantalla de su ordenador.

—¿Has encontrado alguna cosa en el teatro?

—No estoy segura, te lo digo en un momento.

Penn volvió a su tarea y siguió viendo la grabación.

Sandra Deakin pidió un café y una especie de pastel con frutas. Estaba ya dando buena cuenta de ello cuando llegó su acompañante. La persona que se sentaba en la mesa de enfrente no era otra que Monty Dunhill, el hombre que le había mentido sobre el hecho de haberse reunido con ella.

Penn estaba a punto de compartir esta información con su compañera, pero vio que ella miraba su pantalla de forma seria y contemplativa. Podía esperar.

Se volvió hacia su ordenador y observó la interacción entre Sandra y Monty.

El hombre se sentó, pero lo hizo de lado, con las piernas cruzadas, de modo que quedaba de perfil a la mesa. Parecía tener una actitud despreocupada y distraída, como si no le estuviera prestando a Sandra toda su atención.

Un camarero le sirvió una taza pequeña, que Penn supuso que era un expreso. No hizo gesto alguno al camarero, ni tampoco le dio las gracias.

Sandra apartó su pastel a medio comer y se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa y la barbilla en las manos. La diferencia entre la postura de ambos llamaba la atención; incluso sin poder oír la conversación, estaba claro quién ostentaba el poder.

Parecía que Sandra era la única que hablaba y Monty se limitaba a hacer gestos de indiferencia de vez en cuando, encogiendo los hombros. A veces dirigía la mirada alrededor del restaurante mientras Sandy hablaba, mostrándole una total falta de respeto.

La postura de Sandy se volvió más animada y enérgica. Se movía en su asiento, usando las manos mientras hablaba. Monty volvía a cruzar sus piernas una y otra vez, y daba sorbos a su bebida de forma tranquila.

Penn estaba loco por atravesar la pantalla y enseñarle modales a aquel tipo.

No había duda de que ella estaba pidiendo algo que él no estaba dispuesto a darle.

Tras lo que pareció una última súplica, Monty apuró su taza, hizo un gesto de negación con la cabeza y se puso de pie.

Al pasar junto a ella, se inclinó y le susurró algo al oído, tras lo cual Sandra se cubrió la cara con las manos.

Dos minutos después, la vidente pagó la cuenta y salió del local.

Penn se echó hacia atrás en su silla. Stacey hizo lo mismo.

—Lo tengo —exclamó el sargento, ahora que tenía la atención de su compañera—. Tengo a Monty en las imágenes de las cámaras de seguridad.

—Sí, yo también —dijo Stacey justo en el instante en el que la jefa y Bryant entraban en la sala.

Capítulo 69

Kim bajó las escaleras sintiendo una excitación creciente en el estómago. Estaba a punto de resolver dos misterios y al menos uno de ellos, o tal vez ambos, incluía asesinatos. Había puesto al día a Woody y le había solicitado que mantuviera alerta al equipo del georradar. Esperaba tener algo sólido de inmediato.

Penn había ido a buscar a Monty Dunhill para traerlo a comisaría e interrogarlo, y ella le había facilitado a Josh una bebida, un bocadillo y algo de tiempo para pensarse lo que les quería decir. No estaba detenido. Podía irse cuando quisiera. De momento, todo lo que tenía sobre él era que les había metido, así que tenía que manejar la situación con astucia.

Por eso lo iba a interrogar a solas.

—¿Todo bien? —le preguntó, cerrando la puerta tras de sí.

El bocadillo había desaparecido y la taza estaba medio vacía.

—¿A dónde iba exactamente? —preguntó Kim, señalando con la cabeza la bolsa de viaje que tenía a sus pies.

—No lo sé. Tan solo no quería estar en mi piso cuando volviera.

—¿Estaba seguro de que lo haría?

—Claro, su cara reflejaba con claridad que no había terminado conmigo.

—¿Eso le puso nervioso?

Pensó antes de asentir.

—Supongo que me he tirado los últimos diez años esperando a que apareciera alguien como usted.

—¿Por eso no ha avanzado nada en su vida? ¿Por eso no tiene trabajo fijo o novia?

—Tal vez. A ver, no estoy orgulloso por haberles mentido, pero no sabía qué otra cosa podía hacer.

Aquella era la primera vez que admitía que les había mentido.

—¿Habían discutido? —preguntó Kim.

Su rostro cambió. Su cara de preocupación se volvió mucho más tensa.

—¿Es eso lo que piensa?

—Podría haber ocurrido.

Su mente parecía estar trabajando a toda máquina y Kim podía adivinar en su rostro una expresión de arrepentimiento, ya fuera por sus acciones de diez años atrás o por haber accedido a tener una conversación con ella; no estaba segura de cuál de las razones era la verdadera.

—Creo que quiero un abogado —dijo, afirmando con la cabeza tanto hacia ella como para sí mismo.

—¿Por qué ese cambio? —preguntó la inspectora, confusa.

—Necesito comprender la gravedad exacta de mi situación antes de contarle nada.

—Creí que quería sincerarse, quitarse un peso de encima.

—Y quiero, pero, una vez haya hablado, no tendré manera de retirar lo que diga. Necesito asesoramiento legal.

—Josh, ¿le hizo daño a Brad?

—Sin comentarios.

El procedimiento estándar no la limitaba porque el hombre aún no estaba arrestado. Una vez se le hubieran leído sus derechos, no podría preguntarle nada a partir del momento en el que solicitara los servicios de un abogado, pero a esas alturas sí que podía. Él era libre de hacerle un gesto obsceno con el dedo corazón y largarse.

—¿Intentó seducirlo?

—Sin comentarios.

—¿Estaba enamorado de Brad?

—Sin comentarios.

—¿De verdad vio una furgoneta blanca?

—Sin comentarios.

—¿Llegó a salir Brad de aquel bosque?

Una expresión de duda.

Se humedeció los labios.

—Ya se lo he repetido varias veces: sin comentarios.

Capítulo 70

—¡Joder! —se quejó Kim, dirigiéndose de nuevo hacia la sala de la brigada.

Había estado muy cerca. Casi había logrado obtener las respuestas. Por su experiencia, lo más lógico era que un abogado le aconsejara que mantuviera la boca cerrada, y ella no había sido capaz de sacarle información alguna.

Repasó la conversación en su mente para tratar de descubrir dónde lo había perdido. Parecía que la primera pregunta que había salido de su boca le había recordado la magnitud de lo que estaba confesando y que estaba hablando con una agente de policía. Su deseo de poder ofrecerle a Rose una sensación de cierre y un cuerpo que enterrar se desvanecía por momentos.

Aunque Josh no estaba detenido, estaba solicitando un abogado desde la sala de interrogatorios. Ella tenía la esperanza de que, al permitírselo, de repente cambiara de opinión y admitiera lo que había hecho.

No tenía más remedio que esperar a que estuviera dispuesto a hablar, pero esperar era algo que no se le daba bien, reconoció para sí misma mientras se servía una taza de té.

Penn irrumpió en la sala.

—¿Lo tienes? —preguntó Kim.

—Y tanto. Arrestado, con sus derechos leídos, esperando y no demasiado contento por ello. Aparentemente hemos elegido un día muy malo para, según sus palabras, molestarlo.

—¿De verdad ha dicho «molestar»? —preguntó Kim.

Penn asintió.

Maldita sea, ese hombre era realmente insufrible. Lo habían detenido como sospechoso de asesinato y actuaba como si no fueran más que una molestia, una avispa rondando alrededor de su comida en un día soleado.

Kim soltó su taza con fuerza sobre el escritorio, haciendo que parte del líquido salpicara por ambos lados. Había llegado el momento de que el señor Dunhill se diera cuenta de que ella ya estaba harta de jueguecitos.

Hizo un gesto con la cabeza a Bryant.

—¿Estás listo?

Ese interrogatorio iba a ser completamente diferente.

Capítulo 71

—¿Qué te dice tu instinto? —preguntó Stacey a Penn.

—Que el hombre es un botarate de primera.

—No sé ni qué es eso, pero me imagino que nada positivo.

—El tío me dijo que no era un buen momento para que lo arrestásemos, que hoy tenía cosas importantes y que si podía volver mañana para detenerlo.

—No me lo puedo creer —dijo Stacey—. Vaya sinvergüenza.

—No hay duda de que el mundo gira en torno a Monty Dunhill. Se cree superior, es arrogante, condescendiente, despectivo... En resumen, no es una buena persona —dijo Penn, tras quedarse sin adjetivos.

—Pero ¿es un asesino?

—Esperemos que la jefa esté a punto de descubrirlo —respondió, apilando los recibos. Penn percibió la cara de concentración de su compañera—. ¿Sigues trabajando con las imágenes del teatro?

—Sí, tengo una cámara en la puerta que ofrece una buena panorámica de la gente que sale cuando acaba el espectáculo. Quiero ver la grabación hasta el final —dijo mientras miraba de reojo hacia la foto del grupo en la que la jefa había rodeado la cara de Catherine Taylor.

Penn puso los recibos por orden de fecha. El que había comprobado y verificado era el penúltimo. El último se correspondía con una pequeña cafetería en Quinton y tenía fecha del sábado. La jefa no lo

había mencionado porque el importe era de apenas unas cuantas libras. Habían supuesto que estuvo allí sola. Pero ¿y si se había reunido con alguien, pero solo pagó su café?

Una búsqueda rápida en Google le permitió obtener el teléfono de la cafetería.

Llamó a aquel número, que estuvo sonando durante lo que le pareció una eternidad. Al final contestó una voz masculina grave que casi gritó el nombre de la cafetería, con un tono no demasiado cordial.

Maldita sea, lo había pillado en la hora punta del almuerzo.

Penn se presentó rápidamente.

—Pues muy bien, amigo, pero, a menos que vaya a hacerme un pedido gigante para toda su comisaría, tengo clientes a los que atender.

«Y yo tengo un asesino al que atrapar», estuvo a punto de replicar Penn, pero se dio cuenta de que no sería su mejor estrategia.

—Seré rápido. ¿Tienen cámaras de seguridad?

—¿Se está riendo de mí? Gano trece peniques por café.

Penn consideró la opción de preguntarle por un cliente al que había atendido un sábado ajetreado, pero supuso cuál sería la respuesta a esa pregunta.

—Tengo que dejarle, amigo, pero el gimnasio de enfrente tiene una cámara que capta un par de mis mesas de afuera, por si eso lo ayuda en algo.

Tras decir eso, colgó.

Penn se preguntó si estaba perdiendo el tiempo investigando la pista de aquel recibo.

Pensó en su compañera, que aún seguía echando un vistazo al teatro a pesar de que el principal sospechoso se encontraba en aquel momento en la comisaría, en la planta inferior.

Hizo una nueva búsqueda en Google. Las cosas no se terminaban hasta que se terminaban.

Capítulo 72

Una vez terminadas las formalidades y en marcha la cinta de grabación, Kim apoyó los codos sobre la mesa.

—Señor Dunhill, ¿puedo aclarar para que conste en acta su voluntad de proceder sin la presencia de un representante legal?

—¿Por qué iba a pagar a alguien para que le asegure que no he hecho nada malo cuando soy perfectamente capaz de decírselo yo mismo?

No era posible que fuera a hacer eso. Una respuesta vaga y cualquier incertidumbre sobre el cumplimiento de los protocolos policiales eran el sueño de cualquier abogado defensor.

—Si no puede permitirse un abogado, se le proporcionará uno en...

—¡Ja! No, si me va a hacer reír y todo. No, gracias, estoy bien —dijo, cambiando de postura y sentándose de perfil a la mesa, como había hecho en las imágenes que Penn le había enseñado. Aquello resultaba un gran indicador del escarnio que estaba sintiendo porque lo hubieran detenido—. Me será mucho más útil un abogado cuando los demande por detención ilegal.

—Lo hemos arrestado para poder llevar a cabo una investigación rápida y eficiente acerca de su implicación en los asesinatos de Sandra Deakin, Azim Mahmood y Victoria Sykes.

—Absurdo. Su ineptitud es realmente asombrosa. ¿De verdad les parezco un asesino?

—¿Cree que hay alguien que lo parezca?

—Están perdiendo el tiempo; deberían estar buscando al verdadero culpable, y no tardarán en darse cuenta del error que están cometiendo.

—Entonces, no se preocupe, que se irá de aquí en un santiamén y será libre de continuar con su día.

—Hoy, tenía que ser precisamente hoy. Si le soy sincero, no sé cómo puedo ayudarlos.

—Puede empezar por decirnos por qué nos mintió acerca de su encuentro con Sandy del jueves pasado. Tenemos la grabación de unas cámaras de seguridad en la que se les ve juntos.

—No recuerdo haber asegurado que no nos reuniéramos.

—Anda, pues creo que no va a tardar en recordar que sí que lo hizo. Mi compañero aquí presente anota todo en su cuaderno de bolsillo, un hábito adquirido en los días en los que era ayudante de detective. Podemos leerlo de nuevo. Sus registros son impecables. Usted nos mintió y me gustaría saber por qué lo hizo.

Él volvió a cruzar las piernas.

—Creo que me limité a evadir la pregunta, pero, si quiere saber por qué lo hice, fue por esta misma razón. No quería verme envuelto en este asunto desagradable.

—¿El asunto desagradable es que una mujer haya perdido la vida? —preguntó Kim.

—Sí, es oscuro y de mal gusto. No quería que mi reputación se viera afectada porque mi nombre apareciera asociado a su muerte.

—¿Por qué se reunió con ella? —preguntó Kim—. No le gustaba y le había puesto un apodo cruel, como al resto de sus compañeros videntes, así que ¿por qué aceptó quedar con ella?

Un movimiento leve del hombro izquierdo.

—Ella se lo pidió muchas veces. Vimos las anotaciones en su diario. ¿Por qué accedió en esta ocasión?

—Decidí poner fin a su angustia.

—¿Sobre qué?

Hizo un gesto de desesperación.

—Sobre mi segundo artículo.

—¿Ha escrito otro artículo de denuncia?

—Prefiero catalogarlos como artículos de exposición —dijo despreocupado—. El primero afectó mucho a su carrera y, por tanto, quería que destruyera el segundo.

—¿Y qué le respondió?

—Que no, por supuesto. Merecía que la expusiera, por el fraude que era.

Las imágenes de las cámaras de seguridad volaron hasta la mente de Kim. Vio de nuevo a Sandra rogándole literalmente que no lo publicara, y también vio la actitud indiferente de Monty, su negativa fría ante las súplicas.

—¿Qué fue lo último que le dijo, mientras se marchaba?

—Que su carrera estaba acabada.

Kim luchaba con todas sus fuerzas para mantener el control de sus emociones. No había ni un ápice de arrepentimiento en el tono de aquel hombre, a pesar de que habían asesinado brutalmente a Sandra.

—Señor Dunhill, ¿dónde estaba el domingo por la noche?

—En casa, solo.

—¿Dónde estaba en la madrugada del lunes al martes?

—En la cama durmiendo, como la mayoría de la gente normal.

—Interesante. ¿Y qué me dice del martes por la noche, hasta las primeras horas del miércoles?

—En casa, solo.

—¿Después del espectáculo de Victoria en el teatro? —preguntó Kim.

Monty asintió.

—¿Ve?, ya lo está haciendo otra vez. Acaba de optar por no mencionar que estuvo muy cerca de nuestra tercera víctima pocas horas antes de su asesinato.

—Vi el espectáculo, cogí un taxi para ir a casa y me acosté.

—Supongo que, obviamente, no será un problema que nos dé el nombre de la empresa de taxis para que podamos confirmarlo. ¿Por qué fue a ver a la Poni de Circo si tanto la detesta?

—La publicación de mi artículo era inminente y solo quería asegurarme de que mis observaciones seguían siendo correctas.

—¿Y?

—Me entristece decir que sí. Seguía siendo la Poni de Circo que siempre fue.

—Y ahora está muerta —observó Kim.

Dunhill no añadió palabra.

—¿No tiene respuesta?

—No me parece haber oído ninguna pregunta.

Oh, su arrogancia no tenía límites, a pesar de estar detenido en relación con los asesinatos.

—¿Sabía Victoria lo del artículo? —preguntó Kim. La mujer no se lo había mencionado durante la conversación que mantuvo con ella en el camerino.

—Sí, y le dio igual. Su carrera no se vio perjudicada por el primero.

Sí, eso era algo que ella misma le había admitido.

—Pero ¿qué hay de la suya, señor Dunhill? Tenemos entendido que el primer artículo no aumentó precisamente su lista de clientes...

Sus ojos emitieron un destello, pero lo disimuló con un largo parpadeo que duró casi dos segundos.

—Desgaste natural, pérdidas normales, inspectora. Ocurre en todos los negocios de éxito. Puedo asegurarle que no he sufrido financieramente y mi lista actual de clientes es muy sólida.

—¿Incluyendo antiguas estrellas de programas de telerrealidad y mujeres de futbolistas? —preguntó Kim.

La mandíbula del hombre se tensó, pero permaneció en silencio.

—Entonces, ¿cuál iba a ser el enfoque del artículo nuevo? ¿Más apodos, más insultos, más víctimas?

—Lo dice como si el artículo fuera cosa del pasado.

—¿Y no es así, dado que dos de las personas que menciona han sido brutalmente asesinadas con pocos días de diferencia?

—Todo lo contrario. El interés público está en su apogeo. No hay mejor momento que este para publicarlo.

Kim estaba escandalizada ante el mal gusto de Monty.

—Y respondiendo a su pregunta, sí, hay una nueva incorporación al grupo de sujetos a los que analizo.

—¿Y también tiene un apodo?

Sonrió.

—Sí, la llamo la Abuela.

Un escalofrío se apoderó de ella.

—¿Está usted hablando de Eloise Hunter?

—Pues la verdad es que sí. Se ha ganado una mención.

Y el resto de las personas que Dunhill había mencionado en su artículo estaban ahora muertas.

—¿Cuándo se va a publicar? —preguntó Kim, temiéndose la respuesta.

—Se subió a Internet esta mañana, por lo que el tiempo del que disponen para atrap...

Kim ya no lo estaba escuchando.

—Maldita sea —gruñó mientras se dirigía hacia la puerta.

Capítulo 73

Penn recibió la grabación de las cámaras de seguridad del gimnasio apenas un minuto después de ver a la jefa y a Bryant salir corriendo del edificio.

Había llegado a pensar que ya estaba cerrando detalles, poniendo algo de orden en sus tareas, y que el asesino que buscaban estaba sentado en la sala de interrogatorios número uno, pero ahora ya no estaba tan seguro.

Por el tamaño del archivo que le habían enviado, supuso que la grabación duraría unos veinte minutos.

La cargó y vio que la hora de inicio era las 11:01. La cámara enfocaba hacia la cafetería y captaba una mesa y media del exterior de la misma. Las mesas estaban orientadas hacia el sureste y bañadas por la luz del sol.

La oración que formuló en silencio obtuvo respuesta cuando vio salir a Sandy con un vaso grande de café con leche. Se sentó en la mesa de la que solo se podía ver la mitad, de forma que quedaba a la vista de la cámara.

Dejó la bebida y sacó su teléfono, lo que parecía indicar que estaba sola.

Penn empezaba a pensar que su instinto le había fallado y que se trataba de un simple café a solas, pero Sandra volvió a guardarse el teléfono en el bolso y se puso de pie.

Señaló hacia el interior, pero enseguida volvió a sentarse.

Así que se había reunido con alguien, y el ángulo de la cámara no permitía ver de quién se trataba. Al parecer, Sandy había ofrecido una bebida a su acompañante, que la había rechazado.

Penn miró atentamente buscando alguna pista que pudiera indicarle quién estaba sentado en la mesa justo fuera de plano, pero todo lo que pudo ver fue a Sandy, que sostenía su vaso, bebía a sorbos y escuchaba, asintiendo sin más de vez en cuando.

Al cabo de unos minutos, dejó el vaso sobre la mesa y empezó a hablar. Sus manos hacían gestos explicativos. Penn se percató de la diferencia entre ese lenguaje corporal de Sandy y el que había mantenido durante su conversación con Monty. Aquí no estaba tensa, fría o incómoda. Hacía pausas para beber, y también para escuchar.

Penn sabía que aquella podría ser una cita inocente con algún amigo, salvo por dos cosas: el encuentro tuvo lugar el día antes de que la asesinaran y, normalmente, si quedas con alguien para tomar un café, ambas personas toman algo, charlan y luego cada una se va por su lado. La persona sentada al otro lado de la mesa no había ido allí a tomar un café, así que habían quedado por alguna otra razón.

Sandy abría ahora las manos y movía la cabeza, encogiéndose de hombros de vez en cuando. Algo en su actitud indicaba que estaba triste, apenada, incluso arrepentida.

Su mano se movió a través de la mesa en dirección hacia la otra persona, pero luego se retiró con rapidez, como si hubiera intentado ofrecer un gesto de consuelo que hubiera sido rechazado.

Sandy volvió a sacudir la cabeza de lado a lado y miró hacia arriba. La otra persona debía haberse puesto de pie.

Al cabo de un minuto, la vidente siguió sorbiendo de su vaso sin hablar. Su acompañante se había ido.

A Penn se le ocurrió que la otra persona había abandonado aquel encuentro descontenta con el resultado.

Capítulo 74

—Entonces, ¿qué?, ¿ahora no crees que sea el hombre que buscamos? —preguntó Bryant, saliendo del aparcamiento.

—No estoy diciendo eso. Solo quiero asegurarme de que ella esté a salvo.

El hecho de que Eloise no hubiera respondido a sus llamadas era solo una de las cosas que no ayudaban a aliviar la tensión que se iba apoderando de Kim.

En el momento en el que Monty mencionó el nombre de la mujer, sintió que una sensación de peligro acechaba. Sabía que, si hubiera estado totalmente convencida de que Monty era el asesino que buscaban, las señales de alerta de su cuerpo habrían permanecido en silencio.

Todo lo que tenían apuntaba hacia él: odiaba a todas las víctimas lo suficiente como para querer que se murieran. Era un ser humano despreciable, pero ¿lo convertía eso en asesino? En aquel momento, su conciencia aún no había dictado un veredicto claro. No solía tener que convencerse a sí misma de que habían atrapado al verdadero culpable. Normalmente lo sabía sin más. Por regla general, cuando detenían e interrogaban a un sospechoso, su instintómetro solía marcar el máximo, el cien, pero, al tratar de imaginarse a Monty Dunhill asesinando a Sandy, Azim y Victoria, la aguja se quedaba alrededor del ochenta y cinco.

Sacó su teléfono y volvió a llamar a Eloise.

—¡Vamos, vamos! —gruñó al teléfono, suspirando por que la anciana contestara.

Lo que deseaba era que Eloise contestara al teléfono con calma y le dijera que su llamada la había distraído de una parte realmente buena del libro que estaba leyendo, y que se estaba comportando de forma un tanto exagerada. Pero eso no ocurrió y una vez más le saltó el buzón de voz.

—¡Un momento, un momento! —exclamó Kim de repente—. Dirígete hacia Netherton. Es jueves por la tarde, ella va al hospital para enfermos terminales. No va a contestar el teléfono.

—Entendido —dijo Bryant.

Kim solo rezaba para que estar en el hospital hubiera mantenido a Eloise a salvo y le hubiera proporcionado a ella misma el alivio que necesitaba.

Capítulo 75

—¡Jesús, Bryant, date prisa! —se quejó Kim cuando este se detuvo en otro cruce.

—¿Qué quieres que haga, que los atropelle? —preguntó, señalando con la cabeza hacia un padre agradecido que acompañaba a tres niños por el paso de cebra.

La hora de salida del colegio provocaba que llegar a cualquier sitio se convirtiera en una pesadilla. Ya era bastante frustrante tener que lidiar con padres que intentaban encajar sus vehículos SUV en espacios minúsculos que estuvieran lo más cerca posible del colegio en cuestión, pero es que, además, una vez que escapabas del caos que lo rodeaba, te encontrabas directamente con otro colegio.

—Pues no sé, pero haz algo —gruñó Kim.

Se quedó callado. Era plenamente consciente de cómo se ponía la jefa cuando tenían prisa. Siempre se ponía en el peor escenario posible. Ya se estaba imaginando a Eloise descuartizada y muerta, con un charco formado por su propia sangre alrededor de su cuerpo.

Bryant no tuvo más remedio que detenerse en otro cruce. Por delante, el tráfico estaba completamente detenido.

Kim se quitó el cinturón de seguridad.

—Jefa...

—El bloqueo infantil, Bryant —dijo entre dientes.

—No seas...

—Así voy a llegar más rápido. Tú me alcanzas en cuanto puedas.

Bryant movió la cabeza desesperado mientras pulsaba el botón que desactivaba el seguro. Kim saltó del coche y cerró la puerta de golpe. Había unos ochocientos metros hasta el hospital y las aceras estaban abarrotadas de padres y niños, pero el tráfico no se movía. Dio unos pasos hasta la calzada y comenzó a correr a toda prisa por el hueco que existía entre los coches y la acera.

Después de otro semáforo y de dos cruces más, giró hacia la izquierda para entrar en el aparcamiento del hospital.

Una enfermera salía del edificio justo cuando Kim llegaba. Intentó esquivarla, pero la mujer se interpuso en su camino.

—Disculpe, necesito...

—No voy a moverme —dijo—. Hasta que me digas quién eres.

Señaló con la cabeza el timbre de emergencia, indicando que Kim no llegaría más lejos aunque ella no se estuviera interponiendo en su camino.

La inspectora se tomó un segundo para recuperar el aliento.

La enfermera lo usó para añadir algo.

—Lo siento, pero no te conozco. No puedo dejarte entrar sin más.

—Inspectora detective Stone —dijo Kim, mostrando su identificación policial.

La mujer echó un buen vistazo y esperó a que la agente de policía se explicara.

—No he venido por ninguno de sus pacientes o miembros del personal. He venido para ver a Eloise.

La enfermera puso un gesto de desconcierto.

—Suele venir aquí para hablar con...

—Sé muy bien quién es Eloise —interrumpió la mujer—. Solo que no puedo comprender por qué querría hablar con ella.

—¿Está aquí? —preguntó Kim. Si estaba, podría relajarse y gestionar el control de seguridad que le estaba haciendo la enfermera. Si no, se estaba quedando sin tiempo.

La recorrió una sensación de pavor cuando la mujer hizo un gesto negativo. Justo en ese momento, apareció Bryant.

—¿Dónde está?

Vacilación.

—Creo que está en peligro —añadió Kim. No había tiempo para juegos.

—Se fue a casa. Recibió una llamada. Su vecino dijo algo sobre alguien que había intentado entrar en su casa y...

Kim no oyó nada más; se dio la vuelta y llegó a la altura del coche.

Joder. Pensaba que había sido inteligente al averiguar dónde podría estar Eloise, pero se había equivocado.

Ella misma podría haber firmado la sentencia de muerte de la mujer.

Capítulo 76

Stacey sentía que casi le sangraban los ojos después de pasarse lo que le parecieron horas mirando fijamente la pantalla.

Estaba viendo la grabación de la cámara situada sobre la entrada del teatro, que captaba a los espectadores cuando salían del mismo. Paraba el vídeo cada pocos segundos y buscaba caras reconocibles. El aforo era de mil doscientas personas y las entradas se habían agotado aquel día.

Penn le había hecho notar que ya había triunfado al encontrar al principal sospechoso, Monty Dunhill, pero esas no habían sido las instrucciones que le habían dado. Tenía que buscar a una mujer llamada Catherine.

Volvió a mirarla en la foto en la que aparecía rodeada y se la imaginó con el pelo recogido o sin maquillaje. Era posible que su apariencia en el teatro fuera diferente a la de la foto del grupo de WhatsApp.

Movió el cursor para que el vídeo mostrara al siguiente grupo de personas, en el que se encontraba Tiff, que había salido del teatro mientras la jefa se alejaba del gentío.

Dos fotogramas más y tanto la jefa como Tiff habían desaparecido del plano.

Stacey hizo un gesto de extrañeza ante la pantalla y volvió a reproducir la grabación. Aunque había estado distraída con la jefa y Tiff, algo le había llamado la atención.

En la parte superior izquierda de las imágenes había una figura caminando con la cabeza inclinada. Avanzó de nuevo hasta el

momento en el que la jefa había desaparecido, y la cabeza que iba agachada se irguió.

Stacey miró hacia la pizarra y luego volvió a contemplar la pantalla.

—Penn, ven un segundo —dijo.

Su compañero se colocó detrás de ella.

—¿Es quien creo que es? —le preguntó; él también miraba de la pantalla a la pizarra.

Penn empezó a asentir con la mirada fija en la pared, con una expresión de concentración total.

Stacey cogió su teléfono.

—Será mejor que le diga a la jefa que...

—Dos minutos, Stace, dame dos minutos —dijo mientras salía a toda velocidad de la sala.

Capítulo 77

El motivo. Esa era la razón de su inquietud, y Kim se dio cuenta de ello justo cuando entraron con el coche en la calle de Eloise. Por eso la aguja del vidente engreído no terminaba de llegar al máximo.

Sí, Monty Dunhill despreciaba a Sandra Deakin, a Victoria Sykes y a cualquiera de su comunidad que no fuera él. Pero ese odio era puramente profesional; repugnancia por la forma en la que se desenvolvían en el negocio. Los ataques de aquella semana habían sido personales, emocionales, incontrolados, febriles, frenéticos. Las múltiples y violentas puñaladas no habían sido obra de alguien con una discrepancia laboral; eran las acciones de alguien que debía sentir una furia abrasadora que solo podía provenir de un dolor personal.

Bryant aparcó donde ella le indicó y Kim escudriñó la propiedad con la mirada. Pudo ver que el coche de Eloise se encontraba en la entrada y que había una ventana de cristal hecha añicos a la derecha de la puerta principal. El cebo. La llamada del vecino para hacer que Eloise volviera a casa.

Al salir del coche, los acontecimientos de la semana empezaron a reproducirse en su cabeza y una imagen comenzó a formarse. Era difusa, incompleta. No lo tenía todo claro, pero las cosas empezaban a tener sentido.

—Tenemos que entrar rápido —le dijo Kim a Bryant—. Vigila la puerta principal y yo iré por detrás. Que no salga nadie.

Al oír el tono de urgencia en su voz, su compañero se giró.

—¿De verdad crees que el asesino está ahí dentro?

Ella asintió, y si estaba en lo cierto sobre su identidad, no tenían ni un minuto que perder.

Corrió hasta la parte de atrás, rezando para que Eloise tuviera abierta la puerta trasera.

Sus dedos estaban ya a escasos centímetros del pomo de esa puerta cuando su teléfono sonó tras recibir un mensaje. Lo sacó rápidamente.

Era Penn, y el mensaje solo ocupaba una línea.

Pero esa línea lo decía todo.

Capítulo 78

Kim contó hasta tres, entró a toda prisa por la puerta trasera y se detuvo en seco.

Eloise estaba en su sillón favorito con el rostro paralizado por el terror. Un cuchillo con una hoja de cerca de veinte centímetros apuntaba directamente a su pecho.

Kim se encontraba a unos dos metros y medio de distancia, bajo el arco que comunicaba la cocina con el comedor.

Demasiado lejos.

—Baje el cuchillo, Rose —instó, tratando de mantener un tono firme.

—Si da un paso más, está muerta —respondió Rose, mirándola fijamente.

Estaba posicionada tras el sillón, sujetando el cuchillo con ambas manos. Se encontraba todo lo lejos que podía estar de Kim, con Eloise y el sillón entre ellas. Su víctima no estaba sujeta, pero, si hiciera algún intento de moverse, la hoja penetraría hasta lo más profundo de su pecho. Kim no tenía ninguna posibilidad de abalanzarse sobre Rose sin poner en peligro la vida de Eloise. Aquella mujer ya había asesinado a sangre fría a tres personas, y Kim se imaginaba que no tendría problema alguno en matar a una más.

Eloise miró a Kim con una expresión de pavor. Su cuerpo temblaba a causa del miedo y de la necesidad de permanecer inmóvil.

—Rose, no tiene que morir nadie más —dijo Kim, mirando alternativamente a Eloise y a la mujer que sostenía el cuchillo.

—Todos tienen que hacerlo. Son todos unos mentirosos. Se aprovechan de la gente y les sacan dinero con artimañas y engaños. Dicen que pueden hablar con los muertos. Son pura mentira.

—Eloise no es una mentira —respondió Kim, sorprendiéndose a sí misma.

—Pues claro que lo es. Es una más, es como todos las demás.

Eloise emitió un pequeño gemido cuando apreció que el cuchillo descendía más, acercándose a su pecho. Una sola puñalada precisa y todo habría terminado, y no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

Kim no tenía otra opción que intentar que Rose siguiera hablando, manteniendo su atención en ella. Esperaba que el hecho de no haber abierto la puerta principal hiciera que Bryant se diera cuenta de que algo pasaba y que su compañero se decidiera a seguirla por el lugar por el que había entrado. Tenía que ganar tiempo hasta que llegara Penn. Si el sargento hacía lo que ella le había pedido, estaría a solo unos minutos de allí.

—No pudieron ofrecerle las respuestas que buscaba, ¿verdad? —preguntó Kim con suavidad.

—Brad intentaría hablar conmigo y ninguno de estos embaucadores es capaz de transmitirme un solo mensaje suyo.

—Así que los mató, ¿verdad?—preguntó Kim, escuchando sirenas en la distancia.

Rose también las oía. El cuchillo tembló un poco en su mano.

En su campo de visión periférico, Kim percibía el miedo en el rostro de Eloise, pero no podía desviar su atención ni un segundo.

—Céntrese en mí, Rose —suplicó Kim—. Explíquemelo bien todo y podré ayudarla.

Kim no sintió remordimiento alguno por mentir descaradamente a una mujer que blandía un cuchillo de casi veinte centímetros.

A su izquierda, vio cómo Bryant se acercaba a la puerta trasera. Movió la cabeza de lado a lado para indicarle que no debía entrar. Desde su posición, podía estar seguro de que ella estaba a salvo y podía vigilarla sin perderla de vista. La atmósfera en la estancia era tan tensa como la cuerda de una guitarra a punto de romperse. Un simple movimiento y podría terminar por quebrarse.

—¿No se da cuenta de lo despreciables que son? —siguió Rose—. Aseguran que hablan con los muertos, que se comunican con el más allá. Todos ellos se han ganado la vida a costa de gente como yo: personas desesperadas y desechas por el dolor que han sufrido la pérdida desgarradora de un ser querido y que quieren despedirse de él como es debido. Tengo que decirle a mi hijo que lo siento. ¿No lo entiende? Le grité. Lo insulté. Así es como me recordará toda la vida; a mí, a su madre.

Según los cálculos de Kim, las sirenas se encontrarían a un kilómetro y medio.

Rose las oía, pero aun así continuó hablando. Quería explicar por qué había acabado con la vida de tres personas. Necesitaba que Kim lo entendiera.

—Estos timadores nos ofrecen la esperanza de poder volver a conectar con ellos, de tener la tranquilidad de que no están sufriendo, de que se encuentran en paz. No sé qué le hicieron a mi hijo quienes iban en aquella furgoneta. Desconozco si lo torturaron o lo hicieron sufrir. No sé si ha encontrado la paz. Tengo que asegurarme de que está bien y estos tipos prometen que tienen el poder descubrirlo, pero no es más que una estafa, una estratagema para ganar dinero.

Su voz estaba llena de rabia, pero por el rabillo del ojo parecían empezar a asomarle las lágrimas.

Unos ochocientos metros.

La punta del cuchillo estaba ya a un par de centímetros del pecho de Eloise, cuya respiración irregular hacía que la hoja se acercara aún más.

Kim permanecía en silencio. Su mejor estrategia era permitir que Rose continuara hablando hasta que ya no tuviera nada más que decir.

—Ninguno de ellos pudo contactar con mi Brad porque son todos falsos. Es imposible que no se dé cuenta de lo cruel que resulta hacer algo así.

—No sabe toda la verdad, Rose, le falta una parte de la historia —explicó Kim cuando el coche patrulla se detuvo frente a la casa.

Bryant había dejado la posición que ocupaba junto a la puerta trasera para acercar a Penn y a su acompañante hasta la parte de atrás de la casa.

Rose hizo una mueca de sorpresa, pero no movió el cuchillo.

—No se mueva, Rose —instó Kim, levantando la mano—. No le haga daño a nadie más. Ya es hora de que conozca la verdad.

Capítulo 79

—¿Qué... qué está pasando aquí? —preguntó Rose, con su expresión volviéndose más tensa y un gesto de incredulidad.

—Permanezca tranquila y no se mueva, Rose —le ordenó Kim mientras Penn entraba en la casa.

—¿Quién es ese?

Y entonces vio a la persona que había entrado justo detrás de él.

—¡Josh...! ¿Qué...? ¿Qué estás...? No entiendo nada.

Kim no sabía quién estaba en mayor estado de shock: Rose o Josh. Estaba segura de que Penn le habría explicado la situación al joven, pero suponía que contemplar a la madre de su amigo a punto de cometer su cuarto asesinato era una imagen aterradora.

—Josh sabe por qué ningún vidente puede contactar con Brad —aclaró Kim, dándole un toque a Josh en el brazo para que se explicara.

—No está muerto, señora Foster. Mentí. Me lo inventé todo. Él me dijo que lo hiciera. Huyó para quitarse de en medio.

Rose empezó a negar con la cabeza y a mirar por detrás de Josh, buscando a Kim.

—No sé lo que estás haciendo, cómo intentas engañarme, pero sé que está muerto. Esta gente te ha incitado a que hagas esto, pero yo te conozco, Josh.

El hombre hizo un gesto de desesperación.

—Lo siento. No quise hacerlo, pero era mi mejor amigo. Me pidió que mintiera, y yo accedí a hacerlo. Me sentí muy culpable cuando la estuve ayudando a buscarlo. Tenía quince años. No lo reflexioné lo suficiente. No comprendí entonces el daño que aquello podría causar.

—No... no... —protestaba Rose.

—Brad lo planeó todo. Esperó a que hubiera unos días con buen tiempo. Se había tirado varios meses ahorrando el dinero que le daba para la cena y trabajando esporádicamente después del colegio, limpiando coches o cortando el césped de cualquiera. Yo no creía que fuera a hacerlo de verdad. Pensé que eran tonterías suyas, hasta que aquella mañana aparecí y estaba discutiendo con usted. Subió corriendo para coger el dinero que había ahorrado. Me dijo que esa pelea era una señal de que aquel tenía que ser el día.

«Eso explica por qué no estudió para aquellos exámenes», pensó Kim. El chico sabía que no se iba a presentar a ellos.

Josh continuó:

—Me dijo cuánto tiempo tenía que esperar y me pidió que contara que había visto una furgoneta blanca alejarse a toda velocidad, pero que no diera la voz de alarma hasta llegar al colegio y así darle suficiente tiempo para alejarse de la zona. La historia de la furgoneta haría que a nadie le diera por fijarse en un chico que iba en bicicleta.

—Josh, ¿por qué me estás mintiendo? —suplicó Rose.

—Pensé que volvería en unos días, unas semanas como mucho, y luego encontraron sus cosas en Cannock. Supuse que habría sido cosa suya, pero ya era demasiado tarde. Tenía demasiado miedo como para contar la verdad.

Kim podía percibir tristeza y arrepentimiento en aquella voz, pero Rose seguía negando con la cabeza.

—No tiene sentido.

—Bradley escenificó su desaparición y, posteriormente, su muerte —reiteró Kim.

—Él no haría algo así. No huiría sin más. Solo fue una discusión. Era un crío. Me están mintiendo. Si estuviera vivo, yo lo sabría.

—Decidió alejarse de todo, Rose —explicó Kim, que tenía más información que Josh a ese respecto—. Eligió otra forma de vida. Es un vagabundo que se hace llamar Jericho.

—Pero Josh lo sabía y...

—Josh era su mejor amigo —dijo Kim, defendiendo al hombre que ahora se había quedado mudo como si las consecuencias de su silencio prolongado estuvieran empezando a calar en él—. Juró guardar su secreto y lleva diez años viviendo con un sentimiento de culpabilidad enorme. Es consciente de lo que le ha hecho y se odia a sí mismo por ello.

—Yo... no me... no me creo que...

—Sí, Rose, sí que lo cree. Hasta usted misma me contó que Brad no era como los demás niños. Las posesiones le daban absolutamente igual. No soportaba las normas y ansiaba ser libre. Quería una vida sin ataduras.

—Pero yo soy su...

—Sin ataduras —enfatizó Kim—. No tiene que morir nadie más, Rose —continuó con un tono de voz suave—. Ahora, ya conoce la verdad.

—Lo siento mucho, señora Foster —dijo Josh, dando un paso hacia delante.

Kim alargó el brazo para detenerlo, pero lo hizo demasiado tarde.

El dolor y la incredulidad que había en los ojos de Rose se habían convertido en un sentimiento más tenso; su mirada fulminaba ahora a una sola persona en aquella estancia.

—¡Me has mentido! ¡Todo esto es culpa tuya! —acusó Rose, acercándose a Josh con el cuchillo extendido.

—Yo no... Nunca quise que... Siento m...

—¡Rose! —advirtió Kim.

—¡Han muerto por tu culpa! —gritó, avanzando bruscamente.

Fue uno de esos momentos en los que el tiempo transcurre a cámara lenta y todo parece suceder a la vez.

Todas las personas que había en el salón gritaron el nombre de Rose.

Josh aulló de dolor.

Kim, Bryant y Penn se pusieron en marcha a toda velocidad, como si un juez hubiera dado el pistoletazo de salida a una carrera.

Bryant se hizo con el arma.

Penn se inclinó sobre Josh.

Kim corrió hacia Eloise. Pudo ver que Bryant estaba esposando a Rose y alejándola del hombre.

Penn trató de contener la hemorragia que una cuchillada había producido en el brazo izquierdo de Josh.

A lo lejos, Kim pudo oír que alguien estaba llamando a una ambulancia.

Kim miró a Eloise, que estaba pálida. Se llevó la mano al pecho y su rostro se retorció de dolor.

—¡Oh, no! —Kim agarró el cuerpo ligero como una pluma de Eloise y la colocó con delicadeza sobre el suelo—. Tranquila, Eloise, yo te sujeto —ofreció Kim, ayudándola a tumbarse—. Estoy aquí —dijo, colocando un cojín bajo la cabeza de la mujer—. Te pondrás bien. Ya vienen a ayudarnos. Quédate conmigo, Eloise.

—Yo no... No puedo...

—Claro que puedes. Aún no ha llegado tu hora —dijo Kim, aunque sentía que la vida se escapaba del cuerpo de la mujer.

—Sí que... Sí que es mi hora —respondió con los ojos caídos y entrecerrados.

—Te digo que no —replicó Kim, colocando los dedos sobre la muñeca de Eloise. El pulso era débil, tenía que mantener a la mujer con vida—. Aguanta, Eloise, hazlo por mí.

Volvió a palpar su pulso. Se iba debilitando por momentos.

—Eloise, no te vayas —suplicó Kim, sintiendo que la mujer iba debilitando el agarre que ejercía sobre sus manos—. ¡¿Dónde está la puta ambulancia?! —gritó.

Rose estaba sentada, sollozando en una esquina. Kim no sabía por quién lloraba. ¿Lo hacía por su hijo, que simplemente había decidido cambiar de vida? ¿Sería por su amigo, que le había guardado el secreto durante todos aquellos años? ¿O tal vez por las tres víctimas que habían muerto de forma brutal sin razón alguna que lo justificara?

A Kim le daba igual por quién llorara, le bastaba con ser consciente de que estaba sufriendo por algo.

Josh gemía de dolor; Penn había rasgado su propia camisa para hacerle un vendaje. Kim no se preocupó mucho más por él. Era una fea herida superficial, pero sobreviviría.

Su atención se centraba exclusivamente en la frágil anciana a la que el terror provocado por aquella situación le había causado un infarto y que ahora se aferraba a la vida por un hilo casi invisible.

A través de los dedos podía sentir cómo su pulso se iba debilitando hasta no poder apenas detectarlo.

Kim sentía cómo la invadía la emoción.

Oía sirenas a lo lejos, pero tenía la impresión de que iban a llegar demasiado tarde. Hizo un último intento. Tenía que mantener a la mujer con vida.

—Quédate conmigo, Eloise. Por fin estoy preparada —le aseguró—. Estoy lista para escuchar lo que me tienes que contar.

Capítulo 80

No era normal que Kim se encontrara en el vestuario de mujeres a las siete de la mañana de un sábado, pero aquel día merecía la pena.

El resto del equipo estaba disfrutando del comienzo de su fin de semana después de unos días agotadores que habían culminado con una confesión completa de Rose Foster, revelando los detalles de los crímenes.

Al parecer, el detonante fue la cena con la Vidente Sandy con motivo del décimo aniversario del supuesto secuestro de Bradley. Rose quedó con Sandy un par de días después de aquella cena para tratar de comunicarse con su hijo. Era a Rose a quien Penn no había podido ver en la grabación de las cámaras de seguridad que había al otro lado de la calle. Sandy trató de ofrecerle consuelo al ser incapaz de ayudarla, pero Rose rechazó sus intentos. Al no poder contactar con Bradley, Rose se convenció de que Sandy era un fraude y que estaba provocando sufrimiento y tristeza a personas vulnerables y afligidas por el duelo. Consultó con un vidente de una línea telefónica, que le ofreció una predicción estándar sobre cosas buenas que le depararía el futuro. Esperó media hora y volvió a llamar, y otra persona le dijo exactamente lo mismo. Rastreó las llamadas hasta dar con las oficinas de Waterfront y, aunque Azim no había atendido ninguna de las dos, Rose se fijó en la primera persona que salió del edificio. Por lo que a ella respectaba, cualquiera que trabajara atendiendo aquella línea telefónica contribuía a difundir las mismas mentiras y merecía morir.

Stacey descubrió que fue Rose, y no Catherine, quien había acudido al espectáculo de Victoria. Rose admitió haber seguido a Victoria

hasta su casa y haberse enfrentado con ella junto a la puerta de su casa.

Durante el interrogatorio, Kim fue testigo de hasta qué punto Rose estaba desesperada por conseguir respuestas, por saber qué le había ocurrido a su hijo aun habiendo transcurrido diez años desde su desaparición. También había comprobado la magnitud de la fe que había profesado hacia cualquiera que aseguraba un don relacionado con la videncia. ¿Era aquello culpa de los videntes o de ella misma?

Irónicamente, Kim se dio cuenta de que, en realidad, ningún vidente le había mentido. Fueran auténticos o no, ninguno de ellos había fingido transmitirle un mensaje que no les estaba llegando del más allá. En otro giro de los acontecimientos, si alguien lo hubiera hecho, si alguien le hubiera mentido, se podrían haber salvado varias vidas. No habrían sido sinceros, y Rose nunca habría conocido la verdad, pero es indiscutible que había varias personas que no habrían muerto.

Ser consciente de que su hijo seguía vivo y de que había elegido aquel modo de vida fue lo que permitió que aflorara su sentimiento de culpa por las vidas que había segado.

Fue Penn quien encajó las piezas del puzle. Al ver a Rose en las imágenes del teatro, examinó más exhaustivamente la foto de Brad que tenían puesta en la pizarra y observó cierto parecido con Jericho. Se lo imaginó sin el vello facial y sin los signos de envejecimiento prematuro alrededor de los ojos causados por el estilo de vida tan duro que había elegido. Enseguida salió corriendo a buscar a Josh para plantearle la pregunta.

Josh se derrumbó y admitió que había mentido por su amigo. Era cierto que había supuesto que Brad volvería en apenas unos días y lo aclararía todo. Cuando la investigación asociada a su búsqueda se relacionó con un asesinato, después de que se encontraran las

pertenencias de Brad en Cannock Chase, fue consciente de que estaba demasiado comprometido y sintió miedo por las consecuencias que sufriría si revelaba su propia implicación en el plan, y además quiso mantenerse leal y guardar el secreto de su amigo.

Al final, la fiscalía confirmó que no se presentarían cargos contra él, y el chaval se marchó del edificio. Siempre viviría con la culpa de que su secretismo y lealtad habían contribuido al asesinato de tres personas inocentes. Si hubiera tenido el valor de denunciarlo ante la policía, Rose se habría enfrentado a un tipo de angustia diferente, y Sandy, Azim y Victoria seguirían vivos.

Solo otra persona tenía algo de culpa en toda la situación, y hacía tiempo que había desaparecido.

Mientras Kim y Bryant interrogaban a Rose, Penn salió en busca de Jericho. En el centro de acogida le informaron de que no lo habían visto aquella mañana y que, por lo general, eso significaba que había vuelto a marcharse. En retrospectiva, comprobaron que las fechas de sus visitas solían coincidir con el cumpleaños de Rose y el aniversario de su desaparición.

Kim trató de trazar varios caminos diferentes para llegar a una conclusión que lo explicara todo, pero todos ellos se terminaban relacionando con las acciones egoístas de una persona.

Rose les explicó que Brad había sido un adolescente complejo que a menudo se mostraba frío e impasible, sin grandes vínculos con sus amigos y su familia. También, según la mujer, había mostrado en ocasiones su calidez y generosidad. Kim sabía que no le gustaba acatar las normas y seguir las convenciones y que vivía según le dictaba su corazón, siguiendo su propio ritmo. Pero, aun así, no podía dejar de preguntarse por el nivel de desapego que tuvo que llegar a sentir Jericho para fingir su propio secuestro y muerte en lugar de limitarse a escapar. Al margen de la discusión que mantuvo

con su madre, le parecía innecesariamente cruel someterla a semejante tormento. Penn comentó que, durante sus conversaciones con Jericho, el hombre le expresó cierto arrepentimiento por algunas decisiones que había tomado en el pasado, y Kim se preguntaba si, al igual que Josh, se sintió de alguna forma atrapado por lo que había hecho.

¿Leería un periódico? ¿Vería un fragmento de las noticias en la televisión y se enteraría de las acciones de su madre? ¿Le llegaría a importar algo? El hecho de que sintiera la necesidad de regresar en fechas significativas y arriesgarse a que lo descubrieran indicaba un vínculo emocional, aunque abandonar a su madre y a su mejor amigo y que el dolor y la culpa los carcomieran señalaba otra cosa. Penn había relatado que Jericho nunca le dio muestra alguna de nerviosismo cuando estuvo con él, a pesar de ser agente de policía. Pero, en realidad, ¿volver suponía algún riesgo real para él? No era un asesino, no había hecho daño a nadie. Dejó sus cosas amontonadas en un lugar bonito y se largó. Ahora era un hombre adulto y, aunque lo descubrieran, no se enfrentaría a ningún cargo y simplemente volvería a desaparecer. Kim no creía que llegase a ser capaz de comprender la necesidad de aquel hombre de apartarse de todo, pero una cosa era segura: si quería reencontrarse con su madre, no le iba a resultar difícil dar con ella. Se iba a pasar el resto de su vida en prisión.

La inspectora se tomó la molestia de hacer un par de llamadas antes de que la noticia de la detención apareciera en la prensa.

La primera de ellas fue a Richard, con el objetivo de agradecerle su colaboración. Sus conocimientos sobre las artimañas y la psicología de los videntes habían resultado de un valor incalculable. Durante la conversación que mantuvo con él, percibió que el asesinato de Victoria le había afectado más de lo que había dejado entrever, y se enteró de que el escritor se estaba tomando un descanso del libro para replantearse su contenido.

Kim comprendió la diferencia que existía entre enfrentarse desde tan cerca a un asesinato y simplemente verlo en las noticias. Le deseó lo mejor para el futuro antes de realizar su segunda llamada, en esta ocasión a Betts. La mujer se quedó atónita, pero le aseguró que transmitiría la noticia a las demás componentes del grupo.

Kim no dejaba de pensar en cómo les iría a todas ellas después de aquella fatídica cena. ¿Las habría ayudado en algo? ¿Estaría Catherine más cerca de averiguar si su marido la engañaba y si, en caso de que hubiera algún tipo de separación, podría quedarse con la cocina? ¿Habría encontrado Lisa la forma de volver a encarrilar su proyecto para terminarlo a tiempo y conservar su trabajo, su reputación y su estilo de vida? ¿Viviría siempre con el temor de que se descubriera su pasado violento? ¿Habría hecho algún avance Betts en su objetivo por encontrarle un sentido y un propósito a su vida, o al menos para ser capaz de dejar a su marido autoritario? ¿Habría encontrado Emily consuelo en aceptar lo que el futuro cercano le deparara? A pesar de asegurar en todo momento que la intención de la reunión no era otra que echarse unas risas, todas quisieron obtener algo más profundo de la Vidente Sandy.

Lo único que empañaba un poco su sensación de cierre era la llamada rápida que había hecho a la diócesis de Worcester para dar seguimiento a su denuncia sobre el padre George. La informaron de que el religioso ya no estaba adscrito a Saint John, en Halesowen, y que lo habían sustituido. Su euforia inicial se desvaneció de inmediato cuando el obispo le reveló que lo habían trasladado a otro lugar.

Sus protestas se cortaron de raíz cuando el obispo le colgó.

Pero eso no frenó su determinación de hacer algo al respecto. El breve papel que aquel hombre jugó como supervisor preocupado dio paso rápidamente a una actitud defensiva, tras activar el modo obispo. Supuso que le resultaba fácil hacer algo así ahora que el padre George ya no era su problema.

Kim no tenía ninguna duda de que había otras manzanas podridas en la Iglesia y de que no podía encargarse de todas, pero a esta en particular la había conocido, y había experimentado el nivel de negatividad y el daño que podía causar en personas vulnerables. Le seguiría la pista y no descansaría hasta que echaran a aquel hombre de la Iglesia. Ella y el padre George volverían a encontrarse. Estaba segura de eso.

Pero esa guerra tendría que librarse en otro momento.

Ahora, su prioridad era enmendar un error que había ocurrido a principios de semana, y la víctima del mismo acababa de entrar en el vestuario.

—¡Buenas, Campanilla! —saludó Kim, poniéndose en pie.

—Hola, jefa —respondió la chica, ofreciendo una sonrisa brillante.

—¿Sabes?, estaba pensando que debe parecerte que te usamos y te soltamos cuando nos viene en gana, ¿no?

—Qué va, jefa —dijo, abriendo la puerta de su taquilla—. Soy agente de policía. He de estar disponible para cualquier cosa.

Su respuesta, aunque cierta, la conmovió.

—Pero a ver, quiero que lo entiendas bien. No acudimos a ti cuando necesitamos a cualquier policía. Lo hacemos cuando eres indispensable, cuando solo tú puedes hacer el trabajo, y en lo que a mí y a los chicos de arriba respecta, eres una más del equipo, no hay duda de eso.

—¿Lo dices en serio?

—Claro —respondió Kim—. Y por tanto, como parte del equipo, deberías realizar una especie de informe sobre el caso. Por supuesto, ya sabes que lo hemos resuelto y que hemos pillado al asesino, pero

me gustaría saber por qué te resultó tan desconcertante ver el espectáculo de la vidente.

Tiff se sentó y suspiró.

—Porque he estado fatal desde que murió mi abuela, y nunca sabré si me ha perdonado. Te juro que nunca le dije nada al títere sobre las patatas fritas saladas, así que supongo que estaba desesperada por creer que lo que contó Victoria era real.

—Te creo —dijo Kim.

—¿En serio?

—Tuvimos una conversación con Neil. Está segurísimo de que no le dijiste nada sobre las patatas fritas, y también lo está de que nunca le transmitió eso a Victoria.

La chica movía la cabeza de un lado a otro en señal de incomprensión.

—¿Ves?, ya estoy completamente confundida otra vez. Mucho de lo que nos dijo el tal Richard tenía sentido. Me había convencido a mí misma de que todo era falso.

—Yo no soy capaz de distinguir lo que es real de lo que no —explicó Kim con sinceridad, porque ella misma no tenía respuesta para eso —. Pero sí que puedo decirte algo que nunca me ha fallado: la lógica y el sentido común. Cuéntame, ¿por qué te llevabas tan bien con tu abuela?

—Porque éramos muy parecidas —respondió Tiff con una sonrisa débil.

—¿Ambas cabezotas?

Tiff asintió.

—¿Las dos generosas?

Tiff se ruborizó y volvió a asentir.

—¿Tú la habrías perdonado?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿por qué no te va a perdonar ella a ti?

—No lo sé. Es que...

—¿Y qué pasa con el otro asunto? Eso que se supone que llevas tiempo queriendo hacer, pero no has encontrado el valor; algo que, por cierto, puede aplicarse a casi cualquiera.

—Te vas a reír.

—A ver.

—Presentar mi candidatura para formar parte del Departamento de Investigación Criminal.

Kim se quedó callada.

—¿Ves? A eso me refiero.

—Estoy esperando a ver dónde está la gracia —respondió Kim, levantando una ceja—. ¿Por qué iba a reírme de algo así?

—Porque soy yo, Tiff, Campanilla, una agente de policía que se las apaña muy bien con niños que se pierden o con disputas domésticas. Siempre estoy de buen humor y oriento bien a la gente.

—Y nos has ayudado a resolver tres investigaciones de asesinatos —le recordó Kim, a quien no le gustaba la opinión que la chica tenía de sí misma.

—Qué va, yo no hice nad...

—¿A qué le tienes miedo, Campanilla? —interrumpió Kim.

—A fracasar, a no ser lo bastante buena.

—Me refiero en la vida en general.

Tiff se lo pensó durante un instante, y luego hizo un gesto negativo con la cabeza.

—A nada.

—Exacto. Eres muy valiente. No hay nada a lo que te hayamos retado que no hayas estado preparada para conseguir. Creo que nunca te he oído decir que no puedes hacer algo. No sé qué te recomendaría tu abuela, pero, como persona que ha trabajado contigo, yo te diría que lo intentaras.

—¿Seguro? —preguntó con sus grandes ojos de personaje de dibujos animados.

—Te elegiría para formar parte de mi equipo con los ojos cerrados —aseguró Kim, y lo hizo en serio.

La inspectora observó cómo los ojos de Tiff se humedecían. Cambió el peso de un pie al otro. Vaya, había algo en aquella chica que no la dejaba indiferente.

—Entonces, ¿todo bien?

Una sonrisa amplia y trémula.

—Sí, jefa, todo perfecto. Y gracias.

Kim asintió y salió del vestuario.

Le quedaba un sitio más al que ir.

Capítulo 81

Kim oyó el tenue sonido de las máquinas cuando entró en la habitación.

Los ojos de Eloise se abrieron y se iluminaron.

—¡Oh, qué alegría recibir esta visita! —susurró.

Kim se sentó junto a la mujer, que estaba pálida y acurrucada entre mantas.

A pesar de un segundo infarto de menor importancia, derivado del primero, que había sufrido de camino al hospital, Eloise estaba viva y casi fuera de peligro. Los médicos insistieron en dejarla algunos días ingresada en observación.

—Eloise, va a tener que darme algunos consejos sobre su estilo de vida, porque está claro que no tiene ninguna intención de irse todavía.

—Y usted tiene que explicarme cómo parece saber siempre cuándo estoy en problemas, porque me da la sensación de que está cogiendo la costumbre de aparecer en el momento justo para salvarme la vida. ¿Es usted una vidente?

—No hay nada sobrenatural en eso. Me limito a seguir las pistas.

—Supongo que yo hago lo mismo —respondió Eloise con una sonrisa.

Kim dejó que el silencio se instalara entre ellas. Eloise hablaría cuando estuviera preparada para hacerlo.

—Pregúnteme lo que quiera —dijo con una sonrisa más amplia—. Puedo notar que tiene muchas preguntas que hacerme.

—Tengo curiosidad —dijo Kim, echándose hacia atrás en el sillón—. Sé que no fue capaz de decirle nada a Rose sobre Bradley porque el chico no estaba muerto, pero ¿llegó a sentir algo durante su consulta?

Eloise asintió.

—Sabía que la mujer nunca volvería a casa. No sabía con exactitud lo que eso significaba, pero estaba completamente segura.

—¿Habría considerado la posibilidad de mentirle en su propio beneficio?

—No, no nos corresponde a nosotros hacer algo así. Yo recibo mensajes y, si son bien recibidos, los transmito, pero nunca le mentiría a nadie. El propósito del don del que disfruto no es ese.

Kim mostró con un gesto que estaba de acuerdo con lo que acababa de escuchar. La respuesta de Eloise era importante para ella.

—Y oí lo que me dijo —dijo Eloise en voz baja.

Pues claro que lo había oído.

—¿Lo decía en serio? ¿Está lista para escucharlo?

Kim suspiró profundamente. Durante toda la semana, había estado en conflicto con sus propias convicciones. Siete días atrás, sabía lo que sentía sobre este asunto de la videncia, pero había visto y oído cosas que no le resultaban tan fáciles de explicar como Richard pretendía hacerles creer. ¿Estaría preparada para dejar un poco de lado sus creencias profundamente arraigadas y darle una oportunidad a Eloise?

Despacio, terminó asintiendo.

Eloise se incorporó poco a poco, rechazando la ayuda de Kim.

—Es extraño que se haya pasado la vida buscando pruebas de Mikey cuando él ha estado con usted todo el tiempo.

—¿Q... Qué?

—Es su gemelo. ¿En qué otro lugar podría estar?

Kim tuvo una revelación cuando pensó en la forma que tenía Eloise de saludarla.

—No es mi visita la que le alegra tanto recibir, ¿verdad?

Eloise movió la cabeza en señal de negación.

—Siempre me alegro de verla, pero no, tiene razón, es por el niño precioso que siempre trae con usted. Lo he visto desde la primera vez, cuando nos conocimos hace años, pero entonces no me habría creído.

Kim contuvo la emoción.

—Tiene una sonrisa deslumbrante. No sufre ningún dolor, no tiene miedo ni preocupaciones, es feliz. Háble me de algún momento en el que lo recuerde contento.

—Corriendo —respondió sin pensar.

Eloise esperó para que se explicara mejor.

—Lo hacía correr habitualmente para ir y volver del colegio. Hacíamos carreras. Incluso aunque no hubiéramos comido nada, corría como un galgo. Nunca le dejaba ganar, pero, en cuanto gritaba «¡ya!», corría como el viento. Cuando lo alcanzaba, tenía la cara roja por el esfuerzo, jadeaba, pero sus ojos estaban llenos de

felicidad, como si acabara de conseguir escapar del demonio. Siempre hacía aquello para que sonriera.

—Y esa es su apariencia exacta en este momento —dijo Eloise, asintiendo.

Kim sintió que estaba a punto de echarse a llorar. Deseaba desesperadamente creer a Eloise, pero había un obstáculo importante para hacerlo.

—Hace poco tuve un incidente. Estaba...

Eloise levantó la mano para que dejara de hablar.

—¿Tiene preguntas?

—¿Puedo hacerle solo una?

Los ojos de Eloise se entornaron al encontrarse con la mirada de Kim.

—Lo sabe y lo entiende. Me dijo que se lo asegurara, va a estar ahí.

Kim dejó escapar un leve sollozo mientras Eloise se recostaba en la almohada con una sonrisa de satisfacción.

En cuestión de segundos, su respiración indicó que se había dormido profundamente.

Kim no tenía prisa alguna por irse.

Volvió a recostarse en el sillón y disfrutó de la sensación de calor que le producía lo que le acababan de contar.

—Te quiero, Mikey —susurró, y por una vez estuvo segura de que él la había oído.

Capítulo 82

Terence Birch, apoyado contra la pared, se subió la cremallera de la chaqueta.

Aunque las cortinas estaban cerradas, la luz estaba encendida y podía ver sombras moviéndose dentro de la habitación.

Ya conocía su rutina gracias al encendido y apagado de las luces en todo el piso.

Llegaba a casa del trabajo, se quitaba el bolso satchel y el abrigo en la cocina y se dirigía al dormitorio para cambiarse. La luz no solía estar encendida el tiempo suficiente para que ella se duchara, pero sospechaba que le gustaba hacerlo antes de vestirse para ir a trabajar. Había en ella una clara intención de dejar atrás la jornada laboral y convertirse rápidamente en su versión hogareña. Cuando estuvieran juntos, él se aseguraría de que su ropa favorita estuviera limpia, planchada y esperándola en la cama. La cama que compartiría con él.

A continuación, se tomaba una copa de vino, ya fuera con aquella mujer desagradable o a solas. Hizo una nota mental: tenía que averiguar cuál era su vino favorito y enviarle una botella. Era bastante fácil buscar entre la basura de alguien y averiguar prácticamente todo lo que se necesita saber: qué comida le gusta, dónde hace la compra, qué consigue mediante Amazon, el jabón que prefiere usar, pequeñas listas de cosas que hacer, cartas que incluyen fechas y horas de citas. No se trataba de una tarea limpia, pero estaba dispuesto a hacerla todos los días para poder planificar el tiempo que pasaría junto a ella. Un gesto como ese, semejante esfuerzo, no haría más que demostrarle lo mucho que la quería ya a esas alturas. Y más aún después de su reciente encuentro.

Sonrió al recordar el carácter que ella había demostrado. Cómo había fingido estar enfadada con él, pero en el fondo disfrutaba con el hecho de que le prestara atención. Ella creía que él no era consciente de eso, pero Terence ya había vivido una situación similar. Sabía manejarla y tomaría el control, porque eso era exactamente lo que ella quería que hiciera.

La conversación le había recordado su época con Charlotte. ¡Oh, Charlotte! ¡Cómo la echaba de menos! Pero ella entendería que ya era hora de que pasara página. Lo perdonaría. El destino no estaba haciendo que sus caminos se cruzaran, y él necesitaba un nuevo amor. Alguien que pudiera iluminarle la vida como ella lo había hecho.

Este nuevo amor no sería tan puro, dulce y reconfortante como el que hubo entre él y Charlotte. Lo tenía claro desde el principio. Esta atracción sería más apasionada, más fogosa. Habría calor, llamas, agresividad. Se excitaba con solo pensar en ello.

Su amor por Charlotte tenía que ver con arcoíris en tonos pastel y corazones por todas partes; le evocaba imágenes de paseos a la luz de la luna, pícnics en verano, risas y mucha luz antes de volver a casa para acariciarse con ternura.

Su atracción por Stacey era más oscura; vislumbraba explosiones negras y rojas, dolor, ira, lujuria, deseo. Podía sentir el calor que los envolvería, y se deleitaba con ello.

Suspiró, sintiendo cómo crecía la expectación en su interior.

Miró fijamente hacia la ventana, deseando que apareciera, que lo viera, que lo apreciara.

Aún no se había asomado.

Tarde o temprano lo haría, y entonces se daría cuenta.

Estaban destinados a estar juntos.

Carta de Angela

En primer lugar, quiero daros las gracias por haber elegido leer Destino fatal, la decimoctava entrega de la serie de Kim Stone, y a muchos de vosotros por acompañar a Kim y su equipo desde el principio.

He disfrutado muchísimo escribiendo Destino fatal, y si te ha gustado, te estaría muy agradecida si escribieras una reseña. Me encantaría conocer tu opinión, que además puede ayudar a otros lectores a descubrir uno de mis libros por primera vez. Quizá también puedas recomendárselo a amigos y familiares...

Y, si quieres estar al día de todas mis novedades, regístrate en el enlace que aparece un poco más abajo. Tu dirección de correo electrónico no se compartirá en ningún caso y puedes cancelar la suscripción en cualquier momento.

www.bookouture.com/angela-marsons

Desde que tengo uso de razón, me han interesado e intrigado los videntes, médiums, clarividentes, espiritistas y personas con algún tipo de sensibilidad. Me he preguntado si su don es real o falso. Me he cuestionado el nivel de compromiso emocional y la confianza de las personas que consultan con ellos. A menudo he pensado en el daño que podrían o no hacer de no ser auténticos, y fue esa fascinación la que me llevó a explorar el tema más a fondo.

Plantearle estas preguntas a Kim Stone mientras intentaba responderlas por mí misma fue una idea interesante, aunque no estoy muy segura de que ninguna de los dos hayamos obtenido una respuesta sólida.

Desde que escribí Las niñas perdidas, he estado esperando que apareciera una oportunidad para recuperar a Eloise, la amable vidente que intentó ayudar al equipo. Sus escenas con Kim son algunos de mis momentos favoritos de este libro.

Me encantaría tener noticias tuyas, así que ponte en contacto conmigo en mi página de Facebook o de Goodreads, en Twitter o a través de mi página web.

Muchas gracias por tu apoyo, lo agradezco enormemente.

Angela Marsons

www.angelamarsons-books.com

facebook.com/angelamarsonsauthor

twitter.com/EscribeAngie

Agradecimientos

¿Por dónde empezar esta vez? Pues claro, con mi eterno agradecimiento a mi compañera tanto en la vida como en el crimen, Julie. Desde la primera línea, este no ha sido un libro fácil de escribir. Era uno de esos viajes en los que sabía a dónde quería dirigirme, pero a menudo no encontraba el autobús, el tren o el avión adecuados. Y entonces aparecía Julie, y con una sola conversación, era capaz de encontrar el medio de transporte adecuado, el horario y hasta me ayudaba a comprar los billetes. La analogía puede ser pobre, pero sin duda sirve para poner de relieve su implicación esencial en el proceso. Su entusiasmo por cada nuevo proyecto es tan apasionado como siempre, y eso me inspira a conseguir el mejor libro que sea capaz de escribir.

Gracias a mi madre y a mi padre, que siguen corriendo la voz con orgullo a todo aquel que quiere escucharlos. Y también a mi hermana Lyn, su marido Clive y mis sobrinos Matthew y Christopher por su apoyo.

Gracias a Amanda y Steve Nicol, que nos apoyan de muchas maneras diferentes, y a Kyle Nicol por encontrar y reconocer mis libros allá donde va.

Me gustaría agradecer al cada vez más numeroso equipo de Bookouture su entusiasmo inagotable por Kim Stone y sus historias.

Un agradecimiento especial a mis editoras, Claire Bord y Ruth Tross, que han trabajado sin descanso para que este libro fuera lo mejor posible. Estas dos mujeres increíbles me han ofrecido algo más que apoyo editorial en un momento personal difícil, y se lo agradezco de verdad.

A Kim Nash (Mamá Osa), que trabaja incansablemente para promocionar nuestros libros y protegernos del mundo exterior, y nos ha ofrecido una ayuda muy apreciada en este libro en concreto. A Noelle Holten, cuyo entusiasmo y pasión por nuestro trabajo son ilimitados, y a Sarah Hardy y Jess Readett, que también defienden nuestros libros en cada ocasión que tienen.

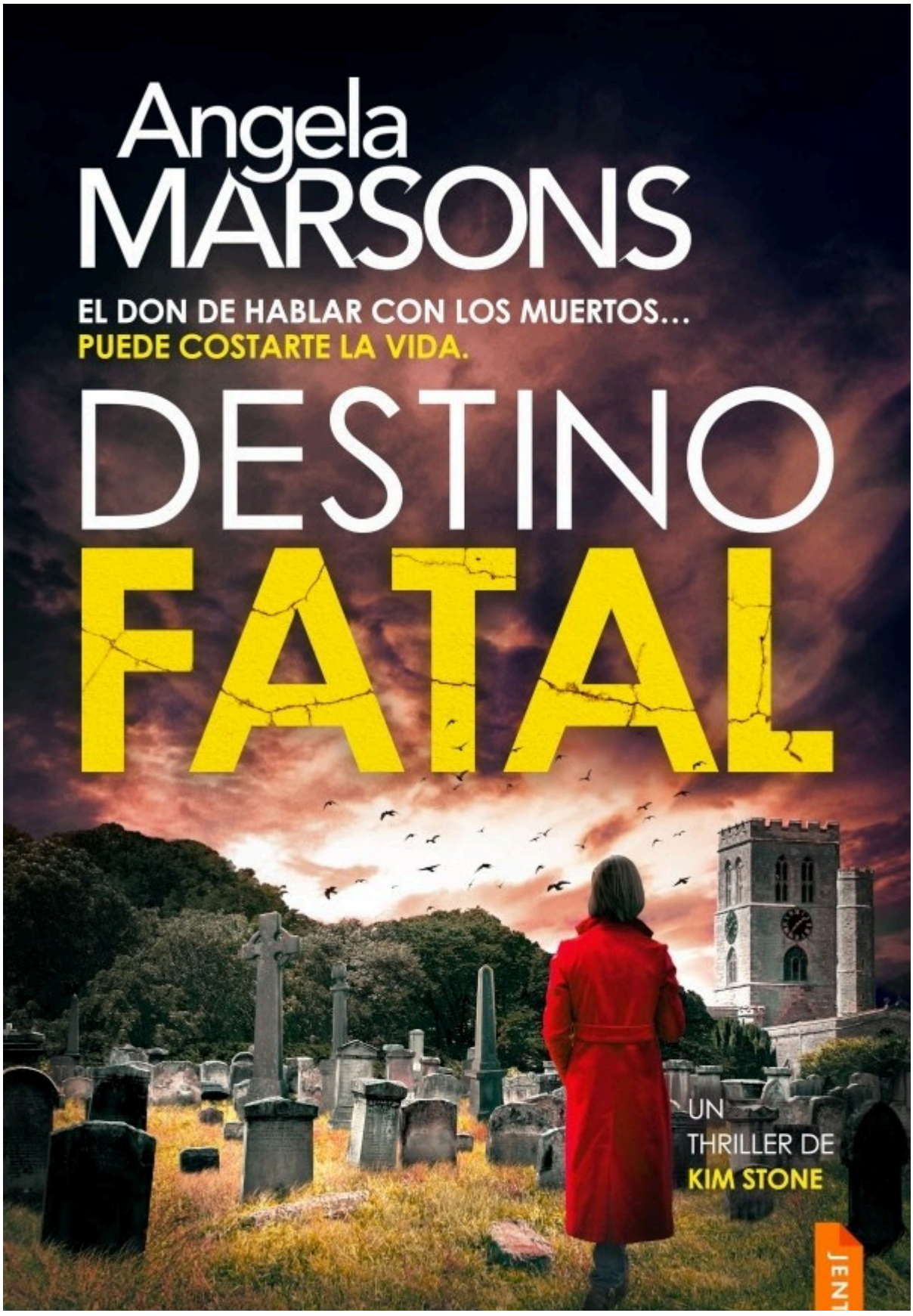
Un agradecimiento especial a Janette Currie, que ha llevado a cabo la corrección de estilo de los libros de Kim Stone desde el principio. Su conocimiento de las historias ha garantizado una continuidad que le agradezco enormemente. Mención especial también para Henry Steadman, responsable de las fabulosas cubiertas de los libros, que me encantan.

Gracias a la fantástica Kim Slater, que lleva muchos años siendo un apoyo y una amiga increíble y que, a pesar de escribir novelas excepcionales, siempre encuentra tiempo para charlar. Muchísimas gracias a Emma Tallon, que me ayuda a seguir adelante con historias divertidas y un apoyo infinito. También a las fabulosas Renita D'Silva y Caroline Mitchell, escritoras a las que sigo y leo con voracidad y sin las cuales este viaje sería imposible. Gracias infinitas a la familia de autores de Bookouture, cada vez más grande, que siguen divirtiéndome, animándome e inspirándome a diario.

Un agradecimiento especial a una mujer encantadora llamada Emma Jones, que muy amablemente me ha ofrecido su consejo y orientación en todas las consultas relacionadas con la morgue. Creo que vamos a tener unas cuantas conversaciones divertidas.

Mi eterna gratitud a todos los maravillosos blogueros y críticos que se han tomado el tiempo necesario para conocer a Kim Stone y seguir su historia. Estas personas estupendas alzan la voz y comparten con generosidad, y no lo hacen porque sea su trabajo, sino porque es su pasión. Nunca me cansaré de agradecer a esta comunidad su apoyo tanto a mí como a mis libros. Muchas gracias a todos.

Muchísimas gracias a todos mis fabulosos lectores, especialmente a los que han sacado tiempo en su ajetreado día a día para entrar en mi página web, mi perfil de Facebook, Goodreads o Twitter.


Angela
MARSONS
EL DON DE HABLAR CON LOS MUERTOS...
PUEDE COSTARTE LA VIDA.
DESTINO
FATAL
UN
THRILLER DE
KIM STONE

